

Aingeru Epaltza

CASTA DE BASTARDOS



Lectulandia

Siglo XVI, Navarra se desangra: las luchas intestinas, la conquista castellana, los intentos de reunificar el reino, las guerras religiosas... En mitad de todo ello pervive a duras penas la saga de los Mailu; concebidos con sangre de reyes, descendientes de los Albret y de los Borbón y, pese a ello, por dos veces bastardos, su destino los convertirá en defensores del reino... aunque no siempre sepan qué defienden.

Casta de bastardos es la primera novela de la trilogía «El Reino y la Fe», que aúna la grandeza épica del relato histórico con la fina ironía del observador contemporáneo, un Aingeru Epaltza que entrelaza con maestría la fidelidad a los hechos históricos y un relato de ficción apasionante que captura la atención del lector hasta su sorprendente final.

Lectulandia

Aingeru Epaltza

Casta de bastardos

El Reino y la Fe - 1

ePub r1.0

Titivillus 13.10.16

Título original: *Mailuaren odola*
Aingeru Epaltza, 2006
Traducción: Ángel Erro Jiménez
Diseño de cubierta: Unai Arana

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

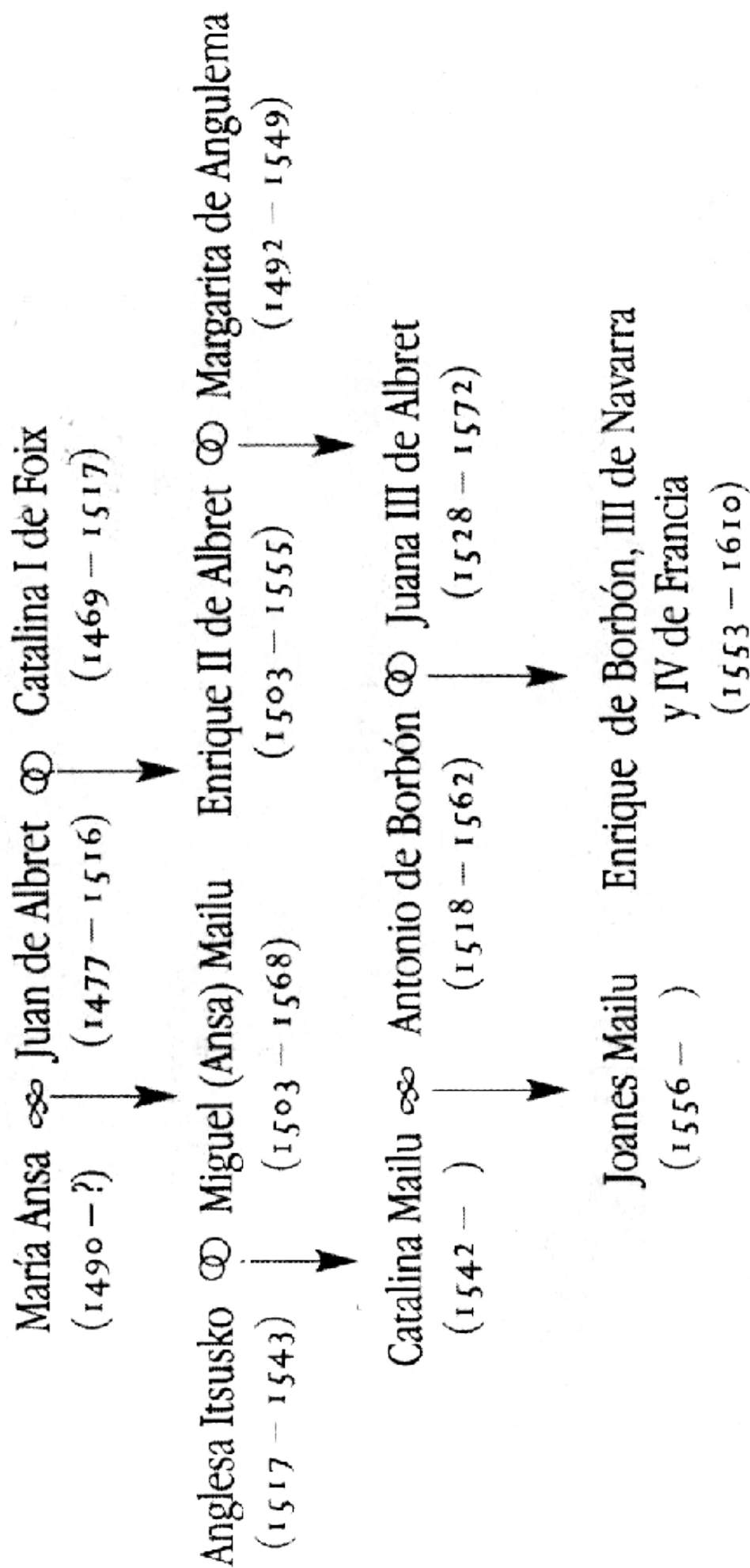
más libros en lectulandia.com

«Los libros santos, al igual que las obras canonizadas de los maestros del pensamiento, son como el veneno de la serpiente: son fuente de moralidad y de caos, de caridad y de crimen».

DANILO KIŠ, *La enciclopedia de los muertos*

NOTA: Para la transcripción de los onomásticos que aparecen en la versión original en euskera, se ha adoptado un criterio mixto, por decisión del propio autor de la obra. En los antropónimos, para los personajes históricos se ha optado por utilizar la terminología habitual en la historiografía castellana (Juan de Albret, Carlos V, Francisco I, señor de Belzunce), dejando, en general, en euskera los de los personajes de ficción (Joanes Mailu). Con los topónimos, también se ha primado la terminología hoy usual en lengua castellana (Pamplona, San Juan de Luz), también cuando esta tenga un origen francés u occitano (Saint-Palais, Tardets, Bidache). Lo mismo se ha hecho en los nombres con versión romance en la tradición escrita de Navarra (Mauleón, Ascáin, Macaya, Garriz, Armendáriz, Osés, Montori). Por el contrario, se ha optado por no traducir los topónimos cuando la transcripción en la lengua original, por asonancia, no produce confusión con la del castellano (Baiona, Baigorri). De igual forma se ha procedido cuando en el propio uso normal en castellano, la forma en euskera se ha impuesto actualmente a la romance (Lapurdi y Zuberoa, respectivamente en vez de los tradicionales Labort o Sola; Amaiur, en vez de Maya) o cuando, simplemente, no exista forma castellana conocida o suficientemente documentada (Sohüta, Lixtarre, Eiheralarre, Senpere, etc.). Finalmente, los topónimos situados fuera del área vasca se transcriben en su forma habitual en francés o castellano (Dax, Pau, Burdeos).

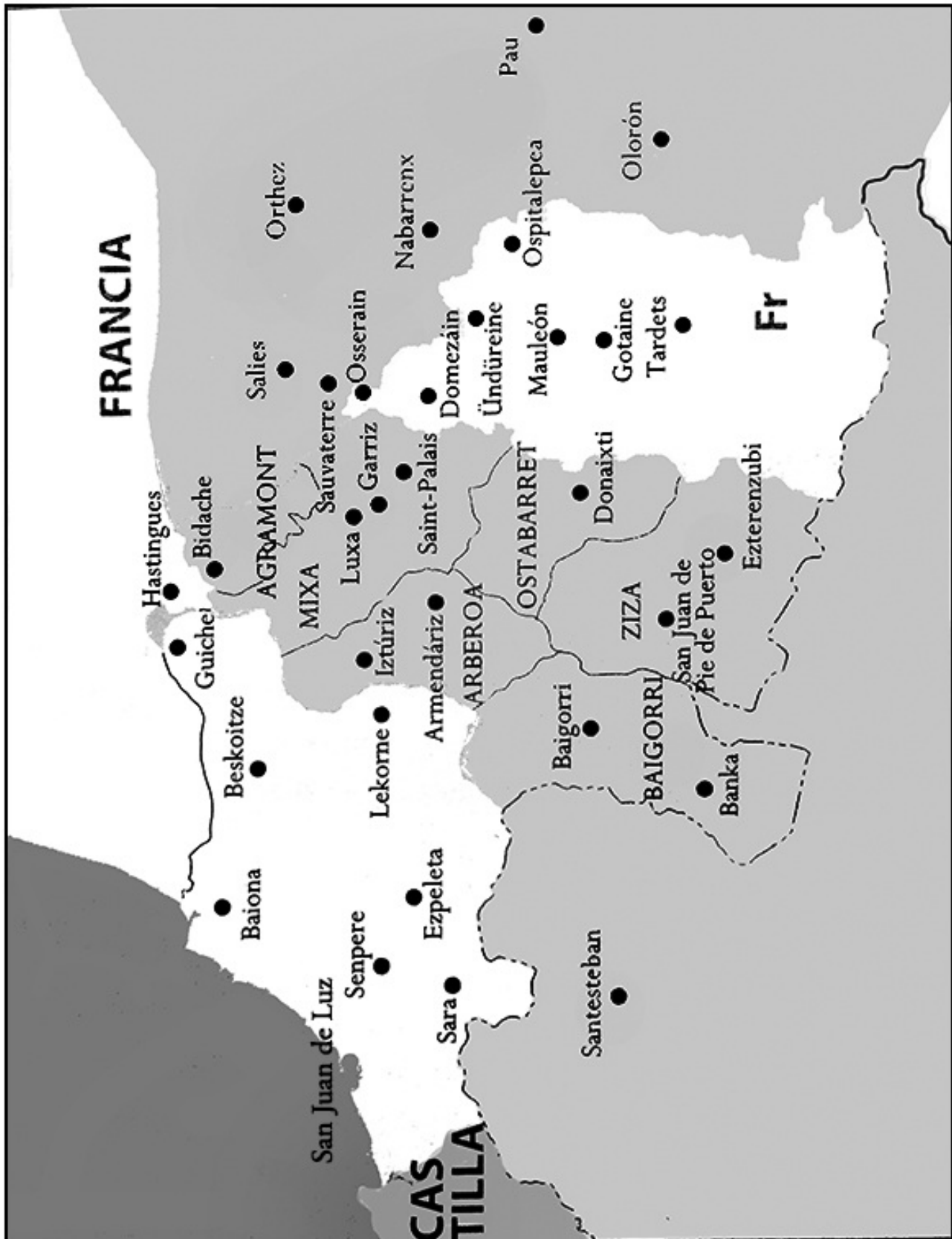
LOS MAILLUS Y LA CASA DE ALBRET



EL REINO DE NAVARRA EN 1512



LAPURDI, BAJA NAVARRA, ZUBEROA Y BEARNE EN EL SIGLO XVI



EL HOMBRE DE SAINT-HONORÉ

EL MOZO DE CUADRAS cumple escrupulosamente las indicaciones del clérigo: elige una larga sogá a la que le hace dar tres vueltas alrededor del vientre del mulo. El nudo se lo hace el propio Pedro Agerre, al estilo de los marineros de Ziburu. Zarandea el cofre de madera para comprobar la firmeza del lazo. No querría que un charco o un tropezón de la bestia salpicara de libros el camino real. Resultaría un bonito espectáculo, ¡toda la sabiduría de la Sorbona rebajada hasta el nivel del mismo suelo! Afortunadamente, el cofre parece seguro sobre los lomos del animal. A cambio, deja al viajero poco espacio para sentarse.

Agerre monta sobre el mulo ayudado por el mozo. No le supone gran esfuerzo; el clérigo es un hombre enjuto de carnes, de más de cincuenta años. Estamos en mayo y la mañana es templada. Sin embargo, se ajusta al cuerpo la capa que porta sobre el hábito. Busca en su bolsa la moneda más pequeña y la deja en la mano del joven. Simula no advertir el gesto de desaire que dibuja el muchacho en su rostro. Arrea con los talones en el costillar del animal. Con los primeros pasos, se despiertan en él dolores en los huesos y músculos de debajo de la cintura. El portón de la Universidad está vacío. Nadie ha venido a despedirle. Ningún bachiller, ningún profesor, tampoco ningún doctor. No es una sorpresa, después de todo lo que han oído de su boca. Aun y todo, le duele. Sin volver la cabeza, se aleja del agrietado edificio.

Llegó el año anterior huyendo del fuego, y también, por qué no decirlo, rejuvenecido ante la perspectiva de volver a convertirse en alumno. Al cabo de un año, poco ha faltado para convertirse en profesor. Nada menos que profesor de la Sorbona. El culmen de una vida, para alguien con sed de Dios y de sabiduría divina. Por más que fuese en perjuicio de su alma.

Ya lo sabía de antes, y lo ha vuelto a comprobar este año: vivir en París significa estar dispuesto a caer en el cieno del pecado. ¡Y cómo se le ha despertado su instinto pecador en los meses que ha pasado en esta Nueva Babilonia! Como si las hubiese sacudido un viento infernal, se le han avivado esas llamas de la lujuria que creía extinguidas en su rincón de Sara. San

Agustín decía que en la guerra de la castidad se dan las batallas mayores y más penosas que existen entre los cristianos. O, por decirlo con sus palabras: *Inter omnia christianorum certamina sola duriora sunt proelia castitatis, ubi quotidiana est pugna et rara victoria*. Una gran verdad, ciertamente, porque en ella el combate y la pugna son diarios; y, en cambio, la victoria y la palma, raras y excepcionales.

Con todo, él estaba dispuesto a continuar porfiando día a día en esa batalla. Estaba dispuesto a quedarse en la Sorbona. En París. El Consejo de Doctores de la Universidad le facilitó la decisión: no habría cátedra para Pedro de Agerre.

—No cabe que un español tenga plaza en el corazón del conocimiento de Francia.

No era un argumento nuevo en su contra. Ya lo escuchó diez años atrás, cuando estuvo en liza el cargo de párroco de Sara. Lo que en aquella ocasión le valió, no le ha valido ahora.

—¡Si ambos tenemos el mismo rey!

Como antes, los documentos y los testimonios le hacían súbdito, por nacimiento, de Enrique, IV de Francia y III de Navarra. Estaban firmados por la mano del propio Rey. De nada había servido. De nada tampoco el fluido latín de Agerre, que superaba el de la mayoría de los doctores. De nada, su notorio dominio en el ámbito de la Escolástica. Los doctores no se arredraron. La cátedra sería «para alguien francés de alma y dicción». Agerre, abandonando la lengua de Cicerón, les respondió en la de Ronsard, pero en el modo de las cuadras y tabernas, no en el de las sacristías y salones.

—*Nom d'un chien, messeigneurs! Allez y vous faire foutre*^[1].

Es conocido que la ira abrevia la vida. Sin embargo, no pudo contenerse. Les dijo de todo. De cuán mal les cayó a las autoridades y a los profesores de la Universidad su virulenta respuesta, habla por sí sola la gélida despedida que hoy le dispensan. Ayer perdió a su último amigo, el rector Amboise. Acudió a su lado para reconciliarse con él. Le mandó con viento fresco.

Vivere socialiter et collegialiter et moraliter et scholariter reza el emblema de la Sorbona. Agerre todavía lo firmaría en lo que se refiere a la moral y al estudio. No así lo que incumbe a la sociedad y la institución. Ya de antes conocía el desagrado que le inspiran los grupos, los colectivos, los rebaños. Este año ha confirmado su antigua falta de amor a tales cosas. Desconoce cómo era la Sorbona antes de llegar él. Sabe en qué se ha convertido en el presente, y no le agrada: un nido de mediocres, tan ajados como sus muros. ¿Ese era el santuario del conocimiento del mundo? Pedro Agerre adora la Teología, no las facciones entre teólogos ni los aburridos ataques y golpes

bajos con que se recrean. Al menos, eso es lo que se repite a sí mismo, hoy, cuando mayo alcanza su decimoctavo día de 1610.

Agerre atraviesa el Pont Neuf hacia la orilla derecha del Sena. Aunque todos los lugares están tan abarrotados de gente como siempre, se advierte un ambiente especial. Los hombres de la milicia burguesa vigilan las bocacalles. También deambulan los mosqueteros del rey, así como los guardias suizos y escoceses, por lo menos los que no permanecen en el Louvre, protegiendo al Delfín y a la Reina Madre. Hace ya cuatro días que estalló la noticia del asesinato del rey Enrique y la ciudad continúa sin volver a la normalidad.

Agerre había estado anteriormente en París, por una breve temporada. Cuando regresó el año anterior, le volvió a sorprender el bullicio de calles y plazas. Lo de hoy poco tiene que ver con ese fragor cotidiano. Hoy los parisinos no hablan a voces, sino entre dientes. En grupos de tres o de cuatro, en vez de en grandes aglomeraciones. No en medio de la calle, sino retirados a un lado. Algunos, crispados; otros, preocupados. No son pocos los que muestran rastros de lágrimas en sus rostros. Sería todo muy hermoso y conmovedor, si no fuera por un detalle: más de uno de ellos era de los que hace veinte años tachaba de anticristo a Enrique de Borbón y se obstinaba en su negativa a abrirle las puertas de la ciudad. Pedro Agerre se recuerda a sí mismo la volubilidad e inconstancia del alma humana.

Aunque sus posaderas dicen otra cosa, Agerre va contento de no ir a pie. El piso de las calles se ve más empedrado que nunca de bosta de caballo. Un cortejo inusual ha dejado esa estela de mierda. Unas pocas horas antes, el corazón del rey ha sido conducido al Colegio de La Flèche, acompañado por cuatrocientos caballeros. Dicen que así lo había dejado establecido en su testamento. Un bonito obsequio de la Corona para los jesuitas, que han aceptado de buen grado. Ya lo necesitaban. Desde hace cuatro días el nombre del regicida anda en boca de todos los parisinos, un tal Ravillac. La ciudad es un hervidero de rumores sobre quién ha guiado el puñal de ese Ravillac hasta el pecho del hijo de Juana de Albret. La muchedumbre, al principio, culpó a los españoles de la muerte. Y después de a los españoles, a la Compañía de Jesús. Y a la vez que a la Compañía, también a otros. Según parece, es seguro que el asesino es un *ligard*, un excombatiente de la Liga Católica, lo que hace, por tanto, sospechosas a todas las sacristías de París, no solo a las de los jesuitas. Incluso hay quien ha alzado su dedo acusador contra la misma Sorbona.

—¡Voceros del miserable Príncipe Romano! ¡Debiéramos darles fuego!,
—escuchó la noche anterior a una desvergonzada, justo enfrente de la Universidad. Rezumaba el tufo infernal de la Reforma.

El monarca fallecido, de joven, no despedía mejor olor. En un momento dado, abandonó la herejía y, al menos de palabra, tornó su mirada hacia la Iglesia verdadera. Con eso pareció firmar la paz entre la mayoría católica y la minoría protestante. Hizo que las espadas se envainasen, pero no por ello se aplacaron los odios. En París, ciudad católica donde las haya, hace cinco días, los milicianos habrían despedazado con sus alabardas a esa hija blasfema de Calvino. O, sin esperarse a los milicianos, las propias gentes de la ciudad con sus manos desnudas le habrían dado su merecido. Ayer, pasaban junto a la mujer como si no la vieran ni la oyeran, con el aspecto de quien tiene asuntos más importantes que atender. Seguramente vendría de la calle de Saint-Germain, esa que llaman «la pequeña Ginebra», y a ella habría regresado, tranquilamente, sin que nadie la molestara. El peligro convierte en prudente al más insensato.

En los dos días posteriores al asesinato no ha faltado alboroto en la ciudad. Corría de boca en boca que, desde el sur y desde el oeste, todos los caminos que llevan a París estaban atestados de hugonotes que venían a la capital a vengar la muerte del rey. De hacer caso a los rumores, buscaban causar un nuevo San Bartolomé, a costa de los católicos esta vez, pasando a cuchillo a todos los curas, frailes y monjas de la ciudad. El asunto tenía una parte creíble: Enrique de Borbón, a pesar de abjurar de la Reforma, nunca cejó en proteger a los protestantes. Agerre se asustó, pero el susto le duró poco. En los luengos corredores de la Universidad, Condren, el doctor y predicador más fervoroso de la Sorbona, se rio del chisme:

—¿Van a rebelársenos los herejes? ¡Pero si están encerrados en sus casas, con los calzones manchados de miedo!

Condren llevaba razón. Nadie ha venido a degollar a nadie.

De cualquier manera, Pedro de Agerre es consciente de que no ha elegido el mejor día, este 18 de mayo de 1610, para irse de París. Tal vez, como decía el rector Amboise, convenía esperar todavía un poco más...

—... por lo menos hasta que se calme la tempestad por los acontecimientos de la Rue de la Ferronnerie —le aconsejó.

Pero nadie sabía cuándo sería eso y él quería partir cuanto antes. Por otra parte, no estaba para escuchar los consejos de nadie de la Sorbona. Agerre mandó a Amboise a hacer gárgaras.

Unas semanas antes, ¡quién le iba a decir que tendría prisa por irse de esa ciudad...! Hace un mes, dejó sin contestar una carta de Bertrand Etxauz. En la misma, el obispo de Baiona, aunque fuera con medias tintas, le sugería que tenía ocasión de poner fin a su destierro. Le dio la noticia como acostumbraba, de pasada, como quien no quiere la cosa:

«... Después de cumplir bien su trabajo, el señor De Lancre ha retornado a Burdeos. Según sus palabras, ya no hay más brujas en el país de Lapurdi.

Aquí todos nos encontramos apesadumbrados, pero, por otro lado, llenos de alegría, porque los que por temor se alejaron de entre nosotros podrán regresar a partir de ahora...».

¿Recelaría el señor obispo de que alguien pudiese leer esas líneas? No podía tener otra causa aquella manera ridícula de expresarse, que le llevaba a alegrarse a un tiempo de una cosa y de su contraria. El mismo Etxauz le había encontrado refugio a Pedro de Agerre en la Sorbona, el año anterior, cuando la garra de De Lancre empezó a cernerse sobre la cabeza del sacerdote.

Agerre, brujo. Agerre, estudiante en la escuela del Diablo. Agerre, alumno destacado del Maligno. Así decían de él desde los tiempos de Pamplona. También en Salamanca oyó cosas semejantes. Y en Sara. En otra época se habría reído de las maledicencias, siguiendo las enseñanzas de San Ambrosio: *bene sibi conscius, falsis non debet moveri, nec aestimare plus ponderis esse in alieno convitio*. Que quiere decir que quien se sabe sin culpa no debe atender a los infundios ajenos.

Que San Ambrosio le perdone. Las cosas no son siempre tan sencillas.

¿Quién anduvo maquinando, el año pasado, para dar con sus carnes en la hoguera? Una y otra vez caviló sobre ese asunto, incluso llegó a ocurrírsele más de un nombre. ¿Podría ser Joanes Haroztegi, el sacerdote de San Juan de Luz con el que pleiteó a cuenta de la rectoría de Sara? ¿O sus parientes de Azpilikueta, por codicia de su casa natal de Urdax? Sin olvidar a los párrocos de los pueblos colindantes, celosos por la fama de sus sermones. Porque Agerre no creía que la causa radicase en sus feligreses. ¿O sí? Los hombres de De Lancre llevaban semanas encarcelando a ovejas de su grey, y Agerre no había movido un dedo para evitarlo. Entre los que llevaron presos había una muchacha, Katalin, de la casa Galtzagorritegia, a la que, recién llegado a Sara, tomó de sirvienta. Sirvienta de día, y sirvienta de noche. Ya no recordaba por qué la despidió. No hubo por medio ningún asunto de niños, hasta ahí ya se acuerda. ¿Era Katalin quien le denunciaba? Quién sabe.

Agerre no perdió el sueño ni cuando empezaron a llegar hasta sus oídos pérfidos comentarios. Igual que para otros asuntos, el hábito le servía de parapeto y salvaguarda. O eso creía, hasta que comenzaron a apresar también a clérigos. Argibel, de Ascaín, fue el primero. Luego vino Migelena, de Ziburu. El olor de sus carnes calcinadas le hizo recurrir al obispo. Etxauz y él se tenían mutuo aprecio, desde antiguo. Tenían también proyectos en común. De Lancre había venido a Lapurdi por una petición realizada por Etxauz a su amigo el rey Enrique. Agerre consideraba, por tanto, que el

consejero del Parlamento de Burdeos se encontraba supeditado al obispo. Calculó, pues, que para cortar de raíz el acoso que sufría bastarían unas palabras del primado de la Iglesia de Baiona. La segunda idea errónea de aquellos días.

—De Lancre va por libre y no admite órdenes mías. Es mejor que abandones estas tierras, Piarres.

Etxauz siempre lo llamaba así: Piarres.

—París podría ser un buen lugar —añadió.

Agerre había estado una vez en París, con el nuevo siglo. Su disputa con Joanes Haroztegi estaba en su máxima ebullición, y los jueces tanto de Lapurdi como de Burdeos habían fallado contra él. Algo sabía de la capital de Francia, no todo bueno.

—París es el burdel del mundo —le oyó en una ocasión al propio Etxauz—. Pero, al mismo tiempo, también la mayor iglesia del mundo.

—¿La mayor? —se sorprendió Agerre.

—Detrás de Roma, obviamente.

En 1601, la ciudad no le defraudó. Su estancia en ella se le hizo breve. Más breve incluso que el trayecto hasta allá. Al cabo de dos semanas, traía bajo el brazo el edicto real, que había de leerse en todos sus estados:

«A los nacidos en la Gran Navarra no se les considerará extranjeros en mi Reino...».

Firmado por Enrique, de su puño y letra.

La rectoría de Sara fue para Agerre. Sin embargo, nueve años después aquel viejo edicto no ha amilanado al Consejo de Doctores de la Sorbona.

Su salida del año pasado poco tuvo que ver con la de nueve años atrás. Para empezar, la edad. Las piernas de Agerre debían estar curtidas. Habían desbrozado muchos caminos desde que salieran de su Urdax natal. Pero los huesos de un hombre de cincuenta y cuatro años ya no resistían tan bien como antes los viajes y las mudanzas. Por primera vez en su vida, se había instalado en un terruño. En Sara. De igual forma, se habían calmado ya las altas aspiraciones de otros tiempos. Por otra parte, le preocupaba que semejante traslado diese al traste con su proyecto, una y otra vez postergado, de redimir definitivamente su alma pecadora. Todas ellas eran razones de peso para permanecer en Sara, pero existía una aún mayor para no quedarse: no quería arriesgarse a dejar este mundo. Y todavía debía vivir mucho más, si quería hacer méritos suficientes para alcanzar la vida eterna. Dio por bueno el ofrecimiento del obispo baigorriano y no tuvo otra salida que partir a la Sorbona. Ni siquiera intentó tantear la acogida que podrían dispensarle en caso de volver a las tierras bajo dominio del rey español. En Pamplona recibían con agrado los escritos que él mandaba desde Sara. Pero no ansiaban en absoluto su presencia. Llegó a sorprenderse al ver con qué

alegría recibían la noticia de su marcha a París. «Desde allá también tendréis ocasión de hacernos servicio», le escribieron en un santiamén. En todo el año no han cesado de hacerle encargos, incluso los más peregrinos. Hasta el punto de terminar produciéndole miedo. Otro motivo para abandonar este lugar y volver a Sara cuanto antes. Al final, tendrá que estarles agradecido a los ineptos doctores de la Sorbona.

Ahora, Agerre duda de si el bagaje con que regresa de París está vacío o lleno. Sus recuerdos más dulces no casan bien con los hábitos que viste. Otros los ha atesorado en la biblioteca de la Sorbona. Algunos de ellos viajan con él, en el cofre que carga el mulo. *Histoire des choses mémorables avenues en France. 1547-1597*, de Jean de Serres e *Icones veterum*, de Christophe Plantin, *Tabula in grammaticem Hebraeam*, de Nicolão Clenardo y *Œuvres* de Ronsard. Va con ellos un volumen de poesía tan antiguo como curioso, escrito por un viejo sacerdote de Eihalarre. Había sido un obsequio secreto de Etxauz —«no debería dártelo, porque es tan obsceno como tú»— que le acompañó hasta París y volvía con él. Por lo demás, ¿con qué regresa a Sara, si no es con golpes y heridas en su alma? En la Universidad, negativas y humillaciones. Fuera de ella, nada que no sea retrasar la adquisición de méritos para el Cielo. En el presente está más versado en el pecado, más corrompido por él y más hediondo de lo que estaba un año antes. Se siente casi incapacitado para la salvación. Si algo ha significado París para él, ha sido el umbral del infierno. La misiva de Etxauz llegó en el momento más oportuno. Sin De Lancre en Lapurdi, ya no tenía más impedimento ni excusa para no volver a Sara.

Conforme se va acercando a la salida de la ciudad, resulta más notoria la presencia de hombres armados. Algunos son de los que se dicen reformados, sin lugar a dudas. Miran con mal gesto al cura sobre su mula. Agerre les responde irguiendo su figura. También el portal de Saint-Honoré está lleno de soldados. No han transcurrido más que veinticuatro horas desde que han dado la orden de volver a abrir las puertas de la ciudad. Mucha gente pretende salir. Sin embargo, no todos disponen de autorización. Delante de Agerre hay dos dominicos que no avanzan. Los miembros de la milicia de la ciudad —todos, bien criados en el seno de la Madre Iglesia— están dispuestos a permitirles salir. Sin embargo, también se halla presente un destacamento de mosqueteros de la guardia francesa, cuyo jefe pretende llevarse a los frailes con él, para interrogarlos. Se expresa de forma irascible, como acostumbran los hijos de la herejía, con un evidente acento gascón. En la discusión prevalece la voluntad de la Guardia Real, lo que acrecienta el nerviosismo del sacerdote. Los pobres dominicos se alejan entre dos soldados y Agerre ve reflejada en ellos su propia suerte.

Afortunadamente, la disputa que acaba de presenciar acarrea al cura el

resultado contrario. En esta ocasión los mosqueteros obran como si les debiesen algo a los de la milicia, hasta el punto de que se despreocupan por completo de Agerre. Puestos en la obligación de hacer algo, los milicianos abren el cofre e inspeccionan su interior. No se sorprenden poco de su contenido. Parece que nunca han visto tantos libros juntos. Perciben el acento extranjero y le preguntan con desconfianza si es español. A pesar de ser fervientes católicos, consideran a los españoles de la semilla misma del diablo. El mero hecho de que se lo pregunten le hace candidato a la soga. En el mismo cofre lleva el viejo edicto del Borbón, con la firma del monarca recién fallecido. «A los nacidos en la Gran Navarra no se les considerará extranjeros en mi Reino...». Tal vez tenga que ponérselo ante sus narices a estos iletrados.

—Somos súbditos del mismo rey. Provengo del Reino de Navarra.

Sus palabras parecen calmarlos. No acertarían a decir dónde se encuentra ese lugar, pero toda Francia sabe que el difunto Enrique IV también era Enrique III de Navarra.

Los mosqueteros no le importunan. Están con otro viajero, cuya vestimenta oscura le delata como hugonote. Sin embargo, no le tratan con más suavidad que a los dominicos. Podría decirse que quieren demostrarles a los de la milicia burguesa que tampoco les flaquea la mano con sus correligionarios. Tampoco Agerre dejaría a ese hombre salir tan fácilmente de la ciudad. Eso piensa mientras devuelve los libros a su cofre. El sujeto en cuestión no presenta más adorno que una espada a la cintura. Sus ropas son andrajosas; su espalda, encorvada, y no luce ninguna pluma en su abultado sombrero de ala ancha. Las calles de París están abarrotadas de gente con la misma guisa, antiguos soldados, despojos de treinta años de guerra entre franceses. Los que aún son capaces de sostener un arma se dedican al robo, o alquilan su acero por tres monedas. El resto mendiga, o se está mano sobre mano. Este ha dirigido sus ojos hacia Pedro Agerre tan pronto como el clérigo se ha declarado navarro:

—Somos súbditos del mismo rey...

Sus miradas se cruzan. El hugonote parece de mayor edad, aunque tal vez solo sea efecto de las arrugas y cicatrices que jalonan su rostro sin barba. En ellas se adivina el desgaste de una vida inclemente que Pedro Agerre jamás ha conocido. Sus ojos llevan impreso el mismo odio que los guardias hace un momento, aunque dulcificado por una suerte de resignación.

Después de volver a atar el cofre a la grupa del caballo, Agerre monta sobre el animal y atraviesa la puerta de Saint-Honoré. Fuera ya del aire viciado de París, llena sus pulmones. El viento parece más puro, también más puro lo que le rodea. No pasa mucho tiempo sin que un vistoso caballo

negro, al trote, se le ponga a la par. Tiene como jinete al hugonote de la puerta. La bestia lleva sendas alforjas colgadas a ambos lados. Los dos viajeros vuelven a mirarse a la cara, sin llegar a saludarse. Desde más cerca, resulta más patente su rostro extraviado, desesperanzado y enfermo. No tarda en adelantar al clérigo. Antes de que se aleje, Agerre repara en que su alforja izquierda está floja. No aguantará mucho atada al caballo. El sacerdote no necesitaría forzar la voz para advertir al antiguo soldado. En vez de eso, deja que aumente la distancia entre ellos, hasta que lo pierde de vista. Un cuarto de legua más adelante, encuentra la alforja en mitad del camino. Sin mirar qué contiene la ata a su silla.

Agerre pone tierra de por medio entre él y París. A punto de anochecer cruza las puertas de Montlhéry, unas diez leguas más adelante. Los viajeros que lleguen tras él encontrarán cerradas las puertas de esta pequeña ciudad. Está agotado. Tiene todos los huesos molidos. Pero en la posada medio vacía no le dejan reposar de inmediato. Todos le piden noticias de la capital. Al parecer, en este camino que atraviesa Francia de arriba abajo todavía no ha vuelto a la normalidad el tráfico de gentes y de mercancías. El sacerdote se limita a contar los detalles de la procesión que por la mañana han organizado con el corazón del rey. No desea que alguna palabra suya de más le lleve hasta For-l'Evêque o Saint-Germain. Estos días, en las prisiones no cabe un alma, las paredes tienen ojos; y el polvo del camino, oídos.

Durante un año no ha predicado más que para sí mismo. Ahora, es agradable comprobar que incluso en francés consigue conmover al auditorio. El posadero está próximo a las lágrimas. Las criadas se sorben los mocos. Los ojos azules de una de ellas adquieren un brillo especial cuando miran al sacerdote. Jeannette, le ha oído a su patrón. Tiene una imponente nariz; su cara y sus brazos están más morenos que los de un campesino. Sin embargo, tiene algo que le recuerda a las mujeres de Salamanca. Se pregunta para sus adentros si de verdad él tiene tanta prisa por ganarse el Cielo, si no podría retrasar un poco esa empresa. Por el momento, le recompensan el relato con una liebre sumergida en judías.

Después de cenar se dirige a su cuarto. Está de suerte. No tiene que compartir con nadie ni la habitación ni el camastro. Extrae una luz —ayer en París adquirió un gran surtido de velas—, así como una pluma y un tintero. Primero escribe la habitual carta para Pamplona, a la que añade otra para Etxauz. Aunque cada una de ellas es diferente por el tono, su esencia no es tan distinta. En ambas, además de su vuelta, las últimas horas en París ocupan la mayor parte. De cualquier manera, está seguro de que tanto un destinatario como el otro disponen de otras fuentes, quizás más fiables que

él, para informarles de dichos sucesos. Mañana dejará en manos del posadero las dos misivas. Vendrán a recogerlas pasado mañana o al día siguiente.

Cuando está a punto de soplar la delgada llama de la vela, se acuerda de la alforja que se le ha caído al hugonote. Sin necesidad de ordenárselo, los criados de la posada se la han subido a la habitación, junto con el resto de sus pertenencias. Posa sus ojos sobre ella. Una curiosidad repentina vence su cansancio. En absoluto esperaba lo que sus manos extraen de allí: papeles, muchos papeles, garrapateados con una letra diminuta. Por puro instinto, se los acerca hasta sus ojos cansados. La sorpresa le deja petrificado. Agerre reconoce su propia lengua en las estrechas líneas que llenan las docenas de folios. Su idioma, que, incluida aquella obra del viejo cura de Eiheralarre, contempla por tercera o, a lo sumo, por cuarta vez en su vida, redactado por una mano que no fuera la suya. Una vieja conmoción ha resucitado en él. Al párroco de Sara el sueño le ha desaparecido por completo.

ALBRET Y BORBÓN. Borbón y Albret. Nombres ilustres, ambos, en nuestro Reino. Con solo oírlos, despiertan en la gente admiración y respeto. Si yo fuera Albret, o Labrit, como algunos dicen, sería dueño de la provincia de tal nombre, vizconde de Tartas, Tursan, Gabardan y Marsan, conde de Foix y Bigorra, señor soberano del Bearne y rey de Navarra. Si yo fuera Borbón, además de señor del Borbonesado, sería duque de Vendôme y rey de Francia. Sin embargo, no soy ni lo uno ni lo otro. Como mucho, duque de la Nada, emperador de Ninguna Parte. Fui engendrado por la simiente correcta. Pero en un vientre equivocado. No soy ni Albret ni Borbón. Me llaman Joanes *Mailu*, que en la lengua de mi tierra vale por Juan Martillo. Nunca tuve otra propiedad sino mi espada. Soy bastardo, un hijo de los que llaman natural, y descendiente de bastardos. Dos veces espurio. Dos veces bastardo.

Ya sé que esto, de por sí, no quiere decir nada. He recorrido las dos Navarras, tanto la del norte como la del sur, las tierras del Bearne, las de Francia, las de Aragón...

Y en todas ellas, he conocido cientos de hombres y mujeres como yo. Hijos naturales. Bastardos. Es más, juraría que en este mundo somos más los frutos del pecado que los nacidos con las bendiciones de Dios.

Pensad en el viajero empapado de vino que abraza a la sirvienta en un rincón de la posada. O en el jovencito que acude al pajar, a su cita con la hija de la casería vecina, justo la víspera de partir a la guerra de Picardía. O en el sacerdote licenciado, servidor del depravado Príncipe de Roma, en su iglesia, presto a confesar a una incauta ama. O en el soldado que echa abajo las puertas de la casa, enseñoreándose de cuanto y de cuantos hay en su interior... Son cada uno de ellos sucesos cotidianos y comunes, en todos los cuales hay un hijo natural en camino. Así es y así será mientras haya poderosos y haya débiles, mandos y mandados, ricos y pobres, hombres y mujeres. Mientras que el mundo sea mundo, en definitiva.

No tuve ocasión de conocer a mi padre. He oído que murió cuando tenía yo dos años. Guerreaba con los papistas, contra los míos. «Honra a tu padre y a tu madre», nos aleccionaba Etxeberri, nuestro ministro. De niño, al oír tal cosa me sacudía una sensación de espanto. ¿Cómo honrar a un padre muerto, a un padre conocido por todos salvo por mí? «Dios dará una larga vida a quien honra a sus padres como es debido», continuaba nuestro maestro. Nada menos que una larga vida a los que honran a sus padres. Me invadía entonces un gran pesar con el anuncio de lo breve que sería mi existencia. Etxeberri sabía mucho de la doctrina de Calvino. Erraba en lo tocante a lo demás. Hace ya tiempo que crucé la raya del medio siglo.

He vivido sin padre. Sin padre y, la mayor parte de mi vida, sin dolor por su falta. Son legión los compañeros de armas a los que he oído decir que el día que dejaron su

casa y perdieron de vista a su progenitor había sido el más dichoso de su existencia. La vara del padre y el llanto de la madre constituían los más persistentes de sus recuerdos. Conocido he a quien dio muerte a su propio padre, como Bertrand, balletero del Ariège. «Quise asestarle tantas puñaladas como varazos me llegó a dar él. Se me cansó antes el brazo», me confesó, con la lengua avivada por el aguardiente, la víspera de entrar en Poitiers a sangre y fuego.

Un padre. Un padre muerto. Un padre conocido por todos menos por mí. Hoy, si viviera, fatigaría mi brazo en su pecho tanto como hizo Bertrand en el del suyo.

Lo acabo de decir: a despecho de las enseñanzas de Etxeberri, he vivido largamente, no sé si gracias a Dios o al Diablo. No soy el único en mi familia. Al padre de mi madre también le correspondió una dilatada vida.

Mi abuelo Miguel jamás me aclaró cómo conoció Juan de Albret a su madre. Como a mí, también a él le debieron de ocultar los pormenores. No se mienta la sogá en casa del ahorcado.

Se los apellidaba Ansa. No eran nobles ni hidalgos. Por generaciones, los Ansa se habían dejado las manos en las aguas heladas del Arga, zurrando cueros tanto en invierno como en verano. Los curtidores tenían su calle en el burgo de la Navarrería, entre el hospital de San Martín y la Iglesia de San Tirso. Eran burgueses de Pamplona, con ningún otro orgullo que no deberle sumisión a nadie. Constituían uno de los gremios más humildes de la ciudad. Era fama que ninguno entre ellos llegaba a viejo. La gran mayoría moría entre espumarajos de sangre sin alcanzar la edad de treinta años. Los demás se marchitaban inválidos en el lecho, si no se los llevaba antes un mal frío en los márgenes del río.

El Palacio Real no distaba mucho de donde vivían los Ansa. Había sido levantado en la misma población de la Navarrería, junto al Portal de la Rochapea, dominando la panorámica del burgo de San Cernin. Las más de las veces, no habitaban ese palacio más que sirvientes y guardianes. Los hijos de la capital mostraban a los señores del Reino un amor más bien tibio, correspondido de la misma manera por la reina Catalina, medio gascona, y su esposo Juan, gascón entero. No extrañaba a nadie que prefiriesen llevar la Corte a Estella, a Olite, a Sangüesa o a Tudela, antes que permanecer en Pamplona. Asuntos de Estado, sin embargo, les obligaban dos o tres veces al año a estancias en la ciudad cabecera del Reino. Sería en alguna de ellas cuando el esposo de la Reina dio en conocer a la madre de mi abuelo.

¿Servía en palacio la hija de Ansa, el curtidor? Así parece; en el orden que Dios estableció en este mundo, el que sale adelante con el trabajo de sus manos nunca se ha avergonzado de tener que mandar a sus hijos a servir al poderoso. Y aunque las cosas no sucedieran así, Pamplona no es París. Se encontrarían un buen día, en los aledaños del Portal de la Rochapea, o extramuros, a la orilla del Arga, mientras la joven iba a por agua o al lavadero.

Labrit —así llamaban en Pamplona a Juan de Albret— tenía cincuenta y cuatro años e intactos sus ardores juveniles. Desconozco si fue bueno para el Reino. Dicen que su mujer Catalina era más diestra en los asuntos de la República. Con todo, poco pudo demostrar tales dotes, puesto que casi siempre estaba ocupada en traer hijos al mundo. Juan era un hombre instruido y dicen que galán, de los que suelen agradar a las mujeres. Catorce veces hizo madre a su esposa, y no había perdido por ello la facultad de engendrar.

Inútil es preguntarse si la hija del curtidor se entregó forzada o voluntariamente, si fue un encuentro fortuito o cedió a semanas de insistencia, si tan solo fue una o repetidas veces, si a sabiendas de sus padres o fue en secreto... Me inclino a pensar que el arrebató no se apagó tras la primera llamarada, es decir, que Juan se prendó ciertamente de la muchacha. Mi bisabuela —tenía María por gracia, la llamaban María Ansa— no había cumplido los catorce y ocurrió que su familia se percató de su tripa hinchada.

—Mil diablos y dos mil demonios, ¿con quién y cómo...?

No se sorprenderían demasiado. No debía de ser el primer bastardo que nacía en su calle. Además, emparentar con el esposo de la Reina, aunque fuese por la puerta pequeña, podía suponer un golpe de fortuna para toda la familia, si sabían aprovechar la ocasión. Si un calderero deja encinta a una mujer de su barrio, hará suficientes esfuerzos para que no llegue a oídos de nadie, especialmente de su esposa. Porque si no, cuidado. Será tachado de adúltero y calificarán de ramera a la que anduvo con él. En cambio, si el señor de las tierras y de sus gentes abre las piernas a la primera chiquilla que le viene a mano, todos le alabarán la hazaña, su mujer no se lo reprochará y la Iglesia encontrará, de una manera o de otra, la forma de bendecir el fruto de su simiente. Son muchos los bastardos reales a los que se ha visto vestirse de barones o de obispos.

A mi abuelo no le hicieron barón; menos aún, obispo. Para ello habría sido preciso que Labrit antes le reconociese como hijo. No hizo tal cosa. ¿Por qué? No es seguro. Quizás no estuviese lo suficientemente cautivado por María. Por otro lado, no era la primera vez que abonaba un huerto ajeno, y podría temer que se agotase la paciencia de su señora, más principal. Quien tiene marido acostumbra a tener señor. Pero era Juan de Albret quien estaba casado con la Reina. No ocupaban, por tanto, el mismo escalafón. Navarra vivía una época de desorden y se puede pensar que Juan, sin entrar en historias de bastardías, ya tendría suficiente trabajo con atraerse a las Cortes del Reino, desbaratar conspiraciones beamontesas y esquivar las hambrientas dentelladas de Castilla y de Francia. Acabó delegando en Leonel Garro la tarea de apañarse con la familia de la muchacha preñada.

Si los monarcas navarros en Lapurdi podían confiar en alguien, era en los Garro. Favorecidos por su gratitud, hacía tiempo ya que habían dado el salto desde su señorío de Lekorne a nuestro Reino. Leonel era vizconde de Zolina; su hermano lo era de la Val de Erro. En Pamplona poseían una casa, levantada en piedra, en donde

estuvieron antaño las viejas murallas del burgo de San Nicolás. Ignoro si en otros asuntos sirvieron a la Corona tan bien como en el tema de nuestra familia, o si es que el padre de María Ansa era un completo idiota. Una bolsa llena de plata y la promesa de ocuparse del niño que estaba por llegar bastaron a Leonel para acallar las preocupaciones del curtidor. En las ferias del Reino, pocas veces se vendió tan barata la carne de bastardo real.

Mi abuelo Miguel nació el 29 de septiembre de 1503. A María le encontraron marido dos años más tarde: Tomás Atondo, oficial de la calle de los zapateros. No sé gran cosa de los atajos que llevaron a esa boda. ¿Terciaría el padre de la criatura? Así lo creo. El trato suscrito con Leonel Garro no tenía por qué cerrar las puertas a las visitas que en el futuro Juan de Albret pudiese seguir haciéndole a la hermosa María. Si no fue así, al menos no se puede negar que la suerte favoreció a la reciente madre. Pocas hijas de la calle de los curtidores se veían ascendidas por una boda hasta la de los zapateros, o, lo que es lo mismo, de la Navarrería a San Nicolás. Y mucho menos, si traían en sus brazos una criatura habida antes con otro hombre. Tomás Atondo adoptó como hijo al pequeño Miguel. La viruela acababa de llevarse a su esposa, dejando a tres niños sin madre. El zapatero, por tanto, necesitaba una mujer, no más hijos a los que tener que llenarles otro cuenco.

A mi abuelo apenas le oí nunca alabanza alguna de su padrastro. Egoísta, avaro, hipócrita, falso, cobarde... no eran precisamente flores las que salían de su boca cuando describía a Tomás Atondo. No parece que el hombre actuase por pura benevolencia cuando aceptó en su casa a Miguel, de dos años. Seguramente, continuaba afluyendo el dinero de palacio lo que sin duda contribuiría a ablandarle el corazón. Miguel, además, no sería por mucho tiempo una carga en la casa. Para entonces, Tomás y María ya habían asegurado el porvenir del niño: si vivía, al cumplir los diez años empezaría a servir en la casa del Señor de Ciligüeta, a la sazón primo de Leonel Garro, y con cuyo beneplácito ya contaban. Más adelante, ya se vería. Le conseguirían algún empleo en la iglesia, en la milicia o en la Corte, según hacia dónde mostrase inclinación. Miguel, a diferencia de mí, supo ya desde niño cuál era su origen y su destino.

En los años que siguieron, María hizo a Tomás Atondo padre de tres hijos más. En ningún sitio ha quedado registrado si Labrit ayudó en esa labor. Si continuaba viéndose con María, lo hacía discretamente, y jamás en casa del zapatero. Mi abuelo, al menos, no guarda recuerdo de haberse encontrado nunca con tan gran señor, ni en casa, ni en la calle.

Hay otra cuestión que no puedo soslayar. Hasta el momento en que el marido de la reina Catalina se abrió paso entre los muslos de María, los Ansa, como los Atondo, siempre se habían mantenido lejos de los principales del país. Como se ha dicho, los Ansa eran de la Navarrería, población que los franceses habían destruido un siglo

antes. No se habría disipado completamente la rabia y el odio hacia ellos. Mi abuelo, en la calle de los curtidores, debía de oír a menudo frases como «tan víbora como un *franchute*», «tan gusano como el hijo de un *franchute*». En tales ocasiones, su mente tal vez volase hacia su poderoso padre, también él vasallo del rey de Francia, también él *franchute*. Y al pequeño le recordarían las viejas historias que contaban la llegada y los estragos del ejército extranjero en los tiempos del abuelo de su abuelo.

—Arrasaron toda la Navarrería, sin dejar piedra sobre piedra.

Tal vez por ello, el pequeño Miguel apenas oíría una palabra amable sobre los funcionarios y caballeros gascones y bajonavarros, que en Pamplona tanto habían proliferado desde que Juan viniese a compartir el trono de Catalina. Por lo demás, el Reino, la Política, la República... palabras de tanto peso no saldrían de los labios del abuelo de Miguel, ni de los de su padrastro Tomás Atondo.

Navarra se desangraba sin fin en una lucha fratricida. Dos carneros de retorcidos cuernos se embestían mutuamente por ver quién le sacaba los sesos al otro. En aquella casa, empero, nunca se había tomado partido por uno u otro. Y tener que mantener al hijo del defensor de uno de ellos no les hizo cambiar de perspectiva.

Atondo tenía una opinión clara sobre la asunto: «Berriosuso o Berrioplano, con hambre siempre el aldeano». Para él, lo mismo daba Luis de Beaumont que Menaud de Agramont. Lo mismo el Condestable de Navarra que el Mariscal de Navarra. Lo mismo el Conde de Lerín que el Señor de Cortes. Lo mismo Castilla que Aragón o que Francia. Lo mismo, la bruja Isabel que el demonio Fernando o el zorro Luis... Todo y todos eran lo mismo. «Berriosuso o Berrioplano...».

—Yo le hago zuecos de madera al labrador y botas de piel al noble —decía a quien quería escucharle—. ¿Por qué me he de preocupar si el año que viene somos castellanos o franceses? Este Reino está perdido. Hasta un ciego lo ve. Yo no lloraré por él. San Crispín seguirá como hasta ahora, abriéndonos las puertas del Cielo a los zapateros de Pamplona.

Emponzoñada su cabeza por la Iglesia de Roma, por lo visto no sabía que a una imagen de madera le es imposible hacer eso. Por alguna razón que desconozco, Tomás Atondo se enorgullecía de su oficio y de ser pamplonés.

El 24 de julio de 1512, el duque de Alba tomó posesión de Pamplona en nombre de Fernando de Aragón. No hubo contienda ni batalla. Bastó la amenaza de reducir las casas a cenizas, expoliar sus bienes y asesinar sin piedad a sus habitantes para que la ciudad se entregara sin resistencia. El rey don Juan y la reina doña Catalina habían huido ya a sus Estados de Bearne. Mi abuelo Miguel tenía ocho años. Cuando me lo contó, recordaba, como si hubiese sucedido la víspera, cuanto pasó aquel día.

Parece que Tomás Atondo cerró su taller para dirigirse a la puerta de San Nicolás, con toda su familia. Allí se encontraban, bajo el abrasador sol del verano, todos los beamonteses de Pamplona y más de uno que hasta entonces había sido agramontés, además de otros muchos indiferentes. El padrastro de mi abuelo no fue el más tibio en sus ovaciones cuando los regidores dejaron la llave de la ciudad en manos del

castellano. Un amigo suyo no pudo menos que sorprenderse ante ese entusiasmo.

—¿Por qué ahora tan contento? —le preguntó—. En todos estos años jamás te has inclinado ni por unos ni por otros.

—Lo primero de todo, conservamos las cabezas sobre los hombros. Lo segundo, dicen tener la bendición del Papa y al Papa hay que obedecerle siempre. Y en tercer lugar, alguien tendrá que calzar a nuestros conquistadores.

Mi abuelo, ya lo he dicho, solo tenía ocho años. Ya conocía la guerra. ¿Quién no, en la Navarra de aquellos años? La pelea fratricida era un tema recurrente en los violentos juegos de los muchachos de su calle, en los que cada uno aportaba las cosas que oía en su casa. Miguel, en lo que a eso se refería, constituía una excepción: a pesar de saber de quién era hijo, nunca hasta entonces había mostrado ningún afán especial por hacer de Condestable o de Mariscal. Aquel 24 de julio de 1512 algo se le revolvió en su interior al ver desfilar ante sus ojos las frentes erguidas de aquellos bravucones soldados forasteros, vestidos de gala. Las palabras de su padre le hicieron enrojecer de vergüenza tanto como la doblez de la mayor parte de los habitantes de la ciudad. Según sabría después, las buenas gentes de Tudela y de Estella habían tenido más redaños en el momento de plantar cara al enemigo y defender a los Reyes. Los pamploneses, en cambio, cobardes y falsos, se habían comportado como ganado. Mi abuelo ya nunca más volvería a dudar: en sus juegos de guerra, no tomaría el papel ni del Condestable ni del Mariscal, sino del propio Labrit, de su padre. Los muchachos de la calle de los zapateros no tardarían en probar, en sus espaldas, la cólera de mi abuelo y su espada de madera. Tan veletas como sus padres, la mayoría de las veces pedían para ellos el papel de castellanos en sus juegos bélicos.

En aquel mismo 1512, el día de Todos los Santos trajo consigo a Juan de Albret —al verdadero, no a mi abuelo en sus juegos— desde Pau hasta los lindes de Pamplona. Había regresado a reclamar sus derechos y los de su mujer, y no venía solo. Traía con él un gran ejército reclutado en sus Estados de Bearne y en su vizcondado de Gascuña, al que se habían unido navarros de todas partes.

Durante algunos días, Miguel, con el corazón en un puño, soñó cómo habría de ser la entrada en la ciudad del Rey legítimo, de su padre. En vano. Sus habitantes no se alzaron contra el usurpador. Los castellanos, previendo que algo así pudiera suceder, supieron evitar el peligro: las personas consideradas de poco fiar fueron apresadas y llevadas con cadenas a Logroño. Los demás se convirtieron en criados del enemigo.

Para sonrojo de todos, buen número de pamploneses se destacó aquellos días en las puertas de San Lorenzo y Santa Engracia o en el molino de Caparroso, luchando contra los hombres del Rey, codo con codo con los soldados del duque de Alba. Los no dotados de un espíritu tan aguerrido adoptaron otras formas de mostrar su apoyo al castellano: como muchos otros padres, también Tomás Atondo condujo a su familia a lo alto de las murallas, a gritarles mil improperios a los que al otro lado del foso pretendían liberar la ciudad:

—¡Pasto de gusanos del infierno! ¡Hijos putrefactos de mala puta! ¡Cabrones desalmados! ¡Sucios cerdos salvajes! ¡Venid y os meteremos la espada por el culo!

Aunque sabía insultar tanto como el que más, Miguel se mantuvo callado. Tomás Atondo no concebía la razón del ceño fruncido de su hijastro:

—Jura sin miedo, tenemos permiso del Papa.

Miguel decidió odiar al dichoso Papa tanto como a su padrastro.

Entrado el invierno, el duque de Nájera trajo refuerzos de la Provincia y de Álava. Los sitiadores se retiraron hacia los puertos. Los que iban en retaguardia fueron alcanzados en el monte de Belate y masacrados por los viles guipuzcoanos, que también les arrebataron los cañones. Aquella noche hubo fiesta en las calles de la capital. El pequeño Miguel no acompañó a sus familiares a la celebración. Había tomado una decisión: si no lo hacía nadie antes, él limpiaría algún día la vergüenza perdida de las gentes de Pamplona.

Mi abuelo era todavía demasiado joven para apercibirse de que aquellos días eran más cosas las que se habían perdido, amén del trono de Catalina y Juan y del honor de los habitantes de la capital. De alguna forma, la ruina del Reino fue también la de Miguel Ansa. Hasta entonces, a pesar de su falta de concreción, el acuerdo con Leonel Garro le auguraba un futuro más halagüeño que el de la mayoría de los hijos legítimos de su misma calle. Sería un criado, pero la servidumbre puede ser más agradable que un convento, un burdel o la miseria de los caminos, cuando constituye la antesala de trabajos más llevaderos. La certeza de un futuro sin agobios por el día a día le confería un cierto lugar y posición en la casa de Tomás Atondo, por comparación a sus hermanastros y a sus hermanos de madre o, quién sabe, de padre y madre. Ahora, Labrit, que debía haber garantizado todo eso, se había esfumado, olvidándose completamente de su hijo clandestino. También Leonel Garro había hecho suyo el destino de los reyes expulsados, marchando a sus posesiones de Lapurdi. No fue menos el señor de Ciligüeta, Gaspar Ezpeleta: también él optó por el exilio, junto a sus legítimos señores. Ya no había nadie a quien recordar la palabra dada unos cuantos años antes. De la noche a la mañana, María perdió su sostén económico. Miguel, por su parte, quedó con la tierra y el cielo como única posesión, en aquella casa en la que nadie había previsto ningún sitio para él.

Tomás Atondo tenía tres hijos antes de casarse con María Ansa. A Isabel no hacía mucho tiempo que la habían casado con un cerero, al cumplir los quince años. El segundo, un varón, murió antes de llegar a mozo. Si mi abuelo alguna vez me dio a conocer su nombre, no lo he guardado en la memoria. Pedro era el tercero, algo más joven que Miguel y compañero suyo de juegos desde pequeños. Fue a él a quien su padre tomó de aprendiz en la zapatería, uno de su sangre, a pesar de que por edad su hijastro le precedía. Al no tener ya nada en ningún lado, Miguel tendría que volver a la calle de los curtidores, a la Navarrería.

El padre de María hacía un año que había muerto. Su hijo mayor —hermano de María y tío, por tanto, de Miguel— había continuado con la casa y el oficio. Como todavía no tenía ningún hijo en edad, se mostró dispuesto a aceptar a su sobrino como aprendiz, a cambio de cama y comida. A Miguel la humedad le consumiría los tuétanos y el vapor pestilente que desprenden las pieles le quemaría los pulmones. Del mal, el menos; no debería mendigar por los caminos. La repentina muerte de Pedro dio un vuelco a su destino. Su padre le había enviado a llevar un calzado al taller de un herrero, cuando un caballo le propinó una coz en plena frente. La montura pertenecía a un oficial español. El mismo día que enterraron a su hermanastro, Miguel ocupó su lugar en la zapatería.

Aquellos años, las calles de Pamplona fueron testigo de más movimiento, barullo y trajín que nunca. El de por sí numeroso ejército ocupante trajo consigo un séquito todavía mayor de mendigos, malhechores, truhanes, ramera, chulos, buscones, conseguidores y rufianes de todo tipo. Los nuevos vencedores temían el regreso de los legítimos reyes, razón por la que iniciaron obras de refuerzo de las viejas murallas. Tenían prisa y para ello no bastaban los oficios de la ciudad. Con la primavera, aparecieron como escarabajos, llegados no se sabe bien de dónde, canteros y cordeleros, picapedreros y carpinteros, herreros y yeseros, con sus maestros, peones, oficiales y aprendices. Y todos ellos precisaban de comida y bebida. Las reatas de mulas y las yuntas de bueyes se agolpaban sin poder avanzar en las seis puertas de la ciudad. En los hostales no cabía un alma. Como pronosticó Tomás Atondo, los zapateros tampoco podían quejarse, ya que tanto ir de aquí para allá desgastaba el calzado de la gente. A Tomás, con los bolsillos bien calientes, pronto se le pasó el duelo por el hijo fallecido.

Miguel no sacó gran beneficio de la prosperidad de la ciudad. En sus recuerdos, aquellos años se presentarían con colores mortecinos. Se habían acabado los juegos en la calle. En la zapatería trabajaba hasta la extenuación bajo la dura mano de Tomás. Y por si eso no bastara, fuera los españoles campaban a sus anchas.

Los jóvenes ojos de mi abuelo vieron cómo el conquistador hacía derruir el viejo castillo de la Navarrería y el convento de Santiago. Algunos de aquellos sillares servirían luego para reparar el fuerte de San Nicolás, mientras que otros se utilizarían en la construcción de un nuevo castillo sobre los cimientos del convento derribado. Pero todo no fue destrucción y felonía: por las calles corría el rumor de que había más de un pamplonés que, en secreto, había marchado a reunirse con los monarcas usurpados. También Miguel habría dejado de buena gana casa y trabajo, para tomar el camino de los fugitivos hasta el Bearn. No lo hizo, evidentemente. A pesar de su juventud, no se le escapaba que ningún ejército aceptaría en sus filas a un muchacho de nueve años.

En 1516, la esperanza en la proximidad de la revancha animó, por un breve espacio,

al chiquillo de la calle de la zapatería. Las campanas de las iglesias de la ciudad repicaron la noticia: Fernando de Aragón había visto, por fin, los rojos ojos de la muerte. Como si fuese una señal, toda Navarra empezó a bullir de odio hacia los conquistadores. Entre los mismos que se habían reunido a las puertas de la ciudad para dar la bienvenida a los castellanos, no eran pocos los que ya estaban hastiados de su prepotencia y sus desmanes.

Pronto llegaron rumores de guerra hasta la capital. Juan de Albret había penetrado en la Baja Navarra. El Mariscal Pedro se había hecho con el Roncal y Salazar. Los habitantes de Sangüesa y de Olite habían izado sobre sus murallas el estandarte de Labrit. Y la imaginación de Miguel volaba. Su padre Juan —había empezado a llamarle así, «mi padre Juan»— expulsaría de Navarra al español. No solo eso, su padre Juan, además, provocaría el escarnio de Tomás Atondo y, tras reconocer de un solo golpe de vista a su hijo perdido, le estrecharía entre sus brazos y le introduciría junto a él en el recuperado Castillo Real. Tenía hechas perfectamente las cuentas.

Ensoñaciones de un muchacho de trece años. Nada ocurrió de todo eso que debía ocurrir. Antes de dos meses, había sido sofocada la chispa de la revuelta, y se encontraban muertos o presos la mayor parte de quienes habían osado enfrentarse al español.

La noticia provocó unas malas fiebres en el joven Miguel. Tan pésimo aspecto tenía, que su madre hizo venir a un cura de San Nicolás, a fin de que lo preparara para su último viaje. Tomás Atondo había comenzado ya a discurrir quién podría suplir en la zapatería el hueco que previsiblemente iba a dejar Miguel. Sin embargo, no estaba de Dios que mi abuelo abandonase todavía este mundo. No, al menos, sin intentar sacudirse el yugo. Mejoraría unos días después.

Tuvieron que transcurrir cinco años para que Miguel viese cumplido su sueño.

Solo le faltaban unos meses para cumplir dieciocho años. Era inteligente. Había aprendido por su cuenta a sumar y a restar, y a escribir su nombre. En la zapatería se conducía con destreza cuando la sombra envidiosa de Tomás Atondo se lo permitía. Se había convertido en un muchachote vigoroso, al que su padrastro hacía tiempo que no se atrevía a ponerle la mano encima. Ello no se tradujo en aprecio entre ellos. Tomás había empezado a tratar de su matrimonio con otros oficiales de la misma calle. No por apaciguar cuanto antes el cada vez más notorio temperamento fogoso de su hijastro, sino por perderlo de vista a la mayor brevedad. El zapatero no ocultaba sus prisas por traspasarlo a otro hogar. Sus interlocutores no tenían más que hijas por descendencia. Ya estaba previsto que Joanikot, el hermano pequeño de Miguel, hijo de Tomás y María, fuera su sustituto como aprendiz en la zapatería de su padre.

Mientras, en el extranjero, había ya fallecido la reina Catalina y lo mismo su marido Juan de Albret. La noticia de la muerte de este último ensombreció durante una buena temporada el espíritu de Miguel, así como el de María Ansa. ¿Le dolía a él

la pérdida del padre; y a ella, la pérdida del hombre? Básicamente no, en mi opinión. Si la madre soñó alguna vez una vida mejor, ese sueño se había esfumado junto con Labrit. El hijo, por su parte, veía irreversible la ruina del Reino. María salía perdiendo más, es obvio. Lo suyo no tenía remedio. Lo de Miguel, tal vez. Su hermanastro era ahora la esperanza de mi abuelo y de los demás leales: el hijo de Juan y Catalina, Enrique, II de Navarra, al que llamaban *el Sangüesino*, por haber nacido en esa localidad.

Tampoco las cosas eran iguales en el otro bando. En lugar de Fernando, el canalla aragonés —¡que arda por siempre en las llamas del infierno!—, sobre los españoles mandaba el flamenco Carlos de Habsburgo. No era más que un muchachuelo imberbe, pero contaba con una inmejorable escolta: contra nosotros ya no había un único reino, o dos, Castilla y Aragón unidos, sino todo un Imperio que iba desde el mar de los moros hasta las llanuras húngaras. Ahí es nada, la minúscula Navarra contra la mitad del mundo.

Nuestro Enrique —si alguno fue *nuestro*, ese fue él— no se amedrentó por ello. También en París habían sucedido cambios: Luis había fallecido y en su lugar se sentaba Francisco. Francisco I de Francia fue siempre encarnizado enemigo de los españoles, y casi siempre amigo íntimo de Albret. Unos años después, el rey de Navarra se casaría con su hermana Margarita. El nuevo monarca estaba dispuesto a tendernos una mano en contra del emperador. Con su apoyo, Enrique levantó una gran tropa en sus posesiones de ultrapuertos. Veinte mil soldados, bien pertrechados de caballos y cañones. El mayor ejército que jamás haya batallado bajo el estandarte de Navarra. Junto a ellos volvían los exiliados de cinco años antes.

Entraron en el Reino como un vendaval. En cuanto estuvieron a la vista de las murallas de Pamplona, los españoles huyeron a la carrera, presa del pánico. ¡Cómo se les aligeraron las piernas al virrey y a su segundo, al obispo y a los canónigos! Solamente dejaron una reducida compañía en el recién levantado castillo de Santiago, comandada por Herrero, el gobernador castellano, y el capitán guipuzcoano Loyola. Era el 19 de mayo de 1521. Como ya se ha dicho, mi abuelo había visto diecisiete veces la vuelta de las palomas.

—¡Adiós! —avisó, no pudiendo tenerse más.

En la puerta de la zapatería, Tomás Atondo quiso impedir la marcha de su hijastro. Lo intentó con palabras suaves. Ya no se atrevía a usar la fuerza con el gallardo muchacho que tenía delante.

—No te confundas, Miguel. Recuerda: «Berriosuso o Berrioplano, con hambre siempre el aldeano».

Tras aguardar durante tantos años aquel momento, mi abuelo no estaba para argumentos de ese tipo:

—«Berriosuso o Berrioplano, el español siempre ufano». Pero no por mucho tiempo.

—El Papa no está de vuestra parte.

—¡Por mí como si se le pudre la sangre del badajo!

Los vencedores entraban por la Puerta de la Rochapea, recibidos por los vítores de los vecinos, a los que contestaban saludando con sus manos. Al aprendiz de zapatero le llevó un buen rato encontrar entre aquellos hombres de armas a algunos que hablasen su idioma. Vestían estos los andrajos de los montañeses. Por su acento, parecían de la Val de Erro. Les preguntó directamente por el rey Enrique. Por su hermano. La respuesta le sorprendió no poco. Al parecer, el descendiente de Labrit se había quedado en el Bearne, en vez de ponerse a la cabeza de sus soldados.

—El gascón Asparrós es nuestro general. Así lo ha querido el rey de Francia.

Una lección de aquel día: la ayuda suele traer un yugo consigo.

El pueblo de Pamplona, el mismo que aplaudió al duque de Alba, no perdió el tiempo. Tras asegurarse de que, efectivamente, la ciudad había cambiado de dueño, tomó por asalto el palacio del virrey. No quedó en su interior un solo cazo que no se llevasen los expoliadores. Los más osados mancharon de barro el escudo de armas de los Habsburgo. Mientras, Miguel se ocupaba en otros menesteres. Mi abuelo sirvió por primera vez al Reino dando indicaciones a los artilleros de Asparrós para que acertaran sus disparos contra el castillo. No fue trabajo baldío. Tras un breve bombardeo, los españoles se entregaron, después de haber sido herido Loyola de un cañonazo. Cuando salían los vencidos de la fortificación, mi abuelo los acometió con su martillo de zapatero en la mano.

—¡Nos debéis nueve años de vergüenza!

Si no se lo hubiesen impedido por la fuerza unos piqueros de Bigorra, al maltrecho Loyola le habría sacado los sesos a resecarse al sol.

Mi abuelo se ganó su apodo aquel día: de ahí en adelante, en vez de Miguel Ansa, en todas partes y para todo el mundo sería Miguel Mailu, esto es, Miguel *Martillo*. Su nombre no fue lo único que mudó a causa del tumulto a las puertas del castillo de Santiago. En aquel toma y daca, mi abuelo dio por tierra con uno de los bigorranos, tras romperle la nariz con el martillo.

—¡Qué has hecho, bellaco!

Huyendo de la venganza de los compañeros del soldado descalabrado, Miguel se refugió en la zapatería. Allí tuvo que referirle a Tomás Atondo lo sucedido. Este se echó a temblar, más cobarde que nunca.

—¿Es que quieres meter a los *franchutes* en casa? ¡Serás la perdición de todos si te quedas!

Si María no lo hubiese retenido, seguramente habría corrido a denunciar a su hijastro.

Un aire festivo como el de los mejores días de las ferias de julio se había adueñado de las calles de Pamplona. Grandes y pequeños, pobres y ricos, eclesiásticos y laicos, pocos fueron los que aquella noche se guardaron en sus casas. Todo el mundo quería festejar con los soldados de Asparrós la derrota de castellanos y traidores. El frenesí duró hasta el alba. Cuántas cubas se vaciaron y cuántos virgos

se rasgaron al amparo de la oscuridad. Ni de lo uno ni de lo otro cató mi abuelo. Aquel día Miguel Mailu también aprendió algo acerca de los tortuosos caminos por los que conduce la vida: prácticamente el único amigo verdadero que el ejército liberador había encontrado en toda la ciudad, se veía obligado a escapar de los soldados del rey, como si de un felón español o beamontés se tratara. Lejos de los festejos de un día tan anhelado, a la luz de la luna, valiéndose de una cuerda se deslizó muro abajo cerca del Postigo de los Canónigos. Llevaba consigo todas sus pertenencias: su martillo de zapatero, diez monedas sustraídas a su padrastro y media hogaza de pan, humedecida por las lágrimas de María.

En Tafalla, el vizconde de Etxauz y el señor de Olloki protegían el flanco derecho del ejército principal. Tenían a sus órdenes una tropa de dos mil hombres, entre bajonavarros y gascones. No eran pocos y, sin embargo, ardían en deseos de aumentar su número. Aceptaron sin problemas a Miguel Mailu entre ellos. No era el único. A diferencia de Pamplona, en esa zona el rumor de la revuelta había sacado de sus casas a multitud de jóvenes, azuzados por el odio y el afán de gloria. Pero esas prendas no eran suficientes para hacerle frente al español.

Mi abuelo retomó el empleo de aprendiz, como antes en la zapatería, pero ahora en el oficio de la guerra. Discernir las órdenes de los oficiales o caminar sin desmarcarse de la formación no era más divertido que preparar los retales de piel para su padrastro en el taller de Tomás Atondo. Otra cosa era el adiestramiento en el manejo de la lanza, la ballesta o la espada. Ramón Itsusko era quien les instruía en esas artes.

Ramón Itsusko era seis años mayor que Miguel. Era de Istúriz. Como casi todos los oriundos del país de Arberoa, provenía de una casa hidalga. Era, por tanto, infanzón, pero, como segundón, no pudo sacarle a ello gran provecho. Entró de joven como balletero en las sempiternas luchas entre los señores de Agramont y Luxa, siempre al servicio de los patronos del castillo de Bidache. Montaba a caballo cuando mi abuelo le conoció. El pamplonés le resultó un alumno diligente.

La noticia del desastre de Noáin sorprendió a Miguel con una culebrina, en su primera lección sobre los misterios de las armas de fuego. Aquel día lloró. Más que la derrota, le dolía no haber dado también él la vida en los campos de Barbatáin sosteniendo en sus manos la roja enseña de Navarra. Cuando me lo confesó, medio siglo después, no alcanzaba a darle crédito. ¿Quién iba a hacerme creer que conocieran las lágrimas esos ojos parduscos y enormes que miraban afilados como un puñal?

Temiendo quedar rodeados en aquel rincón de Tafalla, Etxauz y Olloki no tardaron en dar orden de levantar de allí el campo. Todas las retiradas son tristes, pero ninguna más que lo que fue aquella. Sentían en las nuca el aliento del perseguidor. Escaseaban los víveres, los ánimos flaqueaban. Los vecinos de los pueblos que

atravesaban solo les socorrían bajo amenaza. En cuanto se alejaban un poco, les oían maldecir entre dientes contra *franchutes*, gascones y bajonavarros. En aquella tropa había pastores o boyeros, hechos a andar por el monte. Las urbanas piernas de Miguel, en cambio, no habían caminado nunca más allá del puente de la Magdalena hasta el día en que abandonó Pamplona para ponerse en camino hacia Tafalla.

Por dos veces estuvieron a punto de quedar copados. En Aibar poco faltó para que el traidor Francés de Beaumont les cortara el camino. Llegado directamente de la recién recuperada Pamplona, estuvo cerca de juntarse con una compañía aragonesa que venía de rendir Sangüesa. Al abrigo de la noche, los que escapaban justamente pudieron pasar entre unos y otros. Tres días más tarde, en Aezkoa, poco les faltó para caer en un cepo parecido. Se enteraron a tiempo de que Gómez González de Butrón se encontraba en Espinal, con sus vizcaínos. Como si fueran alimañas, abandonaron la calzada real y siguieron por las montañas, por empinados caminos de cabras. Miguel marchaba espantado. Ni en la peor de sus pesadillas podía haber soñado que existiesen montes tan elevados ni bosques tan tupidos como aquellos.

Le correspondió ir en la pequeña partida que, a cargo de Ramón Itsusko, vigilaba la retaguardia. Solo tuvieron un encontronazo con la avanzadilla de los vizcaínos. Miguel Mailu conoció ese día qué se siente cuando se da muerte a alguien.

Cincuenta años después ya había olvidado algunos pormenores del choque. El enemigo era al parecer un muchacho todavía imberbe. Antes de enzarzarse frente a frente con mi abuelo, ya había recibido en el muslo una saeta de la ballesta de Ramón Itsusko. Miguel, que había perdido las armas en la oscuridad de Oibar, se lanzó contra el herido con una vara afilada con su propia navaja. El contrincante disponía de una espada, pero la manejaba sin fuerzas. No fue difícil esquivar sus acometidas. La pregunta de mi abuelo lo pilló desprevenido.

—¿Cómo te llamas?

A causa del dolor, su cara lampiña estaba lívida. Respondió con un suspiro.

—Martín. Martín Epaltza.

Miguel, de un golpe, clavó la afilada vara en su pecho izquierdo. Después, la hizo girar en sus manos, tal y como Ramón Itsusko le había enseñado. Mi abuelo me mostraría muchos años después la espada de aquel vizcaíno, limpia y sin herrumbre.

Los licenciaron al poco de llegar a la Baja Navarra. Al menos a los que quedaban, porque para entonces ya muchos habían escapado por su cuenta. En Istúriz, Ramón Itsusko le ofreció su casa. Allí tuvo ocasión de reflexionar. Quizás podría volverse a Pamplona, a suplicar el perdón del emperador. No era ningún secreto para nadie que algunos —los propios Etxauz y Olloki— lo estaban haciendo así. Por otra parte, en Pamplona no tenía asegurado el sustento. En la zapatería de su padrastro estaría ya trabajando su hermanastro Joanikot. Sin embargo, en la misma calle su padrastro todavía podría encontrarle alguna esposa que no tuviese hermanos, para poder

empezar desde abajo a la sombra de otro. Eso, claro está, si traía de vuelta en el morral el arrepentimiento y las diez monedas que le robó a Tomás. Desafortunadamente, arrepentido no estaba, y hacía tiempo que se había gastado los dineros.

Itsusko tampoco era hombre de quedarse en casa. Se despidieron de su acogedora familia y partieron ambos hacia Lapurdi. Era la primera vez que Miguel pisaba tierras del rey de Francia, porque así lo eran desde que, tiempo atrás, expulsaran de allí a los ingleses. En cuanto cruzaron la frontera tuvieron conocimiento de que el capitán Vélez de Medrano, tras escapar del matadero de Noáin, ansiaba continuar la guerra a las órdenes del rey Enrique. Ahora, bajo la protección de los señores de Ezpeleta y de Lekorne, se afanaba por reunir a los navarros dispersos por la derrota. El punto de encuentro del germen de aquel nuevo ejército era el palacio de Gerezieta, casa señorial y natal de los Garro. Llegar y preguntar por Leonel, todo fue uno para Miguel Mailu. Dieciocho años atrás Leonel Garro había hecho las veces de embajador de Juan de Labrit en sus negociaciones con los Ansa. Lo tenía bien grabado en la memoria, de oírsele tantas veces a su madre. Pero el aprendiz de zapatero llegaba tarde. Leonel había muerto unos meses antes, después de haber padecido durante tres años cautiverio a manos de los castellanos. Volvió enfermo, tras rendirse junto con el Mariscal Pedro, en el Roncal, durante la tentativa de 1516. Gastón Garro, hijo de Leonel, era ahora el señor de Gerezieta.

—Te encuentro parecido con alguien y no consigo acordarme de con quién —le dijo el joven señor al pamplonés, cuando lo tuvo frente a sí.

—Con mi padre y con mi madre.

Miguel Mailu apenas podía disimular su disgusto. Por un momento había creído poder cambiar su destino.

En el otoño de aquel 1521, los leales del rey Enrique, a golpe de espada, ahuyentaron al enemigo más allá de Belate e Ibañeta. En el flanco derecho, el grupo que conducía Pedro, el hijo del Mariscal de Navarra, le había arrebatado Fuenterrabía al emperador, en tierras de Guipúzcoa. Miguel era de los primeros.

Españoles y navarros renegados emprendieron el contraataque a finales de la primavera del año siguiente. El 17 de junio dos ejércitos se batieron en las inmediaciones de la villa de Santesteban. Mi abuelo iba en la partida de Gastón Garro, junto a su amigo Ramón Itsusko. Por desgracia, los otros eran muchos y los nuestros demasiado pocos. Antes incluso de descender a la liza, un arcabuzazo le impactó a mi abuelo en el costado. No fue lo peor que le pudo suceder. Acababa de empezar el combate y todavía no había nadie dedicado a rematar a los enemigos caídos. Ramón recogió a su amigo y halló la forma de llevarlo a la retaguardia. No se volverían a ver. Muchísimo tiempo después, supo los detalles del final de Ramón de boca de los supervivientes de aquel día aciago de Santesteban. Al parecer, trataba de cubrir con su ballesta la retirada de los nuestros, cuando los infantes castellanos le atravesaron con sus largas picas dejándolo como si fuese un erizo.

Trasportaron a mi abuelo a la torre de Zozaia, en carreta, junto con otros heridos. Al día siguiente, al conocerse la noticia de la derrota, se vieron obligados a abandonar de nuevo el lugar. El capitán Vélez de Medrano resistía en la fortaleza de Amaiur. Sin embargo, a los heridos no los llevaron allá, sino a Urdax. Allí, desde el monasterio de San Salvador, el leal abad Joanes Orbara proporcionaba ayuda a los de Amaiur.

Mi abuelo llegó casi exangüe al hospital que habían acondicionado en aquel lugar de oración. Con solo verlo los monjes le dieron por desahuciado. No creían que fuese a pasar un solo día más en este mundo. Sin embargo, todavía guardaba algo de vida dentro de sí.

Amaiur se rindió un mes más tarde. El aviso llegó a Urdax el mismo día: el enemigo bajaba en tropel desde Otsondo. En dos meses de campaña docenas de combatientes heridos habían sido trasladados hasta allá, pero Miguel era de los pocos que habían sobrevivido y podían ponerse en pie. Hacía pocos días que había comenzado a caminar. Con él tenía su espada, la que un año antes le había quitado al vizcaíno Martín Epaltza, aunque no se encontraba tan recuperado como para utilizarla, y en ese menester no había quien pudiera ayudarle entre los religiosos del monasterio. No se quedó a esperar a castellanos y beamonteses. Su arma, no cogió nada más, ni siquiera algo para calzar sus pies desnudos. El aprendiz de la calle de los zapateros de Pamplona hizo descalzo su segunda entrada en tierras de Lapurdi. Desde Ainhoa, contempló las columnas de humo elevándose sobre el cielo de Urdax. Los españoles habían entrado en el monasterio.

Cuando mi madre me trajo al mundo, mi abuelo había disfrutado cincuenta y tres veces de la sombra del manzano en flor. Esto es, el centauro barbicano de mis recuerdos cuenta con alrededor de sesenta años, tal vez más. No he conocido a nadie tan avanzado en edad, y menos aún a nadie tan anciano que ostentase semejante vigor. Exhibía robustas extremidades, voz tronante, trasero firme, entendimiento ligero y sangre tan caliente como la de su mejor época. Parecía que, cada vez que su cuerpo recibió las dentelladas del acero o la madera, le hubieran en realidad aplicado algún linimento contra la herrumbre del tiempo.

El arcabuzazo de Santesteban no fue sino el principio de una serie larga y cruenta. A un año de la huida de Urdax, los españoles entraron a sangre y fuego en las tierras de Lapurdi. Una vez más, Miguel vio los gélidos ojos de la Muerte: en un enfrentamiento en los alrededores de Senpere, la lanza de un valón a las órdenes del Príncipe de Orange erró por una pulgada la trayectoria hacia su corazón. Se encontraba en Baiona, debatiéndose entre la vida y la muerte, cuando se rindieron los navarros sitiados en Fuenterrabía. La noticia del perdón general del emperador le llegó cuando salía de la convalecencia.

La amnistía acabó resultando una prueba para medir a los verdaderos fieles. Pocos la superaron. Los señores de Ablitas y Javier, los de Ciligüeta y Urrutia, los de

Sada y Aginaga, los priores de Roncesvalles y de Ujué, el mismo hijo del Mariscal Pedro... todos acabaron vendiéndose al nuevo vencedor, renegando de su Rey y de su Reino. No fueron pobremente pagados: a cambio de su traición, recuperarían sus bienes y se verían recompensados con viejas y nuevas mercedes.

Miguel Mailu declinó tal gracia. «¡No tenía otra cosa que hacer que humillarme a lamer la mano del que nos apaleaba!». Tanto lo escuché que, cuarenta años después, me parece todavía estar oyendo a nuestro abuelo rezongar sobre el tema.

Fue de los pocos que no inclinó la cerviz.

El español se había ido de Lapurdi. Del reino de Francia. Seguía atrincherado en la Baja Navarra. A menos de una legua de la frontera, en Lekorne, Gastón Garro saludaba de nuevo a Miguel Mailu.

—Realmente te pareces a alguien que conozco. ¿A quién será? —De nuevo la misma historia.

Cerraron rápidamente el acuerdo: el señor de Gerezieta necesitaba protegerse de sus peligrosos vecinos; precisaba, por tanto, de gentes de armas. El antiguo zapatero, por su parte, llevaba tiempo sin sentir en sus bolsillos el sonido del dinero. Puesta la espada y la ballesta a su servicio, el verano siguiente cruzó toda Gascuña, hasta Nèrac. Capital de la comarca de Labrit. Conoció allí a Enrique, rey de Navarra. Le resultaría difícil olvidarse de ese día.

Miguel jugaba con unos peones a los dados en el patio del castillo, cuando vio a su jefe Gastón Garro aproximarse hacia él. Venía acompañado de otro hombre, más joven. El desconocido llevaba al cuello un colgante de oro con las imágenes de los escudos de todas las tierras del dominio de los Albret: Navarra, Bearne, Bigorra, Foix... Pero, aunque no hubiera reparado en ello, Miguel habría sabido de quién se trataba. Incluso con esos ropajes más elegantes, con esa barba y ese cabello infinitamente mejor arreglados, con ese rostro y esas manos que parecían desconocer la rudeza del trabajo manual y del campo de batalla... Incluso con todo ello, aquel hombre era la misma imagen que a Miguel Mailu le devolvía el agua clara cuando se inclinaba a beber de una fuente. Ahora ya sabía a quién tenía en mente Gastón Garro cuando le mencionaba su aspecto.

La reverencia era obligada, pero el estupor apenas le permitió cumplir con ella. El recién llegado, por su parte, no se percató del evidente parecido. Al menos, no lo demostró. Sorprendentemente, el señor de Gerezieta tampoco lo trajo a colación. Como si nada ocurriese, el barón labortano le habló en gascón a quien iba a su lado:

—He aquí un navarro a mi servicio.

El joven miró a los ojos a Miguel, con una curiosidad en apariencia despreocupada. Se dirigió a él en romance de Navarra:

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno, señor —dijo bajando los ojos. No se manejaba bien en esa lengua.

—Tienes mi edad, por tanto. Me han dicho que eres un guerrero valiente y que has sido herido ya dos veces luchando por nuestro Reino. ¿No serás por ventura de Sangüesa? Yo soy de allí.

A mi abuelo le temblaron los labios:

—No, señor, soy de Pamplona.

La voz del rey adoptó cierto tono de mofa:

—Para que un pamplonés salga en mi defensa, tendrá que ser mi hermano por lo menos —ahora le hablaba en vascuence—. Si algún día recupero Pamplona, te nombraré alcalde de la ciudad.

El rey prosiguió departiendo con Garro. Hablaban del Papa. Albret decía que el apoyo prestado a los castellanos por el Pontífice algún día le acarrearía la venganza de los navarros.

En el otoño de 1524, una noticia se propagó por los Estados de Navarra: Enrique II de Albret se disponía a atravesar los Alpes, junto a Francisco, el rey de Francia, para hacerle la guerra al Emperador.

—¿A Italia? ¿Por qué a Italia, si los españoles están en Pamplona? —se suscitó la discusión entre los ballesteros de Gastón Garro.

—Porque es precisamente ahí donde más le va a doler a ese puerco de Carlos.

El argumento acabó convenciendo a mi abuelo. No se hizo de rogar. Italia estaba lejos de Navarra, pero cualquier rincón del mundo es bueno si se puede golpear al enemigo. Gastón Garro, aunque con pena, le dejó marchar.

El pamplonés se sintió un enano insignificante en medio de aquel imponente ejército. Piqueros, arcabuceros, ballesteros, artilleros... una multitud de decenas de miles cubría cuanto abarcaba la vista. Y delante de todos, la más temible máquina de guerra: la soberbia caballería de los primeros nobles de Francia. Mientras admiraba aquel hormiguero indestructible, oyó una voz detrás de él:

—¿Qué os parece todo esto, señor *Alcalde* de Pamplona?

Era el rey Enrique, el gemelo de Miguel, que observaba el espectáculo desde lo alto de su caballo.

—Si hubiésemos contado en Noáin con la mitad de estos... ¿No es así, *Alcalde*?

—Estáis en lo cierto, señor. Con algo así, hubiesen sido los españoles los que corrieran, y no nosotros.

Como ya ha quedado dicho, mi abuelo no estuvo, cuatro años antes, en la penosa jornada de Barbatáin, sino en Tafalla. No quiso cansarse dando explicaciones. En cualquier caso, también su interlocutor se encontraba lejos de Noáin, en Pau, o en Nèrac, o a saber dónde, plegado a las órdenes del que sería su cuñado, Francisco de Francia.

—Ahora no nos ocurrirá lo de aquel día.

—De ninguna manera, señor. Hoy es nuestro turno.

Incluso la opinión más firme se torna incertidumbre al doblar la esquina. Antes, Miguel Mailu ni siquiera sabía que en el norte de Italia existiese una ciudad llamada Pavía. Bien lo hubo de aprender, en febrero de 1525. La caballería de armaduras brillantes se deshizo como la cera bajo el diluvio de fuego de los españoles. Vio con sus propios ojos a los soberbios caballeros caer muertos o presos en el lodo del campo de batalla. Entre los capturados, dos reyes, el de Francia y el de Navarra. Miguel, estupefacto, no podía creérselo. Y eso que, según cómo se mire, resultó afortunado. Como en la jornada de Santesteban, la suerte estuvo de su parte. Combatir a pie le salvó de compartir el destino de los otros. Con todo, no volvió ileso del lance: del Milanésado trajo su pierna izquierda coja, como recuerdo de un cañonazo.

Mi abuelo vivió meses amargos. A la vergüenza de quien ha resultado una y otra vez vencido se le sumó la preocupación por el rey preso. Esta vez no duró mucho en tal estado. Antes de que hubiera terminado el año, recibió la mayor alegría de su vida: nuestro Enrique había escapado del castillo italiano donde le hospedaban contra su voluntad. El tesoro de Navarra lo agradeció, puesto que los españoles pedían una considerable cantidad de dinero a cambio de su liberación.

En las calles de Pau se agolpó una multitud a dar la bienvenida al fugado. Allí estaba mi abuelo, en primera fila. El Rey, al pasar por delante, detuvo en él su mirada.

—Caramba, *Alcalde*. ¿No te achicharraron en el horno de Pavía?

Otra enseñanza que se trajo de Italia: la desconfianza en los ejércitos grandes y en perfecta formación. Hasta que en 1529 Francia y el Imperio firmaron la paz, Miguel Mailu tuvo su espada al servicio de Menaud, barón de Agramont. Provisto de una compañía de unos pocos hombres, recorrió las tierras de Mixa, Arberoa y Ciza, golpeando aquí y escapando allá, para exasperación de castellanos y traidores beamonteses, quienes al final tuvieron que desalojar el castillo de San Juan de Pie de Puerto. Miguel Mailu fue uno de los que hizo ondear sobre los muros de la capital de la Baja Navarra nuestro rojo estandarte en nombre del rey Enrique. Un día de alegría, aquel, en que devolvieron a manos de su propietario un pedazo del Reino. También de duelo. Las tierras de más allá de Ibañeta continuaban en manos del enemigo.

El rey Enrique apareció dos días después a tomar posesión de la villa y del castillo. El primer abrazo fue para el barón de Agramont. El segundo, sorpresivamente para todos, para Miguel Mailu.

—Mi bravo pamplonés, mi hermano —le dijo, mientras le estrechaba entre sus brazos, de manera que todos pudieron oírlo.

«MI BRAVO PAMPLONÉS, mi hermano». Palabras mayores en boca de un rey. Desde el primer encuentro de Nèrac, esa era la segunda ocasión en que Enrique se expresaba en esos términos. Quien ha leído los viejos libros de Grecia y Roma sabe que no resultaba extraño que los héroes de la antigüedad trataran de hermano al amigo leal. A diferencia de Miguel Mailu, Albret sí conocía a los autores antiguos. Pero Navarra no es Atenas. En Navarra es al hermano a quien se le llama hermano. Por otra parte, ¿hasta qué punto era navarro el rey de Navarra?

Al abuelo Miguel no se le secaba la lengua para enhebrar en un mismo hilo cualquier sucesión de acontecimientos, pero racaneaba saliva si de mostrar su corazón se trataba. Jamás llegué a saber qué tipo de emoción produjeron en él las palabras del rey, si es que efectivamente le produjeron alguna. Lo más seguro es que pensara que el futuro le depararía todo cuanto hasta entonces le había negado la vida. Las circunstancias, al menos, le eran propicias.

La paz suele ser el momento de premiar a los leales. Aunque no hubiera corrido por sus venas sangre de los Albret, Miguel Mailu podía mostrar sus cicatrices, con orgullo, testigos de sus desvelos al servicio del Reino. Nadie lo tendría por loco, si esperase del rey un agradecimiento en consonancia con aquellas. El abrazo en el patio del castillo de San Juan de Pie de Puerto era presagio de lo mejor; tanto como las propias palabras del Rey, ante tantos testigos. No puedo sino imaginar qué altos sueños alcanzaría la mente de mi abuelo. Había crecido entre humildes oficiales de Pamplona. No parece que ambicionase grandes títulos ni honores. Tendría la esperanza de vivir sin castigar sus manos, gozando, supongamos, de las rentas vitalicias de un molino. ¿Bastaría con eso? Quieto. El dinero vale la mitad, si no lo acompaña el honor. No es, por tanto, temerario aventurar que ya se veía a sí mismo elevado al rango de muchos de sus jefes más próximos de los años de la guerra. Hidalgo, el aprendiz de zapatero. Caballero, el soldado de a pie. ¿Algo más? Claro que sí. La hidalguía conlleva casa y tierras. Por esa parte, el abuelo confiaría en la venganza del rey Enrique. Entre los nobles de la Baja Navarra, tanto grandes como pequeños, no eran pocos los merecedores de la cólera de su señor. Algunos habían apoyado a los españoles, y la mayor parte de ellos, en un momento o en otro, habían jurado fidelidad al perro de Fernando o a la víbora de Carlos. Para toda esa escoria, ¿qué castigo más justo que despojarlos de sus bienes y otorgárselos a sus leales? No podía esperar menos de quien le había prometido la alcaldía de Pamplona.

Ya se ha dicho: siguiendo los pasos de su difunto amigo Ramón Itsusko, Miguel Mailu había acabado la guerra como cabo de un grupo de ballesteros de Menaud, barón de Agramont. El señor de Bidache de su puño y letra escribió la solicitud de una merced para su peón.

—Eres un hombre valioso, y está claro que tienes el favor del Rey. Conseguirás algo grande —le prometió el que había sido su jefe durante los últimos dos años.

No encomendó a sus sueños la realización de tan bellos pronósticos. Por consejo de Menaud, viajó de nuevo hasta Pau. En la capital del Bearne comprobó que los poderosos no toman sus decisiones de la noche a la mañana. Alojado en una posada al otro lado del río que los vascos llaman Ihuri y los bearnesees Gave de Pau, gastó en mes y medio el finiquito del barón. Por lo menos, empleó esos días en enriquecer su deficiente gascón. La criada de la casa le instruía en su lecho. Treinta años después, a mi abuelo aún le brillaban los ojos cuando rememoraba los detalles.

Más tarde que pronto, acabaron por convocarle al Castillo Real. Era la primera vez que Miguel Mailu entraba en aquella imponente casa. Había gastado sus últimas monedas en la compra de unas medias y una camisa nueva que llevaba vestidas. Eso no le hizo sentirse más cómodo. Lo condujeron a la sala principal. Todo el que era alguien en los territorios de la Casa de Albret se hallaba presente en ella. A algunos ya los conocía, porque había recorrido con ellos los campos de batalla, no en todos los casos en el mismo bando. La mayoría hablaban en bearnés entre ellos, algunos en francés, y unos pocos en vascuence. Agramont se contaba entre estos últimos. Su cálido saludo templó un tanto el ánimo de mi abuelo.

Entró el Rey. De nuevo para Miguel fue como si se colocara frente a un espejo: su imagen, frente a frente, engalanada con elegantes ropajes. Tal hecho extraordinario debería haber sorprendido a todos, pero, como en otras ocasiones, nadie mostró asombro alguno, Enrique el que menos. No habían vuelto a verse desde el día memorable de San Juan de Pie de Puerto, cuando tomaron posesión del castillo. Miguel esperaba de él una efusividad semejante. Enrique, en cambio, se mostraba altivo y lejano con aquel a quien no hacía tanto había llamado hermano. «¡Rehuía mi mirada!», exclamaría mi abuelo, muchos años después.

El Mayordomo Mayor de la Corte le enseñó el documento. Lo adornaba la firma de Enrique. Luego empezó a leerlo, en bearnés. Agramont, de cuando en cuando, traducía las palabras a la lengua que Miguel mejor conocía.

Las primeras líneas eran de las que inflaman el ánimo, umbral de grandes mercedes: en tanto aprecio tenía Enrique el brío y la fuerza del buen soldado Miguel Mailu que en adelante le quería a su servicio, para que continuase «su robusto brazo sirviendo al Reino y defendiéndolo de sus implacables enemigos». Pero ¿dónde?, ¿haciendo qué?, ¿en calidad de qué? La respuesta llegaba una línea más adelante:

—... en el castillo real de Garriz, como subcapitán...

A Miguel el corazón empezó a brincarle en el pecho, de la alegría a la sorpresa y de la sorpresa al disgusto.

Garriz. Mi abuelo conocía el lugar. Había luchado cerca de allí. Era un paraje en ruinas, totalmente deshecho, del que no quedaba piedra sobre piedra. Además, subcapitán. ¿Por qué subcapitán? Todavía no le había vuelto la sangre, cuando llegó a sus oídos el añadido doloroso que contenía el mensaje:

—... subcapitán, en cuanto no designe a caballero o gentilhombre que se haga cargo de la capitanía.

La castellanía se retribuía con veintidós libras y cincuenta y cinco cahíces de trigo al año. «El sueldo de cuatro piqueros albaneses», añadiría con amargura cuarenta años más tarde al hacer el relato de la ingratitud de su señor. De su hermano. En realidad, no era así. La paga no alcanzaba para cuatro, sino para pagar generosamente a treinta piqueros albaneses y, huelga decirlo, era una cantidad mayor de la que Miguel había visto en toda su vida. Pero no era cuestión de dinero lo que había sacudido su corazón. Lo que le había conmocionado era la vergonzante provisionalidad de su nombramiento.

Igual que ahora, hace ochenta años no había nadie a quien se le concediera la gobernación de un castillo que no fuese, por lo menos, hidalgo, a menos que su consideración fuese la de representante o auxiliar de alguno de noble estirpe. El asunto tenía fácil remedio, dando carta de hidalguía a mi abuelo, tal como él anhelaba. ¡No suponía una merced tan grande para un hijo de Juan de Labrit! Y aunque lo fuera, no sería el primer villano hecho caballero, ni el primer bastardo convertido en infanzón. La hidalguía, es sabido, exige propiedades. A la corona no le faltaban tierras en los valles y pueblos de la Baja Navarra. Y si no podía achicar ni en un poco el patrimonio real, le bastaba con publicitar a los cuatro vientos un edicto expropiando de sus bienes a algún traidor. Tenía a mano una larga lista: el señor de Luxa, el de Mithiriñe, el de Armendáriz... A continuación, no tenía más que mandar escribir otra carta, que él no tendría más que sellar y firmar, otorgando a Miguel la posesión de esos bienes, «... porque yo, Enrique, así lo mando, para conocimiento general de todo el Reino, en el año de Nuestro Señor de mil quinientos treinta». Nadie le discutiría su oportunidad. Nadie negaría los evidentes méritos de Miguel Mailu.

No lo hizo.

Seguramente Enrique, en aquellos momentos, consideraba más importante atraerse a los insumisos, que premiar a los sumisos; hacer las paces con sus hasta entonces enemigos, antes que demostrar gratitud a sus amigos. Dicen que así es el gobierno de las naciones. El Reino de sus padres se extendía prácticamente hasta los pies del Moncayo. De aquello no quedaba en sus manos sino una minucia, seis valles, minúsculos y pobres. Al lado de esos restos, destacaba el Bearne, por su amplitud en tierras y su riqueza en bienes. Sin embargo, era la Baja Navarra la que le otorgaba la oportunidad de aparecer como un igual ante los reyes del entorno, y no el hecho de ser señor soberano del Bearne. Recuperados tras muchos esfuerzos de las garras enemigas, Enrique quería retener de cualquier manera esos seis pequeños valles, puesto que a ellos les debía la corona que portaba sobre la cabeza. Por otra parte, los españoles, aunque expulsados de allí, podían aparecer de nuevo, dispuestos a culminar el latrocinio de 1512. Tendría presente, en todo caso, lo que le acaeció a su padre Juan y cómo el traidor beamontés, enemistado con él, le abrió y le allanó al

extranjero el camino de la injusta conquista. No quería volver a caer en la misma trampa, haciéndose más enemigos y adversarios de los necesarios entre los poderosos de estas tierras. Recibió, pues, el homenaje de todos los señores de la Baja Navarra, tanto de los enemigos de sus enemigos como de los amigos de sus enemigos. A cambio, a todos confirmó en sus derechos y privilegios, y a todos respetó los bienes y las propiedades de que habían dispuesto hasta entonces.

El perdón del Rey alcanzó al propio Juan, barón de Luxa. Después de Agramont —y contra él—, Luxa era el señor más principal de la Baja Navarra. Fuera del Reino, también en Zuberoa tenía extensas propiedades, en Ozaze y en Tardets. Seis años atrás, el de Albret había arrasado su casa, por tomar partido a favor del emperador. El día del nombramiento de mi abuelo, Luxa también estaba presente en la gran sala del castillo de Pau, con el resto de los grandes de Navarra y de Bearne. Con todos se mostraba dispuesto y agradable, como si la traición no tan lejana se hubiese evaporado en el aire. Precisamente, su castillo había tenido al de Garriz al alcance de la vista, y viceversa, igual que dos guerreros de piedra que se retasen mutuamente. ¿Quién vigilaría a Luxa en adelante? El propio Miguel Mailu. Enrique podía ser desagradecido a la hora de dar recompensas, pero no tonto al hacer nombramientos.

Su hermano, su bravo pamplonés, seguiría en el futuro sin tierras ni títulos.

Si el ofendido de aquella manera hubiese sido cualquier otro de los que se encontraban en la sala magna del castillo de Pau, habría salido de allá con grandes aspavientos y habría partido al galope a Pamplona, en la esperanza de recibir del Emperador lo que le negaba su señor. Los españoles le darían la bienvenida con los brazos abiertos. Tendría una buena ocasión para ensuciar el nombre del rey desterrado con noticias sobre su ingratitud. Pero Miguel no era uno de esos barones hinchado de títulos y dinero.

Finalizada la relación del mayordomo mayor, Agramont se acercó a mi abuelo.

—De aquí en adelante, tú serás la afilada espada del Reino en esa parte de Navarra. El Rey te ha hecho un gran honor. No le falles.

Miguel se tragó su disgusto y juró a Enrique que cumpliría fielmente con su cargo.

Los españoles habían arrasado dos veces el castillo de Garriz. La primera en 1516, y en 1523, la segunda. Un año después, cuando los navarros recuperaron la tierra de Mixa, esa a la que en mi lengua llamamos Amiküze, el rey Enrique ordenó su reconstrucción. Los que podrían haberse hecho cargo de la tarea debieron de andar más ocupados en otros menesteres. Cuando en el otoño de 1530 tuvo frente a él la fortaleza que iba a gobernar, aún se le enfrió un poco más el ánimo a Miguel Mailu.

De los cuatro muros originales solo uno se mantenía en pie. De la torre no quedaban sino los cimientos. Se había perdido hasta el más mínimo vestigio de las viviendas y faltaban casi todas las piedras y la madera de las construcciones

interiores. Las gentes de los pueblos y fincas vecinas —tanto hidalgos como labradores— debían de haber rehecho y ampliado con ellas sus casas y sus cobertizos. No pocas habían tomado nada más ni nada menos que el camino de Luxa. El castillo del señor rebelde volvía a estar en pie y parecía reírse de la ruina del Rey.

Miguel no era un hombre letrado, a diferencia de los funcionarios de la Corte. En los meses que pasó en Baiona después del lanzazo de Senpere, un cura le alivió la convalecencia ayudándole a descifrar los misterios de las letras. Así y todo, el esfuerzo de leer una sola página y comprender su significado le debía de llevar más tiempo y más sudor que recorrer a pie el trayecto entre Tafalla y Baigorri. Las operaciones que podía hacer ayudado de los números, apenas le alcanzaban para llevar la contaduría de una zapatería o para evitar el fraude de un peletero. En Pamplona nunca se apañó bien en romance. Apenas aprendió un poco de francés en la desafortunada campaña de Italia. El latín y el griego le eran ajenos, y así seguirían siéndolo también en el futuro. A pesar de todo, en el tiempo en que anduvo sirviendo al Rey, había aprendido algunas cosas, tanto acerca de la muerte como de la vida. Todas valdrían, en su empresa de convertirse en la afilada espada del Reino en el país de Mixa.

Puso a trabajar en Garriz al cantero que antes lo había sido de Luxa. Fue él quien le hizo las primeras cuentas. Acudió a un notario de Saint-Palais para que redactara en un papel la lista de sus necesidades: setenta y cuatro libras y ciento veinticinco cahíces para comenzar la reconstrucción, tres veces su paga de castellano. El escrito lo presentó en la misma villa al Canciller de Navarra. Se lo aprobaron en el plazo de dos meses. Antes del nuevo año, le trajeron las primeras piedras rojas de la cantera de Mendibe y las primeras maderas del bosque de Tartas. Acudieron oficiales de los seis valles de la Baja Navarra, incluso de Zuberoa y de Bearn. Reclutó peones entre los labradores de los caseríos, bajo la amenaza de la Carta Real.

Mi abuelo, en Pamplona, había visto a los españoles levantar el fuerte de San Nicolás. Ni Luxa ni Bidache alcanzarían al que tenía en mente, solo el castillo de San Juan de Pie de Puerto. No pudo ser enteramente así. Al año siguiente, cursó a la Cancillería su segunda petición de dinero: ciento veintisiete libras y doscientos diez cahíces. Los tesoreros del rey no le recibieron tan bien como la primera vez, ni le comunicaron tan rápidamente su decisión. Tres meses más tarde, los que trabajaban en las obras del castillo estaban a punto de esfumarse, los oficiales a sus talleres y los peones a sus caserías. Miguel no tenía con qué pagarles y apenas qué darles de comer, porque hasta el mismo trigo empezaba a escasear. En aquel momento llegó la respuesta de la Cancillería. Un mensaje escueto, voto a tal: el rey no veía motivo para incrementar la cantidad del año anterior, y rogaba al subcapitán de la fortaleza que culminase los trabajos cuanto antes. Miguel Mailu tuvo que renunciar a su intención de alzar una segunda torre y una muralla exterior.

A los dos años y medio de haber comenzado, volvieron a sus casas canteros, carpinteros y yeseros. El nuevo castillo de Garriz era más grande, más fuerte y sólido

que el que destruyeron por dos veces los españoles. Los muros medían veintiocho brazos de largo a cada lado, cinco brazos de alto y seis codos de ancho. Alrededor de la muralla Miguel mandó excavar un foso y, por mejor defender el portón, hizo abrir saeteras sobre él. Hacia el interior, los carpinteros construyeron un puesto de vigía sobre la muralla, una atalaya con la más amplia vista sobre el valle. Además, se alzaron adarves para poder transitar por la muralla bajo los cuales se levantaron barracones, para que el castillo, amén de fortaleza, fuese también un lugar habitable: viviendas para los soldados y los criados, cocina, granero, caballerizas, letrinas, gallinero, aljibe... En la torre recién construida Miguel dispuso una sala en la planta baja, una habitación para él en la segunda y la armería en la tercera. Este último lugar también lo destinó a capilla. Sin preguntar a quién estaba dedicada la del castillo anterior, encomendó a un carpintero una talla de San Crispín, el santo protector de los zapateros de Pamplona. Todavía la Verdad no había iluminado a mi abuelo. Así, antes de llenar el lugar de armas, el párroco de Garriz vino a consagrarlo siguiendo los preceptos de la Iglesia Romana. Bajo la torre, volvieron a abrir el viejo calabozo, provisto de nuevos grilletes y cadenas. El agua bendita no llegó a esa dependencia: así como los altos lugares se encomiendan al cielo, los más bajos se deben al infierno.

Aparte de los hierros para la cárcel, los herreros de la villa recibieron otro encargo de parte de mi abuelo: cuatro grandes cañones, en emplazamientos fijos, para defender cada ala del castillo, y otras tantas culebrinas, más pequeñas, para poder ser cambiadas de ubicación según de dónde proviniese el ataque. De Baiona, hizo traer unas ballestas gasconas, así como también media docena de arcabuces. Todavía recordaba la tormenta de fuego de Pavía. Dejó su paga a un punto de agotarse, para que todas esas armas tuvieran quién las manejase. Escogió a siete hombres para la guarnición, tres jinetes y cuatro infantes. Exceptuando a dos de Mixa, todos provenían de la tierra de más allá de los puertos y habían guerreado junto a Miguel: dos roncaleses, un baztanés, un amezcoano y otro de la zona de Olite. Esa tropa de forasteros no contribuiría a mitigar, entre los vecinos del lugar, la desconfianza que despiertan siempre las gentes de armas, sean de dónde sean. Sin embargo, Enrique de Albret algún día daría la orden de recuperar el Reino perdido y en ese momento Miguel Mailu quería junto a él a gente que se pusiera rauda en camino, sin mirar tras de sí. También puso en manos de gente nacida más allá de Ibañeta las tareas cotidianas de Garriz, a cambio de comida y vestido: a Martín Abaurre y su familia.

A diferencia de los otros, no fue el fervor por el Reino lo que trajo a los Abaurre al país de Mixa. Cuando los castellanos comenzaron, en 1526 y en 1527, a acusar de brujería a las gentes de los valles cercanos a los puertos, abandonaron su Aezkoa, como tantos otros, huyendo del Santo Oficio. Martín había sido pescador furtivo en el Irati. Pronto supieron de él las truchas del Biduze. El castellano de Garriz jamás preguntó por la procedencia de los hermosos ejemplares que llegaban a su mesa.

Sin pretenderlo, Miguel Mailu se convirtió en la «afilada espada del Reino» en la tierra de Mixa. No escaseaba el trabajo. Lo primero, ya se ha dicho, mantener bajo vigilancia a los indóciles señores de la comarca. Lo segundo, tener en cada momento dispuestas las armas y los hombres a su cargo. En caso de guerra, debía recurrir a nuevas levadas y ponerse a las órdenes del castellano de San Juan de Pie de Puerto, representante del Rey en la Baja Navarra. El castillo de la capital de Ciza sería tal vez más grande y sólido, al tener ahora encomendada la misión de defender la nueva frontera. Sin embargo, aparte de San Juan, dos de las cinco villas de la Baja Navarra, la propia Garriz y Saint-Palais, se hallaban dentro de la zona que debía guardar Miguel desde su fortaleza. Y eso no era una nadería.

La sede de la Corte General del país de Mixa volvió a instalarse en el mismo castillo, en la sala del primer piso de la torre, donde se encontraba antes de que los españoles demolieran la fortificación. En lo tocante a la justicia, tuvo que habituarse a actuar a las órdenes del bailío y de los magistrados, lo que significaba perseguir a los malhechores, atraparlos, llevarlos ante el juez y hacer cumplir su sentencia, si eso fuera preciso. El sótano de la torre pronto acogió a sus primeros inquilinos. No tardó mucho en hacer levantar una horca sobre la torre. Martín Abaurre, el pescador aezcoano encargado de las tareas de la casa, se mostró dispuesto a ejercer también de verdugo. Tres sueldos por cada ejecución y dos por cada sesión de azotes. Un agote fue el primero que pendió de la soga de Martín. Había robado una oveja y su cordero en las tierras del señor de Huarte.

Los mismos peregrinos a Santiago a los que el hospital de la villa daba albergue eran desplumados en sus inmediaciones por ladrones y salteadores de caminos. También estos tuvieron noticia de Miguel Mailu. Por otra parte, sin salir de Garriz, existía un arancel que debía pagársele al Rey por los productos provenientes del Bearne y Zuberoa. No todos los viajeros aligeraban sus bolsas de buen grado. Otra misión de los hombres del castillo era colaborar con los recaudadores de impuestos del Reino, en virtud de las convincentes bocas de sus arcabuces.

Saint-Palais le daba al nuevo subcapitán tanto trabajo como Garriz. Tras una guerra de dieciocho años, la villa había ido paulatinamente destacándose por delante de Garriz, no solo en el país de Mixa, sino en toda la Navarra que había podido retener el linaje de Albret. La Casa de la Moneda ya estaba allí instalada de antes, pero fue en esos momentos cuando se consolidó. Al dividirse el Reino, también trasladaron allá la Cancillería de Navarra, con su cortejo de funcionarios. La sede de los Estados de Navarra, por su parte, se la repartía con San Juan de Pie de Puerto y Labastida. Los quehaceres ordinarios y los extraordinarios del Reino se desarrollaban, pues, en Saint-Palais. Para garantizar que unos y otros transcurrieran conforme a la voluntad y la ley real se encontraban muy cerca Miguel y su compañía. Y viceversa. En caso de urgencia, toda esa gente que hacía avanzar el carro de la

República tendría cobijo y refugio a una legua de distancia, tras los muros que gobernaba el pamplonés.

Una tarea ingente había recaído sobre los hombros de mi abuelo. Parece que no lo hizo tan mal. En toda su vida el rey Enrique no nombró capitán para Garriz. Tal vez no quería producir más afrentas a su propia sangre. Aunque cualquiera sabe. El poseedor de la corona de Navarra difícilmente hallaría a su alrededor a nadie más ciegamente postrado a sus deseos.

Mi abuelo contaba treinta años cuando lo nombraron. Ya no era joven. A esa edad muchos son los hombres que están en vísperas de conocer a su primer nieto. En la época en que la guerra le impedía tomar asiento en ningún lado dejaría probablemente algo de su simiente en la Gran Navarra, en Lapurdi, en Italia o en la parte de Bearne. Una vez instalado, en cambio, estaría más veces fría que templada la cama que le esperaba en las largas noches de Garriz. No había razones para que Miguel Mailu se fatigara buscando una mujer como Dios manda. Los dueños de muchas casas hidalgas del país de Mixa hubieran dado la cosecha de muchos años por esposar a su hija con el subcapitán del castillo real. Mi abuelo fue más lejos a buscar prometida.

La muerte de Ramón Itsusko no debía de haber enfriado del todo las relaciones con la familia de Istúriz. Su hermana Anglesa fue la elegida. Tenía dieciséis años cuando Miguel Mailu le prometió su fe en enero de 1533. Las nupcias tuvieron lugar en la iglesia de Santa Eulalia de Istúriz. Asistieron sus antiguos superiores Gastón Garro y Menaud Agramont. Los Itsusko no tacañearon con la dote: la torre de Garriz se llenó de muebles elaborados con la madera del bosque de Gararregi.

No conocí a mi abuela Anglesa. Mi abuelo la mencionaba pocas veces. Le gustaba, de eso no hay duda: «Era hermosa, pero delicada de salud». A duras penas le saqué nunca alusión más larga. Parece, al menos, que se desquitó en sus brazos de las penas del campo de batalla. Antes de parir a la que fue mi madre, por cuatro veces estuvo a punto de tener un hijo. Solo una de las veces alumbró cumplido su tiempo. Fue un muchacho, Gabriel. Mi abuelo gastó la mitad de su paga anual en celebraciones por el hijo recién nacido. Vivió dos meses.

Mi madre nació después de él, en 1542. Le pusieron Catalina, como a la madre del Rey. En esa ocasión no se tocó música ni se vació ninguna cuba de vino, por miedo de atraer de nuevo al ángel negro hasta Garriz. No era un temor gratuito. La niña había nacido enclenque y parecía que, al no poder superar esa primera debilidad, el primer soplo de aire se la fuera a llevar consigo, como le sucedió a su hermano. A menos de un año de su nacimiento, el castillo volvió a vestirse de luto, pero no por la chiquilla. Anglesa se extinguió entre vómitos de sangre, afectada por el tifus. No habiendo logrado crecer en el regazo de su madre, nadie daba un ardite por Catalina. Todos se habían resignado a que la hija enfermiza siguiera el mismo camino que la que la trajo al mundo. Sucedió lo contrario: fue a los pechos de las nodrizas donde acabó fortaleciéndose. En poco tiempo, no había en el valle del Biduze muchacha

más lozana y de mejor aspecto.

El enviudado Miguel Mailu no volvería a casarse. Aunque no por ello templaría la sangre en sus venas. Mi madre tenía, al menos, noticia de tres hermanastros suyos en otras tantas casas de los países de Mixa y Ostabarret.

En la imagen que conservo en el recuerdo, mi abuelo está montado sobre una yegua roja, erguido como un chopo. Lleva calzas largas de jinete y un sombrero con penacho que cubre su larga cabellera cana. Del cinto le asoma la espada. Recorre sin dejar de hablar los caminos y los senderos de los alrededores de Garriz. Se detiene con cualquiera, campesino o burgués, dispuesto siempre a echarse al colete un buen vaso de vino mientras charla apaciblemente de los impuestos, de la cosecha o de la familia. Todos le llaman *señor Miguel*. Yo soy el chico que monta pegado a su espalda, con las orejas tan atentas como las de una liebre.

En 1536, Miguel Mailu creyó que estaba a punto de llegar el momento esperado. De nuevo se habían encendido las llamas de la guerra entre Francisco de Francia y Carlos de España. Enrique de Navarra también en esa ocasión se posicionó a favor de su cuñado. Y, de paso, a favor de él mismo.

En agosto, le llegó del capitán de San Juan de Pie de Puerto la orden de reforzar el castillo y de acometer la leva de soldados de entre los naturales de los países de Mixa y Ostabarret. El corazón se le salía del pecho de pura alegría. Le bastó una semana para formar una tropa de veinte hombres de a caballo y cien de a pie.

En San Juan, ya se habían juntado cuatrocientos hombres de Ciza y Baigorri. Los días siguientes, otros tantos se les unieron desde los países de Arberoa y Osés, e incluso de Lapurdi, aportados por el vizconde de Macaya. Allí estaba el propio señor de Luxa, junto con sus hijos, escuderos y peones, pretendiendo hacer olvidar su traición de doce años antes. Por una vez, Agramont aparecería en la misma línea que su eterno enemigo.

—¿Qué esperamos? ¡Vamos a Pamplona!

—Esperad, el emperador tiene diez mil soldados al otro lado del puerto.

En noviembre, llegaron tres mil hombres más de los otros territorios bajo el dominio de la casa de Albret: Bearne, Foix, Armagnac, Bigorra... No faltaban sino los soldados del rey de Francia. Tan pronto como estos aparecieran por Donazarre, se iniciaría el ataque.

El rey Enrique arengó a su ejército desde las murallas del castillo. «¡A Pamplona! ¡A Pamplona!», gritó en las tres lenguas del Reino. «¡A Pamplona! ¡A Pamplona!», contestaron los soldados, cada cual en la suya.

Al día siguiente, el mismo Miguel Mailu, junto con algún jinete de su tropa, escoltó al rey para que observara la torre de Valcarlos. Querría verle «su negro hocico» al español. El camino de ida y vuelta entre San Juan y Arnegi fue corto; larga, en cambio, la conversación que mantuvieron. Enrique albergaba pocas dudas

sobre su victoria:

—... serás un buen alcalde de Pamplona...

Y menos dudas todavía sobre la necesidad de los franceses.

—Sin ellos, no somos más que carnaza para los cañones del Emperador.

Enrique tampoco se había olvidado de Pavía.

De regreso a San Juan, se mostró en la despedida tan entregado y afectuoso como durante el recorrido:

—Mi hermano —una vez más—. Mi bravo pamplonés —una vez más.

Miguel Mailu se preguntó esa noche si llevar la corona encima de la sesera no provocaría lagunas.

La nieve cerró el paso del puerto, sin que se viera aparecer por Donazarre ningún estandarte con la flor de lis francesa. Les llegaban noticias de frentes lejanos. La guerra estaba al rojo vivo en el Milanesado. Ardía la Provenza. En Navarra, en cambio, Santa Paz. La frontera de la frontera del reino de Francia no era al parecer tan importante para Francisco. Los soldados de Enrique no querían entregar sus espadas a la herrumbre y midieron la fuerza de los enemigos en rápidas incursiones. En una de ellas, Miguel Mailu creyó haber visto las torres de la Catedral de Pamplona desde la cumbre del monte Saioa. No avanzarían más.

En la primavera de 1537, se fueron de San Juan de Pie de Puerto los bearnese y el resto de gascones por el mismo camino por el que habían venido. El rey Enrique se había marchado antes, a espaldas de todos sus soldados y maldiciendo a su despreocupado cuñado. Los navarros se quedaron hasta el verano en la falda del puerto. Miguel Mailu retornó a Garriz con el ánimo abatido.

Cinco años tardaron en volver a enzarzarse los dos viejos gallos de Europa. Los infatigables Carlos y Francisco eligieron esta vez el Rosellón, el Luxemburgo y la Saboya para resolver su eterna disputa. Cerca de Navarra, los españoles penetraron hasta San Juan de Luz, en territorio del rey de Francia. Enrique de Albret les dejó hacer. Miguel Mailu no recibió más orden que la de reforzar de gente Garriz y tener los ojos bien abiertos a los movimientos de los forasteros. Mi abuelo era lego en política, pero hasta un ciego podía ver que Enrique estaba pagando a su cuñado con la misma moneda que él seis años atrás.

En el país de Mixa, por otra parte, estaban en boca de todo el mundo las monumentales obras que se llevaban a cabo en la localidad bearnesa de Nabarrenx. Tal como había ocurrido diez años antes en Garriz, pero en dirección contraria, cientos de oficiales y peones habían partido a ese lugar desde los seis valles de la Baja Navarra. Allí se encontraban por mandato de Enrique II dedicados a la tarea de derribar el viejo castillo y levantar la fortaleza más sólida vista jamás. Según parece, dirigía las obras un arquitecto traído desde Italia. Situada en la frontera con Navarra, Zuberoa y Gascuña, Nabarrenx constituía la puerta para entrar en el Bearne para el

invasor que pudiese llegar desde España... y también contra los que pudiesen acercarse desde Francia. Miguel Mailu no era más que un aprendiz en el oficio de la guerra. Con todo, se percató fácilmente de que Albret, por lo que pudiera pasar, quería esa puerta bien sellada y la llave en su bolsillo. Corrían por doquier rumores de que el rey de Navarra andaba en tratos con los españoles. Todavía no se le había desvanecido su sueño de recuperar Pamplona. En esta ocasión, no por medio de la guerra, sino de la paz. Mi abuelo algo sabía del asunto.

Una de las tareas habituales de Miguel Mailu era la de impedir el contrabando de ganado en las fronteras de Bearn y Zuberoa. Un día que se encontraba de vigilancia con ese fin, detuvo a un hombre cerca de Erreiti. Viajaba a lomos de un burro y acababa de pasar el puente de Sauvaterre, proveniente del Bearn. Mi abuelo no había olvidado a ese hombre. Lo había conocido cinco años antes, durante los meses transcurridos en la capital del país de Ciza en la inútil espera de ese ejército francés que no se presentó nunca. Era el viejo cura de Eiheralarre, de ese lugar que en romance dicen San Miguel el Viejo, un acérrimo beamontés. Ya antes había estado en la prisión del rey Enrique, por ser partidario ferviente del emperador. Estuvo tentado de permitirle seguir su viaje, atendiendo a su edad avanzada y a sus vestimentas sacerdotales. Sin embargo, algo le dio mala espina. Llevaba con él un montón de papeles.

—¿Qué demonios es esto?

—Nada de demonios; en todo caso, ángeles. Es un libro que estoy escribiendo.

La única experiencia de Miguel Mailu con los libros había sido en el monasterio de Urdax: una pila de seis o siete que había tenido delante de sus ojos y no se había atrevido ni a tocar.

—¿Te burlas de mí?

Le condujo por la fuerza a Garriz, con asno y todo, haciendo oídos sordos a sus gritos e imprecaciones.

Sus sospechas fueron confirmadas al día siguiente por el notario de la villa. Algunos de los textos estaban escritos en el romance de Castilla, otros en el habla de Ciza. No está claro qué suerte de papeles le asombraron más: si los castellanos o los otros. Entre tanto, el clérigo pedía a voz en grito que le dejaran libre si no querían despertar la ira de Dios y especialmente la del Rey. Miguel Mailu lo retuvo en el calabozo y pidió instrucciones a San Juan de Pie de Puerto. Mientras estas llegaban, mandó a Martín Abaurre que preparara la soga.

Luego supo que, tan pronto como llegó su carta, corrieron mensajeros al galope de San Juan a Pau y de Pau a San Juan. La contestación se demoró diez días. Venía firmada por el propio secretario de Enrique de Albret. El notario, en tono solemne, le leyó las órdenes del Rey: que soltara al curita, que le devolviese enseguida todos los papeles y que le dejase reemprender su camino sin demora, fuese adonde fuese. En un suspiro el subcapitán lo hizo sacar del calabozo.

—Lo creas o no, estoy escribiendo un libro —le escupió el cura, al subirse al

pollino.

—El Reino necesita espadas, no libros.

—Cualquiera sabe. Quizás antes de lo que crees estén leyendo mi libro en Pamplona.

—¿Leer en Pamplona? ¿Quién? ¿Los ángeles de los que hablabas el otro día?

No contestó a las burlas de Miguel Mailu.

En el castillo de San Juan ya debían de tener la orden de no impedir el paso del viajero, prueba de que su destino no era Ciza. Más allá de Ciza está Valcarlos y en Valcarlos solo se encontraba el español.

El subcapitán de Garriz supo varios años más tarde que Bernard Etxepare, párroco de Eiheralarre, había publicado un sorprendente libro en Burdeos. En Pamplona, sin embargo, no lo leyeron. Ni tan siquiera se enteraron de su existencia.

¿Por cuánto tiempo se prolongaron las conversaciones secretas entre el rey navarro y el Emperador? No lo sé a ciencia cierta. El año de 1552 trajo la noticia de la muerte de Francisco de Francia. Su hijo y heredero tomó el mismo nombre que el del rey de Navarra: Enrique II. No quiso aparecer como más medroso que su padre. Tan pronto como sentó sus reales en el trono, le declaró la guerra al Emperador. Las lejanas tierras de Flandes y Lorena fueron en esa ocasión los escenarios de la guerra. Tampoco entonces el rey de Navarra mostró a la hora de apoyar a su sobrino francés más entusiasmo que diez años antes con su cuñado.

Si Enrique esperaba ablandar así el corazón del Emperador, fracasó en el intento. Jamás cumpliría el sueño de poner un día la enseña de su familia en el castillo de Pamplona. También a Miguel, el más fiel entre sus fieles, ese sueño se le hacía cada vez más lejano. En la misma guarnición de Garriz, el verdugo aezcoano, un ballestero baztanés casado con una hija de este y el propio Miguel eran los únicos que quedaban nacidos al otro lado de Ibañeta. Los demás habían muerto o —¡traidores desleales!— habían regresado a sus pueblos en manos españolas, volviendo la espalda a la propia vergüenza, al honor y a las obligaciones contraídas con su Rey. Martín Abaurre falleció al poco, de viejo y con gran paz; ninguno de sus clientes en la horca apareció a molestarle durante su último hálito. Su hijo Domingo sustituyó al padre tanto en el oficio principal como en los otros. Su esposa era Estefanía, de Arberatze, colérica, fea y entendida en hierbas como una bruja. Con el correr de los años, yo llamaría madre a esa mujer.

En 1553, volvieron a vaciarse las cubas de vino en Garriz. Juana de Albret, la hija del Rey, había tenido un hijo. Otro Enrique más, que un día sería III de Navarra. Lo proclamaron Príncipe de Viana, aunque difícilmente fuese a llegar a ver nunca la villa de Viana.

El nuevo primogénito llegó justo a tiempo de dar continuidad a la dinastía. En el plazo de dos años la muerte segaría a su abuelo Enrique II. La desaparición del rey le

provocó a Miguel Mailu lágrimas más amargas que la pérdida de su mujer Anglesa.

—Me prometió la Alcaldía de Pamplona —seguía recordando años más tarde.

Debía justificar su duelo de aquella época, aquella fidelidad inmerecida.

—Yo era su hermano —añadía—, su bravo pamplonés.

Con el corazón ensombrecido, Miguel se mantuvo una buena temporada sin salir de Garriz. Un mes más tarde, le llegó un mensaje de Pau: la nueva reina Juana venía a visitar sus tierras de la Baja Navarra. Vendría con ella su marido Antonio de Borbón, hijo de una de las estirpes más principales de Francia, de tan alta estirpe, que por sus venas corría la sangre de San Luis. De golpe, el viejo subcapitán del castillo dejó a un lado toda melancolía. Puesto que Garriz era dominio real, era el lugar donde correspondía a los Reyes tomar aposento cuando pasaran por el país de Mixa.

Quería ofrecer a los ilustres huéspedes un alojamiento como les era debido, así que acometió el arreglo tanto del interior como del exterior de la fortaleza de la que él era el responsable. Sería caro, mientras que su paga era reducida. Afortunadamente, en la época de paz de los últimos años había logrado ahorrar unos dineros. Los oficiales y los peones volvieron a Garriz. Durante unos cuantos meses, todo fue una barahúnda de gritos y martillazos alrededor del castillo. Se rellenaron las grietas de los muros, se ahondaron los fosos que estaban comenzando a cubrirse, se remozaron las almenas ya un poco estragadas, se reforzaron los adarves interiores y, en general, se corrigieron u ocultaron los daños del tiempo. Tampoco quiso andar remiso a la hora de abastecer las cocinas; terneros, gorrines, corderos, pollos, salmones, verduras, vino... todo ello cruzó la puerta del castillo, para llenar hasta reventar los estómagos de los que habían de venir. Domingo Abaurre volvió a las redes y botrinos de su difunto padre, vaciando de peces cada regata de los alrededores del castillo. Como no tenía para ofrecer a la pareja real nada más que la habitación de la torre, compró cama y muebles nuevos, e hizo llevar los viejos a otras estancias del castillo, los suyos a las de los soldados, y los de su hija Catalina a la de los Abaurre. Los ilustres visitantes no venían solos; para su séquito de grandes nobles y eclesiásticos de Bearne y Navarra, escogió lugar entre las más principales casas de la villa.

No todos los preparativos fueron en balde. Miguel Mailu ofició de anfitrión y comensal de la mesa de sus señores soberanos por primera y última vez en su vida, en el castillo que él consideraba como propio. Antonio de Borbón comparó la fortaleza con la de Nabarrenx y tuvo palabras amables para el castellano.

—Estad siempre alerta —añadió—. Más temprano que tarde el Reino se verá urgido a usar de vuestro ardor, vuestra experiencia y vuestra prudencia.

A mi abuelo, a pesar de las preocupaciones del día, el corazón se le henchía de gozo. Nunca se había visto tanta gente en el patio de Garriz, mucho menos de tan alta alcurnia. Los sirvientes, sin parar, llevaban comida y bebida a las largas mesas, mientras que los convidados daban cuenta de todo, sin temor a quedarse hambrientos. Su hija Catalina estaba con ellos. Parecía una estrella del firmamento, con el vestido que un sastre gascón le había confeccionado para ese día. A falta de esposa, la

muchacha era, a sus trece años, el ama de Garriz. Siguiendo las órdenes de su padre, procuraba no alejarse de la Reina y complacerla hasta en el más nimio capricho. Aunque se le hacía extraño tanto ajetreo con aquellas damas de noble estirpe, no haría tan mal su labor cuando la propia Juana de Albret prorrumpió en alabanzas para con la joven. Los allegados hacían gestos de asentimiento.

—Tenéis una hija verdaderamente encantadora y bien dispuesta. De grado le haría un sitio en mi corte.

Los oídos de Miguel rezumaban miel. Sin haberse percatado, Catalina se había convertido en una mujer mientras él servía al Rey. Aunque no lo hubiese visto con sus propios ojos, lo habría advertido en los lascivas miradas de los soldados. Estos habían llegado a mostrarse atrevidos, en alguna ocasión en que creían a su jefe lejos. Todo normal, si no hubiese observado con espanto que la muchacha no siempre era indiferente a esas miradas y salidas de tono. En sus pesadillas de aquel tiempo, su hija desperdiciaba su vida en los brazos de un zafio soldado parecido a él mismo. Había dado a Domingo Abaurre la orden de que, las veces en que él se ausentara, estuviese atento a los hombres de la guarnición, para que ninguno se acercase demasiado a Catalina. El verdugo tampoco era la persona más de fiar en ese aspecto, pero tenía en su mujer a una severa guardiana, más temible que todas las tropas del Emperador.

La Reina, a sabiendas o no, estaba iluminando la oscuridad en la que el subcapitán de Garriz había vivido en la última temporada. De repente, imaginó a su Catalina en palacio, entre hombres y mujeres nobles y virtuosos. Miguel contestó atropelladamente:

—Señora, no hay nada que más me alegraría que ver a mi hija a vuestro servicio.

No hubo tiempo para detalles. El señor de Meharin contó un chisme hilarante sobre Felipe, el nuevo rey español.

—Se rumorea que su tía, Isabel de Hungría, ha sido su primera amante, la única por el momento. Menuda yegua está hecha.

Todos siguieron de buen grado el nuevo hilo de la conversación. Ninguno de sus vientres admitía ya más comida, pero las gargantas todavía estaban sedientas. Afortunadamente, quedaban aún pellejos de vino llenos. Los músicos, traídos por Miguel desde Gotaine, habían empezado a tocar el laúd y la flauta. Pocas eran las mujeres y muchos los hombres, por lo que no había parejas suficientes para el contrapás. La Reina, por su parte, prefería la conversación. Su marido Antonio posó su mirada sobre Catalina. En todo lo que duró la velada no se le apartaría.

Miguel Mailu no tomó el camino del lecho hasta no asegurarse de que, noble o villano, hasta el último borracho se encontraba a cubierto. Había reservado un sitio para él junto a los soldados de la guarnición. Al revés que la mayoría de los otros, había conseguido imponerse al vino. No obstante, estaba rendido y necesitaba dormir. El día siguiente tampoco sería menguado en obligaciones. Pero no le venía el sueño: no había rincón del castillo que no fuese foco de un ebrio ronquido. Más allá de los muros, perros propios y extraños se peleaban alrededor de las sobras del festín. En

una de estas, un grito se destacó sobre los demás sonidos:

—¡Catalina!

Mi abuelo saltó afuera, con su espada en la mano. En el patio se le unió el soldado de guardia, con una antorcha.

—Viene de la habitación de los Abaurre.

Estaba en lo cierto. Una forma humana golpeaba la puerta del aposento del criado y su familia. A consecuencia de los cambios obligados para acomodar a los huéspedes, Martín se alojaba también con los soldados, mientras que la hija de Miguel Mailu ocupaba el sucucho del verdugo, junto a su esposa.

—¡Abre, preciosa!, —se oyó una voz enturbiada por el vino.

Mi abuelo sintió cómo le crecían raíces bajo sus pies.

—¡Señor!

Ni la voz de Miguel ni la antorcha del soldado que iba con él hicieron que Antonio de Borbón girase la cabeza. Desnudo y tambaleándose, solo reparaba en la puerta cerrada ante él. Miguel continuaba sin moverse, demasiado obediente como para levantar la espada, y no tan servil como para alejarse de allá con los ojos y los oídos tapados. Su soldado dio un paso atrás, como diciendo «vuestra es la decisión». Miguel no tuvo que decidir nada.

—¡Antonio, valiente *pichabrava*, corre a la cama!

Una figura vestida en camisión hizo una fantasmal aparición. A Miguel le costó reconocer en ella a la Reina. Llevaba un candelero en la mano y, a su débil luz, nadie podría distinguir dónde terminaba la blanca lana y dónde empezaba la piel aún más blanca. No tuvo que repetir la orden. El duque de Vendôme, como un chiquillo atrapado en una diablura, siguió a su esposa, más principal, con un paso vacilante y pausado.

Al día siguiente, los huéspedes se levantaron temprano para reemprender su viaje. Les esperaban en Labastida para el mediodía. Al desayuno se presentaron con bastante menos gana de comer y de hablar que a la cena. Nadie mentó el proyecto de traslado de Catalina a la Corte. Ni entonces, ni después.

Al año siguiente, Miguel Mailu recibió desde Pau la orden de reunir una tropa en el país de Mixa para marchar a Baigorri. El español se preparaba, al parecer, para entrar en la Baja Navarra por Alduides. Era una orden extraña. Baigorri, por demarcación, le correspondía a la guarnición de San Juan de Pie de Puerto. Así y todo, cumplió el mandato sin rechistar. Pasó el fin del verano y la mayor parte del otoño en esos parajes. Se encontraba alojado en el elegante palacio de Antonio de Etxauz, vizconde de Baigorri, con cuyos hombres hacía guardia en los puertos. El subcapitán de Garriz mantuvo agradables conversaciones con el noble señor. De joven, había servido a las órdenes de su padre Gracián, en Tafalla, cuando tomó las armas a favor del Rey por primera vez en aquel infausto 1521. Etxauz estaba extrañado. Solía disponer de buena información sobre lo que pasaba al otro lado de las montañas —según le confesó, a veces iba a Pamplona— y no había oído nada

acerca de movimientos enemigos.

Miguel mató el aburrimiento de esos meses cazando osos y lincees en los bosques cercanos. También vio pasar palomas por el cielo. Pero ni un solo español asomando por el Quinto Real o el collado de Izpegi. En esas estériles tareas se encontraba cuando tuvo noticia de Garriz. Antonio de Borbón había visitado el castillo en ausencia del castellano.

Mi abuelo pasó cuatro meses fuera de casa hasta que consiguió permiso para volver a su subcapitanía. Para entonces, ya se le notaba a Catalina el vientre abultado.

NACÍ EL 19 DE MAYO DE 1556. Ni en París, ni en Madrid, ni en Ginebra, ni en Roma aparece la fecha resaltada en letras de oro en los gruesos volúmenes que los cronistas de las Cortes llenan para sus señores. Ni el Sol cesó de girar en torno a la Tierra, ni tampoco salió la Luna para iluminar el día. No por ello dejó mi nacimiento de causar revuelo. Tanto, que poco faltó para convertir mi natalicio en funeral. Mi madre Catalina estuvo a punto de desangrarse, hasta tal punto le desgarré el vientre al salir. No era de extrañar: di un peso de seis libras y media en la balanza que el orgulloso abuelo hizo traer al carnicero de Garriz. Gracias a Dios y a la partera, todavía tendría que esperar unos cuantos años para dar muerte por primera vez a alguien, y mi madre aún tendría ocasión de volver a serlo.

Mi abuelo Miguel vio lo que no vieron en las ciudades principales del mundo. Un aniversario memorable le dio excusa para ello. Hacía justamente treinta y cinco años —el 19 de mayo de 1521, por tanto— había entrado en Pamplona el ejército de Asparrós. Justamente treinta y cinco años, pues, desde que se liberó nuestra capital de las manos del infame español, aunque no fuera más que por mes y medio. ¿El destino? No podría decirlo con certeza. En cuanto oyó el primer llanto de su nieto desde el lecho de su hija, mi abuelo consideró que yo había sido llamado a muy altos designios y que prueba de ello era haber nacido en tal fecha. Al día siguiente, fue él quien me llevó a la pila bautismal, en la iglesia de San Félix de Garriz. También mi nombre lo escogió él: Joanes, en homenaje a nuestra Reina y en memoria de su olvidadizo padre Labrit.

Mi abuelo no paró ahí. El mismo día de mi bautizo, le envió una misiva a Antonio de Borbón. Tenía un pretexto para ello. Debían hacerse reparaciones en el castillo, y la Cancillería de Navarra se dilataba en conceder el dinero necesario. El notario transcribió punto por punto la reclamación del subcapitán de Garriz. Y tras su queja, estas líneas:

—«...Quería aprovechar la ocasión para hacerle partícipe de mi alegría. Mi hija Catalina me ha hecho abuelo. Ha sido un parto penoso y no falto de sobresaltos. De cualquier manera, la madre va restableciéndose y el hijo rebosa salud como un potrillo. Le hemos puesto Joanes, en honor a la Reina, nuestra señora y esposa vuestra. Parece que a Su Alteza le resultó de gran aprovechamiento la breve estancia que hace nueve meses hizo en este su castillo...».

La Cancillería de Navarra no agilizó su decisión en lo referente al dinero que Miguel demandaba para la fortaleza. Tampoco vino ningún otro tipo de respuesta desde Pau. Unas semanas más tarde, en cambio, un rumor llegó hasta mi abuelo procedente de Saint-Palais: al parecer, se barajaba en la Corte nombrar para Garriz a un capitán definitivo y dar fin así a tantos años de provisionalidad. Según se decía,

había más de un candidato entre los nobles e infanzones de la Baja Navarra.

Olvidado ya el júbilo que había traído mi nacimiento, un aire lóbrego se adueñó del corazón de Miguel Mailu. Mientras yo engordaba en el regazo de mi madre Catalina, él se pasaba los días sin salir de la torre. Mantenía sus ojos fijos en el camino de San Juan, esperando la llegada del emisario de la Reina con la orden de desocupar el castillo. Las noches las consumía revolviéndose en su cama, mientras maldecía en voz alta su insolencia o, en mudos lamentos, pensaba en qué sería de él, de su hija y de su nieto recién nacido cuando llegase la hora infausta.

En 1558 volvió a declararse la guerra entre Francia y España. Antonio de Borbón reunió de nuevo a todos los nobles, infanzones y soldados de las tierras de su dominio, como antes solía hacer su suegro Enrique II. El objetivo era el mismo que el de antaño: recuperar el Reino de allende la frontera. El plan parecía algo mejor tramado que en las ocasiones anteriores. Con la aquiescencia del rey de Francia, pretendía primero alinear sus tropas en Lapurdi y desde allí arremeter contra Fuenterrabía. Fuenterrabía no era Navarra, sino Guipúzcoa, pero tomar esa plaza se consideraba indispensable para resguardarse bien los flancos. A continuación, el Rey consorte contaba con que Pamplona caería como una manzana madura.

Un plan mejor, sí. Aparentemente. La fortuna volvió a resultar adversa. La embestida del Borbón encalló en las aguas del Bidasoa como la chalana de un mal timonel. El Reino perdió a cientos de sus hombres aquellos días, muchos de ellos muertos y no pocos prisioneros. Los sobrevivientes tuvieron que retirarse casi hasta Baiona, con los españoles pisándoles los talones. Mi abuelo, por una vez, no se contó ni entre los unos ni entre los otros. Para su desdicha, pues para él eran preferibles la muerte o el cautiverio al deshonor. Porque mi abuelo había sido deshonrado. Por primera vez desde que puso su brazo al servicio del Reino, Miguel Mailu no había sido llamado a las armas. Antonio de Borbón lo prefirió en Garriz antes que a su lado.

En el otoño de aquel año, mi abuelo se dirigió a Bidache. En el castillo de Agramont, Menaud, el que otrora fuese el superior de Miguel Mailu, hacía años que había muerto. Su hijo Antonio, recientemente elevado a conde por el Rey, era ahora el cabeza de linaje. Antonio no era Menaud. La zalamería cortesana del hijo distaba mucho de la sobriedad militar del padre. A pesar de ello, aun no teniéndolo en tanta estima como Menaud le había tenido, había mostrado hacia el antiguo peón una cálida deferencia en todas las ocasiones en que se habían encontrado. A fin de cuentas, Miguel Mailu, desde su atalaya de Garriz, seguía rindiendo servicio al linaje de Agramont, en sus disputas con la casa de Luxa. El nuevo conde no se negó, al menos, a aplacar el disgusto del castellano. En breve plazo Antonio debía marchar a la capital de Bearne, donde había de reunirse con la Reina y su esposo. Aceptó aprovechar la ocasión para hablar a favor del subcapitán de Garriz. En lo tocante a encontrar un marido infanzón para su hija, el joven señor consideró que lo más oportuno era esperar.

—Mientras que no se acallen las murmuraciones sobre el nombramiento de un

nuevo castellano, no habrá en todo el Reino un solo hijo de buena familia dispuesto a desposar a vuestra Catalina.

No había manera de contradecir una razón de tanto peso.

Con todo, Antonio de Agramont cubrió de un hálito de misterio sus últimas palabras:

—Tened coraje. Soplan nuevos aires que traerán a todos nuevas pruebas. Pero esta vez los que sepan acomodarse obtendrán su recompensa.

Miguel sacudió la cabeza, guardando para sí su escasa confianza. Ya conocía la gratitud de los de arriba.

En febrero de 1559, los representantes de los Estados de la Baja Navarra, reunidos en Labastida, acordaron enviar una diputación a Pau, a protestar por las prédicas de los ministros *hugonotes*. Unos días más tarde, mi abuelo recibió la propuesta para ser miembro de la misma. Se quedó sin habla.

De por sí, no le correspondía. Miguel Mailu no era noble, ni clérigo, ni habitante de ninguna villa, ni, por tanto, miembro de ninguno de los tres Estados. Por otra parte, los asuntos de religión habían estado siempre alejados de sus preocupaciones. El resentimiento contra el siempre pro español obispo de Roma había enraizado profundamente en su interior desde que, de muy joven, decidió tomar partido por Albret. Por lo demás, su espíritu vivía aún en las tinieblas romanas, al igual que el de la mayoría de los navarros. Todavía estimaba mi abuelo que nuestros actos y nuestras omisiones podían comprar la salvación, como si no valiesen un ápice nuestra fe y la voluntad de Dios. Para él era una misma cosa creer en Dios que creer en la Virgen María y en los Santos. Quizás no acudiría a los sermones de los franciscanos y otros frailes ambulantes, pero sí que compraría, por si acaso, sus rosarios y sus medallas. En la visión de Miguel Mailu, tan natural como castigar a quien negara fidelidad al Rey era perseguir a quien no asumiese toda esa ristra de creencias. Eso, siempre que no se le ordenase otra cosa, claro está. Los tales predicadores no dejaban de provocar escándalo en toda la Baja Navarra. Pero ¿qué hacer contra ellos, si cada vez que alguien los recriminaba respondían que actuaban con el permiso de la reina Juana? Convenía, por tanto, a mi abuelo Miguel saber cómo debía conducirse con esos sujetos. De cualquier forma, no fue esa la razón para que le nombraran miembro de la susodicha diputación.

Saltaba a la vista que los bajonavarros deseaban comportarse con cautela. No querían que nadie de la Corte percibiese en su firme repulsa enemistad alguna hacia los legítimos soberanos, ni mucho menos afinidad con el enemigo español. Para que así no sucediese, necesitaban gente de innegable fidelidad entre sus representantes, y, ¿quién más fiel en todo el Reino que el subcapitán de Garriz? Miguel Mailu, por su parte, juzgó la propuesta como signo de que el viento cambiaba a su favor: al parecer, nadie en la suprema institución de la Baja Navarra albergaba duda alguna acerca de

su adhesión a los Albret. Más tarde sabría que Antonio Agramont había auspiciado su elección como delegado.

Aventadas por los curas y los partidarios del español, hacía tiempo que circulaban infamias sobre la antigua reina —Margarita de Angulema, esposa del difunto Enrique— y sobre la recién llegada al trono, Juana. De prestarles oídos, tanto la una como la otra mantenían una perniciosa visión de la Iglesia. En nuestra vecina Francia llevaban años quemando y ahogando, ahorcando y degollando a los adeptos a la Reforma. Cada día era más evidente que ante la represión de los reyes papistas se alzaría, y con las armas en la mano, la resistencia de los seguidores de la nueva fe. Las noticias de los enfrentamientos y desmanes de aquellas tierras aprendieron pronto el camino hasta las calles y caseríos de los pueblos de esta parte del Adur. Pero mientras tanto, en el Reino de Navarra, los fervorosos misioneros de la Reforma, dejando a un lado la labor clandestina, comenzaban a proclamar sin tapujos la ruptura con el corrupto *Santo Padre* de Roma y arremetían contra la adoración de las imágenes y otras supersticiones. Toda vez que declaraban actuar bajo la protección de la nueva reina, viajaba la citada diputación al palacio real de Pau con la inamovible exigencia de que los *heréticos* fuesen expulsados de Navarra. Formaban parte de ella el vizconde de Baigorri, el conde de Luxa, el señor de Armendáriz, el párroco de San Juan de Pie de Puerto, los archidiáconos de los obispos de Baiona y de Dax, gentes de las cinco buenas villas y de los seis valles de la Baja Navarra... Y con ellos, Miguel Mailu, el que fuera zapatero de Pamplona.

La embajada resultó un fracaso; no consiguieron los Estados de Navarra su propósito. Todos los delegados volvieron ceñudos y malhumorados a sus pueblos, iglesias y castillos. Todos salvo uno. Mi abuelo hizo el camino de vuelta a casa con el espíritu renovado. La elegancia del Palacio Real de Pau había vuelto a maravillarle. Se había sentado en la misma mesa que la Reina. No había cumplido su deseo de hablar de hombre a hombre con Antonio de Borbón, al encontrarse este ausente, visitando sus posesiones francesas. A cambio, había conocido a Enekot Ezponda, lo que en el futuro le traería sumo beneficio. O maleficio, según se mire.

Enekot y Miguel, estando asentados como estaban en reinos diferentes, uno en Garriz y el otro en Mauleón, eran casi vecinos. El castellano tenía noticia del otro, aunque no buena opinión. Ezponda provenía de una familia de abogados y juristas. Su familia se vinculaba de antiguo a la Corte de Lixtarre que administra justicia en Zuberoa. Y a pesar de tanto renombre, unos años antes había sido azotado ante todos los mauleoneses por declararse seguidor de la nueva fe. No era su única tacha. Era fama que gastaba costumbres y vestimentas poco comunes. Se decía de él que nunca bebía vino. Por otra parte, había llegado a aparecer en Lixtarre con la boina de los labradores, en vez del bonete cuadrado de los magistrados. Al parecer, se había casado dos veces y acababa de enviudar por segunda vez. Su casa de Mauleón debía de rebosar niños por todas las esquinas: además de los frutos de su simiente, su finada segunda esposa —también viuda— trajo como dote la prole que había tenido con su

primer esposo. Y él lo aceptó. Sandio, loco, concupiscente, blasfemo, falto de consideración... tales eran las razones que de él se empleaban por esos lares.

En resumen, la mayoría de los comisionados navarros hubiesen preferido encontrarse a las puertas del Palacio Real al Gran Turco antes que a Enekot Ezponda. Y más incluso al ser informados de su nuevo cargo:

—Soy desde hace un mes el secretario de la reina Juana, y consejero para los asuntos de Navarra. Yo personalmente os acompañaré en lo que dure vuestra visita.

Al instante se dispararon los primeros cuchicheos: ¿cómo podía ser que un extranjero impío aconsejase sobre Navarra?

Los hicieron pasar a una gran sala. Miguel Mailu conocía ya aquel lugar. Hacía casi treinta años que allí mismo había sido nombrado subcapitán de Garriz. La estancia estaba cambiada; además de tapices, adornaban las paredes retratos de los reyes fallecidos. En una de ellas, el castellano se reconoció a sí mismo, más joven y elegante. «Enrique II», leyó al pie de la pintura. Los rasgos de su hermanastro habían sido cuidadosamente llevados al lienzo. Una vez más, si alguien se percató del asombroso parecido entre uno y otro, nada manifestó sobre ello.

Enekot tradujo del bearnés las palabras de la Reina, pues no todos los representantes navarros eran duchos en la lengua de la Corte. El jurista era de un hablar delicado y culto que producía una masa fina y dulce de harina moldeada a la manera suletina salpicada de migajas de latín, gascón y castellano. La señora fue parca en cumplidos, tenía prisa por ir al grano. Expuso sus razones de forma breve y grave. En definitiva, que no recelaran sus amados hijos de Navarra de los nuevos predicadores, que, siendo todos criaturas de Dios y actuando todos por amor a Él, era buena cosa tener visiones diferentes, también acerca de las maneras de orar y honrar a Dios...

—... así como el pastor gusta más de la primavera y el labrador del otoño, y no por ello se despierta odio entre ellos.

Y añadió la Reina que de ello no se derivaba ni daño a su persona ni perjuicio para el Reino...

—... muy al contrario, porque del hecho de que, incluso estando en el error, se respeten las opiniones y los puntos de vista de todos, no puede venir sino regocijo y paz...

Y, si no, que se fijasen en Francia y en los sangrientos sucesos que estaban allí dejando a las madres viudas y a sus hijos huérfanos, y que tomasen ejemplo de ello, para que tamaño odio y persecución no se extendiese a nuestro Reino. Y que por encima de todo dejasen en paz a los citados predicadores...

—... sin oposición ni violencia, si no queréis afligir y enfurecer a vuestra Reina.

Los representantes navarros quedaron atónitos. ¿«Respetar las opiniones y los puntos de vista de todos»? Jamás habían oído cosa semejante, mi abuelo menos que ninguno. Algunos miembros de la diputación —particularmente los representantes de la Iglesia y del pueblo llano, pero también algunos nobles— quisieron expresar su

desacuerdo.

—Basta, he dicho.

La Reina dio por concluida la reunión, sin dar a nadie turno de réplica.

Enekot Ezponda los volvió a acompañar hasta la puerta. La mayoría estaban rojos de ira. Los eclesiásticos querían hablar con sus obispos cuanto antes, para que comunicaran a Roma las *deplorables* palabras de la Reina. Carlos, conde de Luxa —hijo del barón Juan—, proclamaba a voz en grito la necesidad de entablar relaciones con el rey de Francia, e incluso con el de España, para defender la religión *verdadera*. A los del tercer estado les preocupaban sus paisanos y si estos los culparían del fracaso del encuentro. En medio de la barahúnda, Ezponda, sin perder la sonrisa, se acariciaba su lampiño mentón, atento a cada palabra, pendiente de cada gesto. Miguel Mailu, que marchaba junto a él, le contemplaba admirado, ajeno al alboroto de los otros. No se sorprendió poco cuando el mauleonés entabló conversación con él:

—Sois el castellano de Garriz, ¿no es cierto? Debo ir a Saint-Palais la semana próxima, puesto que me han nombrado maestro de requerimientos y consejero de la Cancillería de Navarra.

Juana de Albret abjuró de la Iglesia romana la noche de Navidad de 1560. Ese mismo día, participó por primera vez en la Cena, en lugar de acudir a la misa de los papistas. Estaban con ella muchos de los señores y señoras de la Corte. En las semanas posteriores, siguieron sus pasos no pocos nobles y bastantes infanzones y gentilhombres. En nuestro terruño, de entre los grandes, Agramont, Meharin, Belzunce y Larrea. Buen número de juristas y funcionarios dieron también el mismo paso. Otros, que hasta entonces habían llevado de forma clandestina su condición de hugonotes, tenían su primera oportunidad de manifestarse ante todo el mundo como tales.

El primer domingo de febrero, Miguel Mailu y su hija Catalina pasaron a engrosar las filas de la Nueva Iglesia en la capilla de Garriz. Yo, con mis cuatro años, estaba junto a ellos, cogido de la mano de mi madre, así como Domingo Abaurre y su mujer Estefanía, sus hijos y algunos otros soldados de la guarnición. Se nos dio la bienvenida en un habla con cierto deje labortano. El ministro se llamaba Joanes Etxeberri, aunque en Francia y en Bearne le decían Jean de la Rive. Había llegado tres días antes al castillo con una carta de Enekot Ezponda, vistiendo boina, medias y pelliza negras. Era de San Juan de Luz, había sido sacerdote, y había estado en París y en Ginebra, de la mano del mismísimo Calvino. Ahora regresaba a nosotros a esparcir la semilla de la Reforma en las tierras vascas. No necesitó de largos discursos sobre Teología y Fe para atraerse al antiguo zapatero de Pamplona. Lo más trabajoso fue convencerle para participar cada domingo en la Cena. Fue mi propio abuelo quien despojó a la capilla del castillo de la imagen de San Crispín.

—Poco nos has protegido estos años.

La arrojó al fuego.

Poco tiempo después nombraron a Antonio Agramont teniente general del reino de Navarra. «La recompensa de los que saben acomodarse». Miguel Mailu no tuvo que impacientarse. Lo que no hizo Enrique II lo hizo su hija: aligeraron el patrimonio de la Corona para hacer propietario de algunas tierras al viejo soldado. No nos equivoquemos, de todas formas. Juana de Albret no dejó el Reino al borde de la ruina por recompensar a mi abuelo. Un prado —un triste prado, cuatro robadas y cinco manzanos en total— cambió de dueño para servir de cimiento al solar de Miguel Mailu. Estaba en el mismo Garriz, no lejos del castillo. Mi abuelo nunca edificó allí casa alguna, pero colocó al menos la primera piedra. En la primavera siguiente, una carta de la Reina lo convirtió en infanzón. El nombramiento, asimismo, le hacía acreedor del derecho a asiento en los Estados de Navarra. Otro documento confirmaba al «hidalgos o caballero de Mailu» en la capitanía de Garriz, amputándole el vergonzoso prefijo a su hasta entonces título de subcapitán.

En abril, el ministro Landatxeberri bendijo la unión de Enekot Ezponda y Catalina Mailu. Fue un día de júbilo para los reformados de Mauleón, ya que nunca se había visto una celebración semejante en esa cueva de idólatras que era la capital de Zuberoa. A pesar de ser hugonote desde hace muchos años, las dos primeras bodas del recién casado las había bendecido un sacerdote católico. Asistieron a las nupcias correligionarios venidos desde Montori, Sarrikota, Sohüta, Ündüreine...; en una palabra, desde todos los rincones del Barhoue, con el señor de Belzunce a la cabeza, en su calidad de vizconde de Macaya y castellano de Mauleón. Los papistas estaban rabiosos y airados. Quién sabe qué hubiesen intentado de no hallarse presentes los soldados de Belzunce. Tanto ruido desató la cuestión, que el Parlamento de Burdeos inició una investigación. No se derivó de ella, no obstante, perjuicio alguno. Aunque Zuberoa era propiedad del rey de Francia, todavía tenían miedo de encolerizar a su vecina, la reina de Navarra. No por mucho tiempo.

Catalina se trasladó a la casa del contrayente el mismo día del enlace. En Mauleón se habían visto antes recién casadas mejor dotadas. A cambio, la legión de niños de la casa Ezponda Baitha tendría una madre de ahí en adelante. Yo no era uno de ellos. Miguel y Enekot me dejaron fuera del trato. Al parecer, una boda hugonote ya era bastante escándalo en aquellas tierras, sin necesidad de dar de qué hablar a las malas lenguas de Mauleón también con el bastardo de la novia. Mi abuelo, por otra parte, no estaba dispuesto a perderme. Me quería a su lado, en el lugar del hijo que nunca tuvo. Enekot no insistió en lo contrario. Ya tenía en casa suficientes niños.

En aquel año de 1561, mi madre consiguió marido en Mauleón y la Reforma, una plaza segura en Garriz. Asimismo, la Gracia Divina anduvo más atareada que nunca en nuestro Reino, arrancando ovejas descarriadas de las papistas garras de Satanás. Yo fui el único que salí perdiendo de esa masiva conducción al redil. La nueva Iglesia de Lutero y Calvino me puso en el camino de la Salvación, pero me dejó huérfano al mismo tiempo. No tenía aún cinco años.

Estefanía, la mujer de Domingo Abaurre, había traído al mundo siete hijos, de los que le sobrevivían cuatro. Señal de que, aparte del aspecto, algo valía como bruja o curandera; la mayoría de las madres del país de Mixa, con ser más hermosas que Estefanía, no podían decir lo mismo. Gilen, el hermano menor, era cinco meses mayor que yo; con él había aprendido a dar mis primeros pasos por el patio del castillo.

Por su parte, Estefanía hacía de niñera mía cuando Catalina caía enferma o no podía ocuparse de mí. Al parecer, no le gustaba cuidar del nieto del amo. Me llamaba *el Amito*, lo que, a primera vista, destila desprecio, burla o resentimiento, como el que se tiene al que está por encima.

El día que Catalina se marchó a Mauleón, yo estaba con Gilen, el hijo de Estefanía, no sé si en las cocinas o en las caballerizas. Mi abuelo se me acercó, con ella a su lado:

—Lo dicho, entonces —le dijo el castellano de Garriz a la mujer del verdugo—. ¡Como si fuese hijo tuyo!

Y volvió a sus quehaceres, dejándonos a solas y frente a frente.

Esa mujer con pinta de arpía me agarró del cuello.

—Muy bien, muchacho —me sacudió, mientras me dedicaba su expresión más terrorífica—. Si no vas a ser ya más *el Amito*, tendrás que aprender a ser mi hijo. Esta es la primera lección de los hijos de Estefanía: con Estefanía, ojo, si quieres mantener frías las espaldas. Si yo digo «ja», tú dices «ja»; y si oyes «je», tú, al instante, «¡je!».

Las lágrimas caían sobre mi rostro. Estefanía me soltó el cuello e hizo ademán de alejarse. Pero, no bien dio un paso, se volvió y con una media sonrisa me abrió sus brazos robustos.

—Ven conmigo, *Mierdecilla*.

Ese es, veraz o mendaz, mi primer recuerdo.

Me habitué a las ásperas manos de Estefanía. Eran ellas las que me daban de comer y beber. Las que me aplicaban remedios, cuando tenía fiebre o me hería. Las que me lavaban la ropa y me despiojaban. Las que me daban una caricia o un sopapo, según lo que mereciera a los severos ojos de su dueña. No recuerdo cuando comencé a llamar madre a aquella mujer dura de coraza y blanda de corazón. Guardó para mí el sobrenombre que me puso aquel día: *Mierdecilla*. No había menosprecio en él, sino una ternura tosca. A su hijo Gilen le llamaba *Cagarruta*.

Dejé la torre y me convertí en un Abaurre más. Comía con ellos. Dormía con ellos. Lloraba y jugaba con ellos. De la noche a la mañana, de ser hijo único había pasado a ser el quinto de cinco hermanos. No tengo recuerdos de Pedro, el mayor. Cuando partió de Garriz, llevaba poco tiempo con mi nueva familia. Se hizo soldado de quien quisiera pagarle. Qué, si no. Un día supimos que había perdido la vida en

una batalla contra la confederación de Berna, al servicio del duque de Saboya.

Detrás venían dos hijas. Graciana, apática y taciturna, a semejanza de su padre. Y Ramona, vivaracha y con las mismas dotes para sanar que su madre. Graciana era casi ocho años mayor que yo; Ramona, cinco. Ambas lo suficientemente avanzadas en edad como para ver en mí a un amigo o compañero, y no a un rival o un estorbo en la mesa o en el dormitorio. Mis brazos bien podrían dar cuenta de sus pellizcos; y mis pantorrillas, de sus patadas. De cualquier manera, creo que no me querían mal. O en todo caso, tan mal como a su hermano Gilen. Al menos, nunca hicieron distingos: conmigo se comportaban de forma tan desabrida como con él. Y viceversa. Si debiera conservar un recuerdo bonito de ellas en aquellos años, sería el de su piel desnuda.

Con ocho o nueve años, durante las calurosas mañanas de verano, Gilen y yo esperábamos bien callados en la cama, a que los primeros destellos de sol rayasen en la ventana. Si la suerte nos favorecía, vislumbraríamos, iluminados, los cuerpos adormilados de sus hermanas, sin que nada los cubriera.

No éramos los únicos con ese afán. Igual que mi abuelo Miguel con mi madre Catalina, una de las preocupaciones más vivas de Estefanía era apartar a sus dos hijas de los lúbricos deseos de los hombres de la guarnición. A menudo nos aleccionaba a su hijo pequeño Gilen y a mí:

—¡Si veis un moscón alrededor de vuestras hermanas, corred a contármelo!

He llegado a ver a Estefanía apedreando a un piquero de Heleta, insulto sobre insulto, por echar mano a una de las chicas.

La preocupación de alejar a sus hijas de los soldados no tuvo éxito más que a medias. A Graciana consiguió ponerla a servir en la casa de un legista de Saint-Palais. El hijo de un herrero de la villa la esposó poco después. Ramona, por el contrario, permaneció en la fortaleza. Estaba encinta de seis meses cuando se casó con un artillero de nombre Frantses, de Behaskane. Ya para entonces, los fosos y las cuadras del castillo, los huertos y los prados de la zona, habían servido en muchas ocasiones de lecho a sus encuentros con buena parte de los hombres de la guarnición. En alguna ocasión, Gilen y yo mismo habíamos resultado testigos de aquellas rápidas maniobras, pero, sin acordarlo siquiera, jamás llegamos a hacérselo saber a Estefanía. Durante mucho tiempo tuve a Ramona por la mujer más bella de la creación.

Del brazo de Gilen empecé a explorar el mundo. Con cinco, seis o siete años todavía no nos mandaban a Luxa a espiar, como solían hacer con los niños del castillo cuando querían saber si algo tramaba el felón señor de esas tierras. Tampoco Estefanía nos encargaba nada más que alguna faena sencilla de cuando en cuando. Aparte de ello, no teníamos otra ocupación que no fuera llenar la panza y descansar el cuerpo. Disponíamos de todas las horas del sol para recorrer, como minúsculos insectos, nuestra pequeña geografía. Además, el territorio que llamábamos *nuestro* crecía día a día, se borraban las fronteras primeras y surgían nuevas que las sustituían: el patio, las murallas, los fosos, las casas del pueblo, las pozas del río...

Cagarruta y Mierdecilla. Éramos compañeros, éramos amigos, éramos hermanos.

Bueno, no del todo hermanos —hasta ahí ya alcanzábamos—. Ello confería a nuestra relación una cierta complementariedad. Yo llamaba madre a Estefanía, igual que él, lo que me abría algunas puertas en la cocina del castillo, en los barracones de los soldados y, ni que decir tiene, en la propia casa de los Abaurre. A Gilen, por su parte, ser mi sombra le daba salvoconducto a la torre. De un lado a otro, revolviéndolo todo, andábamos libres y a nuestro aire, sin necesidad de nadie más. Había otros niños de nuestra edad en el pueblo de Garriz, a pocas varas de donde vivíamos. Pero para ellos nosotros éramos unos «cerdos hugonotes» o unos «diablos heréticos»; y ellos para nosotros, unos «lamehostias» o unas «víboras papistas». Nuestros encuentros con ellos se saldaban a golpes, eso si nos encontrábamos. Gilen era un excelente lanzador de piedras. Donde ponía el ojo, ponía la piedra. Yo me destacaba con el palo. Él de lejos y yo de cerca. También en la batalla nos complementábamos. *Cagarruta y Mierdecilla*.

—¡Demonio de niños, parece que cagáis por el mismo agujero! —decía Estefanía, haciéndose la disgustada.

Pero no siempre en el mismo agujero.

Los días de ejecución eran señalados en Garriz. No solía haber muchas al año. Dos o tres, normalmente, cuatro a lo sumo, según el humor de los magistrados y del bailío de la Corte General del país de Mixa. Los azotes se repartían más liberalmente, pero no despertaban en la misma medida la curiosidad de la gente. Por el contrario, cuando se extendía el olor a soga por el valle del Biduze, las gentes venían desde Ostankoa, de Amorotze y hasta de Erango. El patio y los fosos del castillo se llenaban hasta los topes con gente mirando a lo alto de la torre. Era ahí donde Domingo Abaurre manejaba la horca.

Se trataba de una instalación sencilla, sin las pretensiones de las que más tarde vería en Bearne o en Francia. Constaba fundamentalmente de dos travesaños grandes, hechos de tronco de roble, uno de ellos en pie, sujetado a las almenas, y el otro colocado sobre él en posición horizontal y clavado en un extremo con clavos recios, y reforzado por otro travesaño más chico, mientras asomaba el jabalcón fuera de la almena. Colgado de ese jabalcón o tornapunta, quedaba el condenado, cuando Domingo de un empujón le hacía precipitarse de la torre.

Como a la inmensa mayoría, a mí también me gustaban los ahorcamientos. Si previamente la familia del infortunado había untado bajo manga al verdugo, el espectáculo duraba el tiempo que se tarda en tragar un pedazo de pan. Con ese objeto, algunos días antes, Domingo ablandaba y engrasaba el áspero esparto para que corriera más fácil el lazo. Usaba, igualmente, una soga más larga, de una vara más. De esa manera, era la brusca caída del propio cuerpo lo que le producía la muerte al malhechor al final de un corto vuelo en que la cuerda se tensaba y, *crac*, partía el cuello del ajusticiado. En ese momento soltábamos un hondo suspiro, decepcionados

más que espantados por el rápido trabajo de la muerte.

No es, por tanto, para sorprenderse si todos preferíamos que la ejecución fuese sin soborno de por medio. Domingo escogía una soga corta, que dejaba con todas sus asperezas. De esa forma, el cuerpo del condenado, más que caer, perdía repentinamente pie. La cara del condenado se hinchaba y amorataba según iba la cuerda apretándole la garganta, al tiempo que la lengua se iba alargando entre sus labios. Mientras, nosotros nos complacíamos con el rabioso bailoteo de sus piernas, cuanto más danzaba, más nos complacíamos todos, cuanto más se hacía esperar la muerte, más digno de verse el espectáculo. Nadie se movía de donde estaba hasta que, por fin, el cuerpo del ahorcado se quedaba rígido y caía de entre sus piernas un arroyuelo oscuro y hediondo.

—¡Mierda! —gritábamos, alborozados.

En ocasiones, la ejecución tenía sus prolegómenos. Así ocurría cuando el juez añadía —y anticipaba— a la muerte el uso de instrumentos para atormentar al condenado. Entonces salían a relucir las tenazas candentes, las puntiagudas estacas, el hacha o el garrote. Eso ocurría pocas veces, como mucho una vez cada dos o tres años. Un castigo semejante se acostumbraba cuando un villano mataba a un noble o malhería a un sacerdote. Entonces, los espectadores se apiñaban en el castillo hasta dejar pequeños el patio y todos los aledaños, con una felicidad en su grado máximo. Afortunadamente, los habitantes del castillo teníamos permiso de mi abuelo para ver la ejecución desde los adarves de las murallas. Antes de pisar los campos de batalla yo ya conocía el penetrante olor de la carne humana quemada.

En esos momentos solo echaba en falta a una persona: Gilen. Los días de ahorcamiento era inútil buscar a Gilen a mi lado. Ni siquiera en las ejecuciones ordinarias, cuando el dinero de la familia del condenado las hacía más cortas y aburridas. En unas y en otras, tan pronto como sacaban al preso de su calabozo, mi amigo se esfumaba del castillo. No volvíamos a verle hasta que la gente no regresaba a sus casas. Todo lo que fascinaba a su hijo adoptivo del oficio de Domingo, asqueaba y apesadumbraba a su hijo propio. ¿Se hubiera quedado en el castillo, como todos los demás, si el maestro de ceremonias de esas representaciones no hubiera sido su padre? Nunca se lo pregunté. Se decía que Pedro, su hermano mayor, actuaba igual, hasta que se marchó definitivamente de Garriz. Era él quien estaba destinado a ser verdugo cuando Domingo se retirase. Él debía continuar con el oficio. Sin embargo, como Gilen, también él odiaba la profesión de su padre.

Pedro, primero; Gilen, después. Más de una vez he pensado en si el rechazo de sus propios hijos no habría hecho de Domingo un hombre tan callado y taciturno, tan distinto de su vocinglera y excesiva mujer. Sin embargo, sabía hablar. Las noches de invierno, al amor del fuego, nos contaba historias aterradoras sobre lamías, sobre Basajaun^[2], u hombres lobos, habitantes todos de la selva de Irati. De la misma forma, aunque desconozco por qué no nos quiso hacer partícipes de los misterios de la pesca, los días de verano nos llevaba al río, a que aprendiéramos a mantenernos

sobre el agua sin hundirnos.

—Es muy fea la muerte del ahogado —nos decía entonces, para animarnos.

Huelga decir cómo escandalizaba a Miguel Mailu esa afición al agua. El odio que le tenía mi abuelo a ese elemento parecía proporcional a las fatigas que acumularon durante siglos sus antepasados curtidores a las orillas del Arga.

A Domingo Abaurre, verdugo y hugonote a la vez, los mixanos le rehuían, o le miraban con desprecio. ¡Desprecio nada más y nada menos a quien ofrecía un poco de diversión a sus vidas oscuras y mezquinas! No creo que el rechazo de los aldeanos le preocupara lo más mínimo. Nunca le advertí el menor temblor ni la duda más pequeña con los desgraciados que dejaban en sus manos. Aunque los gritos espeluznantes de los condenados erizaban los cabellos del soldado más avezado, jamás vi la cara de mi padre adoptivo desprenderse de su aire cansado e indiferente. Por contra, no recuerdo haber recibido nunca de él bofetada o patada alguna, algo que no puede decirse de Estefanía. En aquella familia, la responsabilidad de castigar a los hijos era de la madre, y no del padre verdugo. A diferencia de a Estefanía, a él siempre le llamé Domingo, no sé por qué, porque de haber tenido padre alguna vez, ese habría sido él, el verdugo.

Antonio de Borbón, en cambio, si en alguna ocasión me hizo un hueco en su pensamiento, nunca lo demostró. Si tuvo más noticia mía que la que, recién hube nacido, le dio por carta Miguel Mailu, no la obtuvo en Garriz. El mismo obsequio de nacimiento que le hizo a mi abuelo el esposo de la reina Catalina me lo hizo a mí el de la reina Juana: desinterés y olvido. Quizás lo prefiero así.

Aquella Navidad de 1560, Antonio de Borbón no acompañó a su mujer en su paso a la Reforma. Mientras que Juana servía de piedra de escándalo de todos los catolicones de la Corte de París, al participar en la Cena y orar delante de todo el mundo, el Borbón volvía a misa, para alborozo de los curas. Y no se paró ahí. Durante los meses siguientes anduvo presionando a su esposa, la Reina, para que retornase a los brazos de Roma. En vano le recordó la obligación de toda mujer de obedecer a su marido. Viendo que así no le obligaría a torcer su voluntad, lo intentó con otro argumento: el recién coronado rey de España estaría dispuesto a hablar sobre la devolución del Reino perdido, si la Reina regresaba al rebaño de los obispos. Se aseguraba que así se lo había dado a entender un mensajero de Felipe II. No estaba hablando de cualquier cosa: ¡se trataba de la Gran Navarra, el sueño de su padre, Enrique II! Para nuestra Juana, sin embargo, la adhesión a la Fe estaba por encima de ser esposa de nadie o reina de ningún sitio. No accedió a los deseos de Antonio.

El Reino de Francia ardía en llamas. Los papistas, reunidos en la llamada Liga Católica, perseguían en todas partes a los creyentes. Los comandaba el duque de Guisa, y contaban con la ayuda de España. No obstante, los reformados ya no estaban dispuestos a dejarse sacrificar como ganado. Tenían el apoyo de la reina de Inglaterra

y de los príncipes alemanes. Tenían dirigentes. Y el principal entre ellos era nada menos que Luis de Borbón, príncipe de Condé y hermano de Antonio; pero no tan voluble ni tan bochornoso como él. Juana de Albret no dudó a favor de quién alinearse. En las Cortes de Europa ya tenían de qué platicar.

—¡Mirad la Reina de Navarra! ¡Aliada de su cuñado y enemiga de su marido!

La vida sigue a veces complicados senderos.

En el otoño de 1562, Antonio de Borbón se puso a la cabeza de los soldados que sitiaban la ciudad de Rouen por mediación de los Guisa. En una ocasión en que se acercó demasiado a las murallas de la ciudad con intención de inspeccionarlas, el disparo del mosquete de un fiel le acertó en la espalda. Le quedaba poco de vida, y aun así, todavía tuvo tiempo de dar otro giro a sus creencias: como si de un reformado alemán se tratara, dijo en su último aliento que deseaba morir como miembro de la Confesión de Augsburgo. Hasta la fecha nadie le había observado inclinación alguna hacia las enseñanzas de Martín Lutero. Antonio de Borbón, duque de Vendôme, puede que llevase la sangre de San Luis en sus venas. Yo estoy más orgulloso de haber crecido en la familia de un verdugo que de haber sido hijo suyo.

Tenía seis años cuando Antonio murió. Los ecos de la guerra de Francia aún no habían llegado a Navarra. Nadie vino a decirme «tu padre ha muerto». Crecía sin saber de él y no lo extrañaba. Los detalles del nacimiento bastardo de Miguel Mailu los conocí al poco, de sus labios, pero nada me contó del mío. Incluso cuando alcancé edad como para hacerme preguntas, dejé a un lado las que se referían a mi padre. No tenía padre, ¿y qué? En las calles de Garriz o Saint-Palais, de cada tres niños uno era huérfano, y no por ello más desdichado que el resto. Había sido acogido como hijo de Domingo y Estefanía, como un Abaurre más, al fin y al cabo, participe, en la misma proporción que los demás, de todos los deberes y obligaciones que los Abaurre tenían en Garriz. Si coincidía con mi abuelo Miguel —y eso sucedía con frecuencia entre los cuatro estrechos muros del castillo—, le saludaba con el mismo miramiento que Gilen:

—Buenos días, señor Miguel.

Él, entonces, nos respondía con la misma lejanía altiva que guardaba con los hijos de sus subordinados, inclinando brevemente la cabeza. Hasta ahí nuestras relaciones, por lo menos en los días de labor.

Los domingos, en cambio, se obraban encantamientos en Garriz, con hechizos tales que podían convertir al hijo menor del verdugo en nieto del castellano. Una vez cada siete días, me era permitido llamar abuelo a aquel hombre. Comía a su mesa y allí me llevaba a la boca manjares que no probaría en casa de los Abaurre: rojas perdices, carne de liebre, pan blanco. Y he aquí lo más extraordinario: ¡la propia Estefanía preparaba y me servía esos platos! Alrededor de aquella mesa, la mujer me trataba de vos. Yo, por mi parte, sin llegar a tutearla, dejaba de llamarle madre. ¿Una

orden de mi abuelo? No lo recuerdo ordenándome tal cosa. Como un participante en una farsa de Carnaval, una vez por semana yo representaba el papel de otro, y me afanaba por hacerlo lo más fielmente posible. Seguramente, era la única forma de pasar la prueba de los domingos sin terminar loco.

Después de comer, los dos dábamos juntos un paseo. A veces íbamos a pie, la mayoría a caballo, pegado entonces yo a la espalda de mi abuelo. Llegábamos hasta Suescun o hasta Behaskane, o hasta las inmediaciones de Luxa, si el aire traía sospecha de movimientos extraños en su castillo. Durante el trayecto, cuando no se detenía con las gentes —cosa que ocurría con frecuencia—, me compensaba por el silencio de toda la semana con una charla incesante. Algunos temas siempre se repetían: los pormenores de su nacimiento, su juventud en casa de Tomás Atondo, la forma en que el aprendiz de zapatero se convirtió en soldado, los servicios rendidos al Reino, sus anhelos y sus frustraciones... Y su ciudad natal. Sobre todo su ciudad natal. Todavía tendría que pasar un buen montón de años para ver Pamplona con mis ojos. No obstante, aún sin haberlas contemplado, ya conocía las iglesias de Pamplona, sus torres, sus calles y puentes, descritos al detalle por mi abuelo las tardes de domingo de mi infancia.

—Un día volverá a ser nuestra, Joanes. Un día volveremos a andar con la frente bien alta por sus calles.

Pegado a su espalda sobre el caballo, yo respondía con cabezazos que él no podía ver. Sí, claro que sí. ¡Expulsaríamos, cómo no, al cerdo español de nuestra capital!

—Y un día llevaremos allá la nueva fe, ¿no es así, Joanes?

Más cabeceos de mi parte. ¿Cómo dudar de que llegaría un día en que apartaríamos a todos los pamploneses, a todos los navarros incluso, de la servidumbre del corrupto Príncipe Romano?

Antes de 1560, si se hubiesen venido abajo las paredes de la iglesia, difícilmente hubiesen atrapado debajo a mi abuelo. Miguel Mailu rehuía a los curas y escapaba de los frailes. Los párrocos de la zona habían manifestado su queja en más de una ocasión a los Estados de Navarra:

—¡Sería menester que el subcapitán de Garriz fuese más apegado a la Iglesia!

Al convertirse, encontró en la Cena del domingo lo que no le daba la Misa. Mudó hasta la manera de hablar. Ya no salían de su boca exabruptos y juramentos, sino muy de cuando en cuando. Antes de empezar a comer, rezaba con devoción. Claro es que no todo fue novedad. Sordo a los consejos de los ministros, se negó a cortarse el cabello y la larga barba cana, como era costumbre en los reformados. Y no fue lo único que no quiso cortarse: los padres y los maridos del país de Mixa siguieron teniendo el sueño tan ligero como antes, si percibían al insaciable castellano revoloteando alrededor de sus esposas e hijas.

Los domingos en algún momento terminábamos nuestro paseo y volvíamos a la fortaleza. Para entonces, teníamos al ministro Etxeberri preparado en la capilla. Éramos unas veinte personas las que nos reuníamos en ese lugar: además de los

reformados del castillo, algunos funcionarios y burgueses, venidos en su mayoría de Saint-Palais. El oficio religioso se me representaba como una suerte de prolongación del diálogo con mi abuelo. Empezábamos con himnos en los que cantábamos la gloria de Dios. Tras ellos, el pastor de San Juan de Luz inflamaba nuestros corazones:

—Debéis sembrar entre la gente la buena nueva de la Religión. ¡Si es posible, con la palabra; si no lo es, con la espada!

Al concluir la Cena, el hechizo se deshacía. Separado de mi abuelo, salía de la capilla con los Abaurre, de nuevo uno de ellos.

Durante los días de la semana, solo un eco quedaba en mi mente de las conversaciones del domingo. En mis juegos con Gilen, yo solía ser Enrique II o mi propio abuelo. A mi amigo no le importaba hacer de duque de Alba, o del de Nájera, o del mismo rey de España. Y menos mal. Los fosos de Garriz han conocido incontables batallas de Noáin, pero ahora la victoria era siempre para el rojo estandarte de Navarra. El domingo siguiente, daba cuenta a mi abuelo de mis hazañas. Él me escuchaba con aprobación.

—Se nota que llevas en las venas sangre de los reyes de Navarra —me dijo un día—. No lo olvides nunca.

No lo olvidaría. ¡Nada menos que sangre real en mis venas! No necesitaba gran cosa para que se me subieran los humos. La siguiente semana comuniqué la buena noticia a los Abaurre. Estábamos todos en torno a la marmita de Estefanía, esperando llenar nuestras escudillas. Dicho lo dicho, la mujer bien supo bajarme los humos.

—Tengas la sangre de un rey o la de un cacharrero, te tocan las mismas habas de la marmita, *Mierdecilla*.

Durante un tiempo, Graciana y Ramona se burlaron de mí llamándome *Rey*. Aprendí, al menos, a no repetir durante la semana las cosas que me decía mi abuelo al finalizar la misma.

Amén de los domingos, los miércoles también teníamos a Etxeberri en Garriz. Encaramados a los muros, Gilen y yo solíamos vigilar su llegada, con la esperanza de que fallase. Muy pocas veces fallaba. El sol solía haber hecho un corto recorrido en el cielo cuando lo veíamos aparecer, trotando en su yegua pía, por el camino de Saint-Palais. Nosotros mismos introducíamos su montura en la cuadra. Por decisión de mi abuelo, le pertenecíamos hasta la hora de comer.

Con Etxeberri, la mañana se nos hacía eterna aprendiendo cómo la fe supera a las obras y cómo Dios nos ha predestinado para ser conformes a la imagen de Su Hijo. Mis hermanastras estaban dispensadas, pues no se consideraba necesario que las mujeres tuviesen escuela. Gilen, a quien apasionaba estudiar, apreciaba mucho más que yo las clases de Etxeberri. Mi mente, en cambio, se escapaba afuera durante el tiempo que pasaba encerrado con el ministro. Antes que estudiar, prefería cazar pájaros con la vieja ballesta que me habían regalado los soldados de la guarnición.

Por la tarde, una vez se iba el pastor labortano, me dedicaba a imitarle, repitiendo de manera risible sus palabras y sus gestos para Graciana y Ramona. Las muchachas

reían de buena gana y a mí me gustaba verlas así. En especial a Ramona. Las comidas que los domingos hacía con mi abuelo habían despertado algo en mi interior, una especie de facultad para meterme en la piel de los demás. Me lancé, sin pensar, a pulir y desarrollar ese don. La fama de mi habilidad se extendió con increíble rapidez. El resto de los habitantes del castillo empezó a acudir a mí. Me pedían que interpretara a tal o cual persona, y yo, contento, satisfacía sus deseos. A los soldados lo que más les complacía era que imitase a mi abuelo Miguel Mailu.

—A ver, muchachos, arriba esas picas. Pero arriba, como cuando os acercáis a vuestras esposas después de cenar —elevaba el tono de voz—. ¡He dicho arriba, por el rabo del demonio! ¡Valientes inútiles, ya se nota que nunca estuvisteis en Pavía...!

Los soldados de Garriz se doblaban de la risa.

Una vez que estaba en ello, apareció Miguel Mailu en medio de mi representación.

—¡Por el alma de Satanás, qué...!

Me calentó los lomos a placer, tanto que estuve dos días sin poder levantarme de la cama. Mi abuelo podía ser severo cuando se encolerizaba.

Dicho todo esto, es a la paciencia del ministro Etxeberri a quien debo este escrito. No vino a otra cosa que a dotar a nuestra fe de cimientos firmes, pero inadvertidamente nos introdujo en el reino de las letras. Nos las enseñó una por una. Una por una sus formas, su peso y la nueva sustancia a la que, como en un fermento, dan lugar al encadenarse unas a otras. Todo ello tenía la apariencia insignificante de un juego. Aprendía fácilmente, sin esfuerzo y sin preocupación alguna. Para el diligente Gilen, en cambio, fue como comprender que el mundo continuaba más allá del puente de Sauvaterre.

—Sería maravilloso poder poner en un papel todas las cosas que nos pasen en la vida, ¿no? —me decía mi amigo, a la salida de clase.

—¿Maravilloso? ¡Menudo trabajo en balde!

Animado por nuestros avances, Etxeberri nos trajo libros. Pero en latín, en francés y en gascón. Enseguida nos perdimos en esa maraña de palabras que pronunciábamos pero no entendíamos. No se rindió por ello, nuestro profesor.

—Yo solo no puedo, pero habrá quién nos ayude.

Unos meses más tarde, empezamos a ver otros ministros en Garriz, en compañía de Etxeberri. Eran gente de oscura vestimenta y oscuro semblante, que traían la erudición bajo el brazo, envuelta en fardos de papeles. Tres de ellos, Landatxeberri, Tartas y Tardets, venían de Zuberoa. El cuarto, llamado Leizarraga, era labortano, de Beskoitze. Su propósito no era darnos clases.

—Vienen aquí para escribir libros que puedan leer gente como vosotros —nos declaró Etxeberri.

La noticia agitó nuestros jóvenes corazones. ¿Era nuestra ignorancia la que había traído al castillo a aquellos sabios hombres? La información que necesitaba me la dio mi abuelo en uno de nuestros paseos dominicales. Respiré, aliviado de mi

preocupación.

Aquella noche, en la estrechez del minúsculo aposento de los Abaurre, le hice saber a Gilen:

—Trabajan por orden de la reina Juana, a petición de los nobles vascongados adeptos a la Reforma.

Los ministros llegaban cada uno de su parte del mundo y celebraban una reunión una vez al mes, en la capilla del castillo. Llegaban temprano. Comían sin salir del torreón, servidos por Estefanía. Se marchaban a las primeras horas de la tarde, cada cual a su lugar, tras cruzar algunos cumplidos con el castellano. Acechando sus idas y venidas, Gilen y yo dedujimos que Leizarraga era el que dirigía el grupo, y que los otros hacían de ayudantes suyos. Sus manos diminutas eran siempre las que sostenían el montón más grande de papeles. Leizarraga era un hombre delgado y espigado, propietario de una prominente y ganchuda nariz. Sus ojos claros desbordaban sabiduría. A diferencia de los tres suletinos, siempre tenía una palabra para nosotros si nos cruzábamos con él en el patio, a su llegada a Garriz. Labortano como Etxeberri, había seguido la misma trayectoria que nuestro maestro, abandonando el sacerdocio y las tierras del rey de Francia para ponerse al servicio de la reina de Navarra, en la convicción de que sería la intercesora ideal para extender la Reforma entre los vascongados. Ejercía su ministerio pastoral en Labastida; en nuestro Reino, pero a la vez cerca de su lugar natal.

Pasado un tiempo, un miércoles, Etxeberri nos trajo unas hojas. Estaban escritas a mano, con letras grandes y rectas. *ABC edo Christinoen instructionea*, leímos por primera vez. «ABC o instrucción de los cristianos». En los próximos meses llegarían más hojas. Bastante más adelante, cuando yo ya contaba quince años, se imprimieron todas en La Rochelle, convertidas en libro.

EL NUEVO TEMPLO DE SAINT-PALAIS casi le hacía sombra a la iglesia de la localidad. Tenía capacidad para acoger cien almas, aunque, a decir verdad, con la mitad habría sobrado. La semilla de la Reforma iba arraigando lentamente, muy lentamente, en las estériles tierras de Mixa. Precisamente, las dimensiones de su choza era el argumento por el que el ministro Etxeberri pretendía mostrar a los testarudos vecinos de la villa la fuerza de la Religión. Porque Religión solo había una. La otra no pasaba de ser una escandalosa adoración de ídolos.

El dichoso templo le costó más de un quebradero de cabeza a nuestro ministro. Al principio pretendió enclavarlo en el centro de la población. No hubo nadie que le vendiera un terreno. Al cabo, lo tuvo que levantar fuera del pueblo, en el camino a Garriz. Mientras lo edificaban, no callaron las infamias en las iglesias de la zona:

—¡El Señor mandará un rayo y no dejará piedra sobre piedra de ese nido de herejes!

En eso erraron los sacerdotes de Mixa. Dios tenía en aquellos días mayores ocupaciones que estar mandando rayos a Saint-Palais.

Hasta el día de la apertura del templo, los habitantes de la villa jamás habían visto tantos hugonotes en sus calles. El párroco se ocultó en su casa, trancando puertas y ventanas, e igual hicieron la mayoría de los atemorizados vecinos. De ninguna manera esperaban semejante oleada de gente. Aquel día yo mismo me creí que éramos algo. Más de doscientas almas recorrimos la villa, vestidos de gala y cantando de forma intimidatoria:

*No harás ninguna escultura
y ninguna imagen
de lo que hay arriba, en el cielo,
o abajo, en la tierra,
o debajo de la tierra, en las aguas.
No te postrarás ante ellas,
ni les rendirás culto...*

Obviamente, la mayoría acudía de fuera, de Zuberoa, del país gascón, de Bearne o de otros rincones de Navarra. Ahí estaba Agramont. Y Larrea, recién nombrado castellano de San Juan de Pie de Puerto y, por tanto, capitán de la Baja Navarra. Y Belzunce. Y Meharin. También Bordenave, el representante de la Iglesia del Bearne. Seguramente, traería consigo la bolsa repleta de dinero, ya que la mayor parte de la obra se había hecho a expensas de los bearneses. En la celebración de la Cena, la mitad de los asistentes se quedó sin poder entrar. Etxeberri nos predicó con más vehemencia que nunca, juntando las cosas del cielo y de la tierra.

—Viene una nueva época para nuestra Iglesia, una nueva época para el reino de Navarra...

Se ha dicho ya que contábamos con un ministro optimista. Yo acababa de cumplir once años, y escuchaba sus palabras con el corazón arrobado.

Conocí a Enekot Ezponda tras la función religiosa. Asistía en representación de la Reina, es decir, de la segunda mano en sufragar el templo. Por lo visto, los aspectos más terrenales de la homilía del navarrizado ministro labortano buscaban complacerlo. Había oído hablar de Ezponda. Mi abuelo lo solía traer a colación en nuestras conversaciones durante las comidas y paseos de los domingos por la tarde, las más de las veces en relación a los asuntos del Reino. No hacía mucho que sabía que eran suegro y yerno. A mi abuelo se le había escapado tres o cuatro meses antes, un día que bebió algo más de la cuenta: «Enekot Ezponda, marido de mi hija Catalina...». El mauleonés acudía con frecuencia a la Cancillería de Saint-Palais. Ya lo he dicho antes: le gustaba cubrirse con la boina negra de los campesinos, un atuendo sorprendente en un hombre de leyes. El inusual tocado y, debajo de él, su poblada y pelirroja cabellera no eran fáciles de olvidar, si los habías visto antes.

Ezponda conversaba con mi abuelo, cuando me presenté ante ellos en compañía de Gilen. Hablaban de mí.

—Lo tienes ante tus ojos: nuestro muchacho va camino de convertirse en un hombre —Miguel Mailu me empujó hacia él, con una sonrisa forzada.

El magistrado me observó detenidamente, igual que un labriego al asno que pretende comprar. Hasta el punto de incomodarme.

—Esa nariz, ese mentón... Se reconoce en él la sangre que corre por sus venas —exclamó, al fin.

Me inquirió:

—¿Es cierto que ya sabes leer los salmos?

—Así es, señor —le contesté, con los ojos clavados en el suelo. Todavía no había decidido si ese hombre me agradaba o no—. Y también disparar con la ballesta.

Mi apostilla le hizo soltar una carcajada. Tenía el cabello rizado, las mejillas redondas y una nariz pequeña.

—Bueno es estar preparado para la guerra. No olvides, sin embargo, que además de guerreros necesitamos jóvenes instruidos que difundan la palabra de Dios.

—Etxeberri no volverá al castillo a dar clase —me hizo saber Miguel Mailu—. Serás tú el que acuda adonde él, a Saint-Palais, tres veces por semana.

El cambio tenía muchos aspectos desagradables; el más desagradable de todos era que Gilen ya no sería mi compañero de estudios. Mi abuelo y sus padres estaban de acuerdo: se había terminado la enseñanza para mi amigo y casi hermano. Normalmente sabía lo que me convenía, y prefería no contradecir a mi abuelo. Pero esta vez no permanecí callado. Recibí una inmediata contestación:

—Quien va para verdugo no necesita más que lecciones de soga.

Miguel Mailu hacía honor a su nombre.

Ya lo he dicho antes, entre Gilen y yo, él era el verdaderamente inclinado a los estudios. Yo podía vivir perfectamente sin las enseñanzas de Etxeberri; no anhelaba para mí nada más allá de lo que me ofrecía Garriz. Había crecido al resguardo de un verdugo, educado en la zafiedad de los soldados de la guarnición y en sus bravuconadas. Ser como ellos, esa era mi única aspiración. Es más, si no me veía en el oficio de Domingo Abaurre, no era porque no me atrajese. También yo, como todos los demás, consideraba a su hijo de sangre como el sustituto natural del padre. Cuando Miguel Mailu me explicó los detalles del nuevo rumbo de mi vida, sentí envidia por Gilen. Él estaría libre de las aburridas sesiones de Etxeberri, y yo, preso. En mi forma de ver las cosas, era yo el digno de lástima; y mi amigo, el afortunado. Él no lo consideró así.

La primera tarde que regresé a Garriz después de pasar todo el día con Etxeberri, Gilen faltaba de nuestros escondites habituales. Había visto y oído muchas cosas nuevas en casa del ministro y ardía en deseos de contárselas. Pero mi amigo no estaba en los fosos, ni en el patio, ni tampoco fisgando en los barracones de los soldados. Le vi casi a la hora de cenar, entrando por la puerta del castillo. ¡Por fin! Corrí hacia él. Sus ojos detuvieron mis zancadas. No me miraban. Con acento mauleonés musitó al pasar frente a mí:

—Se reconoce en él la sangre que corre por sus venas.

Gilen había aprendido de mí a imitar a la gente.

Tres o cuatro días más tarde, me insultó con algo que no escuchaba desde hacía mucho tiempo:

—¡Amito!

Nos tuvieron que separar entre Domingo y un soldado. Si no, nos hubiésemos matado. En vano trató Estefanía de reconciliarnos. Entre ambos se había abierto una sima y no la cerrarían sus buenos propósitos de apaciguarnos. Allí no había *Mierdecilla* ni *Cagarruta* que valiera.

Al cabo de dos meses, enviaron a Gilen al castillo de San Juan de Pie de Puerto, con una carta de recomendación de mi abuelo para Larrea, su castellano. No tuve nada que ver en esa decisión, pero Estefanía me echó a mí la culpa.

—Sucio canalla —me escupió—. No has descansado hasta que has mandado lejos de aquí a mi Gilen.

¿Entre el hijo de su sangre y el adoptivo, a quién iba a elegir, pues, la mujer?

Para entonces, mis escasas pertenencias ya me las habían llevado de los dominios de los Abaurre a la torre; del pabellón de los sirvientes al aposento del amo. Realicé la mudanza porque así me lo dijo mi abuelo, la misma semana que empecé a ir a Saint-Palais. También es verdad que lo hice complacido. De alguna manera, de la noche a la mañana me sentí como si de repente me hubiese hecho un hombre y, por serlo, me hubiesen ascendido de categoría.

Sin embargo, no era un hombre. Durante largos meses, extrañé el ruido de la respiración de Estefanía en las interminables noches de Garriz. También eché de menos los ronquidos entrecortados de Domingo y el cálido aroma femenino proveniente de la cama de Ramona. Me dolieron los oídos el primer día que, fuera de la mesa de los domingos de mi abuelo, Estefanía y Domingo me trataron de vos. Al convertirme en un personaje de farsa cotidiana, me quedé huérfano por segunda vez.

Los ministros vascos se reunían una vez al mes en Garriz. Leizarraga, por su parte, en su casa de Labastida, seguía aplicando con letra menuda lo acordado en esos encuentros. Luego, solía ser yo, junto con unos poco más, el primero en hacer uso del fruto de aquel trabajo. Los pliegos todavía olían a tinta fresca. Con ellos, aparte de aprender la nueva doctrina, empecé a leer y a escribir.

Junto a mí, otros cuatro muchachos más se juntaban en la mesa de Etxeberri. Uno, François, era el hijo del propio pastor. Los otros tres, vástagos de funcionarios de la Cancillería de Navarra y de la Casa de la Moneda. Eran todos dos o tres años más jóvenes que yo y, exceptuando a François —qué remedio—, no demasiado aplicados. Además, alguno de ellos era recién llegado de la Iglesia de Roma, y todavía se le hacía raro el cometido del ministro.

—No me comparéis con esa peste de sacerdotes —nos repetía—. Yo no soy intermediario entre vosotros y Dios. El hombre está descubriendo nuevos mundos allende los mares. ¿Cómo no va a ser capaz de relacionarse directamente con su Creador? Solo habéis de saber leer para aprehender la palabra y la voluntad de Dios.

Olvidada la indiferencia que había mostrado hasta entonces, me entregué con celo a mis estudios. Sin mucho esfuerzo empecé a destacar entre mis condiscípulos. Etxeberri, complacido, respondía a mis avances dedicándome más tiempo y más atención que a los demás. Los libros volvieron a aparecer sobre la mesa. Ya los había visto antes. Había tenido que desecharlos cuando nos daba clases en Garriz a Gilen y a mí, porque no comprendíamos nada de su contenido.

—Ahora será diferente.

No se equivocó. En breve, comencé con paso vacilante a recorrer los caminos de las lenguas latina y gascona. También en francés, y para ello contaba con una ventaja de la que carecían los hijos de los funcionarios. A diferencia de los otros, tras la lección me quedaba a comer en casa del ministro. La esposa de Etxeberri desconocía por completo tanto el vascuence como el gascón. A la hora del almuerzo, por tanto, a la mesa no se escuchaba sino francés. Antes de ponernos a comer, hacíamos una excepción, con los ojos cerrados:

Gure aita, zeruetan haizena,

Gure eguneko ogia iguk egun...^[3]

Lo rezaban todos, en deferencia a mí, empezando por la esposa francesa.

Etxeberri albergaba también la esperanza de que yo se lo enseñase a los habitantes del castillo de Garriz. La autoridad del ministro, por otra parte, expiraba a la vez que terminaba la oración. De ese momento en adelante, quien tenía la vara de mando era su mujer. Léonine.

Etxeberri era un hijo típico de la costa, pequeño, delgado y rubio. Afable en apariencia pero colérico tanto en el templo como en la escuela. Todos sus alumnos, incluido su hijo, portábamos algún recuerdo amoratado de su mano dura en los brazos o en la cocorota. Sin embargo, en presencia de la oveja, el carnero se convertía en cordero.

Igual que los Mailu, también en la familia de Léonine eran fugitivos. Su padre era de la parte de Borgoña. Por abrazar la Religión tuvo que escapar a Ginebra, para continuar vivo. Allá vino al mundo su hija. Antes no sé cómo sería. Cuando yo la conocí, Léonine era morena, gruesa y de pechos generosos, completamente distinta a su marido, al que doblaba en volumen y temperamento. En aquella casa el esposo se ocupaba de las cosas celestiales y para la mujer quedaban las terrenales. Ella repartía la comida y ella decidía en cada ocasión cuánto y cuándo le correspondía a cada uno. Suya era también casi la única voz que se escuchaba a la mesa. Y mejor así. A sus tres hijas —Henriette, Catherine y Marie, de catorce, doce y seis años, respectivamente, en aquella época— les bastaba con hacer de vez en cuando de eco de su madre, como polluelos al cacareo de una gallina. Con ellas nos sentábamos tres hombres que no abríamos la boca más que para engullir la comida y sorber la bebida. Yo, por más que hubiese querido, no podía hacer otra cosa. Los otros dos, aunque nada les trababa la lengua, preferían no manifestarse, temerosos de la ira de Léonine. Conforme fue mejorando mi comprensión entendí que la mujer estaba hastiada en Saint-Palais. Añoraba Ginebra y culpabilizaba a su marido de tener que vivir en ese «sucio pueblucho infestado de papistas». Las hijas eran de la misma opinión que su madre.

De noche, cuando no conseguía dormir, soñaba despierto, y soñaba que ayudaba a Léonine a escapar de Mixa. El mismísimo Príncipe de Roma se nos aparecía a mitad del camino, para impedir la fuga. Peleaba contra él, hiriéndole de muerte con mi espada. Me nombraban héroe de la Reforma y Léonine, en agradecimiento, me hacía un hueco entre sus blandos muslos. Junto al lecho, su marido, sonriente, daba su aprobación a la unión de nuestras carnes entonando fogosos himnos:

*Nuestros cuerpos, nuestras almas,
templos del Espíritu Santo...*

No era fácil ser un creyente fiel de la Religión en la tierra de Mixa. Contábamos con la protección de la Reina, pero la Reina estaba en Pau, y Pau está lejos de la Baja Navarra. Cada ordenanza para difundir la fe y combatir la superstición era recibida como una bofetada por las incultas gentes que nos rodeaban. Miguel Mailu debía, entonces, hacer cumplir lo que no se cumplía de buen grado.

—¡Qué fe ni qué ocho cuartos! ¡Qué costumbres ni qué niño muerto! ¡Haced como nuestra señora Juana ordena y cerrad esas bocas!

El entusiasmo de mi abuelo por hacer que se hiciera lo que la Reina consideraba atrajo sobre nosotros el odio de todos. Lo primero fue la prohibición de bailes y carnavales. Después, llegó el turno a las limosnas, los cánticos en los funerales y las procesiones por el Corpus Christi y las fiestas de los santos. La orden de expulsar del Reino a rameras y mendigos y de proscribir los juegos de dados encendió la ira incluso de los hombres del castillo. No obstante, mi abuelo —¡quién lo reconocería! — fue inflexible:

—Es obligado cumplir la voluntad de la Reina.

Hizo arrojar al fuego todos los dados que requisó, y desterró a Zuberoa a Mari Miguel, la de Ginaborda, para disgusto de soldados, peregrinos a Santiago y funcionarios de Saint-Palais. El decreto en que prohibía la confesión y las imágenes de Dios, de la Virgen María y de los santos causó todavía más revuelo.

Yo mismo, en mi bisoñez, era consciente de las nubes negras que se cernían sobre nosotros. Mi abuelo menguó sus propios caudales hasta el extremo para poder aumentar el número de soldados a sus órdenes. Yo, camino de Saint-Palais, sufría casi a diario las pedradas de los niños de Garriz.

—¡Puerco hugonote! ¡Diablo herético! ¡Esbirro de Satanás! —me gritaban.

Y Gilen ya no estaba a mi lado, para responder a los agresores con un «¡acércate si tienes...!».

El conde de Luxa había hecho capitán de sus hombres a un sujeto inquietante: Bernard Etxeto. Otrora, había probado los azotes de Domingo Abaurre por una cuestión de robo. Lejos de Mixa, Etxeto se había empleado para los Guisa, en el Reino de Francia. Había regresado a su patria hacía dos años y todas las posadas del valle del Biduze habían sido testigo ya de sus fanfarronadas. Decían que no se cansaba de repetir, a quien le tocara en suerte tener al lado, con la sangre de cuántos *herejes* había manchado su espada.

Los conspiradores no se ocultaban. En Saint-Palais, desde la misma casa del ministro Etxeberri podía contemplar las idas y venidas de curas y gentilhombres, congregándose y reuniéndose a la vista de todo el mundo. Estaba acostumbrado a poner esos temas en conocimiento de mi abuelo y tampoco entonces falté a mi deber.

—¡Quiero los nombres!

Entonces, como ahora, la Baja Navarra no era París, y me era más fácil que ahora poner nombre a las caras que retenía en mi memoria:

—Luxa, Armendáriz, Donoztiri, Domezáin, Etxauz...

—¿El vizconde de Baigorri?, —palideció. Mi abuelo siempre tuvo estima por Antonio Etxauz.

—El vizconde de Baigorri, sí.

Cuando empezaba a citar a los representantes del clero, el viejo castellano interrumpía mi perorata.

—¿Había algún español con ellos? ¿Y algún francés?

Esos días aprendí que, además de los españoles de toda la vida, los franceses también podían ser enemigos. No comprendía nada. ¿Acaso no eran los franceses nuestros aliados de siempre?

—Los Guisa y los cardenales de la cuerda de Roma tienen secuestrada la voluntad de Carlos, el rey de Francia —me explicó mi abuelo.

Cerca de Garriz, en la parte de Bearne, por orden de la Reina estaban reforzando la ciudadela de Nabarrenx. Miguel Mailu fue a visitarla una vez. Volvió encandilado:

—Más tranquilos estaríamos si Garriz fuese la cuarta parte de Nabarrenx. Contra sus muros no hay cañón que valga.

Pero Garriz no era ni la décima parte de Nabarrenx.

Las denuncias de Miguel Mailu viajaban en alforjas sujetas a veloces caballos hasta San Juan de Pie de Puerto, y de allí a Pau. De uno y otro lado le retornaban respuestas desesperanzadoras.

—¿En qué piensan?, —se le erizaban las canas de la barba—. Los papistas se disponen a cortarnos a todos el cuello, pero hasta que no vean a su *Santo Padre* mearse en el Gave de Pau no harán nada.

Mi abuelo se dispuso a enseñarme todo lo que no iba a aprender con Etxeberri. Me adiestraba en el uso de las armas, también en el caballo. Antes de finalizar el año me regaló una yegua joven de blanco morro, a pesar de que todavía no me manejaba demasiado bien.

—Cuando te vean a lomos de esta potranca, todos sabrán que en Garriz hay un caballero más.

Los días que no tenía que ir a Saint-Palais me los pasaba en las caballerizas, cuidando de los animales. Si no, con Miguel Mailu o con alguno de los soldados de la guarnición, adiestrándome en el manejo del puñal y la espada, de la pica y la ballesta. Los hombres de mi abuelo empezaron a decirme *Mailuxka*, o sea, *Martillete*. El apodo rayaría con el desaire, pero a mí me sonaba bien: *Mailu*, el abuelo; y *Mailuxka*, el nieto. El primer día que tomé una pistola en mis manos llegó a Garriz la noticia de que habían matado a Bertrand de Suescun.

Suescun era uno de los pocos reformados de la Baja Navarra, amigo y correligionario de Enekot Ezponda. Como el mauleonés, había sido miembro de la Corte de Lixtarre en Zuberoa y, como el mauleonés, era consejero de la Cancillería de Navarra. Le dieron muerte en el camino de Labastida, cuando acudía a la sesión de los Estados de Navarra. Precisamente aquel día su cometido en Labastida era advertir de la dudosa legitimidad de aquella reunión. La convocatoria se había realizado sin el consentimiento de la monarca, impulsada por Luxa y otros nobles y clérigos afectos a Roma.

Miguel Mailu se dirigió ese mismo día a la frontera occidental del Reino. Le acompañaban seis de sus hombres.

—Sigue entrenando con la pistola todo lo que puedas —me animó antes de partir.

Mi abuelo volvió cinco días más tarde que se lo llevaban los demonios. No comprendimos inmediatamente qué decía. La ira le trababa la dicción. Según parece, había conseguido apresar a los presuntos asesinos de Suescun: nada menos que dos señores, Armendáriz y Donoztiri, católicos rabiosos ambos. No obstante, la alegría de Miguel no había durado mucho. En el camino de regreso, mientras traía encadenados a los dos presos, un mensajero de Larrea, el castellano de San Juan de Pie de Puerto, le detuvo en Amorotze con la imperativa orden de liberar a los dos nobles. Yo mismo pude leer, en el tal escrito, la firma de Antonio de Agramont, teniente general del reino de Navarra.

—No saben la que nos viene —decía mi abuelo con desesperación.

Al día siguiente me llamó a su cuarto en la torre.

Su rostro expresaba preocupación y fatiga. Ya lo he dicho, tenía sesenta y cinco años. Nunca en mi vida había conocido a hombre tan viejo. Con todo, hasta aquel día, jamás había visto a un anciano bajo la piel del castellano de Garriz. Sus primeras palabras acrecentaron mi confusión. Confirmaban mis pensamientos más funestos.

—Joanes, yo no estaré mucho tiempo aquí y poco importa si lo que me manda bajo tierra es un frío repentino o la puñalada de un papista. Quizás ocurra pronto. Así no deberé presenciar cómo alguien decide en Pau o en San Juan que Garriz precisa de un castellano más joven.

Quise contestarle algo. Me hizo callar levantando el brazo.

—Aún debes hacer muchas cosas, por el Reino y por la Religión. Es mejor que estés preparado para ello.

Colocó en mis manos la pistola del otro día. No tenía buenos recuerdos de ella: al disparar, el retroceso me dejaba todo el cuerpo temblando. Sin embargo, ni recibiendo como regalo una joya me habría fascinado tanto. No era una pistola común, como las que hasta entonces había visto en manos de mi abuelo y de los otros oficiales. Esta no tenía mecha, ni la necesitaba. En su lugar, un martillo diminuto llamado percutor la ponía en funcionamiento. Precisamente, tensar dicho percutor me había costado arduos esfuerzos en los ejercicios de adiestramiento de los días anteriores. Estaba fabricada en Italia, según dijo el comerciante tolosano que se la había vendido a mi abuelo como si se tratase de un tesoro.

—Cuídala bien. Ni siquiera en Pau han visto aún ninguna como esta.

La pistola no venía sola. En adelante, mi armería estaría provista así mismo de una espada. Pero no de cualquier espada.

—Con esta, además de defenderte, quizás te acordarás de mí.

Reconocí aquella lámina afilada de hierro; había oído su historia en innumerables ocasiones al hombre de barba cana que tenía frente a mí. Se la sustrajo a un joven soldado llamado Martín Epaltza, hacía más de cuarenta años, después de darle muerte. A pesar de lo vieja que era, estaba limpia y reluciente, sin una sombra de herrumbre. Era mayor que la que yo manejaba en el patio, más firme. Para levantarla en el aire, tuve que sostenerla con las dos manos.

—No te preocupe el peso —sonrió levemente Miguel, viendo mis esfuerzos—. Estás creciendo mucho, podrás manejarla con una sola mano antes de lo que crees.

Yo no estaba tan convencido. Murmuré alguna palabra de agradecimiento e hice ademán de abandonar la sala. Estaba impaciente por mostrar mis nuevas armas a todos los habitantes del castillo. Me detuvo con un gesto apesadumbrado.

—Estas herramientas te serán de ayuda para seguir vivo. Con todo, necesitarás algo más para sacar tu vida adelante. Eres el nieto de un fiel servidor de la corona, de un infanzón. Corre por tus venas la sangre más pura del Reino...

Se interrumpió, como dudando en decir algo o no decirlo. No lo dijo.

—Pero eres un caballero sin casa y eso te coloca a la par de un gitano o un agote. Dispongo de una porción de tierra, con que el rey me obsequió. En ella solo puse una piedra. La mayor parte de los dineros de mi estipendio los he gastado en guarnecer este castillo. Poca suma te puedo dejar, si no es alguna deuda. Si me sucede algún mal, quiero que vayas a Mauleón, a la casa de Enekot Ezponda. ¿Lo recordarás?

Le prometí que lo recordaría.

Un martes me encaminé a Saint-Palais, subido a mi potranca de morro blanco. No era lo habitual. Mi cita con Etxeberri solía ser los lunes, miércoles y viernes. Aquella semana el ministro debía marchar al día siguiente a Donazaharre, a reunirse con Olhagarai, el pastor de aquel pueblo. Los niños de Garriz debían de saber tan bien como yo cuáles eran mis días de escuela. No estaban, como de costumbre, esperándome en algún recodo para hacerme pagar el peaje de sus insultos y sus pedradas. Quizás también el tiempo desapacible les habría hecho desistir de ello. Recién había comenzado el mes de enero de 1568 y el invierno mostraba aquella mañana su rostro más desabrido. Sobre la potranca, una piel de oveja me guarecía apenas de la violenta lluvia, y la niebla no me dejaba ver mucho más allá de las enhiestas orejas de la montura.

El viento soplaría del otro lado, porque no sentí el humo. Antes oí el clamor de cientos de gargantas. No me fatigué buscando razones. Estaba calado. Aterido. Me faltaban unas pocas varas para llegar a la calle de la villa y en mi ánimo no había lugar más que para el fogón del ministro. Estaba tan obcecado con terminar el trayecto que, cuando me percaté de que los márgenes del camino estaban atestados de gente, me pregunté si no sería día de feria. Una estupidez; en la Baja Navarra todo el mundo sabe que en enero no hay ninguna feria en el país de Mixa. Vaya si tenía entumecidos los sesos ese día... Una bocanada asfixiante me sacó de aquel torpe ensimismamiento.

A unos veinte pasos de mí, una columna de humo negro salía del interior del templo de Etxeberri. En el exterior, no se apreciaba fuego, pero una muchedumbre trataba con antorchas y paja seca de que prendiese la madera mojada. Comandaba esa gente un hombre que agitaba una espada en su mano. Mi abuelo me había mandado

vigilarlo en múltiples ocasiones. Era Bernard Etxeto, capitán de los soldados de Luxa. Otra multitud, sin temor al mal tiempo, animaba a los incendiarios gritando y bufando. Estos tampoco tenían pinta de venir de feria: eran labradores, con sus hoces y sus horcas; artesanos, provistos de martillos, cuchillos y otros utensilios de trabajo; y gente de mejor linaje, que portaba espadas, ballestas e incluso armas de fuego. A algunos no los había visto jamás, ni en Saint-Palais ni en ningún otro pueblo de la orilla del Biduze. A otros los conocía por haberse presentado alguna vez ante el castellano de Garriz pidiendo el amparo de la ley y para denunciar robos, ofensas, altercados o cualquier otra fechoría. Tampoco yo era un desconocido para ellos.

—¡El pequeño hugonote del castillo! —gritó alguien. Tampoco estos debían de esperarme ese día en ese lugar.

Centenares de pares de ojos se volvieron hacia mí.

No todos se movieron, pero la mitad bastaba para atraparme. Espoleé a mi potranca, tal como me había enseñado mi abuelo. El animal, sin embargo, hizo caso omiso a las débiles punzadas de mis pequeños talones. El primero en llegar a mi lado quiso agarrarme de la pierna, para dar de un tirón conmigo en el suelo. Lo aparté de una patada, a la vez que sacaba de debajo de la piel de oveja el regalo que me habían hecho veinte días antes.

—¡Cuidado! ¡Tiene una pistola!

Desde que la recibí, la llevaba conmigo cada vez que salía del castillo. Mi propio abuelo me la había dejado preparada para su uso. A los que en Garriz me arrojaban piedras ya se la había mostrado dos veces, aun sin llegar a dispararla. No fue pequeño el estupor de los que querían atraparme, al ver un arma así en manos de un joven de once años.

—¡Tiene una pistola!, —volví a escuchar.

Su sorpresa me concedió el tiempo que de otra manera me habría faltado. Dirigí el cañón del arma al suelo y apreté el gatillo.

El disparo me sacudió el brazo desde la punta de los dedos hasta el hombro. Y sin embargo, no solté el arma. La potranca, asustada, brincó sobre sus patas traseras. Pero no me caí. Si fuera un papista supersticioso, diría que por un milagro me mantuve sobre el animal sin perder al mismo tiempo la pistola.

—¡Valientes inútiles, atrapad a ese mocosito! —gritó Bernard Etxeto.

Demasiado tarde. La potranca galopaba buscando la salida de la villa.

Mis gritos y aspavientos atrajeron al patio a todos los habitantes del castillo. Llegué con el rostro enrojecido, sin poder apenas recobrar el resuello. Les costó creer que no me había vuelto loco. La lengua se me trababa tanto, que mi abuelo me hizo beber un buen vaso de vino, a fin de enderezarme el habla. Me supo amargo; hasta entonces, no se me había permitido más que mezclado con agua. No había terminado aún la narración de mis peripecias, cuando Miguel Mailu estaba ya repartiendo órdenes entre sus hombres.

Cuatro jinetes partieron hacia Saint-Palais, capitaneados por el segundo de mi

abuelo, Piarres Arburua. Su misión consistía en reunir la máxima información sobre las intenciones de los rebeldes. El resto no quedamos ociosos. Grandes y pequeños, hombres y mujeres, para todos había quehacer. Sacar las culebrinas de la armería y llevarlas a las almenas. Preparar los cañones para ser disparados. Limpiar de hierba y maleza los fosos que rodeaban las murallas. Inventariar los víveres para las personas y los animales... Mientras tanto, el vigía, desde la torre, nos avisaba de lo que veía o, mejor dicho —en la cerrada niebla de aquel día—, de lo que no veía. Esa mañana añadí una nueva palabra a mi pobre vocabulario: asedio. Todavía no sabía exactamente su sentido. Enseguida lo conocería.

Los cuatro jinetes que envió mi abuelo a la descubierta regresaron después de hacer acopio de información. Los sublevados, al parecer, habían tomado presos a Etxeberri y a su familia y los habían conducido al castillo de Luxa. A ellos se uniría, sin mucha dilación, el ministro Tardets, capturado en Ostabarret aquella misma mañana como su compañero labortano.

—¿De dónde sabéis tantas noticias? —preguntó un sorprendido Miguel Mailu a los recién llegados.

—Nos lo ha dicho el propio Bernard Etxeto —respondió orgullosamente Arburua.

Yo no apreciaba demasiado a aquel hombre. «Cuanto más pequeño, más malo» se decía de él en el castillo, cuadrando su humilde talla y su pésimo carácter.

Según explicó, el auxiliar de Luxa les salió al camino en las inmediaciones del castillo de su amo. No buscaba pelea. Según parece, les habló con la parsimonia de quien no tiene nada que ocultar, sin vergüenza alguna. Además de informarles, puso un escrito en sus manos.

—Es para nuestra señora la Reina —Arburua se lo dio a mi abuelo, con el gesto de quien se está quitando un grave peso de encima.

Miguel Mailu buscó mi mirada entre la de todos los que nos apretábamos a su alrededor. Allí estábamos todos los habitantes del castillo, sin excepción.

—Ven conmigo.

Lo seguí hasta la sala de la torre, dejando a todos los demás en el patio. Arburua vino con nosotros, aunque nadie le había invitado.

—Lee.

Al primer vistazo reconocí la letra grande y elegante del ministro Etxeberri. Al pobre hombre le habían compelido a trabajar para sus captores. El ruin Luxa debía de haber gastado demasiado dinero preparando el alzamiento y se le arrugaba el bolsillo a la hora de pagar los servicios de un notario. Imaginé a mi maestro, asustado, rodeado de enemigos rabiosos, poniendo sobre el papel las pretensiones de sus captores por temor a producir la desgracia de su mujer y de sus hijos.

—¡Léelo de una vez! —saltó Miguel Mailu, impaciente.

Leí, alto y claro. Las primeras líneas eran subterfugios del rebelde para aplacar la cólera de Juana de Albret. El fondo llegaba después, en forma de una serie de exigencias que empezaban por «la derogación de todas las ordenanzas y leyes que

merman la Religión verdadera en Navarra» y seguían con la petición de «expulsión del Reino de todos los ministros hugonotes», para que, en adelante, se reconociera como única verdad la de la Iglesia Católica Romana. Como no les parecía poca osadía, querían el compromiso de la Reina para que «ninguno de los navarros justamente alzados» sufriera daño ni en su vida ni en sus bienes, «por haber tomado las armas a favor de la Santa Verdad». Ni que decir tiene que no liberarían a los capturados mientras no obtuvieran satisfacción sobre todos esos puntos.

Firmaban la misiva los señores de Luxa, de Etxauz, de Armendáriz y de Domezáin, además de otros nobles de menor rango.

Lo que no decía el escrito, Arburua nos lo hizo saber, tal como lo había escuchado de los labios de Etxeto: si trataban de liberar a los ministros o de oponerse a los rebeldes, tenían fuerza suficiente para responder con dureza, así como para hacer añicos Garriz de arriba abajo. No era mera bravuconada. Los soldados de mi abuelo habían contado a cientos de hombres entre los alzados. Muchos sujetaban mosquetes franceses, señal de que alguna negra mano los apoyaba fuera del Reino.

Aquella misma tarde, dos jinetes salieron de Garriz al galope, uno con destino a Pau y el otro a San Juan de Pie de Puerto. Cada cual llevaba una alforja sujeta a su montura; y en cada alforja, una carta. Como de los enemigos siempre se aprende algo, también Miguel Mailu dio asueto al notario de Saint-Palais. Yo mismo fui el que transcribió las palabras de mi abuelo. Mi primera redacción, fuera de las clases del malhadado Etxeberri.

—¡Un gentío! —nos previno el vigía de la torre.

Por un instante, la confusión hizo presa del patio del castillo. Los perros ladraban, las mujeres se lamentaban y los soldados corrían a tomar las armas.

Pero no era un ataque. Los reformados de las poblaciones vecinas acudían a nosotros buscando refugio. Magistrados, notarios y funcionarios a los que había visto a menudo en el templo de Saint-Palais vestidos orgullosos con sus mejores galas, cantando la magnificencia de Dios. Ahora, harapientos y atemorizados, solo producían compasión. Por ellos supimos de los estragos causados por los papistas: casas forzadas, robos, incendios, palizas, mujeres violadas, hombres acuchillados... Cada uno de ellos traía su particular y terrible historia de terror y dolor y su particular reprobación hacia nosotros.

—¡Qué bien nos habéis defendido, cobijados cómodamente tras los muros del castillo! —nos reprochó una mujer con una criatura berreando en sus brazos.

Los fugitivos no eran muchos, unos veinte o veinticinco entre hombres, mujeres y niños —mis tres condiscípulos de las clases de Etxeberri, entre otros—, pero suficientes para avivar la inquietud de mi abuelo, cuyo granero había conocido épocas más prósperas. Aquella misma tarde, Miguel Mailu envió una patrulla a buscar víveres por los alrededores. Los ahuyentaron a tiros y a flechazos de un

caserío de Lapiteaga al que se habían acercado con la intención de hacerse con algunas ovejas.

Las nubes y los claros se alternaron durante la semana siguiente, tanto en Garriz como en mi espíritu. Los primeros días fue agradable percibir cómo mi hazaña ante los sublevados me había elevado en la consideración de los hombres y mujeres sitiados. En boca de todos corría el arrojo y el valor del «pequeño soldado de Garriz», tal vez porque en nuestra situación no teníamos mucho más de que alegrarnos. Puesto que así me lo pedían, repetía voluntarioso todo lo sucedido ante el templo de Etxeberri. Los hombres de la guarnición me preguntaban si tuve miedo al verme rodeado de enemigos, como preguntándose qué harían ellos si se encontrasen en la misma tesitura. Las mujeres apuntaban sus dedos hacia mí en el patio del castillo y me regalaban alguna caricia, en la cabeza, al pasar por su lado. Hasta Ramona, que jamás me había mirado a los ojos a no ser para soltar alguna fresca, me regaló con algún cumplido, aunque no acabara de entender sus últimas palabras:

—Lástima que no seas cuatro o cinco años mayor...

Todos los niños venidos de fuera querían estar conmigo, y yo, que desde la marcha de Gilen no había tenido con quién compartir mis juegos, repartía mis favores como si fuera el mismo Emperador. Poco me avergonzaba la cruel elección de con quién sí y con quién no. Envanecido por las lisonjas de todo el mundo, al final yo mismo llegué a crearme excepcional. Tomé la costumbre de llevar conmigo esas armas que tanta admiración despertaban, sobre todo la pistola. Eran pesadas y me producían heridas. No obstante, no me importaba andar cargado, si con eso atraía la mirada de todos.

En fin, de todos no. Ya me habría gustado, pero Domingo y Estefanía no templaron ni un ápice la frialdad con que me trataban. Aunque en algún momento albergué esa esperanza, rápidamente advertí que haber escapado de los enemigos no era mérito suficiente para recuperar como padre y madre al verdugo y su mujer. Ya no era para ellos *Mierdecilla*. Por si con esa congoja no tuviese suficiente, Miguel Mailu me puso en ridículo ante todos.

—¡Baja inmediatamente de las almenas, demonio de mocosol!

A pesar de ser el abuelo de *el pequeño soldado de Garriz*, el castellano ya tenía bastante trabajo como para tener miramientos con su nieto.

Miguel Mailu pasaba el día en lo alto de la torre, ya hiciese lluvia o viento, sin preocuparse del mal tiempo. No les hablaba más que a sus soldados, y a mí solo para reprenderme. Por la noche yo le notaba dar vueltas y murmurar en la habitación que compartíamos. Decidí dejar allí mis armas, pensando que le agradaría. No sé ni si se dio cuenta.

Entre unos y otros me desposeyeron de la corona de héroe. Estaba preso en el castillo, pero tanto como yo lo estaban los demás niños. Volví a su rango, a compartir el destino de los de mi edad. Si bien no era fácil ser un soldado en el castillo sitiado de Garriz, tampoco lo era más ser un niño. Nos echaban de los barracones y de los

atestados cobertizos, molestábamos en la torre y en las almenas, nos estaba prohibido bajar a los fosos, nos apretujábamos en el patio, ahogados entre cuatro muros y no teniendo adónde ir a tomar aire. Mientras, las subsistencias se agotaban y la madera se consumía en aquel frío enero. Salió una pequeña tropa, provista de hachas, al nuevo robledal de Peko Berro. No nos trajeron madera de vuelta, sino el cadáver del hijo de un magistrado de Saint-Palais, derribado por una flecha.

—¡Larrea, viene Larrea, el capitán de San Juan!

A los niños se nos dio permiso para subir a las murallas a darle la bienvenida. Larrea traía consigo cincuenta arcabuceros desde Ciza, así como varios peones de refuerzo.

No era como para dejar boquiabierto a nadie; yo había visto muchos más hombres ocho días antes, en la entrada de Saint-Palais, a las órdenes de Bernard Etxeto.

A la mayoría de los sitiados, por el contrario, les pareció algo formidable.

—¡Qué fuerza! ¡Qué ejército! —gritaban hasta quedar roncros.

Por una parte, mejor hubiese convenido que fueran menos. Tal como llegaron, nuestros libertadores se precipitaron atropelladamente sobre las escasas vituallas del castillo. Habían hecho, al parecer, el camino hasta Garriz sin provisiones de comida ni bebida.

Si no hubiese sido un niño de once años, habría empezado a preocuparme. Pero era un niño de once años y a mí también me contagió la alegría de todos. Significaba el fin del asedio y había que festejarlo. Mezclado entre los recién llegados, comencé a hablar con uno de los peones: Beñat, de Huarte de Ciza. Era dos años mayor que yo. Juraba y bebía vino, tal que un balletero gascón.

—¡Vive Dios que esos *lamehostias* ya saben con quién se la juegan! Viniendo hacia aquí, algunos de ellos se nos han acercado a la altura de Ostankoa. Cuatro tiros han bastado para que huyeran a toda prisa como conejos. Ahora estarán con los calzones cagados, de saber que los de Ciza estamos aquí.

Me dio a beber de su cuenco. Acepté. Mi paladar retenía el recuerdo del vino del primer día de sitio. El oscuro líquido me soltó la lengua. Contagiado por el entusiasmo de Beñat, le referí detalladamente mis andanzas de la semana anterior. Me disgustó no tener conmigo la pistola y la espada. Su sorpresa me supo más dulce que la bebida.

—Conque eres Joanes Mailu, el nieto del castellano...

Aquello me sorprendió y me enorgulleció a la vez. ¿Cómo es que sabían de mí en la tierra de Ciza? El peón de Huarte me lo aclaró sin necesidad de preguntárselo.

—En los últimos meses hemos tenido entre nosotros a un hijo de Garriz: Gilen Abaurre. Un muchacho dispuesto, y excelente lanzador de piedras. Demasiado leído, tal vez, para este sucio oficio. Te mencionaba a menudo y no siempre para decir lindezas de ti y de tu familia, ¡la puta! Jamás nos explicó qué mierda pasó entre

vosotros dos. ¿Acaso una hembra bonita?

Hice como que no lo había oído. Me acordaba de Gilen. De Gilen jugando en los fosos. De Gilen respondiendo con las mismas armas a los niños de Garriz camino a Saint-Palais. De Gilen oculto tras los matorrales, espiando a Ramona mientras esta retozaba... Siempre Gilen, y siempre yo a su lado. De repente, guiado claramente por el vino, se me despertaron deseos de estar con él. Tomé otro trago del cuenco de Beñat.

—No ha venido con vosotros.

Su sonrisa se me hizo desagradable.

—Ya he dicho que no valía para este sucio oficio. Los soldados más veteranos quisieron que pagara el peaje del novato. Y a él no se le ocurrió mejor cosa que plantarles cara. ¡Hace falta ser cretino! Le hicieron besar el suelo y le cabalgaron por detrás como verracos. Si hubiese cedido desde el principio, todo habría sido más fácil.

—¿Ceder? —El vino todavía no había acabado con mi capacidad de sorpresa.

—Claro. Le habría costado caminar los días siguientes. Y luego lo olvidaría. Nadie se vuelve hombre del todo, sin haber hecho antes de mujer.

Por la manera en la que se encogió de hombros me imaginé que también él se había visto en ese trance alguna vez.

—Se largó la víspera de venir, sin decir nada a nadie —continuó—. Pensábamos que nos lo encontraríamos aquí. Al fin y al cabo, aparte de nuestro comandante, él es casi el único hugonote de la tropa.

Cada vez entendía menos. Acababa de decirme perrerías de los católicos.

—¿Eres papista y estás en contra de los papistas?

—¡El buche no me lo llenan desde Roma, voto al cinto!

Había bebido y sentía la cabeza cargada. Salí de la cocina al patio a despejarme. La cantidad de gente que se agolpaba allá todavía me aturdió más. Llovía, pero nadie reparaba en la lluvia. De algún lado había aparecido un tamborilero. Al ritmo de sus golpes, las mujeres de aquellos funcionarios vestidos de negro bailaban con la bárbara soldadesca cubierta con pieles, vigiladas por los ojos nerviosos de sus maridos. La lujuria y la embriaguez eran temas habituales en la enardecida boca del ministro Etxeberri, y ahora él estaba en manos del enemigo. Provoqué una carcajada general al imitar como un mono los movimientos de las parejas, pero acabé todavía más mareado. Acuciado por un sueño terrible y repentino, me dirigí al cuarto de la torre. En las escaleras, la voz de mi abuelo llegó hasta mí desde la sala.

—... Señor, somos pocos para atacar a Luxa. En algún momento aparecerá Agramont, con más soldados. Es mejor que esperemos hasta que él venga y que, mientras, aprovechemos que somos más fuertes para reunir víveres en los pueblos de alrededor.

Le contestó otra voz investida de mayor autoridad.

—No hemos de esperar a nadie para liberar a los capturados y apresar a los

culpables. ¿Qué pensarán de nosotros en Pau, si en Navarra no somos capaces ni de apagar un pequeño incendio como este? ¡Y ya basta con el tema de los víveres! Para estas horas habrán partido ya desde San Juan hacia aquí diez carros llenos de grano y vino.

La discusión duraría más, pero yo no estaba en situación de escuchar nada. Aunque el vino me había nublado el entendimiento, no se me había olvidado que aquella noche mi lecho sería ocupado por alguno de los que acababan de llegar al castillo. Saqué de algún lado una piel de yegua y, sobre él, hice mi nido en una esquina.

La habitación estaba vacía al día siguiente cuando desperté. Con la cabeza que me estallaba y encogido por el frío, traté de organizar los acontecimientos del día anterior. No lo conseguí del todo. Me hizo levantarme el estrépito del exterior. Las puertas del castillo se encontraban abiertas, y fuera de él estaban la mayor parte de los soldados de Ciza. Otros, con los peones y los hombres de la guarnición, desmontaban los grandes cañones del castillo y los subían a unos carros con ayuda de una polea. Beñat estaba en ese grupo. Como a los demás, el sudor le cubría la frente. Agité mi mano para saludarle pero no llegó a verme. Larrea, desde la torre, daba su aprobación a todo:

—Los muros de Luxa se vendrán abajo como las hojas en otoño.

Junto al castellano de San Juan de Pie de Puerto solo se encontraba Piarres Arburua.

Encontré a Miguel Mailu en las caballerizas. Vestía las calzas largas de montar. Un sombrero empenachado le adornaba la cabeza; y una espada, la cintura. Si no le hubieran asomado por el cinto las culatas de dos pistolas se podría decir que estaba dispuesto como para salir conmigo en nuestros habituales paseos dominicales. A pesar de todo ello, una vez más me pareció un anciano.

El castellano preparaba el caballo, ayudado por Domingo. La silla era nueva, terminada hacía pocos días por un guarnicionero de Saint-Palais. Aún no la había estrenado. La debía de haber pagado cara, y eso nos dejó a todos sorprendidos, porque no era hombre de gastarse el dinero en esos caprichos. La montura presentaba unos martillos pequeños a los dos lados, moldeados con cuero rojizo. «Hay que honrar el propio nombre», me manifestó Miguel Mailu al mostrármelo. Entonces le prometí que el día que quisiera estrenarla ensillaríamos a su caballo entre los dos. El verdugo estaba realizando el trabajo que debía haber hecho yo.

Tan pronto como aparecí, Domingo se esfumó, dejándonos frente a frente a mi abuelo y a mí. Le había fallado pero, por primera vez en bastante tiempo, no había cólera alguna en su semblante. Con una media sonrisa, me puso en las manos las riendas del caballo para salir afuera tirando de ellas. Al pasar junto al aljibe, me ordenó parar con un gesto. Llenó una escudilla de agua.

—Ten. No hay nada mejor para mitigar la resaca.

Bebí avergonzado, pero después me sentí mejor. Los ojos de mi abuelo apuntaron

hacia la torre. Larrea y Arburua continuaban en ella, contemplando el trabajo de los soldados.

—Solo una vara de alto, pero vale para convertirse en el nuevo castellano de Garriz.

Reí calladamente con mi abuelo. Aún con mi mal temple podía captar la amargura de aquella ocurrencia. Mi abuelo se refería a Arburua, a aquel que, en la opinión de todos, «cuanto más pequeño, más malo» era. Ya lo he dicho antes, aquel hombre no me agradaba en absoluto. Tampoco al resto de los habitantes del castillo. Tenía la sangre demasiado caliente y la mano demasiado ligera. Su abuelo bidasotarra había combatido en Fuenterrabía por la casa de Albret. De dar fe a lo que decían los soldados de Garriz, no contaba con otro mérito para ser el segundo de Miguel Mailu. Estaba claro que se entendía bien con Larrea. Bastante mejor que mi abuelo.

La mirada de Miguel Mailu recobró la seriedad.

—Ahora ve a coger tus armas.

Se me iluminó la cara. La conversación que había tenido el día anterior con Beñat, el joven peón, había despertado en mí el ansia de batallas.

—Ensillaré también mi yegua.

—Espera. Mientras que nosotros estemos fuera, Domingo no va a gobernar solo el castillo, con esa plaga de abogados y funcionarios sin sangre en las venas. Por otra parte —bajó la voz y clavó su mirada en otra dirección—, según como se tornen las cosas, podría ser que tuvieses que salir de aquí.

El corazón me dio un vuelco. No comprendía por qué iba a verme forzado a marcharme de allí.

—Si así ocurre —continuó—, no te lleves más que la pistola. La espada grande te estorbará. Entiérrala en alguna parte, y llévate, en su lugar, un puñal o un machete.

Los soldados y los peones colocaban en el carro el último cañón. Larrea y Arburua bajaron al patio. Se dirigieron directamente hacia donde estábamos.

—No hace falta que vengas con nosotros —le dijo el de Ciza a mi abuelo—. Puede que en el castillo se te necesite.

Las maneras de anciano bonachón desaparecieron de inmediato en Miguel Mailu.

—En tanto que la Reina no disponga otra cosa, yo soy el guardián de la ley del Reino en el país de Mixa.

Puso un pie en el estribo y me hizo un gesto para que lo ayudase a montar. Se me antojó que pesaba menos que la semana anterior. De cualquier manera, todos estábamos más delgados tras varios días de asedio.

—¡Venga, muchachos! ¡Por el Reino y por la Fe! —Se dirigió a sus hombres.

—¡Por el Reino y por la Fe! —respondieron, ni demasiado alto, ni con demasiado entusiasmo.

Fuera, los boyeros arreaban a las bestias y chirriaban los carros. Delante de ellos se apostaron los arcabuceros cizanos, con Larrea a la cabeza. Marchaban a continuación Miguel Mailu y sus mixanos. Los refugiados en el castillo

prorrumpieron en vítores y ovaciones. Entre ellos no faltaba algún hombre hecho y derecho, que sin esfuerzo sería capaz de coger una espada o una pica. Solo alguno de ellos se unió a los soldados de la Reina. El resto, por lo que parecía, eran ineptos para la guerra.

Larrea, en un gesto ostentoso, hizo dar media vuelta a su caballo. Puso al animal sobre dos patas y, despojándose del sombrero emplumado, saludó a los que estaban en las almenas.

—Antes de que oscurezca estaréis en vuestras casas —prometió, alzando la voz.

Como agradecimiento, entonaron un salmo, bajo la conducción de un abogado de los Estados de Navarra. Domingo Abaurre y yo cerramos la puerta del castillo y la atrancamos, sin unirnos al cántico. Para cuando subí a la muralla sobre el portón, la tropa había desaparecido, tragada por la lluvia y la niebla. No había querido mejorar el despacible tiempo de los últimos días. En las almenas seguían con voz potente:

*Mira, Israel:
Yo soy Dios, tu Señor,
el que te sacó
de las tierras de Egipto,
de la casa de esclavitud...*

Cantaban alegres, animados por la llama de la esperanza. A mí todavía se me encogió más el corazón.

En algo acertó Larrea, el Capitán de la Baja Navarra. Al oscurecer estaban de vuelta. Domingo Abaurre nos dio la noticia a los que estábamos reunidos en la cocina. Allá me había resguardado, después de pasarme inútilmente medio día bajo la lluvia en los adarves de las almenas. En ningún momento había escuchado el eco del cañón. La cocina estaba repleta de gente; tan solo los más cercanos podían disfrutar del calor de la lumbre. Al menos me dejaron, como buenos cristianos, que pusiera mis ropas mojadas a secar junto al fuego. Estaba desnudo y, a pesar de envolverme en un pellejo, temblaba de frío.

El verdugo asomó la cabeza por la puerta.

—¡Están aquí!

Todos, jóvenes y viejos, salieron de la cocina. Yo, el último, ya que me retrasé vistiéndome. El estruendo que no había oído en todo el día resonaba ahora en el exterior. Domingo todavía estaba junto a la puerta. Sus ojos brillaban de una manera extraña.

—¡En cuanto quitemos el travesaño, a las culebrinas!

Las culebrinas. Las envaradas hijas del matrimonio entre el cañón y el arcabuz. Contábamos con tres, dispuestas en las almenas de encima del portón y cargadas, a la espera de que alguien las disparase. Justamente, desde que comenzó el asedio, era

tarea de Domingo mantener sus mechas siempre secas, para que no fallasen en la circunstancia de tener que ser disparadas. No sabía para qué necesitábamos las culebrinas, pero no dudé en seguir al que había sido mi padre adoptivo.

Tan pronto como abrimos el portón, nos encaramamos por las escalas. En los estrechos adarves nos abrimos paso entre los curiosos. No podía ponerse la vista más allá de las murallas sin riesgo de caer. Nos dirigimos primeramente a la culebrina que estaba justo encima de la entrada. Domingo apoyó la culata del arma en su hombro a la vez que me hacía un gesto para que me agachase a su lado.

—Sujeta fuerte la horquilla contra el muro. El golpe me enviará al infierno, si no.

Ciegamente, agarré con mis dos manos la vara de madera. Tan alterado como estaba, tardé en darme cuenta de que me había hablado de tú, como en los viejos tiempos.

El tumulto de los refugiados que estaban entre nosotros me indicó que algo pasaba. Sujeté la horquilla todavía con más firmeza, todavía con más fuerza. Además de la culebrina, mis manos y mis oídos también estallaron cuando Domingo disparó.

—¡A la otra!

El segundo cañoncito estaba cuatro pasos más allá. Esta vez Domingo no tuvo que explicarme nada. El estallido tampoco me cogió desprevenido.

Me detuvo con un gesto de su mano cuando íbamos a por el tercero.

—¡Ya vale!

Por la puerta abierta del castillo entraba una pequeña tropa de caballos y jinetes, con Larrea a la cabeza. Tras él, venía el grueso de la infantería, y después los heridos, unos cojeando, otros ayudados por sus compañeros. Una última fila —de ocho a diez arcabuceros— protegía la retaguardia, disparando de cuando en cuando. Todos estaban llenos de barro; y no pocos, también de sangre. Observé al enemigo desde las saeteras. Se habían detenido a unos cien pasos, fuera del alcance de nuestras culebrinas. A cambio, nos enseñaron sus armas a los que mirábamos desde las almenas:

—¡Viva la Santa Virgen María! ¡Mueran los herejes!

¿Cuántos eran? ¿Doscientos, trescientos, cuatrocientos...? Para contarlos a todos, no me bastaban los números que me había enseñado Etxeberri. No obstante, no parecían confiar mucho en sus fuerzas. No se habían tomado otro trabajo que hacer retroceder hasta el castillo a los soldados de la Reina, en vez de destrozarlos a los pies de sus muros. Antes de alejarse, nos hicieron oír sus amenazas:

—¡Pronto volveremos, malditos hijos de Satanás! ¡Vuestros cojones serán nuestra recompensa!

El patio del castillo estaba repleto de gente y de animales, gimiendo los unos y relinchando los otros, aquí maldiciendo a Dios y allí alabando a Jesucristo. Dos soldados de la guarnición descendían a mi abuelo del caballo. A Miguel Mailu le faltaba su sombrero de plumas. Presentaba un rostro blanco como la cera. Su dura cota de cuero enrojecía por el lado del costado.

—Llévadle a la torre y avisad a Estefanía —ordenó Arburua.

Lo último sobraba. Estefanía ya estaba allí.

Los seguí hasta el aposento de mi abuelo. Para cuando le acostaron, se había extendido a todo el cuerpo el círculo rojo del costado. La mujer parecía más bruja que nunca a la luz de las antorchas de los soldados.

—Ayúdame a desnudarlo —me susurró, ella también tuteándome.

Me acerqué tambaleante hasta la cama. Hubiese preferido que me pidieran enfrentarme solo y sin armas con el enemigo. Con la guía de Estefanía no resultó tan difícil. Lo hicimos despacio, sin prisas, en lo posible evitándole movimientos bruscos al herido. Miguel Mailu tenía los ojos muy abiertos. Un murmullo quedo salía de sus labios:

—¡Qué dolor, Dios mío! ¡Qué dolor!

Su herida abarcaba tanto como mi dedo gordo. Mientras los soldados encendían fuego en la chimenea de la habitación, Estefanía la examinó atentamente por delante y por detrás.

—Vino. Abundante —pidió al término del examen.

Nos dejaron solos a la mujer y a mí, y nos sentamos en el suelo, uno junto al otro. Tenía frío; mis ropas no se habían secado del todo. Unos meses atrás hubiese buscado la calidez de sus brazos. Ahora eso no era posible, y eso me hacía desdichado, más desdichado incluso que lo que me hacía el destino de mi abuelo. La herida de Miguel Mailu continuaba manando sangre.

—¿No le vas a aplicar un emplasto de hierbas?

El año anterior, Gilen me clavó en el muslo la punta de una pica vieja, mientras jugábamos. Estefanía me puso un emplasto de hierbas en la zona sangrante. De aquello solo guardaba una pequeña cicatriz.

—No sirve —se le espesó la voz, sin quitarle ojo a Miguel Mailu. El anciano había empezado a tiritar—. Cuando la Muerte entra y sale de un cuerpo es posible sanar al herido. Al señor Miguel se le ha quedado dentro, y cuando la Muerte se queda dentro de alguien, los emplastos no sirven. Como no tiene por donde salir, acaba por hacer su trabajo, si no es hoy, mañana.

Estefanía llamaba Muerte a la bala que se había ocultado dentro del cuerpo de mi abuelo. Hoy, cuando han pasado ya más de cuarenta años de aquella noche, sé que un cirujano médico como los que he conocido en la Corte de Francia podría haberle dado salida a aquel trozo de plomo. De esta manera, mi abuelo hubiese tenido una oportunidad —una oportunidad, nada más— de sobrevivir. Nosotros no disponíamos de nadie que supiese hacerlo.

—Entonces, ¿el vino?

—Si es capaz de beberlo le hará olvidarse del dolor.

Hasta que la llamó Ramona, Estefanía estuvo conmigo, junto a mi abuelo. La hija necesitaba la ayuda de su madre, más diestra, para atender al resto de los heridos.

Miguel Mailu convirtió su agonía en un inaudible parloteo; hubo momentos en

que llegó a cantar, por obra del vino. De todo cuanto dijo, solo entendí una palabra: Pamplona.

Su alma le abandonó cuando rompía la luz. En aquel momento, yo dormía, después de pasar toda la noche al pie de su lecho.

Le dieron tierra en los fosos, tras una breve oración. En el mismo túmulo enterraron a un arcabucero cizano, que, sin poder sobreponerse a sus heridas, había muerto la víspera, como mi abuelo.

Al mediodía, mientras tomábamos nuestra frugal comida, Arburua vino hacia mí. No alcanzaba las tres pulgadas y me habló con el aire fanfarrón de quien mide tres varas. Fue breve y cortante:

—Tendrás que sacar tus cosas y las del señor Miguel de la sala de la torre.

No me explicó adónde tenía que llevarlas.

Estefanía y Domingo me ayudaron a recogerlas. Era poca cosa: algunas camisas, una zamarra ensangrentada, botas y calzas de montar, un puñal, una pistola —la otra la había perdido la víspera en el campo de batalla— y ocho libras, en monedas grandes y pequeñas, además de una piel de vaca montaraz. Solo faltaban el caballo y sus arreos. Mis pertenencias todavía eran menos. Los Abaurre me permitieron llevarlo todo a su habitación pero no concretaron si podría quedarme en ella. Tenían con ellos, desde el principio del asedio, a unos vecinos de Garriz, parientes lejanos de Estefanía, en la cama que había sido de Gilen y mía. Ramona y su marido Frantses también eran inquilinos de aquella habitación.

A media tarde escampó un poco. En el patio me encontré con Beñat. Venía de la caballeriza, tirando de mi potranca morriblanca. El animal manifestaba su disconformidad dando cabezazos. Salí a su encuentro.

—¿Adónde la llevas? —Cerré los puños.

Me empujó con el hombro. Beñat era más alto que yo. También más fuerte de espaldas y de brazos. Sin embargo, la potranca era mía. Haciendo del dolor furor, un instante después el joven estaba en el suelo, y yo sobre él.

—¡Maldito ladrón!

Le hubiese matado si sus gritos no hubiesen atraído a unos arcabuceros que me acometieron a patadas.

—¡Quítate de encima, gato montés!

Si no quedé lisiado de por vida se lo debo a la intervención de los soldados de la guarnición. La sombra de mi abuelo todavía no había desaparecido por completo de aquel lugar. Larrea y Arburua interrumpieron la pelea entre mixanos y cizanos.

Fue la propia Ramona quien propuso que me llevaran a su lecho. La hija de los Abaurre, a sus dieciséis años, estaba por segunda vez encinta. Todavía no se le notaba en su delgado talle. No había pasado ni medio año desde que perdió a su primera hija, una niña de pocos meses, a causa de unas diarreas. Desde que ella se casara y yo me

mudara a la torre coincidíamos menos que antes. Conservaba en el recuerdo la visión fugaz de su piel, al amanecer, cuando despertaba en aquel mismo cuarto.

—Igual que un curtidor al cuero, así te han zurrado esos cizanos.

Ella me despojó de mis ropas rasgadas. No dejó ninguna parte de mi cuerpo sin explorar.

—¿A qué esperas para echar pluma? —se rio de mi falta de vello.

Apurado, me hice el dolorido, aunque en verdad no sentía dolor. Su boca olía a cebolla cocida; a musgo húmedo, su piel.

Acostado sobre la cama me libré de ver cómo acababan con mi potranca de morro blanco. Lo hicieron a hachazos, dejando un charco oscuro a la puerta del castillo.

Aún no había oscurecido cuando un estruendo sacudió las paredes del castillo.

—¡Llegan Agramont y los bearneses!, —escuché decir a alguien.

Todos pensamos en los refuerzos que debían venir de Pau. Miguel Mailu los había mencionado dos días antes. Por un instante se volvieron a oír los salmos de acción de gracias de la víspera. No por mucho tiempo.

—Nos están cañoneando —le comunicó Arburua a Larrea.

—¿Con qué cañones?

—Con los que ayer nos arrebataron.

A Dios gracias, Luxa carecía de artilleros experimentados. Hasta la llegada de la noche, doce veces dispararon contra nuestros muros y otras tantas veces fallaron. No por eso dejaron de afectar el ánimo de los sitiados.

Estefanía me trajo la cena al lecho. Carne de potranca. Me negué con la cabeza. Un pesado sopor se apoderó de mí. Un ruido como de trasiego me despertó en plena noche. A mi lado alguien roncaba suavemente. La reconocí por el olor, era Ramona. Un estremecimiento hasta entonces nunca sentido me conmocionó todo el cuerpo mezclado con un espantoso pánico. Una mano, apoyada sobre mi hombro, puso fin a mi confusión.

—Vamos —me dijo Domingo, desde la penumbra.

Cojeaba y me dolían todos los huesos. Aun y todo, acerté a recoger mis ropas y mis pertenencias en esa habitación abarrotada. En el patio me esperaba el matrimonio. Domingo sujetaba el caballo de mi abuelo por el freno. El animal estaba enjaezado y llevaba puestos sus arreos. Pero sin la nueva silla con los martillos.

—La he guardado —me indicó Domingo—. Es demasiado llamativa como para llegar sano y salvo a ningún lado, atrae las miradas de todos. Un día regresarás y entonces te diré dónde la he escondido.

Sus palabras delataban la poca confianza que tenía en lo que estaba diciendo.

Había sendas alforjas colocadas a ambos lados de los lomos del caballo. De una asomaba la empuñadura de la vieja espada de mi abuelo. La que Miguel Mailu me había desaconsejado portar. No tenía ninguna intención de hacerle caso.

—En esta van tus cosas —me explicó Estefanía—. En esta otra, las del señor Miguel.

Domingo me puso en la mano la pistola. La había olvidado estos dos últimos días, después de haberla llevado encima a todos los lados durante dos semanas. Me la introduje entre las calzas. El caballo era más alto que mi potranca. El matrimonio tuvo que ayudarme hasta su grupa. Con sus primeros pasos no hubo uno solo de mis doloridos huesos que no se resintiera. El vigilante que estaba sobre el portón era Frantses, el marido de Ramona. No dijo ni pío cuando sus suegros quitaron el travesaño. Fuera todo era oscuridad, pero hacia el este pronto rayaría el alba.

HASTA LOS PERROS DUERMEN

TRES VECES REPICAN las campanas en la torre de la iglesia de Montlhéry. Cuando tocan a la una y a las dos, tienen el eco de unos ladridos. Esta vez ni un solitario perro les ha respondido. En este instante de 1610 en que mayo cuenta diecinueve días, y el día, tres horas, hasta los perros duermen en Montlhéry. Es más, reparando en el silencio que desde fuera penetra hasta la habitación de la posada, se podría decir que los búhos y los murciélagos no están más activos. Ni, seguramente, el mismo soldado que debería estar vigilante en las murallas. En esta pequeña villa de la Île-de-France, a diez leguas de París, Pedro Agerre parece ser la única criatura que no ha cedido al sueño. «Igual que un maleante o un pecador», piensa el sacerdote para sus adentros. A decir verdad, muchas son las cosas que últimamente a Pedro Agerre le hacen sentirse un pecador. Una de ellas es la lectura que acaba de detener. Otra, lo mismo de siempre.

Agerre toma la vasija que descansa junto a la cama y bebe un pequeño sorbo. En su reciente estancia en París ha hecho varios descubrimientos, y uno de los que más estima es el vino de Borgoña. Desde que ha llegado a cierta edad, Agerre se permite pocos lujos. Pocos lujos, aparte del innegable pero a la vez monótono placer que le proporciona servir a Dios. El vino — siempre con tiento, nunca en exceso— es uno de esos lujos. En lo demás, desde que terminaron sus años de universidad, adoptó como norma ser comedido, y los años no le han dado motivos para transgredirla. Comedido, siempre en su justa medida, no cabe duda. Porque la carencia, la nada, no es ninguna medida.

Otra cosa son los placeres, que le hacen pagar a uno el oneroso tributo del arrepentimiento. En París, ha echado de menos los pollos y los patos de Sara. En Sara —no alberga ninguna duda— añorará las pollitas de París. Que Dios le perdone, en ningún lado hay mujeres semejantes, ni en Salamanca, ni en Pamplona, ni en Baiona. Tenía miedo de viajar allá, y desde el momento en que llegó comprendió tan claro como el agua que existían motivos para su miedo. Si no se quedaba encerrado a cal y canto en su habitáculo de la Sorbona, resultaba milagroso no tener trato con alguna

embriagante servidora del demonio. En París, era inútil acordarse de San Agustín y con él rezarle al Señor aquello de *continentiam iubes, da quod iubes, et iube quod vis*, es decir, «ordenas guardar la castidad, da lo que ordenas y después ordena lo que quieras». Dios no vistió a Agerre con dicha virtud.

Hoy, al menos, está satisfecho. Gracias al Cielo, no ha aumentado las deudas que tiene contraídas con el Altísimo. Ha tenido ocasión, ciertamente, cuando Jeannette le ha traído el vino a la habitación. Le brillaban los ojos a la criada, y en su brillo se traslucía que de buen grado se ganaría una propina, por yacer junto al sacerdote. En otro momento, Agerre se habría lanzado a rebuscar en su bolsa. Curiosamente han sido los escritos de un hugonote los que le han salvado de engordar su lista de pecados. Por una vez, ha preferido seguir volcado en sus papeles, que sucumbir al fango de la carne. San Gregorio sabía de qué hablaba cuando escribió: *Celer ergo et facilis victoria carnalia obviant, ad aliquid aliud recurramus, quo libidinis incitamentum non sit*. O dicho con otras palabras: para oponerse a la carne y reportar victoria de ella, es camino bueno y rápido vigilar los pensamientos de esta especie y sustituir dichos pensamientos por otros. Así ha obrado él, sustituyendo los pensamientos de que habla San Gregorio por la lectura. No ha parado de leer y en estas tres horas no ha tenido ocasión de reflexionar sobre lo que ha hecho. O mejor dicho, sobre lo que no ha hecho. Ahora se admira. Se admira de sí mismo. Y se admira de la paradoja que se le ha presentado. Si su pobre espíritu se ha sobrepuesto a la fuerte tentación de las curvas de Jeannette, es porque un pecado ha evitado otro pecado. Es decir, que el manuscrito de un hijo de Calvino —de un contrario, por tanto, a la Santa Madre Iglesia— le ha ayudado a continuar por la senda de la virtud, aquella que se ajusta a los dictados de esa misma Santa Madre Iglesia. Se pregunta sobre el significado oculto de dicha contradicción. Una respuesta se escapa de entre sus labios:

—Quizás todavía hay esperanza para tu alma.

Ignora por qué ha pensado eso. El mero hecho de haberlo pronunciado le aflige el corazón. Acaba de darse cuenta de que la esperanza que le ha amanecido se funda en el vacío y conduce a la nada.

Sinceramente, la lectura del manuscrito le ha despertado distintos sentimientos en estas últimas horas. Al principio, sorpresa. Salvo algunas antiguas excepciones y aquella obra del lascivo párroco de Eiheralarre, Agerre jamás ha sostenido en sus manos nada escrito en su lengua, a no ser que lo hubiese escrito él mismo. Tras la sorpresa ha llegado la curiosidad, al revivir, desde los ojos de los tales Miguel Mailu y Joanes Mailu, unos acontecimientos que él consideraba conocidos. Y en última instancia, el escándalo, porque el autor del manuscrito ensarta un insulto tras otro contra

la Iglesia verdadera. En los últimos folios le ha asaltado la tentación de dejar de leer y arrojar al fuego esos papeles. Todavía una voz le grita que eso es lo que debería hacer. Pero el sacerdote sabe que hasta que no lea el manuscrito completo no tendrá el valor de destruirlo. En el punto al que ha llegado, obrar como le dicta su interior supondría una mella a su intelecto.

Igual que el deseo carnal, a Agerre, a veces, se le antoja odiosa su hambre de conocimiento. O mejor que odiosa, temible. *Vigilate ergo, fratres mei, quia nec sanctiores Davide nec fortiores Sansone, nec sapientiores Salomone vos esse video*, escribió en una ocasión San Agustín, esto es, estad vigilantes, mis queridos hermanos, porque no veo que seáis más santos que David, ni más fuertes que Sansón, ni más sabios que Salomón. Desde hace mucho tiempo anda como si no pudiera ceder a las últimas de estas palabras y envidiase a Salomón. Últimamente vive temeroso de sí, además de la carne, esa pasión por conocerlo todo, tanto sobre el cielo como sobre la tierra, no acabará acarreándole el fuego eterno. En ambas vertientes, Agerre presiente su ruina. Mira que pasar la noche paladeando las palabras de un hereje... Él, al que obligaron a marchar a las tierras del rey de Francia precisamente para combatir la herejía.

Lo de aquella mujer ocurrió en 1591. Llevaba varios años en Pamplona como subdiácono. No era la primera vez que su simiente germinaba una vida. Sin embargo, existía una modesta diferencia con las otras veces: el hermano de ella no era cualquiera, sino Lope Ramírez de Baquedano, marqués de Andía y miembro del Consejo Real. El joven Agerre no se demoró en tomar una decisión. El embarazo de la noble señora no debía llevarse a término. Le prometió a la mujer el perdón de Dios, como si él pudiese tanto. El resto fue obra del temor. Con la complicidad de una criada suya, metió en su casa a la abortera. Le decían Martina *Sandua*, que en la lengua habitual de los habitantes de la ciudad significa *La Santa*. Agerre desconocía si esa apostilla se la había ganado ella o le venía de familia. Ejercía de herbolaria en la calle de las Tejerías. Ya había trabajado para el clérigo en alguna otra ocasión que el asunto se había torcido. Siempre bien. Siempre eficientemente. Esta vez el subdiácono de Urdax no supo qué pudo salir mal. Agerre no se quedó en la casa de la mujer a ver cómo trabajaba la vieja. Cuando los hombres del alcalde fueron a buscarlo, comprendió que las cosas no habían transcurrido como otras veces.

Un accidente, nada más. Sin embargo, a resultas de ese accidente, una joven estaba muerta; una joven, hermana de un miembro del Consejo Real. Un feo asunto de por sí, que acabó tomando un rumbo más desagradable aún si cabe. ¿Quién convirtió ese accidente en un caso de brujería? ¿Quién

apeló al Santo Oficio? Agerre nunca ha llegado a aclarar ese punto, aunque siempre ha sospechado de los canónigos de la catedral. A pesar de no contar con empleo fijo, había obtenido un tremendo éxito como predicador en las parroquias de San Cernin y de San Nicolás. Toda Pamplona sabía de los celos que le profesaban los cancerberos del obispo, sin que le pudieran perdonar su florida expresión y los suspiros de las damas que se le acercaban. Tenía treinta y seis años, y todavía no se había ordenado. Desde Zarautz hasta Olite, pocos podían decir lo mismo en las tierras a cargo del obispo de Pamplona. Su conocida veleidad por las mujeres tenía algo que ver en ello. También las confabulaciones de los benditos canónigos. Esas gordas e inútiles sanguijuelas no podrían andar muy lejos de la denuncia por la muerte de la hermana de Ramírez de Baquedano.

Después de tres meses en la cárcel, a Martina *Sandua*, la quemaron en la Taconera una fría mañana de enero de 1592. Antes, le arrancaron las orejas, la nariz y los pezones con hierros rusientes. Dos días después, ahogaron a la criada de la joven noble en el río Arga. Caía por su propio peso que Pedro Agerre les acompañaría al cadalso. No les acompañó.

La fortuna del clérigo se había empezado a tramar un mes antes. Cuando entró en su celda el oficial de la Corte Mayor, pocas dudas albergaba de que su destino era el verdugo, quien se aplicaría en hacerle confesar. Errónea opinión. Antes de una hora, se encontraba en el palacio de San Pedro, en la sede del virrey. El propio virrey estaba ante él, Alonso Idiáquez de Butrón y Múgica, conde de Aramayona. El noble guipuzcoano llevaba un montón de años en Pamplona, como representante supremo en el reino de Navarra de Su Católica Majestad el rey Felipe II.

El subdiácono de Urdax hacía tiempo que tenía relación con Idiáquez. Atraído por la fama del clérigo, el virrey le había llamado alguna que otra vez a su pequeña corte. La mujer del conde había perdido dos hijos recién nacidos. Tal vez por eso, apreciaba especialmente que hablase del limbo de los niños. Agerre sabía qué era lo que querían oír y se afanaba en complacerlos: «... porque, como los niños del limbo no están en él por su culpa ni por sus pecados, no place a Dios que experimenten tristeza, pena, ni aflicción...». El subdiácono se había percatado de cuán encandilados quedaban no solo la mujer, sino también el propio virrey.

En esos momentos, por el contrario, el rostro del virrey no expresaba mucha alegría.

Idiáquez era oriundo de San Sebastián. Le habló en el dialecto de la provincia, sin ambages:

—¿Habéis visto alguna vez algo semejante?

Por un instante Agerre permaneció sin saber qué responder. Él se esperaba que el interrogatorio versara sobre la hermana de Ramírez de

Baquedano. Idiáquez sostenía un libro en sus manos. Un libro singular, sin duda, cuyo solo tacto parecía repugnar al noble. Agerre leyó en voz alta:

—*Jesus Christ gure launaren Testamentu Berria*, esto es, El Nuevo Testamento de Jesucristo Nuestro Señor.

Se le puso la carne de gallina: Los días anteriores creía que las cosas no podían torcérselo más. Esa portada le demostraba que bajo el infierno caben más infiernos.

—¿Habéis visto alguna vez algo semejante? —volvió a preguntar Idiáquez.

—Nunca, señor.

Mentía. Lo había visto, sí, un ejemplar igual a ese, diez años atrás, en su pueblo natal. El abad Bernardo Zabalegi tenía uno en su celda del monasterio de San Salvador de Urdax. Precisamente departían de los perjuicios que para el alma suponía que cada cual leyese las Sagradas Escrituras en su propio idioma, cuando el abad extrajo un ejemplar de tal libro de un agujero oculto en el suelo. Lo dejó en manos del joven Agerre. ¡Que Dios les perdone a él y al difunto Zabalegi! No fue más que un momento, pero suficiente para que todo en su fuero interno sufriera un vuelco nada más leer el primer versículo que se citaba en la portada: *Haur da ene seme maitea, ceinetan neura atseguin ona hartzan baitut, huni beha çaquizuiote*. O sea: «Este es mi hijo bien amado, en quien tengo todas mis complacencias, escuchadle».

Ese mismo estremecimiento mezclado con miedo lo ha vuelto a experimentar, hace unas pocas horas, en Montilhéry, al comenzar a leer los folios del hugonote. El fruto prohibido no suele ser siempre una manzana, ni viene siempre de mano de una mujer.

Igual que en Urdax por parte de Bernardo Zabalegi, en Pamplona recibió el libro de manos de Idiáquez. Ahí seguían las primeras palabras. No se le habían borrado de la memoria después de diez años: «Haur da ene seme maitea...». Las primeras líneas que vio impresas en su lengua en su vida, antes incluso que las poesías del párroco de Eiheralarre, estaban de nuevo ante sus ojos.

—Se lo hemos interceptado a un espía francés.

Ya había oído algo a los carceleros sobre el hombre que venía de ultrapuertos. Decían que venía a sublevar a los navarros contra el rey Felipe y contra el papa Inocencio. Con todo, ¿qué tenía todo eso que ver con él? ¿Qué tenía que ver con la hermana muerta de Ramírez de Baquedano?

—No era el único libro.

Agerre leyó otros cuantos títulos sobre la mesa de Idiáquez. *Kalendrera, ABC edo Christinoen instructionea...* El clérigo, olvidándose de su reciente infortunio, tuvo que poner freno a sus manos. Igual que frente a una mujer

hermosa, el vehemente deseo que se le había encendido de tocar esos libros, de acariciarlos y de penetrar en ellos tras abrirlos con ambas manos, resultaría incomprensible para Idiáquez.

—Venía a nosotros con la intención de extender la pérfida doctrina de la herejía e insurreccionar a las buenas gentes de Navarra contra su legítimo rey, aunque sé que era trabajo en balde.

«¡Claro que en balde!», expresó el rostro de Agerre.

—El espía responde al nombre de Joanes Mailu. ¿Lo conoces?

Agerre lo miró como si estuviese loco. ¿Por qué iba a conocerlo? Volvió a asaltarle el miedo. ¿Quería ahora Idiáquez relacionarle con un luterano?

—Era un hombre del duque de Vendôme, tan alejado de la Santa Madre Iglesia de Roma como su señor —prosiguió el virrey.

Agerre siempre había considerado ajenos los asuntos del Reino.

—¿El duque de Vendôme, señor?

El rostro del noble reflejó enfado.

—¡Ese que se autoproclama Enrique III de Navarra!

En los círculos habituales del clérigo, el descendiente de la casa de Albret era alguien al que se mencionaba a media voz y rara vez. No sabía demasiado acerca de él, unas pocas ideas pero muy claras dentro de su cabeza. Sabía, por ejemplo, que si los soldados circulaban por doquier cerca de la frontera, era culpa del tal Enrique. O que si el control sobre el tráfico de mercancías o de libros era cada vez más estrecho, el tal Enrique era el culpable. Sabía, por supuesto, que el padre del abuelo del susodicho una vez mandó sobre esas tierras. También sabía que el padre de la abuela del rey Felipe le despojó de todo y le expulsó al otro lado del puerto por mandato del Papa. En algún sitio había oído que la madre de Enrique —de cuyo nombre Agerre no logra acordarse— se había convertido en hereje por odio a los reyes de España. Y que el hijo había resultado digna astilla del podrido palo de su madre. Aunque hubiese continuado en el seno de la Iglesia, su trabajo le habría costado atraerse a sus súbditos perdidos. Habiendo optado por la herejía, ni el más ardoroso agramontés se alzaría a su favor. No pudiendo recuperar el trono de Navarra, parecía ahora que aspiraba al de Francia.

—Desconocemos si el tal Joanes Mailu actúa solo o si es la avanzadilla de más gente —agregó Idiáquez—. A mis hombres les está resultando más trabajoso de lo que pensaban hacerle hablar. Yo, por precaución, he pedido más soldados a Madrid. No será fácil. En estos momentos, los quieren a todos en el norte de Francia, sobre todo para la capital. Ojalá encuentre la forma de traerlos aquí. Pensad qué desastre supondría si mientras nuestros hombres se pasean por París, se perdiese Pamplona a manos de heréticos franceses.

A pesar de su delicada situación, a Agerre se le estremeció el corazón de

pensar que en verdad pudiera ocurrir lo que decía Idiáquez. *Occurrite Angeli Domini, suscipientes animam eius*, rezó para sus adentros. Ea, que los ángeles celestiales socorrieran a su alma atemorizada.

En ese instante se percató de que no eran los únicos que se hallaban en la habitación. Había una figura humana en un rincón donde no alcanzaba la luz de las velas. Idiáquez extendió su dedo en dicha dirección.

—Mi secretario, Gilen Abaurre, me repite día y noche que esas medidas no son suficientes. Cree que hay que abordar el peligro desde su raíz. Si se hiciese su deseo, la Baja Navarra estaría en nuestro poder, e igualmente el Bearne y toda la Guyena.

El citado Gilen Abaurre dio un paso hacia delante hasta llegar junto a la silla en que Idiáquez estaba sentado. Vestía con la austeridad de los escribanos y los funcionarios. Y, aunque una fina barba le rejuvenecía, Agerre le echó sus buenos años.

—Así lo estuvo durante unos años en época del Emperador, el padre de nuestro rey —habló por primera vez el nuevo interlocutor—. Como entonces, también ahora habría quien nos ayudara, no solo en la Baja Navarra, sino también en Lapurdi y Zuberoa.

Parecía que iba a añadir algo más, como al que dan de improviso permiso para expresarse después de haber callado largo tiempo. Idiáquez le interrumpió dirigiéndose a Agerre.

—No está desvariando. Sabe de qué habla. Ha nacido, como decís vosotros, en «ultrapuertos». Por desgracia, deberíamos vaciar Flandes de soldados para cumplir nuestro propósito, y no parece que ese sea, de momento, el deseo de nuestro monarca. Mientras no le plazca, deberemos explorar otros caminos y vos nos ayudaréis en ello.

Agerre tuvo que esforzarse por que su mirada no trasluciera sorpresa. ¿Ayudarles él? ¿A qué? Él no era un soldado, ni un hombre del Santo Oficio.

Gilen Abaurre le alargó un papel a Idiáquez. Este se lo mostró al clérigo.

—¿Lo reconocéis?

Su cara empalideció. Eran unos versos que hace un año y medio había escrito a la hija de uno de los alguaciles de la ciudad. Se las vio y se las deseó para conquistar la voluntad de la muchacha. Había resultado una tortuosa tarea la de acomodar sus palabras al estilo de Garcilaso pero en el idioma que ambos mejor comprendían. Habría sido más sencillo, si entonces hubiese conocido el libro del párroco de Eiheralarre.

*Nire begiak, oi, zerorri begira
dena ahantzita sutan hasten dira...*^[4]

La carne. Ese ladrón familiar. Ese enemigo escondido dentro de nosotros mismos. Compañera incesante del hombre. El atajo más derecho para el

fuego eterno. Agerre se maldijo. Cuánta razón tenía San Agustín. *Nullo tot diabolus animas rete capit quod laqueo pessimarum mulierum*. El diablo dispone de muchas redes para cazar las almas, pero con ninguna atrapa tantas como con las malas mujeres, y con las artes, redes, lazos y emboscadas que estas extienden y preparan. Hacía dieciocho años de aquello, y, sin embargo, de esta misma noche puede decir que aún no ha aprendido la lección.

—Vuestra pluma es tan hábil como vuestra lengua —habló el secretario de Idiáquez—. Aunque no en los menesteres de quien desea ser sacerdote. Tenéis la costumbre de mojarla en desaconsejables tinteros, y eso acaba deparándole a uno el fuego, tanto por decisión de los jueces terrenales como de los celestiales. Si no me equivoco, el señor Lope Ramírez de Baquedano está muy disgustado. Solo ansía el castigo para cuantos han ocasionado la muerte de su hermana y la deshonor de su familia.

Agerre sintió un latigazo interior. Volvió sus ojos hacia el virrey, suplicando clemencia. Él tenía la mirada puesta en su secretario, en muda orden para que siguiese hablando. Así hizo:

—Si estuvierais dispuesto a trabajar para nosotros, podríamos encontrar la manera de eludir las decisiones de los jueces terrenales. Los del Cielo ya harán su trabajo cuando llegue el momento.

El perro de antes vuelve a ladrar fuera. Esta vez calla la campana de la torre de la iglesia de Montlhéry. Agerre toma otro sorbo de la vasija que trajo Jeannette y mantiene en la boca, sin tragar, el vino de Borgoña. Jeannette... ¡Verdaderamente hermosa, esa hija de Satanás!

Celer ergo et facilis victoria, contra libidinem est... Para oponerse a la carne y reportar victoria de ella... Basta. Renuncia a repetirse todo el adagio de San Gregorio. Antes de empezar a extrañar a la muchacha, vuelve a volcarse en el fajo de folios que sostiene entre sus manos.

EL NOMBRE DE SU HIJA no era extraño en boca de Miguel Mailu. Dos o tres veces al año una carta le contaba noticias suyas desde Mauleón. Nunca he llegado a saber si él le contestaba. Mi abuelo solía mantener ocupados a los notarios de Saint-Palais con escritos referentes al gobierno de su castellanía. Seguramente ellos mismos le aliviaban del esfuerzo de la lectura y también, en su caso, de la escritura. Quizás tampoco le fuese necesario. Una vez cada ocho o diez meses viajaba a la capital de Zuberoa, donde pasaba algunos días. Todos los habitantes del castillo de Garriz lo sabíamos. No lo ocultaba. No obstante, jamás me llevó consigo. Tampoco yo le pedí que lo hiciera.

Distinto era en lo tocante a mi relación con la que él llamaba «Catalina, mi hija de Mauleón», en tácita confesión de que tenía alguna otra en algún otro sitio. Tras la comida y la sobremesa de los domingos, hablaría de tal o cual cosa, de Catalina también, si fuera el caso, pero jamás saldría de su boca nada así como «tu madre». Y eso lo mismo valía para Enekot Ezponda, al que, como antes he expuesto, mencionaba con frecuencia. Solo una vez se le escapó que se trataba del marido de su hija, y aun en esa ocasión, porque el vino le había desatado la lengua. Cuando conocí al propio Enekot, el día de la inauguración del templo de Saint-Palais, en ninguna de las explicaciones de Miguel Mailu afloró a su boca la palabra «yerno». ¿Por qué ese afán por ocultármelo? ¿Temía que, en cuanto supiera que era hijo de Catalina, corriese a su encuentro gritando «mamá, mamá»?

Menuda necedad. Necedad, porque, si intentaba esconderme algo, era en vano. No recuerdo cuándo ni cómo lo supe. Tal vez por la alcahuetería de Estefanía. O de Ramona. O de algún soldado de la guarnición. O, sin descartar las opciones anteriores, tal vez sumé dos y dos, y saqué mis propias conclusiones. No me considero muy listo, pero si Catalina era la hija de Miguel Mailu y yo era el nieto de Miguel Mailu, hasta el más zote podía adivinar, sin necesidad de pasar por la Universidad de Ginebra, que al menos contaba con algunas posibilidades de ser hijo de Catalina. De todos modos, sabía que no era un asunto de los de comentar delante de mi abuelo. Las razones de los adultos no suelen ser siempre agua cristalina.

Otra cosa era con mis semejantes.

Yo tenía dos madres, una conocida, Estefanía, y otra desconocida, Catalina. A los ocho o nueve años, eso era para mí una verdad tan rotunda como que el castillo de Garriz distaba una legua y cien pasos de las calles de Saint-Palais. «Mi madre de Mauleón» solía ser tema habitual de mis conversaciones con Gilen. Tal como sucedía con sus tíos de Arberatze o su familia de Aria, se trataba de otra constatación más de que el mundo efectivamente se extendía más allá de lo que en los días claros se vislumbraba desde la torre del castillo, algo que no nos ocasionaba ninguna angustia.

Él solo había visto una vez a sus parientes de Arberatzte, en la feria de Garriz, y ni una sola vez a los de Aria. Y, no obstante, existían. El siguiente uno de agosto, en la plaza de Garriz, entre las jacas y las ocas a la venta, ¿por qué no había yo de encontrarme cara a cara con mi madre Catalina? Afortunadamente, era una perspectiva que no me calentaba excesivamente los cascos, porque nunca sucedió nada semejante.

El camino que mi madre Catalina no había recorrido en los últimos siete años lo recorrí yo el uno de febrero de 1568. Todavía no había cumplido los doce años.

No hay una gran distancia entre Garriz y Mauleón. El viajero que parte de la villa bajonavarra con el amanecer, estará comiendo en la capital de Zuberoa al mediodía, sin necesidad de apretar el paso. Así es, al menos, si se conoce el itinerario correcto y no se tiene durante el mismo ningún encuentro indeseado. Yo jamás había salido del valle del Biduze, y las inmediaciones del camino estaban atestadas de papistas armados hasta los dientes, ansiosos de acabar con cualquiera que oliese a hugonote. No puedo describir aquí cuántos rodeos di y cuántas veces me tuve que desviar para alejarme del peligro.

A punto de anochecer, cuando iban ya a cerrar las puertas de la ciudad, llegué a las orillas del río Uhaitzandi. Los soldados que vigilaban la bastida de Mauleón no se sorprendieron poco cuando me vieron. Es comprensible su sorpresa. Tenía un aspecto terrible, con la cara repleta de morados y cardenales, y en los mismos huesos. Por si eso fuera poco, llegaba montado en un caballón, con una pistola asomándoseme entre los calzones y una espada de la alforja.

Les hice saber que venía de Garriz. Mejor habría sido que me hubiera callado. Estaba reventado, con todo el cuerpo dolorido y consumido por el hambre, sin más deseo que reposar y llevarme algo a la boca. No se apiadaron de mí. En vano les rogué que me llevaran ante Enekot Ezponda. En un santiamén, ya estaba en el castillo, custodiado por un hombre de armas.

Joanes Belzunce no era un don nadie. Entre sus títulos el más distinguido era el de conde de Macaya, pero, además de en Lapurdi, poseía dominios también en la Baja Navarra y en Zuberoa. El rey de Francia hacía ya tiempo que le había nombrado castellano de Mauleón, y no le había destituido cuando mostró su adhesión a la nueva Fe. El año anterior había estado en Saint-Palais, junto con algunos otros señores nobles, el día memorable en que Etxeberri inauguró su templo. Yo me acordaba de él. Él de mí, no. Me contemplaba ceñudo desde el único asiento del salón del castillo. Si no hubiese sabido que se trataba de un bravo reformado, habría ensuciado mis calzones ante el frondoso bigote y los severos ojos del castellano de Mauleón.

—¿Quién eres? —Fue su primera pregunta. Desde entonces me lo han preguntado muchas veces en mi vida.

Mis nervios eran tales que contesté en un susurro:

—Joanes... Joanes Mailu.

—¡Habla de forma que te oiga!

Forcé al extremo mi garganta:

—Joanes Mailu, señor, el nieto de Miguel Mailu. También me llaman *Mailuxka*.

Ni pronunciando el nombre de Juan Calvino, en vez del de mi abuelo, se habría ablandado tanto el hombre. Suavizó su semblante tanto como endulzó su voz para indicarme qué deseoso estaba de que le diese noticias de Garriz. Algo sabía de los acontecimientos de las últimas semanas.

—Un mensajero me trajo una invitación de Larrea para unirme a él y marchar juntos a Saint-Palais. No me atreví a debilitar la guarnición de Mauleón, y el Parlamento de Burdeos —¡sucia cueva de papistas!— nunca me pagaría la soldada de nuevos hombres de armas. Imagino que él y tu abuelo se habrán bastado para dar un escarmiento a esa panda de diablos rebeldes y apresar a Luxa, ¿no es cierto? Esa maldita culebra es mi cuñado, pero no pagaría un solo sueldo por su rescate.

Que yo estuviese allí no era la mejor confirmación de su optimismo.

La casa del secretario de la reina Juana, Enekot, y de mi madre Catalina estaba situada en la Ciudad Alta. Las familias principales de Mauleón tienen sus palacios en esa zona. La casa de los Ezponda era una de ellas.

La vivienda estaba tan a oscuras como las calles de Mauleón. Afortunadamente, por orden de Belzunce tenía a uno de sus hombres como guía. Marchaba por delante de mí, con una antorcha en la mano. Yo, detrás de él, tiraba de las riendas del caballo de mi abuelo. Gracias al soldado no iba completamente a ciegas a través de aquella oscuridad. Él parecía molesto por esa misión sobrevenida tan a deshora y quería acabar su cometido cuanto antes. Aporreó sin miramiento la puerta con el puño. Hasta que hubo respuesta desde el interior de la casa me pareció que había transcurrido toda una noche.

—¡Quién anda ahí! —nos gritó, desde dentro, una severa voz masculina.

El soldado, no más delicadamente, preguntó por Enekot Ezponda. La voz del interior contestó de forma desabrida que el señor de la casa se encontraba fuera y que no eran horas para recibir a nadie.

—Dónde esté tu señor, me importa tanto como el pedo de una mula. ¡Abre la puerta, imbécil!

Comencé a inquietarme, hasta el punto de que me asomaron las lágrimas. No quería dormir fuera de aquella casa. Forzando la garganta, tercié:

—¿Está en casa doña Catalina?

Así la llame, «doña Catalina». Después de pensar en ello durante todo el viaje, he ahí el título que escogí, en la convicción de que era el más apropiado para mi madre. Entonces, la voz del interior de la casa preguntó mi nombre. Le di la misma respuesta que le había dado a Belzunce.

—Joanes... Joanes Mailu.

Todavía tuve que aguardar un rato hasta apreciar que unas manos estaban retirando la tranca de la puerta. Dos figuras humanas se aparecieron en el umbral. La de delante sostenía en sus manos una daga y un candil. De la otra no podía distinguir más que sus contornos.

—Acércate —me ordenó la de detrás. Era una voz de mujer.

Comencé a cumplir lo que me había mandado, pero muy lentamente. Parecía como si de repente se me hubiese mermado la facultad de movimiento. Sentía pesadas las piernas, pesados los brazos, pesados los párpados. El impaciente soldado tuvo que empujarme adentro. Cegado, entré en el espacio iluminado. Noté la cálida llama del candil junto a mi mejilla. Una mano fría apartó la larga melena de mi cara. Abrí los ojos.

—Tu sangre habla por tu rostro.

En la soñolienta voz de la mujer, en su gesto fatigado, no había el menor rastro de alegría, ni de sorpresa. Se podría decir que había vivido durante siete años con la incómoda seguridad de que algún día le sucedería precisamente esto.

—Mañot, ocúpate del caballo —ordenó al criado.

En la gélida noche de febrero una manta de lana cubría su cuerpo de los pies a la cabeza. Hollaba descalza el suelo de madera. Presentaba una enorme cintura.

—¿Has cenado?

Mi gesto negativo provocó que otra orden saliese de su boca.

—Mañot, despierta a Gabriela. Que caliente un poco de leche. Luego tendrás que enseñarle su habitación.

Aún no se había movido el sirviente cuando Catalina se retiraba ya hacia las oscuras escaleras. Después de subir tres o cuatro peldaños, se detuvo y, sin girarse, me preguntó, con el tono de quien recuerda una nimiedad que hubiese olvidado:

—Tu abuelo ha muerto, ¿no es así?

La respuesta me hizo un nudo en la garganta.

La hilera de pares de ojos que al despertar encontré rodeándome me hizo creer que tendría oportunidad de encontrarme a gusto en aquel lugar. Eran siete u ocho, de todas las edades. Me llamó la atención el pelo tan corto de los chiquillos.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó una niña con voz frágil.

Sería dos o tres años menor que yo. Le respondí.

—También nuestro hermano se llama Joanes —contestó ella—. Estudia en la Academia de Orthez.

La mayoría tenían, como su padre, el cabello rizado, las mejillas redondeadas y la nariz pequeña. Algunos eran hermanastros míos. Otros, hermanastros de mis hermanastros. E incluso había algún hermanastro de los hermanastros de mis hermanastros. No estaban todos los que podían estar. Algunos ya no vivían en la casa,

bien por causa de matrimonio, bien por estudios, como el tal Joanes. En las Cortes Reales los hijos bastardos se entremezclan con los legítimos; solo en ellas se ha llegado a conocer una tropa tan abigarrada de niños emparentados por diversas combinaciones sanguíneas. Con una sola diferencia: que yo era el único bastardo entre ellos. De todas formas, en aquel momento esa era la cuestión que menos importancia tenía para mí. Desde que Gilen se marchó de Garriz, había carecido de compañeros de juego. Ahora, rodeado de tantos niños, la nueva situación podía ser un regalo del cielo. Tenía por fin con quién jugar. No siempre ni de cualquier manera. Ezponda Baitha^[5] no era Garriz.

Todos los niños y niñas de aquella casa o, más concretamente, los mayores de seis años, tenían clase todos los días, salvo los domingos. He dicho todos los niños y niñas, y no, como hasta entonces en casa de Etxeberri, solo los chicos. «Si en las Cortes de Francia y de Navarra las mujeres son cultivadas, por qué no en mi pequeña corte familiar», solía responder Enekot Ezponda a quien le preguntaba sobre esa excentricidad. Tenían de profesor a Bertrand Sauguis. O teníamos, debería haber dicho, porque al día siguiente de llegar ya me introdujeron en el grupo de estudiantes. Antes de ello, sin atender a mis protestas, la vieja Gabriela me cortó el pelo al raso, como a una oveja en primavera, para que no pareciese «un greñudo *lamehostias*».

Sauguis era el hijo de un escudero de Tardets, y abogado, como Enekot Ezponda. Era, con todo, bastante más joven que mi padrastro. Cuando le conocí, contaba con algo más de veinte años, y aún no se había casado. Como enseguida pude comprobar, sus clases dejaban a una altura ciertamente humilde las que Etxeberri nos impartía en Saint-Palais tres veces por semana. Sauguis enseñaba las Sagradas Escrituras, latín, francés y el romance de Castilla, seis días por semana, a los hijos de Ezponda Baitha.

Aparte de eso, se había empeñado en que aprendiesen además de a leer en su lengua vernácula, también a escribir en ella. No me sorprendió demasiado encontrarme en la cocina de Sauguis una copia de los escritos realizados por Leizarraga y sus colaboradores. Más pasmosos me resultaron sus propios trabajos. Antes de nada, estaban escritos en la variante de Navarra.

—Puesto que es un Reino —me explicó— le corresponde también a Navarra el liderazgo de nuestra lengua vasca.

¡Qué más necesitaba mi corazón para hincharse como un odre lleno!

El mismo nombre de mi lugar de nacimiento lo delata^[6]: a pesar de pertenecer a dos reinos diferentes, entre las hablas de Garriz y Mauleón la diferencia no es tan grande. Además no era la variante de la tierra de Mixa por la que Sauguis había optado en sus escritos, ni la otra que yo conocía mejor: la de los curtidores y zapateros de las calles de Pamplona que Miguel Mailu usó mientras vivió y que yo aprendí de sus labios. Cuando Sauguis hablaba de la «variante de Navarra», se refería a la de la tierra de Ciza. Navarro, sí, puede ser, pero no mi navarro.

Sauguis, como todos a cuantos conocí en Mauleón, era un ferviente seguidor de la Religión. La mayor parte de su obra, por tanto, consistía en himnos y coplas escritas

en arte menor en alabanza de Dios y la Fe. Una vez, en cambio, nos trajo versos de otra clase, hechos «al itálico modo». En dichas estrofas, un caballero ensalzaba por lo más alto a una bella pastora, en un país llamado Arcadia.

*Ene damaño bilo-horia,
nola den primaderan garia
hala urrez beztitua duzu
bisaian alegera irria...*^[7]

No era la primera vez que oía a alguien leer algo en voz alta. Pero no de aquella manera. Ni yo habría gesticulado tanto cuando, en Garriz, imitaba a Etxeberri o a mi abuelo para solaz de la guarnición o de los Abaurre. Años más tarde, habría de ver por primera vez una obra de teatro en la Corte de París, y entonces la interpretación de los cómicos, especialmente los altibajos de sus voces, me traerían a la memoria la lectura de Sauguis. Mientras el joven abogado declamaba, mis hermanastros, y también los hermanastros de mis hermanastros, a duras penas contenían la risa, a la par que se daban codazos entre sí.

—El caballero es él; y Martina de Ütürbegi, la pastora —me explicaron después.

Yo, todavía apocado, hice florecer en mis labios una sonrisa ingenua.

La verdad es que estaba maravillado. Nunca se me había ocurrido que nuestro idioma pudiese valer para escribir y decir cosas así. Sauguis tenía por costumbre mandar a sus alumnos trabajos para después de las clases. Al día siguiente compuse unos versos en el mismo metro que creía que había usado él. Aquel insignificante poema tenía a dos damas como protagonistas, celosas entre ellas por ganarse el favor de un vaquero que iba a caballo. Una se llamaba Ramona; la otra, Léonine.

Así rezaba una de las estrofas, en boca de la tal Ramona:

*Otoi, isil, andre infernuko,
unaia ez dun hiretako.
Hiretako baino lehenago
nihaurek hila nahiago...*^[8]

Esos mediocres versos no me harían ascender al Parnaso, pero los aplausos de nuestro maestro recompensaron mi esfuerzo.

—Un día escribirás algo de lo que te sentirás orgulloso.

Para hombres optimistas, en Mauleón, Bertrand Sauguis.

En aquella casa, las lecciones no acababan con las clases. En Ezponda Baitha hacía mucho que se habían olvidado los sudores y las fatigas de tener que sacar la vida adelante forzando los brazos y la espalda. Quizás por eso era todo tan diferente en aquella familia. En los días que pasé en Mauleón, asuntos del Reino mantuvieron fuera a Enekot. Como enseguida advertí, así era la mayor parte del tiempo. No pude conocer cómo sucedían las cosas cuando el señor de la casa estaba en ella. Por lo que vi, allá no era necesario un hombre con calzones para llevar derechos a todos los que

vivían en la casa.

No he visto una disciplina igual ni entre los mercenarios suizos o escoceses de las compañías de la guardia del rey de Francia. En Garriz, salvo en las comidas del domingo con mi abuelo, Estefanía preparaba una olla llena y la dejaba en la cocina. Conforme llegábamos, llenábamos nuestras escudillas. En Ezponda Baitha todas las comidas tenían su hora, así los desayunos y los almuerzos, como las cenas, y ay de quien no se hubiese sentado puntualmente a la larga mesa: la cocinera despechada lo dejaría en ayunas, ya que la anciana Gabriela era la que disponía en aquellos sus territorios. La misma pena corría el que se atreviese a llevarse a la boca la menor migaja de pan antes de acabar la oración. Ya no probaría bocado hasta la siguiente comida. Allí aprendí otra cosa: en Ezponda Baitha no había trabajo ni juego sin una oración como prólogo o epílogo. A veces, incluso como prólogo y epílogo. La responsable de ese particular era Sauvade.

Sauvade era la mayor de las hijas o hijastras solteras de Enekot que quedaba en casa. Si Gabriela se ocupaba de las tripas de los habitantes de Ezponda Baitha, Sauvade era, a sus diecisiete años, la guardiana de sus almas. Bajo la dirección de la muchacha, la sobremesa de la cena estaba dedicada a la lectura de la Biblia. Los domingos, Sauvade entonaba los himnos en la sala de la casa. La misma Sauvade abría el camino cuando, al anochecer, nos dirigíamos al templo de la villa. Allá nos esperaba el ministro Landatxeberri, al que yo había visto mil veces en Garriz, reunido con Etxeberri, Leizarraga y los otros. Como observé, al igual que a Belzunce, tampoco a él le había provocado una impresión suficiente como para que se acordase de mí. No me reconoció cuando aparecí en sus dominios con mi nueva familia.

En aquel ejército sin general, Gabriela podría ser claramente el cabo; y Sauvade, el teniente. Sin embargo, difícilmente nombraría nadie a Catalina capitán de Ezponda Baitha. Los días que yo estuve en ella, de ninguna de las maneras.

Mi madre había hecho de su aposento su castillo. Permanecía el día entero encerrada allí dentro. No me cruzaba con ella más que en los largos corredores o en las escaleras. E incluso entonces, pasaba por mi lado bamboleándose en su gravidez, simulando no haberme visto.

Al cuarto día, oí que me llamaba Gabriela. Desde mi primera noche en Ezponda Baitha temía la desdentada boca de la vieja criada. Había advertido que todos los moradores de la casa tenían el mismo sentimiento hacia la anciana, lo que no resultaba un gran consuelo.

—¡Por mil pozales de mierda, dónde estás, niño del demonio!

Fui a su encuentro con el corazón encogido, sin acertar a comprender por qué merecía ahora una regañina. Venía de las cuadras, de hacer de vientre. Gabriela frunció la nariz al verme.

—¡Voto al jabalí negro! No te taponarán, no, el ojete. ¿Es que quieres matar a la

señora Catalina con tu fétido olor? Está esperándote, en su habitación.

La vergüenza de llevar el olor a estercolero pegado al culo me duró el tiempo de entrar en el cuarto de Catalina. No tenía nada que temer. El hedor del interior del aposento parecía el de una taberna después de la borrachera de una cuadrilla de ballesteros. Catalina estaba acostada en su cama, vuelta hacia el otro lado. Al principio me pareció que dormía. Cuando me acerqué, observé que tenía los ojos abiertos. Comenzó a hablarme sin mirar hacia mí, con las manos colocadas entre los pechos hinchados y su abultada barriga. Usaba el mismo tono irascible que le había escuchado en mi primera noche al dirigirse al criado Mañot:

—Mira qué nos comporta a las mujeres traer hijos al mundo: dolor y náuseas. Son pocas las que siguen vomitando pasados los primeros meses. Pues yo soy de esas. A pesar de estar tan inflada como una yegua, no paro de echar las tripas.

Era difícil distinguir qué predominaba en su pálido semblante, si el sufrimiento o la cólera.

—Y si con parir estuviera ya el trabajo hecho, no importaría tanto. Pero es que no has hecho más que empezar a preocuparte de ellos.

Preocuparte. Hasta entonces ella no había mostrado gran preocupación por mi persona.

—A los hombres, mientras tanto —continuó con más rabia todavía—, les vale con discurrir nuevas formas de ver las cosas y nuevos rumbos para el mundo o, sin más, con matarse entre sí. A veces, no hay mucha diferencia entre lo uno y lo otro. La única excepción es nuestra Reina. Ella compagina las dos tareas, traer hijos y poner el mundo del revés. Hay que haber nacido reina para poder obrar como un hombre.

Me resultaba nuevo ese punto de vista sobre nuestra soberana. Sin incorporarse, Catalina se giró hacia mi lado.

No me gustó lo que vi.

Antes de que el destino me llevara a esa casa, nunca había perdido el tiempo embelleciendo la imagen de mi desconocida madre. A pesar de ello, cuando cavilaba sobre ello, mis pensamientos no se ocupaban en otra cosa que en su aspecto: se me había metido entre ceja y ceja que la me trajo al mundo debía de parecerse más a las elegantes esposas de los abogados y magistrados de Saint-Palais o incluso a la bella mujer de Etxeberri, Léonine, que a Estefanía, que casi hasta la fecha había hecho las veces de mi madre. Pero la elegancia y la belleza estaban ausentes de la agotada dama que yacía sobre la cama. En aquel momento añoré más que nunca a la fea y sucia esposa del verdugo de Garriz, a pesar de la frialdad con que me había tratado los últimos meses.

—¿Conoces la nueva?

No conocía ninguna noticia. Desde que había llegado apenas había salido de Ezponda Baitha.

—Nos lo ha hecho saber Belzunce: Larrea se ha rendido. Garriz ya está en manos de Luxa.

No me sorprendí. Había abandonado el castillo con la despensa vacía y, lo que es peor, bajo la detestable dirección de Larrea y de Arburua. Hasta un niño de menos de doce años sabría que más tarde o más temprano la fortaleza estaría perdida.

—Ahora, Luxa estará probablemente temeroso de la respuesta de la Reina. Dicen que, por si acaso, ha sacado a los presos de Baja Navarra y los ha trasladado a Zuberoa, a Tardets, la guarda de cuyo castillo le ha sido encomendada a él por gracia de Carlos IX, rey de Francia.

Tras Estefanía, incorporé a Domingo y a Ramona a mis pensamientos. ¿También ellos habrían sido conducidos a Tardets? Cuando dejé Garriz, Ramona estaba embarazada, como ahora Catalina.

—Luxa es un perro viejo —insistía Catalina—, y sabe que la venganza de Juana no llegará hasta aquí, por no provocar la cólera de su sobrino, el rey Carlos. Eso nos coloca en una mala posición.

Quizás esperaba un gesto por mi parte, es decir, un asentimiento de que comprendía la envidia de sus palabras. No le podía ofrecer tal cosa. El ministro Etxeberri nos hablaba a menudo de la palabra de Dios, y mi abuelo, de las calles de Pamplona. En cambio, me habían instruido poco acerca de las fronteras de nuestro reino, y menos aún acerca del poder que fuera de esas fronteras tenían esos monarcas nuestros a los que yo creía todopoderosos.

Catalina desistió.

En los años precedentes, se había suscitado en varias ocasiones la guerra en tierras francesas entre los partidarios de Roma y los seguidores de la Religión. En todas, en Zuberoa habían podido mantener la paz hasta entonces. Tener tanto a la derecha como a la izquierda como vecina a la reina de Navarra había contribuido seguramente a amilanar a los católicos más encendidos. Ahora, en cambio, al haberse alzado contra Juana los más notables señores de la Baja Navarra, también los papistas de Zuberoa habían perdido el respeto. El clero y algunos nobles de segunda fila habían azuzado al populacho contra los reformados, con un tal Maitia, zapatero, a la cabeza. Agresiones, palizas, incendios e incluso asesinatos eran el pan nuestro de cada día. Si Belzunce no hubiera sido capitán del castillo, habrían expulsado hace tiempo a los creyentes de Mauleón. A cambio, vivían casi en un estado de sitio semejante al que yo había conocido en Garriz, y en cierta medida peor, porque el enemigo podía estar en la casa de al lado, afilando el puñal para cortarles el pescuezo. Yo, en Mauleón, no conocía más que a reformados, pero estos eran unos pocos en una villa en su mayor parte fiel a Roma. Si Catalina se hubiese encontrado mejor, y yo más dispuesto a escucharla, quizás me habría explicado todo esto. La mayoría de los detalles los conocí mucho más tarde, cuando ya no me servían para nada. En aquel momento solo entendí una cosa: que no había llegado en el mejor momento a casa de mi madre.

Catalina suspiró.

—He enviado a Pau una carta para Enekot, donde le he puesto al corriente de

cuanto sucede. De paso, también le he hablado de tu llegada, y le he pedido consejo. Él decidirá qué se hace contigo.

Un instante después salí de la habitación. Respiré con ganas el aire exterior.

La contestación de Enekot no se demoró más de una semana. La trajo un hidalgo de Lespiau llamado Audaux. Y no vino solo. Traía consigo a seis arcabuceros. Según oí en la cocina de Ezponda Baitha, la carta ocupaba largamente tres hojas y en ella venían escritas instrucciones por las dos caras.

Tres días más tarde, las puertas de la capital de Zuberoa se abrieron para dar paso a una inusual comitiva. A la cabeza iba el propio Audaux, con cuatro de los arcabuceros de los que trajo. Tras ellos venía el camastro de Catalina, portada al hombro por cuatro jóvenes mauleoneses. Para demostrar cuánto afligía a sus corazones papistas ayudar a unos puercos hugonotes, habían vendido la fuerza de sus brazos a precio de oro. Detrás chirriaban cinco carretas, cada una con su boyero, todo tan caro como los porteadores. En uno de los vehículos iba Sauvade, junto con dos o tres hijos más de Enekot. De los demás niños cuidaba Gabriela en otra carreta. Entre una y otra ocupé mi lugar encima de mi caballo. Llevaba al cinto la pistola que me regaló mi abuelo y la vieja espada asomaba por la alforja. De esta forma, me creía alguien. Las pertenencias que sacaron de Ezponda Baitha y los víveres para el viaje llenaban otros tres carros. A la cola marchaban los dos arcabuceros bearneses que faltaban para completar la media docena. Mañot no vino con nosotros; el criado se quedó para guardar la casa en Ezponda Baitha. Belzunce en persona, el ministro Landatxeberri y algunos otros que había visto en su templo se juntaron para despedirnos. Sauguis también estaba entre ellos.

—¡Sigue escribiendo! —me gritó el que por tan corto espacio fue mi profesor.

Por miedo a los papistas, teníamos prisa por abandonar cuanto antes las posesiones del rey de Francia. Aunque a paso de buey no se puede viajar tan rápido como se quisiera. Al día siguiente cruzamos el puente de Osserain, por suerte sin ver ni rastro de los hombres de Maitia.

Hasta dejar Garriz y llegar a Mauleón, nunca había, en mi corta vida, salido de Navarra. Aquellos últimos días de febrero de 1568 también hollaron mis pies la tierra del Bearne por primera vez. Para cualquier miembro de la Religión, y aún más si era súbdito de Albret, el Bearne era una especie de tierra prometida. A diferencia de nuestro rincón navarro, la mayor parte de su gente había salido de las tinieblas del gran Satanás romano y se dirigía a buen paso a la luz de la Reforma. Había, por tanto, muchos motivos para que me sintiese como en casa. Con todo, no puedo negar que le encontré un no sé qué extranjero. No me ocurrió lo mismo en Zuberoa, a pesar de ser territorio de otro rey.

Al menos, una vez entrados en el Bearne, la comitiva recuperó un cierto sosiego. Teníamos comida y bebida, y también techo. Los papeles que portaba Audaux,

firmados por la Reina, nos abrían todas las puertas en los pueblos que encontrábamos por el camino. En revancha, las quejas y los lamentos de Catalina, que en la primera parte del viaje no se percibían desde su camastro, empezaron a ralentizar todavía más el ya lento avance de las carretas. En Olorón pasamos un día entero descansando. Nos costó dos días más llegar hasta Orthez. Allí me esperaba una sorpresa.

—Aquí se acaba tu viaje.

Estábamos en la plaza de la villa, cerca del mediodía. Enfrente se levantaba lo que podía ser un antiguo convento. Audaux había entrado dentro un poco antes. En ese momento, salía de allí un grupo de muchachos de distintas edades dividido en dos filas completamente rectas en las que nadie profería el más leve murmullo. Todos tenían el pelo cortado al raso, tal como me lo habían dejado a mí en Ezponda Baitha. Una violenta ventolera invernal sacudía sus oscuras capas, indistinguibles unas de otras. Antes de que hablase mi madre, todavía no había decidido qué me causaba mayor sorpresa, esas hileras sin tacha o el absoluto silencio que emanaban. A uno de los niños de nuestra comitiva le acababa de oír que uno de aquellos muchachos era Joanes, su hermano, o hermanastro.

Ayudada por los brazos de Sauvade y de Gabriela, Catalina acababa de levantarse de su camilla. Tenía un aspecto todavía más lastimoso que el de diez días antes. La cintura le hacía asemejarse a un odre lleno de vino y su rostro a una vela arrugada y próxima a apagarse. A duras penas se sostenía en pie. Rehuyó mi mirada, como había hecho el otro día en su habitación.

—Enekot ha conseguido una carta de recomendación de la Reina, para que te admitan. No acogen a cualquiera, pero no se lo podían negar al nieto de alguien que ha dado la vida por el Reino y por la Fe. Recibirás clases, alojamiento y manutención a cargo de la Iglesia del Bearn. El resto, al menos el primer año, se saldrá con la venta de tu caballo.

Los muchachos de oscuras vestimentas habían desaparecido por las calles de la villa, tan silenciosos como vinieron. Audaux ya estaba de regreso con nosotros. Cogió mi montura por las riendas, precisamente en el momento en que comenzaba a moverme hacia el animal. No tenía escapatoria. Estaba fatigado. Tremendamente fatigado.

—Vamos —me dijo.

Le seguí sin girar la cabeza, mansamente, hacia la entrada del edificio.

Ya no era un convento. Sus frailes dominicos llevaban cuatro años en el de los franciscanos, al otro lado del río que los vascongados llamamos Ihuri y los bearneses Gave. La propia Reina los había desalojado mediante un edicto, para ubicar en su lugar la Academia, una cantera que debía servir para que la iglesia bearnesa se abasteciera de pastores para sus ovejas y la administración del Reino de gestores para sus asuntos. Todavía no me había dado cuenta de que en uno de esos dos menesteres

veían Enekot y Catalina mi futuro.

Fue en lengua francesa como un anciano lampiño me dio la bienvenida. Hablaba con mucha afectación.

—¡Esa cara, ese mentón, esa nariz...! Pero ¿a quién tenemos aquí? —me observaba sorprendido.

La cara, el mentón, la nariz... No sabía a qué se refería. Era, de unos años a esta parte, la tercera persona, tras Ezponda y Catalina, a la que mi rostro llamaba la atención. ¿Quién suponía que era? ¡Si ya aparecía mi nombre en los papeles! Respondí a su mirada como si de un perturbado se tratase. Él, haciendo presa en mi mejilla, me obligó a ponerme de perfil.

—Es increíble. ¡Qué parecido! ¿Habéis estado alguna vez en la Corte?

¡Increíble mi parecido! Pero ¿con quién? En otro momento, hubiese recibido la pregunta con una carcajada: ¡yo, en la Corte! Tal como me sentía en esos momentos no pude impedir que unas lágrimas se asomaran a mis ojos. Él debió de percatarse.

—Parece que he hablado demasiado. Olvidaos de la cháchara de este viejo bocazas.

Se llamaba Pierre Viret y era profesor de Teología y rector de la Academia. Era suizo, de cerca de Lausana. Según supe después, amigo del mismo Calvino. A mí me pareció un vejestorio de formas femeninas. En breve pude comprobar la admiración que todos le profesaban en Orthez.

Había oído hablar de mí. Como había pensado Catalina, Viret me expresó cuán alto honor era recibir junto a ellos al nieto de un mártir de la Reforma. Lo que vino después no fue tan agradable. Me hicieron vestir una capa oscura como las que había visto a los muchachos de la plaza. Me quitaron las armas. La pistola y la espada, regalos de mi difunto abuelo, fueron a parar a un arcón del aposento del rector de la Academia. Estaba asustado y les dejé hacer.

Yo ya sabía leer y escribir. Gracias a eso no me arrojaron al pozo del grupo de los más jóvenes. Había siete niveles, desde el séptimo hasta el primero. Me pusieron en el sexto, con los que tenían un año menos que yo. Mi latín podía haberme deparado un puesto más alto, tal vez, pero no mi francés, a pesar de las comidas en casa de Etxeberri y de su esposa Léonine. Según pude comprobar, para mi sorpresa, el único espacio que el principal colegio del Bearn ofrecía a la lengua bearnesa era el catequismo de los neófitos de séptimo grado.

Estábamos en el recreo tras las clases de la mañana, en la plaza situada frente a la Academia. Con nosotros se encontraban algunos profesores, así como los que llamaban *dizainiers*, muchachos que seleccionaban de cada grupo para vigilar y, en definitiva, espiar a sus compañeros. En tales ocasiones, en lugar de dejarnos libertad, los profesores nos organizaban juegos de competición en los que teníamos que atrápanos o correr más que el resto, a fin de desentumecer nuestros músculos

agarrotados. Ni qué decir tiene que prefería esos momentos a los textos de Catón y las declinaciones. Había terminado el descanso y nos disponíamos en filas para ir a comer, pero todavía no nos habían dado la orden de silencio. En ese momento, un rostro atrajo mi atención de entre los alumnos de cuarto grado. El cabello bermejo y rizado, las mejillas redondeadas y la nariz chica... Tenía todos los rasgos de la mayoría de los retoños de Ezponda Baitha. Desentendiéndome de filas y profesores, me dirigí hacia él. Llevaba varios días sin decir ni escuchar ni una palabra en mi idioma, y estaba deseoso de conversar con alguien sin que se me trabara la lengua.

—¡Zubero!

Tal vez no era la manera más adecuada de dirigirme a Joanes Ezponda, el hijo de Enekot. Me salió así, cuando solo mediaban entre nosotros tres o cuatro pasos.

El muchacho volvió sus ojos hacia mí. Me recordó a mi madre Catalina: no se dibujaba la sorpresa en aquel rostro, sino el gesto desganado de quien esperaba algo fastidioso y a la vez inevitable. Las conversaciones de los que le rodeaban callaron súbitamente. Oí alguna risa, y también algún maligno comentario. «¡Lo que nos faltaba, otro vasco!». Él, como yo, estaba sudando por el ejercicio al que habíamos sometido nuestros cuerpos.

—Soy Joanes Mailu —le asalté, sin hacer caso de los demás.

—Ya sé quién eres. El hijo bastardo de la mujer de mi padre.

Escupió al suelo.

Era un año mayor que yo, y media cabeza más alto. Así y todo, mi puñetazo le acertó en plena cara.

Nos separaron entre dos profesores y otros tantos *dizainiers*.

En Orthez estaban prohibidos los insultos y las peleas. También escupir al suelo y salirse de la fila. Y muchas otras cosas más. Correr fuera del recreo. Reírse a carcajadas. Hablar en voz alta. Imitar a alguien. Dejarse largo el cabello o la barba. Hablar con desvergüenza o blasfemar. Aparecer en clase sin lavarse la cara o con la ropa sucia. Darse al placer solitario. Fallar al baño obligatorio que una vez por semana, hiciese frío o calor, tomábamos en el Gave... A decir verdad, en Orthez estaban prohibidas la mayoría de las cosas que le gustan a un muchacho. A cambio, solo nos estaba permitido orar y estudiar. La para mí pavorosa disciplina de Ezponda Baitha no había sido sino un humilde prolegómeno de lo que encontré en la Academia.

Aquel día recibí una sanción, mi primera sanción: diez azotes en la espalda, en presencia de todos los alumnos y profesores. Joanes salió mejor parado. Las autoridades de la Academia tomaron en consideración que había sido yo el que había dado el primer golpe. Se limitaron a reprenderlo y le hicieron ponerse durante dos días orejas de burro en la clase. Él era Ezponda, hijo del secretario de la Reina, y yo Mailu, bastardo y descendiente de bastardos, por muy nieto que fuese de un mártir de la Reforma.

A partir de ese momento ya no pasé inadvertido mis días de Orthez. Todos me

conocían, alumnos, profesores y *dizainiers* de cada grupo. Me llamaban *lo basco*, es decir, «el vasco». No me habría desagradado de no percatarme que tal apelativo señalaba a un sujeto bárbaro y oscuro del que era mejor mantenerse lejos. Para entonces, la pistola y la espada de las que me habían despojado al ingresar en la Academia andaban ya en boca de todos. Eso propició que las habladurías se disparasen sobre mi persona hasta el punto de fabricarse tremendas historias. Al parecer, a mi edad, había causado la muerte de un hombre de un disparo. Según algunos, era un papista rebelde. Otros preferían que mi víctima fuese un virtuoso creyente. De una manera o de otra, una hazaña que cuadraba muy bien a un *basco montaraz*. No me esforcé mucho en desmentir a los maledicentes.

Según esos criterios, Joanes Ezponda no era *basco*. Al menos, no estaba incluido en esa categoría. Él admitía de buena gana la obligación de hablar entre nosotros en latín a partir del quinto grado. Si no, prefería el francés para relacionarse con los demás. El mauleonés y yo no éramos los únicos vascongados allí. Sin embargo, preferían no darse a conocer como tales en aquella feria de gascones y franchutes. Hasta que no transcurrieron un montón de meses no supe que un alumno de quinto —segundo hijo de Pedro Echarte, procurador principal del Reino— era de esa gente *bárbara* de Navarra. Así era yo. Así soy. Un bárbaro navarro.

Ya lo he mencionado antes: de cuando en cuando mi madre le daba noticias suyas a Miguel Mailu, por medio de cartas que viajaban de Mauleón a Garriz. Cartas que mi abuelo no hubiera podido leer de no mediar la ayuda de un notario. Yo no hubiese precisado de intermediario alguno. Sin embargo, jamás me llegó un mensaje suyo mientras viví en el castillo.

A los cuatro meses de llegar a Orthez recibí la primera carta de Catalina. Eran dieciocho o veinte líneas, escritas en clara letra redondeada. Al parecer, conocía mi disputa con su hijastro Joanes Ezponda. La parte más extensa de la misiva era para rogarme «consideración con todos en la Academia», especialmente con mis «más allegados». No se le olvidó recordarme «los esfuerzos llevados a cabo» por su marido para que me admitieran allí. Las últimas líneas daban cuenta de la alegría del término de su embarazo. Ya tenía un nuevo hermano: Enrique. Le habían puesto ese nombre en honor del sucesor al trono de Navarra, una vieja costumbre familiar. Al parecer, el propio Príncipe de Viana había llevado al recién nacido a la pila bautismal. En su despedida, me animaba a ser «un recto cristiano y un buen navarro».

El mismo día se propagó la noticia: el ejército real, comandado por el joven príncipe Enrique y por su teniente general Antonio Agramont, habían recuperado para la Reina las tierras y las ciudades de la Baja Navarra. Todos los correligionarios presos de los rebeldes habían sido liberados. La reina Juana en persona había presidido la reunión de los Estados de Navarra, en Saint-Palais.

En la Academia nuestro rezo fue más largo aquel día; ahí terminaron las celebraciones. De cualquier forma, tanto en las habitaciones como en los pasillos, en los alumnos como en los profesores, se notaba el entusiasmo que había despertado la

noticia. Los detalles corrían de boca en boca. Algunos de ellos eran grandiosos, descomunales, increíbles, pero nos los creíamos de buena gana. Uno decía que a las orillas del Adur había tenido lugar una cruenta batalla entre papistas traidores y fieles reformistas...

—¡... en la que nuestro príncipe Enrique ha debido de matar a más de veinte *lamehostias* con su espada!

Otro refería la suerte de los que eran llevados al patíbulo después de la batalla.

—¡Cientos de curas y nobles traidores, todos en fila, colgando de la soga!

Un tercero prefería explicar la gratitud de los habitantes de San Juan de Pie de Puerto al entrar en la villa el ejército del Reino.

—¡Dicen que han asistido miles de vecinos a darles la bienvenida, todos dispuestos a vaciar las iglesias de imágenes blasfemas y convertirlas en templos de la Religión!

Las cosas, en verdad, habían sido bastante diferentes. No había habido una dura batalla en torno al ancho río. Luxa, Etxauz, Domezáin, Armendáriz y los otros supieron de la llegada de las huestes reales, y escaparon como si les persiguiera el demonio, unos a las zonas bajo dominio del rey de Francia, otros a las del rey de España. Algunos meses más tarde, Juana tuvo que otorgarles a todos su perdón, cediendo ante las amenazas de Carlos IX de Francia.

Por otra parte, fueron muchos los habitantes de San Juan que optaron por el destierro. Esa fervorosa gratitud resultaba, por tanto, bastante increíble. Además, aunque se hubiesen quedado, difícilmente habrían llegado a ser *miles*, y aun menos los dispuestos a abrazar las enseñanzas de Calvino. En realidad, fue el mismo Príncipe de Viana el que vació de imágenes la iglesia de San Juan de Pie de Puerto, e incluso llegó a disparar con su arcabuz contra la imagen de la Virgen María.

Por último, los conducidos al cadalso no fueron *cientos*, sino tres, uno de ellos Bernard Etxeto, el auxiliar de Luxa. Acusado de la muerte del castellano Miguel Mailu, le retorcieron el pescuezo en el mismo Garriz. Domingo Abaurre, recién liberado del cautiverio, había vuelto al trabajo.

De todas maneras, todo eso no lo sabría hasta mucho después. Si he de decir la verdad, el saber cómo habían sucedido efectivamente las cosas bien poco hubiera hecho cambiar mi percepción de la realidad. Porque para mí, el dato fundamental era otro. Había sido el enemigo el que, el anterior febrero, me había obligado a abandonar Navarra, y ahora ese enemigo había sido vencido. En aquel ambiente fervorosamente festivo, tan inusual en la Academia, mis compañeros se me acercaban y me abrazaban y, con los ojos casi húmedos, me decían:

—Enhorabuena, *basco*. Tu tierra ha sido liberada. Podrás volver a casa sin problemas.

Los que hasta entonces no me habían ni mirado a la cara eran los que con más ímpetu me estrechaban en sus brazos. Yo, entre tantos abrazos y apretones de mano, saqué mis conclusiones: ¿qué era lo que me retenía ya en el Bearn?

Como hizo mi abuelo Miguel cuarenta y siete años antes en Pamplona, dos días después me deslicé muro abajo de Orthez, con la ayuda de una cuerda. Un pedazo de pan que me había llevado a la faltriquera sin que nadie lo notara, un puñal al cinto y la luna llena sobre mi cabeza, he ahí todo lo que llevaba conmigo. Mi pistola y mi espada, últimos obsequios de mi abuelo, reposaban en el aposento del rector, fuera de mi alcance. He de dar las gracias por ello. De no ser así, su peso hubiese hecho que me hundiera nada más poner un pie en el Gave. No había tenido en cuenta el río al preparar mi fuga.

Dos torres fortifican el puente de Orthez, y desde ellas dos veces se cierra el paso al que después de anochecer pretende salir de la villa o entrar en ella. La población disponía de otra puerta, desde la que se iniciaba el camino a Pau. Yo quería dirigirme a Navarra, y para ir hacia Navarra debía atravesar el río.

Ya he dicho en alguna otra parte que me había ejercitado en las pozas del Biduze. Pero el Biduze es un delgado hilo de agua en comparación al ancho Gave. Estábamos en junio, y como en todos los meses de junio, el Gave bajaba crecido, entre bramidos de espuma, después de recoger en cantidad ingente la nieve derretida de las montañas. Era una noche serena y las estrellas se reflejaban sobre la negra piel de aquella gran serpiente líquida. Por ahuyentar el miedo, recordé un salmo que había aprendido en la academia:

Que Dios nos sea dulce y propicio...

Nada más introducirme en el río me sacudió un escalofrío. El agua todavía conservaba, sin templar, el recuerdo de la nieve. Intentando calentarme, empecé a dar brazadas, como hacía en el pequeño cauce del Biduze con Domingo y Gilen. Alejarme unas varas fue suficiente para darme cuenta de que no estaba consiguiendo nada. De poco servían ahí las enseñanzas de Domingo Abaurre. La corriente era más potente que mis esfuerzos. Entre olas heladas, el río me llevaba como a un espantapájaros. Dos o tres veces me hundí y otras tantas veces logré sacar la cabeza fuera. Recordé las palabras del verdugo de Garriz: «es una muerte muy fea la del ahogado». Estaba de nuevo debajo del agua, cuando mis manos se encontraron con algo duro. Era el pilar del puente.

Igual que un murciélago al techo de una cueva, así me sujeté yo a la piedra mojada, con pies y manos. Grité hasta desgañitarme desde mi dudoso resguardo. Por fortuna, Dios no quería todavía tenerme con Él. El vigía del puente tenía el oído fino. Distinguió mis peticiones de auxilio entre el estruendo del río. Eligió el leño más fuerte, de los que sobran de alimentar el fuego de la torre en las noches de invierno. Me lo lanzó desde lo alto del puente, atado a una cuerda larga. Yo estaba medio ahogado, entumecido por el frío, con las uñas en carne viva. Un instante más tarde ya habría sido tarde. Mis últimas fuerzas las consumí en abrazarme al leño como a una amante. Tirando de la cuerda, el soldado me sacó a tierra firme, más muerto que vivo.

CATALINA ANTE MÍ. Catalina observándome. Tal vez un regalo de la fiebre. En las semanas en las que no estuve ni vivo ni muerto, el delirio trajo a mí a innumerables personajes haciéndolos pulular alrededor de mi lecho. Miguel Mailu, Gilen Abaurre, Estefanía, Ramona, Domingo... recibí la visita de todos los que, desde que tengo uso de razón, habían tenido algún trato conmigo, incluso de algunos que solo conocía de oídas. La bisabuela María, hija del curtidor pamplonés, fue uno de ellos. Otra, mi abuela Anglesa, de la familia de los Itsusko, de Istúriz. Algunos acudían a mí solos, otros en cofradía. Uno, a darme noticias suyas. Otro, a confundir mi entendimiento bastante confuso ya. Los había sentido como si hubiesen estado a mi lado en carne y hueso, y de la misma forma los había visto evaporarse y esfumarse, tal como mi pasado se había también evaporado y esfumado.

Así que cuando advertí la presencia de mi madre Catalina, la estimé una cortesía de la fiebre, pareja a todas las demás de las últimas semanas. Con una particularidad: hasta entonces mi madre Catalina había permanecido ausente de mis delirios. Aunque me debatía entre la vida y la muerte, aquello no me extrañó. Al fin y al cabo, a excepción de los quince días que pasé en su casa de Mauleón, así había permanecido, fuera de mi vida, desde que yo tenía cuatro años. Acababa de despertar del sopor, y hete aquí que mis ojos legañosos se encuentran con ella. Aún no sabía que era una tarde de finales de agosto. Entraba por la ventana abundante luz, y eso contribuía a avivar la sensación de irrealidad de la escena.

—Los papistas llevan razón y estoy ante la Virgen María —me salió.

—No digas necedades.

Estaba de pie, frente a mi cama. No llegaría a acortar la distancia entre nosotros dos. Había cambiado en los cinco meses que había pasado sin verla. Su barriga hinchada había desaparecido y una fina sonrisa añadía una gota de vida a sus mejillas. Eso fue lo que más me llamó la atención, porque en el tiempo que estuve en Mauleón había llegado a la conclusión de que Catalina no sabía sonreír. Extendí un brazo hacia ella. No hizo ademán de coger mi mano. Portaba en el regazo una criatura de pocos meses. Le hablaba al niño:

—Enrique, este es Joanes. Joanes ha estado malito, pero poquito a poco se está poniendo bueno. Mira a tu hermanito.

El pequeño Enrique abrió su boca de par en par. Catalina acogió con fiestas y alborozo el bostezo del niño, como si fuese una declaración de primer orden.

—¡Ay, tú sí que eres un chiquillo listo! Mi alma, dile adiós otra vez a Joanes, ¡ayó!

Junto a la puerta del aposento, Enekot Ezponda me miraba sombrío. Y eso tampoco era una alucinación.

Durante dos meses me había rondado la muerte. Las aguas del Gave me habían envenenado el cuerpo y afectado mis músculos y mi cabeza; los escalofríos se adueñaron de mi cuerpo, las llagas cubrieron la piel del pecho y de los brazos, se me encendió una fiebre que me enajenaba la mente. Señales todas de la fiebre negra, en opinión de los médicos de Orthez.

—Poco hay que nosotros podamos hacer.

No les costó mucho desahuciarme. Tenían el beneplácito del administrador de la Academia para dejarme morir como a un perro en el hospital de la ciudad, con los apestados y los leprosos. Probablemente así hubiese ocurrido si Ezponda no se hubiese ocupado de mí. A pesar de los puñetazos que le había propinado, su hijo Joanes no me debía de guardar tanto rencor, puesto que fue él quien le avisó en una carta de lo que me había sucedido. Desconozco los detalles de lo que vino a continuación. No puedo decir si el secretario de la Reina actuó por propia iniciativa o movido por los ruegos de Catalina. Solo sé que recurrió a un amigo suyo, síndico de Orthez, para que le ayudara, y que este me consiguió aposento y cama fuera del hospital.

La casa debía de tener un aire conocido para un Mailu: igual que mi difunto abuelo Miguel en su juventud, también mi anfitrión, Jehane Lepeyrère, era zapatero. Tenía cuarenta años cuando lo conocí. A pesar de ser un ferviente reformado, reñía a menudo con los ministros de la villa por razón de su afición al vino. Tenía la zapatería en el piso inferior de la casa; y debajo de las escaleras del piso inferior, una barrica siempre llena del rojo fruto de Jurançon. Jehane no tenía hijos y no lo llevaba bien. Cuando se emborrachaba, la emprendía con su mujer a patadas y puñetazos.

—¡Estéril asquerosa!

Andresa era siete u ocho años más joven que Jehane. Había nacido en Olorón y era capaz de decir en mi lengua algunas cosas aprendidas en las ferias de su juventud de las gentes de Barkoxe y Eskiula. Ella fue la que verdaderamente cuidó de mí en los días en que la Muerte anduvo a mi acecho. Seguía a Jehane sin mucha fe a la oración y a la Cena. En lo peor de mi enfermedad, creyendo que la fiebre me impedía darme cuenta de nada, se ponía a rezar avemarías a mi lado, mientras sostenía una medalla de la madre de Dios entre sus manos. Cuando acabé por sanar, creo que ella lo atribuyó más a sus oraciones romanas que a sus atenciones.

Para cuando Catalina apareció por Orthez, yo ya había pasado lo peor, aunque no estaba completamente restablecido. Me encontraba en los huesos. Apenas habría pesado cincuenta libras en una balanza. Al olor de la plata de Enekot, los médicos volvieron a hacer aparición. Los oí desde el lecho, cuchicheando con el marido de mi madre. Dieron su diagnóstico con la misma rotundidad de dos meses antes:

—Está demasiado débil. No sobrevivirá a un viaje largo.

Lo había escuchado bien: un viaje.

Ni siquiera me sentía capaz de levantarme para vaciar la vejiga. Sin embargo, ante la perspectiva de escapar de Orthez, estaba dispuesto a desbrozar el camino hasta

el fin del mundo, aunque con ello tuviese que desechar para siempre mi propósito de regresar a Garriz.

Haciendo un esfuerzo ingente, susurré:

—Voy con vosotros.

Catalina respondió ofreciéndome de nuevo su sonrisa, tan parca como antes en palabras para mí.

Mis súplicas no encontraron eco. No se quedaron a esperar a que me recuperara. Al día siguiente se marcharon de Orthez, llevándose con ellos a Joanes Ezponda. Mi compañero de estudios vino a verme antes de partir. Supongo que obligado por su padre.

—Gracias a él estás vivo —me explicó Enekot, mientras daba palmadas a su hijo en la espalda. No hacía falta que se pavoneara así delante de mí; conocía los detalles por boca de mi madre.

La cortesía me impelía a agradecer el gesto de mi compañero de Academia. Me quedé callado. En ese momento solo guardaba rencor para él. Después entró Catalina. No sé si mi memoria ha vuelto más hermoso aquel instante: creí percibir una lágrima en sus ojos a la hora de decirme adiós. Las últimas palabras fueron de Enekot. Las he conservado bien en mis recuerdos.

—No hagas más tonterías. La próxima vez no estaremos tan cerca para espantar tus moscas con nuestros rabos.

Quizá esperaba alguna contestación por mi parte. No le ofrecí ninguna. Eso le dio cuerda para continuar entre dientes, de manera que Catalina no lo pudiera oír.

—Te crees más que los demás, pero no eres más que un bastardo. Recuérdalo siempre.

La primera vez fue cuando mi madre se casó. La segunda, cuando los Abaurre me repudiaron. La tercera, al morir mi abuelo. Aquella era la cuarta vez en mi vida que me quedaba huérfano, abandonado en un negro camastro de Orthez. Catalina y Enekot se dirigían a La Rochelle, junto con toda su cohorte de hijos e hijastros. Conocer el destino que tomaban todavía me produjo más pesar. La Rochelle era el puerto más seguro de la Reforma desde los Pirineos al Loira. Como a cualquier hijo de Calvino, si Ginebra se me representaba como una nueva Jerusalén, La Rochelle era por lo menos una especie de Tesalónica o un Corinto acariciado por el Atlántico. Modelo y espejo de creyentes. Prueba tangible de hasta dónde podían arraigar, por encima de todas las dificultades, las raíces de la nueva fe.

Todavía no sabía —¿cómo iba a saberlo si aún nadie me lo había dicho?— que el sorpresivo viaje no era una veleidad repentina de Enekot. Había pasado dos meses en cama, fuera del mundo, pero en ese lapso Satanás no había permanecido dormido. Un panorama que yo había dejado bastante sombrío había empeorado ostensiblemente. Incitado por la casa de Guisa, el rey Carlos IX de Francia había declarado la guerra a

los de nuestra Religión. Hasta ahí nada nuevo. Pero en esta ocasión Juana de Albret no se había quedado a mirar cómo masacraban a sus hermanos en la Fe. Hastiada, tomó una determinación que nadie esperaba: junto con Enrique, el Príncipe de Viana, salió del Bearne a sumar su brazo y su ingenio a los dirigentes reformados franceses, dejando al barón Bernard d'Arros a cargo del Reino. Eran los primeros días de septiembre de 1568. Nuestra Reina y nuestro Príncipe aportaron un tropel de hidalgos y nobles de sus Estados, así como sus consejeros más estimados, para que pudiesen orientarles en los días duros que se avecinaban. Ni qué decir tiene que Enekot Ezponda se contaba entre ellos.

Volví a las clases de la Academia. No me había recuperado del todo, pero se había agotado el dinero del marido de mi madre. Si hubiese mostrado algún interés, seguramente podría haberme quedado más tiempo en casa de Jehane y Andresa. El zapatero borrachín no sé, pero su mujer oloronesa no se negaría a tenerme en casa como sustituto del hijo que no habían tenido. Pero desde la fugaz aparición de Catalina, me sentía resentido con todo y con todos. Me repelía cualquier muestra de ternura. La víspera de irme, delaté ante Jehane las inclinaciones papistas de Andresa. Aquella noche el hombre vació la mitad de la barrica que guardaba bajo las escaleras y propinó a su mujer la mayor paliza de su vida.

Libré mi mente de cuanto supusiera familia, Reino y todo lo demás. Ya en la Academia, centré mi atención en las Sagradas Escrituras, en los pasajes de Cicerón y en los libros que nos traían de Ginebra. También aprendíamos retórica y los profesores celebraban mis empeños en practicar mi modesto francés. Cumplía puntualmente con todas mis tareas y observaba disciplinadamente las normas. Mis compañeros y el mismo director de la Academia estaban maravillados conmigo. Aún no había pasado un año cuando recibí una carta desde La Rochelle. Mi madre me mandaba noticias. Decía que el hambre campaba en la capital de la Reforma francesa. El paso de los ejércitos de unos y otros había convertido en eriales los campos de labranza de la Charente, y esperaban de Inglaterra unas provisiones que no llegaban. No me compadecí de ellos. Y aún menos les contesté.

En Orthez, las difusas noticias del exterior se convertían en rumores en los pasillos y aulas de aquel convento que antaño fuera de los dominicos. Sin percatarnos de ello, el cuarto caballo negro de San Juan se nos aproximaba al galope. La guerra.

Encolerizado por el viaje de Juana de Albret, el rey Carlos IX de Francia inició los preparativos para atacar Navarra con todas sus fuerzas. Por impulso suyo, en mi tierra, Carlos, señor de Luxa, rompió una vez la palabra dada a su Reina. Los mismos barones de antes se unieron a él. No les costó gran trabajo hacerse con toda la Baja Navarra, Garriz incluida. Luego, le llegó el turno a Zuberoa. Atacaron Mauleón, unidos a los hombres de Maitia. El amigo de mi abuelo, el señor de Belzunce, tuvo que ceder y dejar la villa en manos de su cuñado Luxa. En el Bearne no eran tantos

los papistas, pero viendo el éxito de sus vecinos no tardaron en atreverse a seguir el mismo camino. De la mano del barón de Sainte-Colome y de algunos otros más, la semilla de la revuelta se propagó a todos los rincones también en el señorío.

Uno de los últimos días de abril de 1569, la puerta de nuestra aula se abrió bruscamente. Era un tal Rieux, un profesor francés, picardo, antiguo dominico. La mayoría de los estudiantes de la Academia le detestaban por su obsesión por despojarlos de su acento gascón. A mí me ponía, sin ningún fundamento, como ejemplo para mis compañeros, a pesar de que mi francés era claramente inferior. Lo considerábamos un hombre impertérrito, al que nada sacaba de sus casillas, pero aquel día la lividez de su rostro delataba su agitación. Ni siquiera saludó al profesor que estaba con nosotros:

—El enemigo está a las puertas. Hoy mismo tenéis que salir de la Academia y volver a vuestras casas...

Después de estar tanto tiempo en las nubes, fue como si cayese al suelo de golpe. Había dicho que volviéramos a nuestras casas.

—¿Y el que no tiene casa? —Alcé la voz por primera vez en muchos meses.

Rieux me obsequió con la mirada que se les depara a los dementes y a los idiotas. Luego, abandonamos el aula.

En la confusión de la salida, me hice cargo de la situación escuchando la conversación de unos alumnos mayores que yo. Al parecer, un sanguinario general, de nombre Terride, acababa de entrar en el Bearn al mando de un ejército con la intención de apropiarse de las tierras de nuestra Reina en nombre del rey de Francia. Contaba con el apoyo de Luxa y también de otros bajonavarros y suletinos, así como de los insurgentes bearneses. La alianza de todos ellos estaba tiñendo de rojo el país, matando y aniquilando todo cuanto oliese a Reforma. Terride ya se había hecho con Pau. Lo mismo ocurría con otras villas principales del señorío, como Lescar y Morlaàs. La suerte de Olorón también parecía echada y Orthez no tardaría en sucumbir.

—Todo el Bearn está a punto de caer —gimoteaba un muchacho del grupo de Joanes Ezponda.

—¿También Nabarrenx? —pregunté de pronto.

Todos se quedaron mirándome. Mi abuelo Miguel consideraba inexpugnable la ciudadela de Nabarrenx. Y no distaba tanto de Orthez.

—Que yo sepa, Nabarrenx no —me respondió el lloroso bearnés.

El rector de la Academia, Pierre Viret, se afanaba por recoger sus papeles. No esperaba en ese momento la irrupción de ningún alumno. Al verme junto a la puerta de su habitáculo se le abrieron los ojos tan redondos como un par de libras de plata y se encanecieron doblemente sus canos y ralos cabellos.

—Señor, vos aquí... —me maravilló. ¡Llamarme *señor* a mí!

Iba a añadir algo más, pero cerró la boca sin decir palabra. Recordé que también el día en que llegué a Orthez aquel anciano me había encontrado parecido con alguna

otra persona. Un instante después se corrigió.

—¡Seré estúpido! Sois Mailu, el joven navarro. Este follón me ha confundido — se disculpó.

No se acordaba de mis armas. Fui yo quien le recordé dónde las había guardado catorce meses antes. Parecía el mayor sorprendido cuando abrió el cofre y vio que estaban ahí.

—Siempre os lo he dicho: solo podemos confiar en la oración para mantener viva nuestra fe. No obstante, a veces la fe no es suficiente —murmuró desganadamente.

Me había presentado ante él preocupado por cómo obraría si se negaba a devolverme las armas. Me había inquietado en vano. Mansamente dejó sobre mis manos, uno detrás de otro, la espada, la pistola, el cuerno de pólvora y el saquito de las balas. Me miró a los ojos:

—Tened cuidado ahí fuera. No os vayan a confundir con algún otro.

Me sentí algo ofendido. La soberbia de los jóvenes. Me tenía por único en el mundo.

—Confundirme a mí, ¿con quién?

Viret me ofreció la espalda y continuó recogiendo sus papeles.

Antes del mediodía, lancé desde el puente fortificado de la entrada de la villa mi capa oscura a las turbias aguas del Gave. No iba solo. Sin que yo se lo hubiese pedido, un pequeño grupo me seguía, atraído por no sé qué. Francisco Etxart, el segundo hijo del procurador general del Reino, venía conmigo, y a su lado estaba Mixel, un joven de Montori, que recién empezaba en la Academia. Se nos añadieron dos berneses, Nicolás y Sebastián, ambos de Salies, primos entre sí. Un gascón de Agen, Etienne, alumno de tercer grado, fue el último en unirse a nosotros. A excepción del suletino, todos eran más jóvenes que yo. ¿Por qué, entonces, me habían erigido en líder? En algo contribuiría el hecho de tener claro adónde quería llegar, así como las terroríficas historias que desde antes corrían por la Academia acerca de mi salvaje naturaleza. Lo definitivo, con todo, fue mi arsenal.

Hoy día no se ve una pistola en manos de cualquiera. Imaginad, entonces. Y menos aún, si era como la mía, de las que se activaban sin mecha. La vieja espada de mi abuelo, por su parte, añadía a mi estampa el aspecto de un guerrero de otros tiempos. En ese momento advertí el cambio que en el transcurso de un solo año se había obrado en mi cuerpo. Al salir de Garriz, ya solo levantar el acero me suponía un trabajo; ahora, mis brazos podían blandirlo sobre mi cabeza sin demasiado esfuerzo. A su lado, resultaban ridículas las dagas de mis amigos, y tampoco mucho más peligrosas las varas que, siguiendo mi consejo, habían afilado como si fueran picas. No tardaría en aprender que el portador de una larga espada no siempre valía más que los demás.

Siete leguas separan Orthez de Nabarrenx. No es demasiado, pero no llevábamos

con nosotros más víveres que unos curruscos de pan de los que dimos cuenta en el primer alto. Para cuando llegamos a Maslacq, la tarde empezaba a cubrirse con su manto oscuro sobre nosotros, y rabiábamos de hambre. Habíamos caminado bajo la lluvia. Estábamos mojados y con frío. Me arrepentía de haberle hecho al río Gave la ofrenda de mi capa escolar. Propuse ir a pedir posada a algún caserío. Elegimos el primero que se nos apareció en el camino: una borda endeble, levantada con tablones de madera. Nos debieron de ver acercarnos, puesto que encontramos cerradas las puertas y las ventanas. Yo era el jefe, así que a mí me correspondía preguntar. Golpeé la puerta, mientras temblaban mis rodillas. La voz tenue de un hombre nos saludó desde dentro:

—¿Quién va?

Procuré que mi voz sonara lo más grave posible.

—Fieles seguidores de la Religión necesitados de comida y bebida para continuar el camino.

—¡Id a pedírselo a la puta madre de Lutero, demonios heréticos!

—¡Miserable *lamehostias*! —le respondí fuera de mí—. Te vamos a meter por el culo uno de tus santos, para que empieces así a rezar el rosario.

Paladeé la admiración de los que me acompañaban. Los juramentos estaban prohibidos en la Academia, pero yo en Garriz los había aprendido así, e incluso más gruesos.

Alcé mi espada y la abatí sobre la madera con todas mis fuerzas. Se hendió unas pulgadas en la puerta, pero hacía falta un golpe más fuerte para derribarla. Como si se tratase de una señal, mis cinco compañeros, con gran alboroto, la emprendieron con sus picas contra las paredes de la casa.

Supieron cómo aplacar nuestra cólera. Entreabriendo la hoja de una ventana, una mano flaca dejó caer un queso y una hogaza grande de pan, antes de volverla a cerrar de golpe. Hambrientos, nos precipitamos sobre el regalo.

A la sombra de un castaño a la vera del camino, engullimos nuestro botín sin dejar ni una miga. Con el buche lleno, algo de luz parecía haber ganado nuestra situación. Lo que antes tan solo sospechaba, me lo acababan de mostrar mis propios ojos: sea cual sea tu edad o tu grado, la voluntad ajena se inclina pronto si tienes un arma en tus manos.

La malévola lengua de Etienne echó a perder la alegría por mi pequeño descubrimiento:

—Si hubieses disparado la pistola, además de pan y queso, también estaríamos comiendo cerdo sazonado. Incluso aún mejor, ahora estaríamos dentro de la casa, calientes junto al fuego y fíate si tal vez no habríamos tenido ocasión de catar a la hija de la familia.

Mis compañeros de viaje aprobaron con una risotada las palabras del gascón.

Yo tenía las armas. A Etienne le prestigiaba el hecho de aventajarme en tres años. No le costó valerse de ello para socavar mi autoridad. Poco importaba qué resolución tomase yo. Cada decisión mía la empañaba con una duda, sobre si era lo adecuado, lo seguro, lo eficaz. La inquietud de perder el rumbo, la proximidad de los papistas, el hambre, el frío... ¡Por si no tuviera suficiente con todo con eso, ahora tenía que romperme la cabeza pensando en cómo preservar mi liderazgo!

Pronto me di cuenta de que solo disponía del apoyo de los otros vascos. Y si eso era así, más se lo debía a las baladronadas de Etienne que a mi habilidad. Mixel lo sorprendió mientras sermoneaba a Nicolás y a Sebastián.

—¿Dónde se ha visto que un vasco medio agote esté por encima de unos gascones y bearneses de buena familia? —El de Montori, enrojecido de ira, me repitió palabra por palabra lo que había dicho el de Agen.

—Quizás Francisco también debería saberlo —dije yo, aparentando disgusto.

En adelante, para bien o para mal, el nexo del idioma prevaleció sobre cualquier otro razonamiento en el momento de decidir el apoyo que me brindaron tanto el suletino como el bajonavarro. Yo, claro está, no dejaba de fomentar ese sentimiento. Como si quisiera tomarme revancha de mis meses en la Academia, usaba nuestra lengua constantemente con ellos. En aquel pequeño conflicto, además, jugábamos con ventaja: a los gascones les entendíamos sin problema. Ellos a nosotros, ni una palabra.

—¿Otra vez parlotando en ese idioma de salvajes? —se encolerizaba Etienne, sabedor de que era de él de quien hablábamos—. ¡Mejor si los gusanos se os comieran la lengua!

Poco podía hacer, aparte de mostrar su odio. Estábamos empatados, tres a tres, pero mi pistola inclinaba la balanza hacia nuestro lado. Mientras permaneciese en mis manos, yo sería el patrón.

Una cosa he de confesar: no todos sus puntos de vista eran erróneos. Al día siguiente de lo del caserío de Maslacq, el hambre volvió a anidar en nuestras tripas. Elegimos otra casa, pero tampoco en esta ocasión nos abrieron la puerta. Esta vez, no dudé en usar la pistola, como había sugerido Etienne. Mi iniciativa se vio recompensada con un hermoso pollo rojo y unos cuantos pellejos de oveja.

Volvía a llover, esa lluvia densa y mansa de primavera. En una capilla junto al camino asamos el fruto de nuestro pillaje. Usamos la imagen de madera de un santo para alimentar el fuego. La comida y un poco de vino que habíamos conseguido con el pollo nos hicieron olvidar las disputas de los últimos dos días. No probaba el vino desde la víspera de la muerte de mi abuelo. El de esta vez me sentó mejor que aquel otro. También a mis compañeros. Las risas asomaron a nuestros labios y las lenguas se soltaron. Los dos bearneses y el gascón parecían disputar entre ellos por contar la historia más sorprendente. Estuvimos desternillándonos de la risa, especialmente con

las salidas de Etienne. Yo hice imitaciones de nuestros profesores de la Academia. Al finalizar, propuse cantar algunos himnos, no demasiado alto, por si acaso.

*Detestamos el mal,
veneramos el bien...*

Agotados, nos envolvimos en las pieles y las capas, dejando cada uno sus armas al alcance de la mano. No permanecí mucho tiempo en la misma postura. Algo me incomodaba bajo la espalda. Me incorporé y empecé a palpar las losas de la capilla. Mis dedos ciegos reconocieron un rosario, con sus cuentas grandes y menudas insertadas. La gente inculta de Garriz y Saint-Palais solía llevar, atados a sus muñecas, rosarios iguales, que compraban a los franciscanos itinerantes. El ministro Etxeberri nos prevenía con entusiasmo contra papisterías de esa especie. Lo hubiese desbaratado, tirando con las dos manos, si ese trabajo no excediera a las fuerzas que me restaban en aquel momento. Por otro lado, no quería que las cuentas se desperdigaran en el lugar sobre el que tenía que dormir. Lo guardé en la faltriquera, para romperlo delante de los demás al día siguiente. Antes de que el sueño me acogiera en sus brazos, me acordé de las ingeniosas salidas de Etienne. Me sentía contento porque reinaba el buen humor entre nosotros.

Me despertó un dolor en el costado. Abrí los ojos a tiempo de ver un pie lanzado por segunda vez hacia mi cuerpo.

—¡Toma! —profirió una garganta que no era la mía.

Me golpeó en el brazo. Azuzado por el dolor, me revolví como una serpiente buscando mis armas. Me detuvo el contacto de algo frío en la nuca.

—¿Reconoces tu espada? —Ahora lo sabía: era Etienne—. Tiene nuevo dueño, igual que tu pistola.

Levanté la vista. Los primeros rayos del día que nacía entraban por la puerta abierta de la capilla. Sin forzar demasiado los ojos vi algo que prefería no ver. Francisco tenía encima a Sebastián; y Mixel, a Nicolás; dos pescuezos y otros tantos puñales dispuestos a rajar su respectiva piel.

—Las cosas vuelven a su ser: los jefes encima, los criados debajo. ¿Está claro?

Sin esperar contestación volvió a levantar el pie. Me sacudió por tercera vez, ahora en el vientre.

—Si sois juiciosos, entraréis con nosotros en Nabarrenx.

—¿Y si no lo somos? —solté, a pesar del dolor.

Su cuarta patada me acertó en la boca.

—Os cortaremos el cuello con mucho gusto.

A caballo, a pie, en carro... no había modo y lugar donde no se presentase el

enemigo. Buscábamos dónde escondernos nada más oírlo. Pasamos la mañana saliendo de una para meternos en otra. A partir del mediodía, nos guio el rugido de los cañones. Castetbon era el último pueblo antes de Nabarrenx. Lo sorteamos haciendo un gran rodeo para evitar la población. Como el querer pasar inadvertidos también nos alejaba de las bordas, para la tarde ya protestaban enfadadas las tripas. La poca comida que nos quedaba la vimos desaparecer en las bocas de Etienne, Sebastián y Nicolás. La tiranía del gascón no se limitó a eso. Tenía miedo de sorpresas desagradables, así que nos turnaba a los tres vascos en la avanzadilla, para que avisáramos de cualquier movimiento sospechoso. A ello había que sumarle insultos, golpes y amenazas sin cuento.

—Cuando todo esto acabe, os vendréis a Agen conmigo. Harán falta bueyes en los campos de mi padre y luciréis muy bien con los yugos al cuello.

Conforme pasaban las horas, la rabia crecía en nuestras entrañas. Francisco y Mixel me miraban, como si fuese a mí a quien correspondiera acabar con esa injusticia. Sin embargo, ¿estaba en mi mano hacer algo? En lugar de las armas que me habían robado, llevaba ahora una ridícula pica, apenas afilada. ¿Qué podía hacer con ella? Nada frente a mi pistola y mi espada. Y esas eran ahora las varas de mando de Etienne.

Obedeciendo las órdenes del gascón, recorrí un trecho en cabeza. Después vino Mixel a relevarme. Le perdimos de vista en un recodo y reiniciamos la marcha, cada vez más cansados, cada vez más desesperados. Volvió a aparecérsenos a la vuelta de unos pocos pasos.

—Una tropa de soldados, cerca de aquí —dijo Mixel con tono entrecortado—. Parecen de Aspe o de Baretous, montañeses en cualquier caso. Creo que me han visto.

El miedo imprimió su sello en nuestros rostros. En el Bearne, era en los valles cercanos a los puertos donde mayor fuerza había cobrado la revuelta papista. Instintivamente eché mano a la faltriquera. Ahí estaba el rosario que había encontrado antes de dormirme en la capilla.

Etienne anduvo más ágil que los otros. Dándose media vuelta, se puso a correr como si lo llevase el diablo. Casi no tuvimos tiempo de verle la espalda. Viendo huir a su jefe, tampoco Nicolás y Sebastián se quedaron un instante más. Huyeron después de arrojar al suelo todo lo que les sobraba. Al menos nos dejaron las dagas. A Francisco y a Mixel los frené cuando iban a emprender el mismo camino.

—¡Esperad!

La cabeza me funcionaba al galope, a toda velocidad.

—¡Nos matarán! —gimoteó Francisco.

—Tal vez no.

No estaba muy seguro de lo que decía. Estaba aterrorizado, pero era el terror lo que me espoleaba. Saqué el rosario de la bolsa.

—Mixel, quítate la capa y escóndela.

La capa oscura de los alumnos de la Academia. De nosotros solamente el joven de Montori había conservado su uniforme de Orthez. En un santiamén desapareció entre los helechos.

—Oíd bien. Ni una palabra en bearnés. Somos papistas vascos. Hombres de Luxa.

—Te has vuelto loco —dijo Mixel, tan blanco como la lana recién lavada.

—Sonreíd —contesté, como si no hubiese oído—. No paréis de sonreír. Imaginad que estáis saludando a unos primos bearneses de Sauvaterre o de Lanne.

Me até el rosario a la muñeca, bien a la vista.

Ya teníamos encima a los enemigos. Portaban en la pechera medallas de cobre con la Virgen María y crucecitas de madera; y lanzas y espadas en sus manos. El yegüero más salvaje de Ciza o Baigorri hubiera parecido un noble a su lado. Sus rostros reflejaban pocas dudas; llegaban con la intención de hacernos pedacitos. Solo el saber que era ya inútil huir, me impidió echarme a correr por el mismo camino que Etienne y los otros.

—¡*Adiu, amics*. Hola, amigos bearneses! —les grité casi—. Viva nuestra señora la Virgen María, viva *era Mair de Deu*, viva *lus sanctz sacramentzs*...!

No solo las lenguas, también estaba mezclando los acentos, el de la llanada, el de las montañas, el de cualquier lado. Me daba igual. Detuvieron su marcha a pocos pasos de nosotros, mirándose boquiabiertos. Había asestado el primer golpe. Animado, proseguí con el brío de quien huye de un incendio, salpicando mi verbo vascónico con pegotes bearneses. Hubiera podido hablarles perfectamente en un romance fluido. Sin embargo, solo nos podía salvar la vida hacernos pasar por vascos poco instruidos. Mientras, mis dos amigos asentían con la cabeza a todo lo que yo decía.

—*Adiu, chivalièrs, adiu*.

¡Nada menos que caballeros! Reparando en su aspecto resultaba absurdo llamarlos así. Yo estaba dispuesto a convertirlos en reyes o emperadores, con tal de que no nos asesinaran allí mismo.

Eran cerca de veinte. El más joven nos superaba en edad. El mayor de ellos tenía las largas barbas encanecidas como mi abuelo. Él dirigía el grupo. Nos examinó uno por uno, con su ballesta en la mano. Al menos, poco quedaba en nosotros de los limpios alumnos de Orthez, comidos como estábamos por la porquería de los últimos días de peregrinaje. Observé que había reparado en mi rosario de madera. En cambio, se me cortó la respiración cuando clavó su mirada en nuestras cabezas peladas. No había previsto que pudiera delatarnos el cabello que con tanta diligencia nos cortaban en la Academia. Elevé mi parlamento, al borde del ridículo:

—Vivan los apóstoles San Pedro y Santiago, *era Glèisa Romana, eths curats* y el crucificado...

Si eran de los valles cercanos a los puertos, como dijo Mixel reparando en sus boinas rojas y en sus calzones anchos, a los oídos de algunos de ellos no les debía de resultar extraño nuestro idioma. Es más, si provenían de una población fronteriza,

podía ser que hablaran la lengua vasca igual que nosotros.

Seguramente hastiado por mi perorata inconexa, su cabecilla me mandó callar con un gesto brusco.

Noté cómo desaparecía el color de mi rostro.

—¿*Luxe*? —me preguntó entonces, dirigiendo hacia nosotros su dedo índice.

—Claro, *nosautes de Luxe* —pronuncié el nombre gascón de Luxa.

El pez se había metido en mi red. Daban por supuesto que entre los vascos eran contados los que profesaban la doctrina de Calvino, incluso menos que los que no han probado hembra entre los curas y los frailes.

Creyeron sin el menor asomo de duda que éramos hombres de armas del cabecilla de los rebeldes navarros, al menos si, a lo que nosotros respectaba, llamársenos *hombres de armas* no excedía toda medida. También se creyeron que nos habíamos despistado de nuestros compañeros y que andábamos tratando de reencontrarlos. Asombrados de la juventud de los guerreros vascos, nos trataron con la condescendencia amistosa que los veteranos de un ejército usan hacia sus camaradas bisoños. Nos proveyeron de víveres, carne de cerdo ahumada, que iba a hacer las delicias de nuestros estómagos vacíos. Nos informaron sobre el camino a Nabarrenx. No se me escapó preguntar dónde acampaba la tropa de Luxa. El rumbo de la conversación hizo que el jefe quisiera saber si habíamos visto algún enemigo. Respondí en mi habla macarrónica:

—Nos seguían unos cerdos hugonotes —les señalé por dónde habían desaparecido nuestros compañeros gascones—, *uns huganauts enderrèr*, herejes, nos querían cortar el cuello...

Nos pidieron detalles, cuántos eran, cómo iban armados, en qué dirección habían escapado. Les di cumplida respuesta, exagerando el número de nuestros supuestos perseguidores. No quería parecer sospechoso ni ridículo.

El hombre de pelo cano se volvió hacia sus hombres. Les dio instrucciones precisas. Al instante, todos habían desaparecido por el camino por el que se habían esfumado Etienne, Nicolás y Sebastián. A la caza.

Esperé hasta que el último se perdió de nuestra vista. Luego, sin poder contener la alegría, me solté el rosario de la muñeca y lo balanceé ante Mixel y Francisco.

—¿Verdad que sirvo como personaje de una pastoral?

No me respondieron, y no me agradó su silencio. Más que admiración, su mirada reflejaba reproche. Me guardé el rosario en la faltriquera. No tenía dudas de que lo volvería a usar si fuese preciso.

—Estamos a salvo, ¿qué más queréis? —Sin querer, se me agrió la voz.

—Está claro —dijo Francisco—. Pero...

Le interrumpí burlonamente.

—¿Estáis preocupados por Etienne y los otros dos?

Francisco negó con la cabeza.

—Ellos, por lo menos, si los atrapan, no renegarán de nuestra Fe. Uno de los

principales mandatos que nos han dado en la Academia es el deber de mostrarnos orgullosos de la Religión en cualquier momento y lugar.

—¿Así que estabais dispuestos a ser mártires?

—Es con la sangre de los mártires como ha germinado en Francia la buena nueva de la Reforma.

Mixel asintió con la cabeza en apoyo a las palabras de Francisco. El de Montori recuperó la capa oscura de Orthez.

—Esto no es Francia. Estamos en Navarra. Y en Navarra la Reforma nos necesita vivos. Si pensáis de otra forma, id a donde esos estúpidos montañeses y ofrecedles vuestra cabeza.

No siguieron mi consejo. Tras seguir unos pasos nuestro camino, noté que iban detrás de mí, cuchicheando entre ellos. No se acercaron lo suficiente como para hacer grupo conmigo, ni yo me quedé a esperarles. Unas horas más tarde, el viento nos trajo el olor a carne asada, un buen pretexto para dar ocasión a mis compañeros de acortar nuestra distancia. Detrás de nosotros, una columna de humo subía a reunirse con las nubes, cerca del lugar donde nos habíamos encontrado con los guerreros de los puertos.

—Esos bearneses no nos han dicho nada de que tenían carnero para cenar —quise hacer una broma.

Francisco y Mixel no cambiaron el gesto.

Hasta que oscureció no cruzamos más de dos o tres palabras. Cuando decidí detenerme, no nos faltaría un cuarto de legua para ver los muros de Nabarrenx, según las indicaciones del hombre de pelo cano. Sin embargo, ya no éramos capaces de dar un paso más. Comimos en silencio los últimos víveres que habíamos conseguido gracias a mi treta. Nos acostamos sin alejarnos demasiado del camino, al cobijo de unos helechos. Ellos, uno junto al otro, y yo, solo, varios pasos más allá. No nos deseamos las buenas noches. Clavé la daga en la tierra blanda. Por lo que pudiera ocurrir, volví a atarme el rosario a la muñeca. Me quedé transportado por un profundo sueño.

—Primero te voy a capar. Luego haré que te tragues tu propia verga. Por último, te mataré lentamente y sin ninguna prisa.

Había descansado demasiado. Había vuelto la luz y los pájaros cantaban en lo alto, saludando al nuevo día. Sin embargo, yo no podía alegrarme con la primavera.

Dicen que el hombre es el único ser que tropieza dos veces en la misma piedra. Nunca he visto por escrito cuánto tiempo ha de pasar de un tropezón a otro. A mí se me estaba repitiendo la mañana de la víspera. Etienne me tapaba el sol que acababa de salir, por segunda vez en tan poco tiempo, amenazándome el cuello con mi propia espada. Parpadeé dos o tres veces. Lo que me estaba pasando debía de ser una pesadilla.

—¿Aún estás dormido?

Alcé la cabeza hasta tocar la afilada punta del arma con la piel de mi garganta. El filo del acero vertió algunas gotas rojas que me empaparon el mentón y el hombro.

—No te canses. Tus amigos no te han de ayudar.

Desde donde estaba solamente podía ver un cuerpo. Era el de Mixel. La capa oscura de Orthez lucía más oscura a causa de la sangre. Se me secó la garganta, y sentí un hormigueo en mis extremidades.

—No penes por ellos. Ni se han dado cuenta, de lo plácido que dormían. *Zas*, a uno, *zas*, al otro. Sebastián y Nicolás no corrieron ayer la misma suerte. ¿No te llegó el aroma a carne quemada?

No contesté. Noté la empuñadura de mi daga bajo la espalda, lo que la resguardaba de la vista de Etienne pero, a un tiempo, la colocaba fuera del alcance de mi mano. Aun y todo, moví la cintura. Y junto a la cintura la mano derecha.

Aullé de dolor. Mi mano había quedado apresada bajo el pie del gascón.

—Los montañeses podían haberlos matado de un lanzazo, pero, al parecer, estaban aburridos —continuó Etienne su narración como si tal cosa—. Prefirieron darles «el castigo que merecen todos los herejes». Los ataron a un fresno, junto al camino. Luego, prendieron fuego al árbol. ¿Has contemplado alguna vez una ejecución de ese tipo?

No esperó mi respuesta.

—Yo, una vez, en Agen. Era un anabaptista sin iglesia ni rey. Al principio solo se oyen los chillidos del condenado. Luego el olor de la carne calcinada se te introduce en la nariz. No saldrá de ahí en varios días. ¿Ayer no llegó hasta ti?

Sí, había llegado.

—Lo siento —murmuré.

—¿Lo sientes?

Su pie soltó mi mano. Sin embargo, no tuve tiempo de aliviar el miembro dolorido, puesto que el movimiento de su pie era de ida y vuelta. Todo se tornó negro ante mis ojos. Me había soltado una patada en plena cara, con la fuerza de un martillazo.

—¡Peste de vasco! Estaba escondido lo suficientemente cerca para oír lo que hablaban esos montañeses. No paraban de mencionar a tres jóvenes guerreros vascos del señor de Luxa, que les habían puesto «en la pista de los hugonotes».

La nariz, los labios, la barbilla... todo lo sentía como si me lo hubieran roto en mil pedazos.

—Si no estuvieran tan cerca los papistas, te metía un palo por el culo y te asaba dándote vueltas como a un ternero. En vez de eso, te parecerá un regalo que en vez de ancharte el agujero que ya tienes, te haga unos cuantos nuevos.

Levantó con las dos manos la espada, por encima de su cabeza.

Conocía ese sonido como de desgarro que produce un hacha al descuartizar al animal recién sacrificado. Mis oídos no esperaban oír otra cosa. Seguramente por eso

no oí el silbido.

—¡Dios mío!

El asombro y el miedo se mezclaron en los ojos enrojecidos de Etienne. Se tambaleó como si estuviese borracho, sin soltar la espada. Entonces las vi, ¡ahí estaban!, las plumas de una flecha asomando por su hombro.

Reaccioné con rapidez; es decir, con toda la rapidez de que es capaz alguien que acaba de recibir una patada en la cara. Me giré sin incorporarme. Por la presión de mi espalda, la tierra se había tragado la daga hasta media empuñadura. Afortunadamente la desenterré de un único tirón. Me arrojé sobre Etienne mientras él intentaba levantar de nuevo la espada. Cuatro veces sepulté la punta del acero en su pecho. Casi me tira al suelo con él.

Sin resuello, mi mirada desfiló del cadáver a la daga y de la daga a mi cuerpo enrojecido por la sangre. Era la primera vez que mataba a alguien. Sin embargo, no había obrado yo solo contra el gascón. La flecha de su hombro lo atestiguaba.

Unos pies pisaron los helechos a mi espalda. De rodillas en el suelo, hice fuerza con las dos manos para dar la vuelta al muerto. Saqué la pistola de mi abuelo del cinto de Etienne. Tal como esperaba, estaba cargada. Tensé el percutor. Los pasos se habían detenido. Cerca de mí, muy cerca.

—¿Desde cuándo los estudiantes de la doctrina de Calvino llevan rosarios atados a la muñeca?

Me volví como una centella.

—¿Gilen?

Mi salvador avanzó un paso hacia delante.

—*Mierdecilla, Mierdecilla...* —me llamó como acostumbraba Estefanía, su madre—. Si los hugonotes os matáis los unos a los otros, ¿qué trabajo nos restará a los *lamehostias*?

Gilen. Con una boina negra en la cabeza y medallas de no sé qué santo en la pechera. Más alto, más fuerte, más hombre y, saltaba a la vista, más parlanchín de lo que recordaba. Pero seguía siendo Gilen. La sangre me bullía en las venas. Mis últimas noticias de Gilen, las que me contó aquel canalla de Beñat, databan de hacía un año: cómo debía haber ido a Garriz con los soldados de Larrea, cómo le habían tapado el agujero del culo, y cómo desertó de las tropas del castellano de San Juan. Desde entonces, nada.

—Bonito flechazo —señalé hacia el hombro del muerto—. Tú, de lejos, tan certero como siempre.

Se encogió de hombros, como ruborizándose. ¿O quizás arrepintiéndose?

—Tú, de cerca, tampoco estás manco.

Una pregunta retumbó dentro de mi cabeza: ¿cuándo había sabido que era yo a quien tenía enfrente, antes o después de lanzar la flecha?

Me miró a los ojos. Le sostuve la mirada. No quería dejar paso a mis recuerdos de cuando era mi hermano, mi amigo. Gilen ahora era un enemigo. Llevaba una ballesta

en la mano, mientras que yo sostenía mi pistola en la mía. La ballesta apuntaba a mi corazón; y mi pistola, al suyo.

Posé la vista sobre las medallas de su pecho.

—Antes te reías de los que salían de la iglesia llenos de baratijas como esas.

—Antes sí.

Me afligía el mero hecho de verle. ¿Qué diablos hacía con los papistas? ¿Les rezaba ahora a San Eustaquio y Santa Perpetua? ¿Creía que dándoles dinero a los malditos frailes iba a ganarse el cielo?

—Supe de la muerte de tu abuelo —dijo.

Apreté más fuerte la pistola.

—¿Eras uno de los que sitiaban Garriz?

No me costaba imaginarlo con un mosquete francés en las manos, disparando a los arcabuceros de Larrea. Disparando a Miguel Mailu. Lo estaba haciendo mayor de lo que era.

—No me admitieron en la tropa de Etxauz por ser demasiado joven. Me quede en el país de Ciza. Luego, cuando apareció el ejército del príncipe Enrique y de Agramont, hui hacia España, como tantos otros.

—Querrás decir a la Navarra del otro lado del puerto —se me enronqueció la voz. Sus ojos me miraban burlones.

—A la Navarra del otro lado del puerto, si lo prefieres. Hasta saber de esta segunda intentona, he estado viviendo entre mis familiares de ese lado, en Aezkoa.

—Entre escritos y libros, por supuesto —dije, echando sal en la herida.

Observé por su expresión que mi pulla le había hecho daño. Su respuesta no desmereció.

—Conocí también Pamplona, el año pasado.

Sentí la noticia como una picadura. ¡Gilen en Pamplona!

—El pasado julio acompañé a mi tío a la feria de la capital, con algunas yeguas.

No había detalle que yo no supiera sobre Pamplona, repetido mil veces por mi abuelo. Sus murallas, sus calles, sus iglesias... Tenía una buena oportunidad para comprobar si lo que le había oído a Miguel coincidía con lo que había visto Gilen. No era el lugar, ni el momento. Aunque tampoco sabía de qué diablos era el momento. Me dolía la mano, tan fuerte apretaba la culata de la pistola. Noté que la mano de Gilen también estaba sudando, tan tensa como la cuerda de su ballesta.

—Tendré que volver con los míos —dijo entonces.

—También yo.

Habría dado un brazo por saber dónde estaban los míos.

Gilen empezó a retroceder por donde había venido, sin volverse ni retirar la flecha de la ballesta. El empeño por no darme la espalda le hacía caminar de un modo curioso. Yo también debía hacer lo mismo, aunque solo fuese por no quedar en evidencia. Solo di unas torpes zancadas. En realidad, no sabía hacia dónde dirigir mis pasos.

Mi amigo, el que había sido mi hermano, detuvo su engorroso caminar. A esa distancia de nada servía ya mi pistola. Él, en cambio, con un buen disparo, me alcanzaría fácilmente con su ballesta.

Señaló el castañar que quedaba a su derecha.

—Tras pasar esos árboles, tendrás a la vista los muros de la ciudadela de Nabarrenx. Pero ten cuidado. Tendrás que pasar por entre los suletinos de Maitia, y a ellos no se la pegarás con un rosario, como a esos necios bearneses.

Un chico listo. Sin hacerme una sola pregunta, Gilen sabía de dónde venía y adónde iba. No era de extrañar. En las clases de Etxeberri siempre demostró ser más vivo que yo.

—¿Te refieres a ese castañar?, —relajé el percutor de la pistola.

—A ese castañar —retiró la flecha de la ballesta.

OU'EI HORT COM NABARRENX, dicen los bearneses del hombre vigoroso. Tan fuerte como Nabarrenx.

Para principios de mayo de 1569, yo ya había conocido algunas fortalezas en mi breve paso por este mundo, como los castillos de Garriz o Luxa, la bastida de Mauleón o las murallas de Orthez. Todas me habían parecido dignas de ser tomadas en cuenta. Y sin embargo, no eran nada comparadas con aquella construcción que encargó Enrique de Albret a las orillas del Gave de Olorón.

En la longitud y el grosor de sus murallas, en la disposición y el número de sus bastiones, en la estructura y la profundidad de sus fosos y saetines, en una palabra, en todo, Nabarrenx estaba unos peldaños por encima. Su emplazamiento tampoco había sido elegido al azar. Al norte, la Gascuña; al sur, Zuberoa; posesiones ambas del rey de Francia, y entre una y otra, sin permitirles colindar, una franja bearnesa. En ella se situaba Nabarrenx, en las tierras del señorío soberano y, al mismo tiempo, a unas pocas leguas de la Baja Navarra. Tenía dos puertas, ofrecidas una a San Germán y la otra a San Antonio. Demasiados santos para una fortaleza de la Reforma, pero a nadie se le había ocurrido cambiarles el nombre. Cada una delataba qué suerte de enemigo había tenido en mente el monarca promotor: la puerta de San Germán estaba orientada hacia Francia; la de San Antonio, hacia las tierras bajo dominio español. Se podía tener Nabarrenx sin dominar a la vez el reino de Navarra, pero no dominar el reino de Navarra sin tener Nabarrenx.

El barón de Arros se había aprendido bien esa lección. La reina Juana, al partir a La Rochelle, destituyó a Agramont y puso en su lugar a Arros, como jefe del ejército y teniente general. Aquella primavera de 1569 no se encontraba en un trance agradable. Los bajonavarros y suletinos del conde de Luxa, por el oeste; los barones bearneses sublevados, Sainte-Colome, Gerderest y Peyre, por el sur; y, comandando a todos, el ejército francés de Terride por el norte y por el este, no daba ni un respiro a las diezmadas fuerzas del Reino. Rodeados por todas partes, día a día veían a partidarios engrosar el número de los adversarios. Aunque no todos.

Basillon, el gobernador de Nabarrenx, no se vendió. En la ciudadela, permanecían izados los estandartes del Reino. Tan pronto como supo que así era, decidió Arros hacerse fuerte en su interior, hasta que llegara el auxilio de la Reina. Las puertas de Nabarrenx le fueron abiertas hacia finales de abril. Traía a cuatrocientos soldados con él. Unos dos mil huidos más venían detrás, entre mujeres, niños, ancianos e impedidos. Por su parte, en la fortaleza se encontraban más de quinientas almas, de las que una cuarta parte eran hombres de armas. El resto se les habían ido sumando a los miembros de la guarnición ordinaria desde el reinicio de la guerra.

Entre tal marabunta no resultaba fácil destacarse. Yo lo hice desde el primer día.

Por una parte, protagonicé una singular entrada en la ciudadela, atravesando el Gave entre las flechas de los suletinos de Maitia, algo bastante espectacular para la mayoría de los sitiados, de los que, como en casi todos lados, eran pocos los que sabían nadar. Por otra parte, la narración de mis andanzas de los últimos días dejó impresionados tanto a Arros como a sus adláteres. Los que podían rebatirme habían muerto o no estaban presentes. Así que pasé los acontecimientos por una criba del tamaño de mis necesidades, callándome las cosas de las que no me sentía particularmente orgulloso y embelleciendo algunas otras. Una de las partes más conflictivas podía resultar la muerte de mis compañeros de periplo. No quise correr riesgos, así que los convertí a todos ellos en mártires de la Reforma, además de a Nicolás y a Sebastián, también a Francisco y a Mixel, e incluso al propio Etienne. Para explicar cómo pasamos por entre las líneas enemigas no me avergoncé de hacer otro tanto.

—¡A puro golpe de espada!

Menos mal que el rosario delator se había quedado en el fondo del Gave.

Obviando la decisiva participación de Gilen, inventé un encarnizado y sangriento combate que hubiera encajado bien en las composiciones latinas que estudiábamos en Orthez. Volví a poner de manifiesto mi capacidad para dar vida a las cosas que no he vivido. El mejor comediante parisino de la actualidad difícilmente actuará mejor que yo ese día.

—... me hirieron y, aun así, tuve el suficiente brío para arremeter contra los papistas. ¡Derribé a dos, a tres, a cuatro...! Algunos, heridos; otros, ya muertos...

Mis ropas, mi espada y mi daga corroboraban mis palabras. Por suerte, el agua del Gave no había limpiado por completo todos los rastros de sangre que me había dejado la pelea con Etienne. Mis oyentes gozaban con lo que oían.

Al poco rato ya circulaba de boca en boca entre la crecida población de la ciudadela la historia de los seis jóvenes prófugos de Orthez, como muestra de la *Hermandad* entre las distintas naciones del Reino. En ella, no podía ser de otra forma, el mayor espacio lo ocupaban las hazañas del único superviviente de los seis. Las mías. Los soldados de la ciudadela eran casi todos jóvenes sin experiencia, y no andaban sobrados de coraje. A nadie debiera sorprender que Arros me utilizara como ejemplo ante sus hombres. Igual que yo me inclinaba hacia Plauto, él lo hacía hacia Ovidio. Me puso de sobrenombre *el novillo de Nabarrenx*. Algo había ascendido, de ser quince meses antes *el pequeño soldado de Garriz*. Recién llegado, ya era alguien en la fortaleza sitiada.

Andar en boca de todos convirtió mi primer día en una locura. Todos querían verme, todos querían conocerme. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, gentes armadas y sin armar, todos querían decirme algo, todos querían convidarme a algo. El asedio acababa de comenzar, nadie sabía todavía lo que les deparaba y se permitían ser dadivosos. Sobre todo, los vascongados.

A pesar de ser los menos, los vascos reformados constituían una parte de la población de la ciudadela. En el Bearne la guerra había estallado a principios de año,

pero la Baja Navarra y Zuberoa estaban en manos de Luxa y sus secuaces desde el otoño anterior. Así pues, la mayoría de ellos llevaba más tiempo que nadie en Nabarrenx, ya que fueron los primeros de la oleada de huidos en guarecerse tras sus gigantescos muros. Llegar a Nabarrenx me supuso reencontrarme con muchos de los que conformaban mi pequeño universo antes de marcharme de Garriz.

Allí se encontraban buena parte de mis correligionarios de Mixa, grey del templo de Etxeberri. También estaban allí algunos que me acompañaron en el asedio de Garriz, empezando por Larrea y, a su sombra, Arburua, el que fuera segundo de mi abuelo. Los acompañaba el vizconde de Meharin, así como el de Macaya, Joanes Belzunce, que me había recibido en el castillo de Mauleón en febrero de 1568. Belzunce había llegado directamente desde la capital de Zuberoa, después de dejar la ciudad en manos de su cuñado, y enemigo, Luxa. Tampoco faltaban los ministros vascongados, algunos de los que se reunían en Garriz, como Tardets, Olhagarai —con quien ya me había encontrado en Mauleón— y, cómo no, mi antiguo maestro, Joanes Etxeberri, al que llamaban De la Rive. Etxeberri se abrió paso hasta mí entre los que querían estrecharme la mano. A él poco le importaban mis proezas en el campo de batalla.

—He oído que eres alumno de la Academia.

Parecía sorprendido. Por lo visto, no tenía en mucho mi inteligencia.

—Aquí también puedes seguir dando clases conmigo —añadió—. Sería imperdonable dejar echar a perder lo que has aprendido en Orthez. Quizá no sea demasiado tarde para hacer de ti un buen ministro.

Etxeberri se encontraba en Nabarrenx con su familia, pero esta en un año se había visto reducida. Catherine, la hija que más se acercaba a mí en edad, había muerto un año antes, en Tardets, mientras estuvieron cautivos de Luxa. Los demás miembros de la familia —además del pastor, su mujer Léonine y sus tres hijos, Henriette, François y Marie—, a pesar de haber sido liberados, no se habían recuperado tras las penalidades de su cautiverio. Todos estaban más flacos que un suspiro, y aunque eso no se advertía tanto en el caso del padre y de sus hijos, el cambio era manifiesto en el caso de Léonine. Aquella mujer que dieciséis meses antes me daba de comer tres veces por semana era pura piel y huesos. Sus carnes antaño abundantes, visitadas en más de uno de los sueños que tenía despierto, habían dado a parar en nada. Jamás una mujer ha humedecido tanto mi regazo como Léonine el día que me vio en Nabarrenx. Tenía puesta sobre mí una esperanza, pero esa no tenía nada que ver con la de Etxeberri:

—Tú nos vengarás. Tú vengarás a nuestra Catherine.

Su abundancia había desaparecido, pero las chispas de su antigua ira seguían vivas en su mirada.

Animado por su deseo de continuar siendo mi profesor, Etxeberri me ofreció un hueco junto a su familia. La propuesta no era fácil de rechazar. La guarnición de Nabarrenx era atendida por unos treinta soldados en tiempo de paz. Si les sumamos

los peones y sus familias, nos da una cifra de unas cien personas, aproximadamente. Según el proyecto que Enrique II encargó al arquitecto italiano Fabricio Siciliano, la fortaleza disponía de capacidad para acoger entre trescientas y cuatrocientas almas. El día de mi llegada, la población de la ciudadela era seis veces superior. No cabía un alfiler. Los barracones y las viviendas —incluidas las reservadas al Rey— estaban abarrotadas. Cientos de personas se refugiaban en chabolas fabricadas con pellejos, telas y ramas de árboles, y no eran pocos los que tenían las estrellas como única techumbre. Yo había sido el último de los últimos en poner un pie en Nabarrenx, y de suyo venía que me sumase al número de los sin techo.

—Quédate con nosotros —se secó sus lágrimas Léonine—, así tendrán nuestras hijas quién las defienda entre tanta chusma.

Era tentador. A pesar de ser recién llegado, bastaba con darse un pequeño paseo por el interior de la ciudadela para darse cuenta de quién se cobijaba bajo la madera o incluso la piedra, y quién estaba a la intemperie. Etxeberri era ministro y, en la Fortaleza de la Fe, solo los nobles principales y los capitanes de Arros tenían mejor aposento que los ministros. Como no eran pocos —en el tiempo que duró el cerco conocí a más de veinte—, a ellos y a sus familias se les había destinado todo el edificio que en tiempos de paz usaban los soldados de la guarnición. Durante toda mi vida he intentado ser un creyente fiel, pero, después de mi estancia en Orthez, estaba bastante saturado tanto de doctrina como de la gente que la imparte. Por otra parte, la cercanía a Léonine no era suficiente acicate para aceptar. Tan flaca, ya no podía ser la que había sido reina de mis sueños. Estaba pensando en la mejor forma de decirles que no, cuando una voz chillona de mujer atronó entre el gentío.

—¿Dónde está ese Mailu que acaba con el enemigo a martillazos? ¿Dónde está Joanes de Garriz, el joven caballero de Mixa?

Unos brazos me separaron violentamente de Etxeberri y Léonine. Eran rudos, fuertes, habituados al peso y al trabajo, no como los del ministro y su esposa. Me cercaron, me aprisionaron, me estrecharon casi hasta quebrarme los huesos. Y mientras me sometían a ese trato, mis sentidos se llenaban de antiguos olores y sensaciones. Me resultaba imposible articular palabra, hasta tal punto había sido tomado por sorpresa.

—De andar por esos mundos, *el Amito* se ha olvidado de nosotros.

No me había olvidado de los Abaurre. Como si de un cordón umbilical se tratara, un grueso lazo me mantuvo atado a ellos en mi infancia. Después de marcharse Gilen de entre nosotros, el lazo empezó a hacerse más fino. Al dejar Garriz, ya no quedaba más que un delgado hilo. A pesar de todo ello, cuando dormía, mis mejores sueños eran con el verdugo y su familia.

Por primera vez en mi vida me di cuenta del girar incesante de la rueda del tiempo. A Domingo, tan parco como siempre en palabras, había comenzado a escasearle y encanecersele su abundante pelo moreno. A Estefanía la iluminaba la misma rudeza vivaracha de siempre, aunque refrenada por una espalda más

encorvada de lo que yo recordaba. Noté a Ramona más ancha de cintura, y con las primeras arrugas en el rostro. Llevaba de la mano a una chiquilla, apenas capaz de andar:

—¡Ixabel, dile hola al tito Joanes!

Intenté algo así como una caricia. La criatura, atemorizada, se escondió detrás de su madre.

—Los hombres le dan miedo.

Domingo y Estefanía sacudieron la cabeza, para acompañar la afirmación de Ramona. Los sentimientos pugnaban en mi interior. Quería ser un niño para aquel matrimonio envejecido, y un hombre para Ramona.

A poca distancia, Etxeberri y Léonine contemplaban el encuentro con ojos feroces.

Estefanía alzó la voz:

—Entonces, *Mierdecilla*, ¿has encontrado en este burdel algún rincón para tus pulgas?

Alejé la vista del ministro y de su esposa.

—Todavía no.

Tampoco los Abaurre eran los últimos en la plaza sitiada. Antes incluso de que Arros se refugiara en Nabarrenx, Domingo ya tenía trabajo en ella. Puesto que el verdugo anterior se había marchado a unirse a los rebeldes, Basillon, el gobernador de Nabarrenx, le había ofrecido cubrir su baja. Eso le suponía una paga cada vez que necesitasen de sus habilidades y, además, una vivienda más o menos confortable para toda su familia: una habitación entera, en lo que antes había sido el barracón de los criados de la ciudadela. Cuando los últimos días de abril de 1569, las puertas de Nabarrenx se abrieron para dar paso a cientos de bearneses asustados, los Abaurre no tuvieron necesidad de apretarse para hacer sitio a esa avalancha: nadie quería compartir techo con un verdugo.

Yo no tenía tales reparos.

Esa noche, como en tiempos pasados, volví a acercar la escudilla a la olla de Estefanía. Luego, estuve hasta tarde atendiendo su parloteo y el de Ramona. Las dos mujeres me querían poner al corriente de todo lo que había sucedido desde que las puertas del castillo de Garriz se abrieron para mí por última vez. Domingo se limitaba a sacudir la cabeza.

Aunque no de manera tan atroz como los Etxeberri, los Abaurre no habían dejado de pasar penalidades. En el primer alzamiento de los papistas, también Domingo fue hecho prisionero tras la rendición de Garriz. A causa de su oficio, el hombre contaba con más de un enemigo entre los rebeldes. El propio Bernard Etxeto, el auxiliar de Luxa, le pidió a su jefe la cabeza del verdugo, pues en su día había cumplido aquel una sentencia de azotes sobre las espaldas del soldado. Fue el mismo conde quien

salió en defensa de Domingo:

—A un verdugo solo es lícito llevarle a la horca cuando no cumple con su trabajo —dicen que le contestó a su subordinado.

Dejaron libres a su mujer e hija, y mantuvieron encerrado a Domingo en el mismo Garriz, sin llevárselo a Tardets. Con él compartió calabozo Frantses, el marido de Ramona. Mientras, Estefanía y Ramona se refugiaron en Saint-Palais, en casa de Graziana, su hija y hermana respectivamente. Mejor hubiera sido ir a cualquier otro lugar. El marido de Graziana se había hecho con la herrería de su padre un año antes, y en ella proveían a los insurrectos de espadas y puñales. Desde que las vio a la puerta de su casa se empeñó en que su suegra y su cuñada retornasen a la *Madre Iglesia*. Por otra parte, Graziana no traía de la calle más que noticias de los nuevos desmanes de los crecidos papistas. Ya habían empezado a barajar la posibilidad de huir al Bearne, cuando Agramont y el príncipe Enrique restablecieron el orden del Reino en la Baja Navarra.

En Garriz, pusieron a Piarres Arburua de subcapitán. No estimaba a los Abaurre, pero en el país de Mixa no eran muchos los que estaban dispuestos a servir a un tiempo al Reino y a la Fe. Los jueces acababan de dictar tres condenas a muerte, como castigo a la muerte del anterior castellano, Miguel Mailu. Con Bernard Etxeto Domingo Abaurre parece que utilizó la soga corta. En aquellos meses, Ramona alumbró a la pequeña que yo acababa de conocer.

En el otoño de 1568, durante el segundo alzamiento de los papistas de la Baja Navarra, nuestros correligionarios ni tan siquiera intentaron defenderse. Larrea abandonó San Juan de Pie de Puerto en manos del enemigo. Arburua hizo otro tanto en Garriz. Precisamente, la guarnición del castillo y los que vivían en él chocaron con una tropa de hombres de Luxa cuando ya les faltaba apenas nada para cruzar el límite del Bearne. En el encuentro, abatieron a Frantses, el marido de Ramona. Casi nada más dar a luz, dejaron viuda a mi hermanastra.

Hasta ahí, los vaivenes de los Abaurre, contados de su boca. A Gilen no le mencionaron en absoluto. Yo tampoco les dije nada de nuestro encuentro.

Nos acostamos tarde. Yacíamos sobre tierna paja seca, amontonada lejos de la chimenea. Me hicieron un hueco en una esquina. Tenía a Ramona y a la pequeña Ixabel al otro extremo. En medio, Estefanía y Domingo. Fuera llovía.

Gritos y llantos, ronquidos y murmullos, ladridos de perros y órdenes de oficiales se sumaban al ruido de las gotas de agua al estrellarse contra en el suelo. Sin embargo, me dormí enseguida, vencido por toda la fatiga de la última semana. A media noche, me despertó una mano que palpaba entre mis muslos.

—Habrás echado pluma en este tiempo.

Como un año y medio antes, la boca de Ramona desprendía olor a cebolla cocida; su piel, a musgo húmedo.

Tras apoderarse de Orthez, el ejército de Terride se presentó el primero de mayo bajo los muros de Nabarrenx. Cuatro mil hombres, en total, después de unirse a los navarros y suletinos de Luxa y a los bearneses rebeldes. Al día siguiente, el cañón rugió por primera vez contra la ciudadela. Durante los meses siguientes lo volvería a hacer en casi otras dos mil ocasiones. Con todo, los cañonazos de Terride no serían el único quebradero de cabeza para los que, tras los muros, dirigían la resistencia.

Ya se ha dicho: Nabarrenx era el último bastión del Ejército del Reino. Lo dirigía Bernard d'Arros, desde que la Reina lo nombrara teniente general y comandante en jefe del ejército de Navarra. Por debajo del barón, sus capitanes y los señores principales mandaban en la fortaleza. Sin embargo, Nabarrenx también era el bastión de la Fe. Y sobre la Fe, eran los ministros los que tenían la última palabra.

Mientras duró el asedio, una de las empresas más arduas para el barón fue hacer coincidir las opiniones de los capitanes con los criterios de los clérigos. De la misma forma que Juana de Albret no deseaba para su Reino otra cosa que la ley de Dios, así también sus ministros pretendían que esta prevaleciese siempre y en toda circunstancia en la última porción que conservaba el Reino. Todo perfecto, si no fuese cosa sabida que la ley de Dios y la de los hombres no siempre hacen buen maridaje, especialmente habiendo una guerra por medio. Los hombres gratos a los ministros debían mostrar la misma habilidad con el arcabuz que con la Biblia. Los capitanes primaban la destreza con el arcabuz, cuando no la juzgaban, sin más, suficiente. Atrapado entre ambos, el teniente general favorecía a veces a unos y a veces a otros.

La oración y la lectura pública de las Sagradas Escrituras trajeron la primera controversia. Después de mil discusiones, Arros consiguió exonerar de tales enseñanzas a los vigías y a todos los demás que, en el momento de celebrarse aquella, tuviesen un cometido en la defensa de la plaza, lo mismo en día de labor que en domingo. Dicha salvedad, por otra parte, se extendía a toda la guarnición en caso de ataque. Al poco, los ministros le expusieron su pretensión de que fuesen expulsados de la plaza los soldados mercenarios que seguían fieles a la Iglesia de Roma. No se avino a ello. En lo demás, con gusto o a disgusto, acabó cediendo a sus pretensiones.

Los clérigos quisieron convertir Nabarrenx en una suerte de Academia. En Orthez solamente rezar y estudiar estaba permitido; en Nabarrenx, rezar y luchar. Las putas ya habían sido expulsadas para cuando yo llegué. La embriaguez y el juego estaban prohibidos, también la danza y los cánticos, a excepción de los himnos. Idéntica suerte sufrían las ropas y pelambreras que ofendiesen a Dios y, ni qué decir tiene, cualquier gesto, mirada o proposición deshonestas. Todos los asuntos y las personas, tanto si correspondían a la guerra como si no, todos sin excepción, eran competencia de una asamblea a la que llamaban el Consejo de los Ministros, que se ocupaba del reparto de la comida y de la bebida, del uso de las letrinas, del cuidado de los

enfermos y heridos, así como de aliviar la suerte de los que carecían de techo. Jamás antes se ha conocido ciudad sitiada alguna gobernada con tanta sensatez. A cambio, todos debíamos participar en la totalidad de los actos que el Consejo organizaba para propagar y dar a conocer la palabra de Dios, y todos someternos a su autoridad en lo que a la observancia de los mandamientos concernía. Como no faltaban los delatores, el ojo del Consejo podía llegar hasta el interior mismo de las camas de los sitiados.

Se impuso una vigilancia férrea sobre las almas y los cuerpos de los obligados habitantes de Nabarrenx. Eso trajo consecuencias, no siempre las pretendidas por los ministros. Más de la mitad de los hombres de armas eran jóvenes en lo mejor de la edad, solteros o con sus mujeres lejos. Para ellos los ministros predicaban castidad, «no solamente de obra, sino también de pensamiento, palabra o gesto», como nos enseñaba Etxeberri en Saint-Palais.

Fácil de decir, más difícil de cumplir.

Si exceptuamos los momentos álgidos de los asaltos o los bombardeos, la defensa de la ciudadela dejaba a los soldados mucho tiempo para aburrirse. Las actividades que organizaba el Consejo para esos periodos —lecturas en común de las Sagradas Escrituras, fervorosos cánticos de himnos, encendidos sermones sobre la forma de honrar verdaderamente a Dios— no constituían el sustitutivo más eficaz para la lujuria innata al hombre. No es de extrañar que Léonine necesitase a alguien que defendiera la honra de sus hijas, «entre tanta gentuza». El aumento de las violaciones de mujeres y niños no hizo sino empeorar las discusiones entre capitanes y clérigos. Los ministros reclamaban castigos más severos, para ejemplo y escarmiento de todos. Los militares, en cambio, pedían que de alguna forma volviesen las prostitutas, para que los soldados obtuviesen por dinero lo que de otra forma buscarían por la fuerza. Arros rechazó tanto lo uno como lo otro. Las ramera, para entonces, debían de tener ya suficiente trabajo en el campamento de los sitiadores, así que no era cuestión de organizar una expedición tras las líneas enemigas para traerlas o hacerles volver. Por otra parte, el barón descartó también poner la soga a trabajar o empezar a cortar manos y piernas. No andaba sobrado de soldados y los quería vivos y tan enteros como fuese posible.

Eso no significaba que Domingo anduviese ocioso. En el ancho patio de la ciudadela, los azotes se convirtieron en un espectáculo diario. Por blasfemar, cinco azotes. Por comportamiento obsceno, diez. Por robar, veinte. Por extraviar a una muchacha, cincuenta... Las sanciones podían acumularse. En lo que duró el asedio, solo llevó al patíbulo a una persona, y fue a una mujer. La acusó de brujería la esposa de un ministro.

En aquel ambiente de confrontación entre los dirigentes de la Fe y los del Reino rechacé la oferta de Etxeberri para preferir la de los Abaurre. De nido a nido elegí el que estimé más agradable. Más agradable, pero no hasta ese punto. La generosidad de Ramona dejó mis mejores sueños a la altura de la nada. No solo me abrió sus brazos, sino también sus muslos.

No hay, sin embargo, rosa sin espinas. Pronto supe cuánto les había dolido mi decisión al ministro labortano y a su mujer Léonine. Después de haber elegido dónde —y con quién— quería dormir, quedaba por dirimir en qué me ocuparía, tanto en Nabarrenx como en el futuro.

Etxeberri me quería para sí, estudiando para ministro. De la misma forma, Léonine deseaba verme como protector suyo y de sus hijas. Mi primera negativa no les hizo desistir. El pastor labortano apeló al Consejo y el Consejo a Arros. Los ministros expusieron razones de peso sobre la mesa del teniente general:

—A pesar de haber sido separado de ella por la guerra, el joven Mailu es todavía alumno de la Academia de Orthez. Puesto que de este centro se ocupa la Iglesia Reformada del Bearne, hay que concluir que el muchacho está sujeto a nosotros.

Mis deseos no iban por ahí. Yo quería ser soldado. El día que hice mi entrada en Nabarrenx, me faltaban quince días para cumplir trece años. Igual que ahora, también entonces, los ejércitos, a esa edad, solo aceptaban a muchachos como peones o auxiliares. Pero, qué demonios, yo era infanzón, nieto de Miguel Mailu, sabía qué era un asedio y, supuestamente al menos, acababa de matar a cuatro enemigos (aunque en realidad no hubiera sido más que uno, correligionario además, sin olvidar que había necesitado ayuda ajena para ello). Por otra parte, si tenían dudas sobre mi hombría, podían preguntárselo a Ramona. Entre todas estas razones solo esta última callé cuando Arros me llamó ante él. Era un jovencito con los humos muy subidos, pero no tonto.

Desde mi llegada a la ciudadela, no había vuelto a encontrarme frente a nuestro comandante. No acudía de la misma manera que el primer día. Entre Ramona y Estefanía se las habían apañado para que al menos luciese la camisa y la cara limpia. Cuando me condujeron hasta él, le costó trabajo creer que yo era el mismo muchacho mojado, manchado de sangre y con las vestimentas hechas harapos, que días antes había entrado en la fortaleza. En su sorpresa había algo que se excedía de lo corriente.

—Te parece, te parece a... —repitió tres o cuatro veces sin llegar a acabar la frase.

De nuevo el cuento del parecido. A Enekot Ezponda y a Pierre Viret ya les había oído la misma cantinela.

No pude evitar ser descarado.

—¿Señor, me parezco a algún fantasma?

—No —bajó la voz—. A un fantasma, no.

—Entonces, ¿a quién, señor?

Se mantuvo un instante callado antes de contestar.

—Algún día lo sabrás.

Pronto me olvidé de esa historia. No había ido allí para hablar de mi parecido.

Hice exhibición de todas mis mañas para engatusar a los oyentes. Algunas eran ya viejas, de las que usaba con los habitantes de Garriz para burlarme de los demás. Otras eran nuevas, adquiridas en las clases de retórica de Orthez.

Arros me dejó hablar, sin interrumpirme en ningún momento. Cuando se me hubieron agotado las razones, de nuevo me preguntó dónde me veía...

—¿... de alumno entre los niños, tal como pide el ministro Etxeberri, o de guerrero entre los hombres?

Le contesté al instante:

—Os repetiré, señor, lo que me dijo el rector de la Academia el día que evacuamos Orthez: «Es bueno servir a Dios entre papeles, pero hoy la espada es más necesaria que el papel».

No era literalmente lo que me había manifestado aquel anciano de barba rala, pero sí lo más adecuado para ese momento.

Hoy, cuando ya han pasado más de cuarenta años desde aquel día, me pregunto por qué me dio, nada más y nada menos que el Teniente General del Reino, la oportunidad de expresar mi opinión. Por qué escuchó, con tanta paciencia, las bravatas de un mocoso engreído como yo. Sin duda, las monsergas de los ministros lo tenían más aburrido que de costumbre y quería devolverles un pequeño revés. Probablemente su decisión estaba tomada de antemano. Desde el punto de vista del militar no tenía tacha: quisieran o no los clérigos, *el Novillo de Nabarrenx* no trabajaría con los libros sino en las almenas, en la defensa de la ciudadela.

La segunda derrota de Etxeberri.

Una vez más, la fortuna me sonrió: me pusieron a las órdenes del barón de Montamat, y no a las de Larrea, como lo estaban los pocos vascos de Nabarrenx. Yo, a este, seguía considerándolo uno de los culpables de la muerte de Miguel Mailu, o sea que prefería estar alejado de mis compatriotas antes que bajo sus órdenes.

He crecido entre soldados. No me costó adaptarme a mi nueva vida. Las instrucciones, las guardias, las órdenes de los oficiales, las pullas y las bromas crueles de los compañeros mayores de edad... todas esas cosas ya las había vivido antes en el castillo donde nací. Con una diferencia: en Garriz la sombra de mi abuelo me protegía; en Nabarrenx, en cambio, yo era el más joven, dueño de un tierno culo. Eso me hacía candidato a pagar el peaje del novato, más aún habida cuenta de lo difícil que la obstinación de los ministros estaba poniendo el acceso a las mujeres. Gracias a Dios yo no era un cualquiera. Ni entre los más despiadados mercenarios estaría bien visto que alguien anduviera importunando al *Novillo de Nabarrenx*. Si esta razón fallaba, tenía otra de más peso: siempre llevaba encima mi pistola.

Al cuarto día de llegar me estrené contra el enemigo. Terride eligió para su ataque la puerta de San Germán, la que mira hacia Francia. Después de emplearse toda la mañana a cañonazos, la atacó con todos sus hombres. Dos bastiones defienden ese flanco. Yo, con otros muchos, estaba sobre uno de ellos, con un casco de hierro demasiado grande en la cabeza y vistiendo los colores blancos del ejército de la Fe. Sus balas esta vez no ocasionaron más que unas pocas mellas en las resistentes

murallas. También fracasaron sus intentos de tirar la puerta abajo. No les quedaba otro remedio que acometer directamente las murallas.

Sus arcabuceros y ballesteros se emplearon duramente contra nosotros, tratando de obligarnos a guarecernos tras las almenas. Cada vez que pasaba silbando una flecha cerca de mis orejas, me acordaba de Gilen. Debía de estar allí, en algún lado, entre los atacantes, apuntando su ballesta a mi cara. Cubiertos por los proyectiles de los otros, los piqueros avanzaron hasta nuestros pies. Les lanzamos de todo, piedras, fuego, plomo. De cuando en cuando, llegaban a apoyar sus escalas contra el muro. Una vez de cada dos se las echábamos por tierra antes de que nadie comenzase a subir por ellas. Las pocas ocasiones en que lograron llegar hasta lo alto de la muralla, se toparon con una cerca de picas. Ellos eran muchos; y nosotros, pocos, pero más que suficientes para sofocar su embestida. Golpeando aquí y golpeando allá, me parecía que el corazón iba a estallarme, de tan aprisa como me latía. No era miedo. Era un fuego que me corría por las venas y necesitaba salir al exterior.

Se acabaron yendo por donde habían venido, dejando los pies de los muros cubiertos de cuerpos y cadáveres. Allí se quedaron los que no pudieron huir por su propio pie o no pudieron ser transportados por sus compañeros. Hasta que oscureció, nos dedicamos a apedrearlos. Luego, salimos alumbrados por antorchas. Con la espada y el puñal rematamos a los que seguían vivos. No encontré a Gilen entre ellos.

Para festejar la victoria, Arros hizo sacar ocho pellejos llenos de vino. Los ministros ensombrecieron su rostro pero no se atrevieron a oponerse. El propio barón de Montamat me llenó la escudilla:

—Bebe con ganas, mozo. Quítate de la garganta el sabor de la pólvora.

Estaba empapado de sangre y sudor. Pronto lo estaría también de vino.

Dios sabe que uno se cansa más fácilmente de matar o de estar en peligro de resultar muerto que de zambullirse en el lodazal de la fornicación y la lujuria. Igual que con el oficio de soldado, también en lo que al negocio de la carne se refiere se había apoderado de mí el entusiasmo del recién iniciado. Desde que Ramona me hizo un hueco entre sus piernas, pasaba nervioso las últimas horas del día a la espera de que se ocultase el sol. Rogaba al cielo para que la pequeña Ixabel no cayese enferma o para que no me enviasen a vigilar las murallas. Rogaba al cielo, también, para que Domingo y Estefanía se durmiesen pronto.

Al principio, por timidez, yo esperaba y Ramona venía a mí cuando le apetecía. Conforme fue creciendo mi confianza, era yo quien acortaba la distancia que me separaba de mi amada, rodeando los cuerpos dormidos de Domingo y Estefanía. A veces, eso sucedía antes del primer sueño. Otras, en plena medianoche. No pocas veces, cuando faltaba poco para que cantara el gallo. Ella nunca me dejó en ayunas, ni siquiera los días en que, como mujer, debía rendir sus deudas de sangre. Tratábamos de conducirnos lo más silenciosamente posible, pero el frenesí de la

carne hace perder fácilmente el decoro a las gargantas. Puesto que no eran sordos, más de una vez debimos de quebrar el sueño de Domingo y Estefanía. Jamás interrumpieron nuestros juegos, ni nos lo recriminaron al día siguiente. De la misma manera que, en las historias que cuando niños nos contaba el verdugo, el hombre lobo del Irati se volvía humano con el nuevo día, así los amantes nocturnos de Nabarrenx se convertían en hermanos cuando reinaba el sol.

Ya tenía trece años. Para entonces debía saber que la felicidad no dura mucho tiempo. Por desgracia, esa lección te coge siempre desprevenido.

Transcurrió más de un mes hasta el siguiente ataque de importancia. En aquel intervalo el asedio no se relajó. Convencido de que, si no era por las armas, nos rendiríamos por hambre, Terride estrechó el cerco en torno a la ciudadela, a fin de que ni una sola provisión llegase a nuestras manos. Cuando Arros se decidió a refugiarse en Nabarrenx, el precavido gobernador de la plaza, Basillon, disponía de unos graneros bien llenos. Sin embargo, éramos muchos los que nos habíamos acogido tras sus muros. Había que reducir las raciones. Los soldados no fuimos los más perjudicados; Arros nos quería con fuerza en las almenas y eso no era posible con la tripa vacía. Tampoco los nobles, los ministros, ni los capitanes, por más que entre ellos no escasearan los que jamás se arrimaban al peligro. Distinto fue con el resto. Los que no se empleaban en la defensa de la plaza o en la salvaguarda de las almas vieron rebajada a la mitad su parte de comida. A Domingo, el verdugo, lo equipararon a los soldados a la hora de la repartición de víveres, y yo compartía mi porción con los Abaurre. A pesar de todo, no era suficiente para aplacar el hambre.

A finales de junio, en la época en que el sol golpea con más fuerza, Arros dispuso unas normas estrictas con respecto al agua, por temor a que se secase el único pozo de la ciudadela: cada persona tendría derecho a beber una sola pinta. Si alguno quería o necesitaba más, era libre de aventurarse hasta la orilla del Gave. En las cercanías no solían estar dormidos los tiradores de Terride.

Por aquellos días empezó Ramona a salir de noche. A la hora en que antes venía a mi lado, se levantaba del camastro, se vestía y abandonaba nuestro barracón en completo silencio. Yo intentaba permanecer despierto esperando su regreso. Las más de las veces, el sueño me vencía antes de su vuelta. Y mejor que así fuera. Era peor cuando aparecía sin que yo hubiese pegado ojo. Si intentaba renovar nuestros antiguos abrazos, me despedía a mi rincón con un resoplido.

—¡Solo me faltaba eso!

Me sentía entonces el ser más desdichado del mundo y no lo suficiente hombre para Ramona. Gastaba el tiempo que le quedaba a la noche maldiciendo mis trece años. Al día siguiente, un sabroso pan de centeno aparecía en nuestra mesa. Y vino. Y carne de cerdo. Y judías. Y leche para Ixabel. Nadie preguntaba de dónde procedían tales maravillas. A mí, a pesar de tener el estómago lleno, una inmensa tristeza me oprimía el corazón, y pasaba todo el día sin poder deshacerme de ella.

De alguna manera, los sitiadores tuvieron conocimiento de las penalidades de los sitiados. A comienzos de julio, empezaron a emplear contra nosotros un arma inesperada: canciones de escarnio. Se acercaban hasta el límite del alcance de nuestras culebrinas y cantaban a grandes voces. Cambiaban de tonada. Y de letra. Pero no de contenido. Hacían dolorosa mofa de nuestra situación desgraciada, nos daban detenida cuenta de los deliciosos manjares que llenaban sus mesas y, tras ensalzar la fuerza del rey de Francia, anunciaban que tarde o temprano nos rendiríamos. A menudo, la flecha de una ballesta nos la hacía llegar después. Al principio eran en francés, al parecer escritas por el propio Terride. Viendo el escaso efecto que tenían entre nosotros, empezaron a hacerlas también en bearnés, obra de Sainte-Colome o algún otro traidor.

Arros les dio pronta respuesta, que a su vez remitió al enemigo por medio de otro ballestero. En ella, nuestro jefe, partiendo de las Sagradas Escrituras, alababa a los defensores de Nabarrenx hasta el grado de equipararlos con el pueblo de Israel, mientras que rebajaba a nuestros enemigos comparándolos con los filisteos. No faltaba alguna pulla para Terride y el rey de Francia, ni amenazas para todos y cada uno de los que se habían vendido y dado la espalda a Navarra, sin olvidar ninguno de sus nombres. Arros nos hizo subir a las murallas a todos los que éramos capaces de cantar, más de mil personas, para que nuestra voz llegara a los campamentos de los sitiadores. No les debió de agradar demasiado: nos respondieron con el bronco graznar de sus cañones.

Al día siguiente, las habituales flechas nos trajeron la réplica de Terride, en la que, además de insistir sobre los mismos temas, nos obsequió con una larga lista de las virtudes de los comandantes y capitanes que le acompañaban.

Nos correspondió a nosotros hacer enrojecer la boca de los cañones para dispersar a sus cantores.

Aquella misma tarde Arros me llamó ante él. No parecía un caudillo de guerra. Llevaba los cabellos y la barba cortos y vestía la ropa oscura y sin adornos que acostumbraban a llevar los ministros. Parecía haber envejecido bastantes años en esos dos meses, pero mantenía incólume la energía que percibí en él mi primer día en la ciudadela. El Teniente General del Reino fue directamente al grano:

—Necesito unos versos. Unos versos en tu idioma.

No me hubiese sorprendido más si me hubiese enviado, solo y desarmado, a atacar las líneas enemigas.

—Señor, nunca he hecho nada semejante.

No era verdad del todo. En Mauleón, Sauguis había aplaudido algunos humildes versos míos.

—Importa poco si alguna vez lo has hecho o no. El ministro Etxeberri me ha dicho que eres capaz. Y al otro lado de las murallas hay más de mil navarros y suletinos que no han entendido nada de lo que les hemos mandado hasta ahora.

Era la venganza de Etxeberri: quería verme en un aprieto. Comencé a sudar.

¿Cómo iba a hacer tal cosa?

—Habría alguno que sea más diestro que yo. El mismo Etxeberri... o cualquier otro ministro vasco —me atreví a decirle.

—Necesitamos la mano de un hombre de guerra, no la de un clérigo.

Me quedé en sus aposentos. Me dejó su mesa y su silla, y me trajo su pluma y su tintero. Un criado me proveía de papel y de velas. La propia mujer de Arros me dio de cenar: un jarrete entero de oveja y una pinta de vino. Si aquello no despertaba mi inspiración, nada me la despertaría.

Era pasada la medianoche cuando me levanté del escritorio. Allí había poco de las enseñanzas de Etxeberri y Sauguis; mucho más, de lo que había oído a los coplistas que de vez en cuando aparecían por el mercado de Saint-Palais o por la feria de Garriz antes de la prohibición que estableció la reina Juana. Solo recuerdo dos estrofas de las que escribí:

*Lüküzeko baroia, pito traidorea,
zangopilatua du bere ohorea,
Nabarrenkoxen fini haren adorea*^[9].

*Terride delakoa, frantximant elkorra,
nola ibiltzen duen zaldia behorra
hala kitatuko du hemen uzki-zorra*^[10].

A los ministros no les gustó. Un poco crudas, por lo visto. A Etxeberri menos que a ninguno:

—Carecen de la virtud de la Palabra de Dios.

No tenía más que escribirlas él.

Arros, por una vez, hizo caso omiso de tales opiniones. Exceptuando los pastores y sus familias, todos los navarros y suletinos que estábamos encerrados en Nabarrenx subimos al día siguiente a las murallas, tanto hombres como mujeres y niños, junto con algunos bearneses de los pueblos fronterizos. Lo reducido del número lo compensó el brío de nuestras gargantas. Cuando acabamos las coplas, una lluvia de disparos cayó sobre la muralla. Como una flecha certera, habíamos hecho blanco en el corazón de nuestros sitiadores.

Con todo, no minaríamos la moral del enemigo solo a base de canciones. A fin de alejar a sus soldados de la peligrosa holgazanería, Arros comenzó a organizar incursiones. Se trataba de ataques poco espectaculares. Se solían realizar de noche por un reducido grupo de hombres en camisa blanca a las órdenes de un capitán: matar algún centinela, robar algunos víveres, destrozar o capturar cañones..., cualquier cosa que extendiese el miedo y el nerviosismo entre los que nos cercaban. Yo, descorazonado por el distanciamiento de Ramona, no pensaba en otra cosa que en morir en el campo de batalla. Me ofrecí voluntario para esas acciones. No me lo permitieron.

—Cuando te haya salido barba en el rostro, entonces sí.

Obstinado, no tuve reparo en acudir directamente a Arros. No perdió ni un instante conmigo.

—Cuando de nuevo precise de ti, te lo haré saber puntualmente. Por ahora, tienes suficiente quehacer en las almenas.

No estaba equivocado. Cuando volvían a nuestros hospitalarios muros después de golpear aquí o allá, los soldados protagonistas de las salidas necesitaban que alguien los cubriera. Se trataba de pequeñas escaramuzas, pero alguien como yo habría encontrado ahí en qué entretenerse. Habiéndose percatado del éxito de las incursiones, Arros decidió actuar con mayor osadía. Sus soldados llegaron a Audaux o a Meritein, a varias leguas de Nabarrenx. La rabia de los sitiadores la medíamos luego por su número de cañonazos.

Una tarde de mediados de julio, me volvieron a llamar a la presencia del Teniente General de Bearne.

—Ahora sí que necesito de ti.

Me hizo dos preguntas, si sabía cabalgar y si conocía bien la Baja Navarra. A las dos respondí que sí, aunque solo la primera era verdad. Yo no conocía más que el país de Mixa.

A la vuelta de mi entrevista con Arros vi a Ramona salir de unos barracones de soldados. El cansancio había hecho perder el color de su rostro y andaba como alguien que acaba de realizar un largo viaje a caballo. Bajo el brazo llevaba un pan y sobre la cabeza un cántaro lleno de vino. Por primera vez en bastante tiempo me sonrió, aunque tristemente.

—Cuando esto termine, me llevarás lejos, muy lejos de aquí —me susurró al pasar a mi lado.

No le contesté, pero me agradó escuchar tal cosa de sus labios.

Al atardecer, los capitanes de la ciudadela reunieron a sus compañías en los bastiones cercanos a la puerta de San Germán. Portaban antorchas y tambores, de manera que los viesan bien y los oyesen mejor. El enemigo no dormía: de inmediato reunió a sus soldados en gran número, dispuesto a enfrentarse a los que presuntamente iban a salir.

Los muchachos de Arros pasaron toda la noche provocándolos y causando alboroto, a la vez que los obligaban a permanecer en guardia, a la espera del momento en que abandonaran el dulce resguardo de las murallas. A excepción de algún disparo de mosquete y culebrina, no se llegó al frente a frente. El nuevo sol cegó los ojos soñolientos de los sitiadores, sin que vieran abrirse la dichosa puerta.

Para entonces yo ya me encontraba a bastantes leguas de Nabarrenx, después de haber salido sin ningún problema por la puerta de San Antonio. Trotaba sobre una yegua alazana, con la vieja espada de mi abuelo colgando. La pistola viajaba cerca, sujeta a la silla, como acostumbran a llevarla los caballeros. Un pequeño odre para apagar la sed y un pan entero para hacer otro tanto con el hambre constituían todo mi

equipaje. Aparte de eso, solo una cosa más: una bolsa de piel atada a mi cintura por dentro de la camisa, y dentro de la bolsa un mensaje, escrito por Arros de su puño y letra.

Hasta escribir estas líneas no había sido consciente de cuánta importancia han tenido en mi vida las repeticiones. En febrero de 1568 abandoné a caballo una fortaleza sitiada. En julio de 1569 hice lo mismo, a medianoche y sobre una yegua, dejando atrás a mis rodeados compañeros. Las similitudes llegaban hasta ahí. Por lo demás, el muchacho que salió furtivamente de Nabarrenx solamente en el nombre era el mismo que el que dejó Garriz a escondidas. Y no solo porque era dieciséis meses más vivo, más adulto y más sabio, si es que no es excesivo hablar de sabiduría en un niño de trece años. Tampoco en sus objetivos tenían nada que ver uno y otro. El muchacho de Garriz era un fugitivo, que no tenía en la cabeza otro propósito que el de escapar de allí. En las intenciones del de Nabarrenx, por el contrario, no entraba la de huir. Era un soldado con una importante misión.

—¿Por qué yo? —me preguntaba mientras me acordaba de mi abuelo.

Y yo mismo me respondía:

—Porque soy el guerrero más valeroso y más inteligente de la Religión y del Reino.

¡Necio de mí! En Nabarrenx no escaseaban los valerosos. No tanto los inteligentes, pero lo mismo sucede en todos los ejércitos que he conocido. La diferencia radicaba en aquello de lo que los demás carecían. La edad, por un lado, y sobre todo el idioma. En eso sí que los candidatos no éramos tantos.

Acabo de reparar en ello: mi vida ha sido de alguna manera conformada y condicionada por el hecho de constituir un raro espécimen.

Siguiendo las instrucciones de Arros, me aparté de las poblaciones y de las calzadas reales. Cabalgué toda la noche hacia el oeste. Por la mañana, entré en Zuberoa por el lado de Jestaze. En el puente sobre el Uhaitzandi había una pequeña partida vigilando, todavía medio adormecida. ¡Qué sorpresa la suya al ver un visitante tan madrugador! No me asusté. Tenían toda la pinta de ser campesinos y oficiales que acababan de dejar sus campos y talleres, no de ser soldados de profesión. Comparados con los temibles montañeses, de cuando escapamos de Orthez, no parecía que fuesen capaces de causar mayor daño que el que ocasionaría un grupo de niñas jugando en la plaza del pueblo. Ya no contaba con mi rosario salvador en la muñeca, que de tanto me sirvió con los papistas berneses. En cambio, una pluma azul, como las que les había visto llevar a los oficiales de Terride, adornaba mi sombrero; y una cruz de madera, mi pecho. Me la ofreció mi capitán Montamat, antes de salir de la ciudadela: «Con tu labia serás capaz de parecer un fervoroso papista».

No sabía hasta qué punto.

Yo mismo me adelanté a las preguntas de aquellos hombres, en el más bello euskera del país de Mixa:

—¡Paso al emisario del conde de Luxa!

Sin dudarle un momento bajaron sus picas. Les acepté, de buena gana, un trago de vino. Todos eran mayores que yo, y ávidos de noticias.

—Joven señor —había una pizca de admiración en sus voces—, ¿cómo van las cosas por Nabarrenx?

—Pronto claudicarán esas serpientes de hugonotes.

Pregunté por la dirección correcta y espoleé a mi montura para alejarme de allí cuanto antes.

Cuanto más me acercaba al lugar donde nací, mayor precaución ponía. Me sentía, sin embargo, dotado de un instinto especial, como si todo lo que había vivido me hubiese investido del don de anticiparme al peligro. Me encontré en el camino con otros grupos de soldados, pero en nadie desperté recelo alguno. Como calcularon Arros y sus capitanes, los seguidores de Roma se sentían seguros en los territorios vascos.

Dejé a un lado Domezáin y entré en la Baja Navarra. Los recuerdos se amontonaban en mi memoria. Después de pasar tanto tiempo fuera, volvía a pisar la tierra de Mixa. Preferí el camino de Zohazti al de Behaskane, para no tener que atravesar Saint-Palais. Aunque estaba más crecido y más curtido, por aquellos pagos cualquiera podía reconocer al nieto del antiguo castellano de Garriz. Por la tarde, detuve a la yegua porque ya no podía dar un paso más montado en su grupa. Me encontraba más allá de Gamue, a poco más de una legua de Larribarre. Llevaba en camino desde la medianoche anterior, y nunca había hecho un viaje tan largo a caballo. Si me hubiese acompañado alguien, habríamos aunado nuestras espadas para violentar la puerta de la casa de algún labrador, en busca de cama y comida. Estaba solo, y mi valentía no alcanzaba a tanto. Fatigado, roí un poco de pan a la sombra de un castaño. Allá mismo me venció el sueño, cuando aún no había anochecido, y allá mismo me sorprendió, a la mañana siguiente, el sol del nuevo día.

Había realizado la parte más larga del viaje. En el trayecto me encontraba con aldeanos a los que preguntaba sin vergüenza el camino. Para el mediodía, había dejado atrás Arrueta. Hice un gran rodeo en el camino de Ezkoze y, le di, por tanto, otra vez la espalda a la frontera de Bearne. Atravesé Sarrikota y una vez fuera del país de Mixa, Samatze, Burgue y Erango. A las puertas de un villorrio llamado Akamarre, me topé con otra tropa de hombres armados. Todavía tenían más aspecto de labriegos que los de Jestaze. Me dirigí a ellos confiado.

—¡Paso al emisario del conde de Luxa!

Todas las cabezas se giraron hacia un hombre que vestía las negras faldas de los curas. No parecía más avezado que el resto en el arte de la guerra, más bien al contrario. Sin embargo, en sus manos llevaba la única ballesta del grupo. Tenía el arma montada y la flecha me miraba a mí. Si intentaba soltar mi pistola de la silla no

tardaría un instante en recibir el agujón de aquella afilada punta.

—Si sois el emisario del conde de Luxa, mostradnos su mensaje, en el nombre de Dios.

Cándido de mí, no me había preparado para un trance semejante. En Orthez había recibido clases de retórica. Desgraciadamente, nadie me había enseñado cómo comportarme con los oficiales del Príncipe de Roma. Tan orgullosamente como el miedo me lo permitió, declaré:

—No me está permitido, señor.

—¿Señor?

Palidecí. ¿Cómo había que llamarle a un cuervo como ese? Me acordé de los niños de Garriz, que después de la misa del domingo iban donde el párroco y le besaban la mano.

—Señor cura —me salió.

Sus ojos negros agujerearon los míos.

—Traed ese mensaje, para que vea la firma del conde.

Era como el reverso de nuestros ministros. Tenía un cuerpo grueso, las mejillas redondeadas y barba de varios días. Su media sonrisa era tan lasciva como la de un viejo lansquenete a sueldo.

—Tan solo el destinatario ha de ver el mensaje —insistí, falto de ánimo.

—Decid, pues, a este representante de la Iglesia, quién es esa persona tan principal.

—También carezco de autorización para eso. Y apostarí a que ni mi señor ni la persona que ha de recibir este mensaje se sentirán muy contentos cuando les informe de este incidente —levanté la voz.

Por primera vez noté dudar al cura. Saltaba a la vista que temía la ira del conde. Animado, volví a abrir la boca para añadir algo. Quién sabe qué es lo que quería decirle. Tal vez, que iba a Baiona, porque me esperaban en el palacio del obispo. No tuve ocasión. Un hombre que llevaba un tridente en la mano se acercó al cura y le susurró algo al oído. Era un campesino, como otros miles. Si lo hubiese visto en el borde de un camino, antes de dar tres pasos ya me habría olvidado de su cara. El cura mudó su expresión, pero no para volver a la anterior. Ahora, cuando recuerdo su rostro, diría que en él se mezclaba el odio y un miedo reverencial.

Señaló al campesino.

—Este hombre dice que os conoce.

Se me tensó el espinazo sobre la yegua.

—Pues, ese hombre se equivoca o miente —murmuré—. Es la primera vez que piso esta parte de Navarra.

De hecho, así era. Pero lo que decía no probaba nada. Él podía haber ido a Mixa, a qué sé yo, a los Estados de Navarra, o a la Cancillería, o con su ganado a la feria de Garriz. Salió por donde menos esperaba.

—Este hombre dice que os vio el año pasado en San Juan de Pie de Puerto,

cuando los soldados de la reina herética se apoderaron de la ciudad.

Un sudor frío me bajaba por la espalda. Estaba claro que yo no había estado en San Juan en la época que decía ese palurdo. Qué más hubiese querido un año antes que ser miembro de ese ejército. Sin embargo, ¿cómo le iba a explicar que en aquel momento me hallaba en Orthez, estudiando por cuenta de la Iglesia Reformada del Bearne?

—Este hombre está confundido, yo...

No se me ocurrió nada. Mi delator volvió a acercar sus labios a la oreja del cura. El clérigo abrió mucho los ojos, como si no creyera lo que oía:

—Este hombre dice que entonces llevabais ropajes mucho más ricos. Y que dabais órdenes. Y que parecíais uno de los mandos de esa tropa... —hizo una interrupción, como si le costara decir lo que iba a decir—. Y que condujisteis por la fuerza a los ciudadanos hasta la plaza de San Juan, y que...

—Estáis equivocados, yo no... —quise hacerle callar. Era horrible ver cómo se iban ensombreciendo los rostros de los que estaban ante mí.

No se calló.

—... y que, ante ellos, disparasteis con el arcabuz un tiro a la imagen de Nuestra Señora, la Santa Virgen María, y que...

Palidecí. Incluso siendo tan joven me daba perfecta cuenta del tamaño de la cólera que una proeza como aquella iba a despertar entre los papistas.

—... y que no sois un emisario, sino...

Acudieron lágrimas a mis ojos. Me había metido en la guarida del lobo como un cordero. Solo quedaba una manera de escapar al deshonor: sacar mi espada y morir con las armas en la mano.

Deslicé mi mano hacia la vaina que llevaba junto a la cintura. Se dieron cuenta:

—¡Prendedlo, muchachos!

Todos debían de estar esperando dicha orden, porque en un abrir y cerrar de ojos me rodearon blandiendo sus picas. Me hicieron bajar de la yegua a tirones. Mis nalgas comprobaron la dureza del suelo. Entre toda la algarabía oí la voz del cura:

—¡Lo quiero vivo!

No sé si estaban dispuestos a obedecer sus órdenes.

Aunque uno hubiese bastado, todos querían asirme. Me acometieron por todos lados, a cada cual más rudamente y con mayor violencia. Quise escapar revolcándome y revolviéndome. Fue peor. De todas partes me llovieron bofetadas, patadas y puñetazos. Sin tratar de defenderme, plegué mis brazos contra el vientre, a fin de proteger el tesoro que guardaba bajo la camisa. Me habrían reventado allí mismo si en aquel momento no se hubiese escuchado una voz de trueno:

—¡Deteneos, en nombre del señor de Agramont!

Al instante escampó el diluvio de golpes. Yacía en tierra y no veía nada de un ojo. Mi oído, en cambio, permanecía intacto. Oía perfectamente el sonido de los cascos de unos caballos batiendo contra el suelo.

MI FAMILIA llevaba mucho tiempo vinculada a la casa de Agramont. A la conclusión de la primera guerra contra los españoles, Miguel Mailu era jefe de una escuadra de ballesteros del barón Menaud de Agramont. Su intercesión fue decisiva para que después mi abuelo obtuviera la castellanía de Garriz. Cuando, tras la muerte de Menaud, su hijo Antonio dio continuidad al linaje, no se interrumpieron las relaciones entre ellos. Baste recordar cómo acudió mi abuelo al joven vástago cuando la Corte le dio la espalda tras haber dejado Antonio de Borbón, marido de la Reina, preñada a mi madre Catalina. Y no es cosa de olvidar que, si abandonamos la Iglesia de Roma, fue siguiendo los consejos de Antonio. Si he de ser justo, hoy, cuarenta años después, debo admitir que debo al solar de Bidache no ser un idólatra papista.

Abrazar la Reforma supuso a mi abuelo verse convertido en infanzón, y además de en infanzón, en miembro de los Estados de Navarra y en capitán de Garriz. En la misma época, la reina Juana nombró a Antonio Agramont teniente general del Reino y cabeza de sus ejércitos.

La recompensa de los que supieron adaptarse.

Así pues, a Miguel Mailu no le faltaban motivos para sentirse agradecido con los Agramont. Y, sin embargo, tanto Menaud como Antonio, así el padre como el hijo de la estirpe, le inspiraron siempre una cierta suspicacia acerca de las verdaderas intenciones de sus obras y sus decisiones. Igual que ahora, también entonces los señores nobles siempre han antepuesto su beneficio por delante del bien del Reino. Los Agramont, los más grandes de todos, no han sido una excepción.

La Casa de Albret siempre fue generosa con la de Agramont. Los querían más que a la niña de sus ojos y así se lo pagaron. Cuando Castilla se adueñó de la porción mayor del Reino, los de Bidache se alinearon con los leales. La gratitud del monarca convirtió en condes a los antiguos barones. Les hizo un sitio junto a él, como consejeros y favoritos. Sin embargo, los límites de los intereses de la Casa de Agramont y los del Reino no siempre coincidían. Sus amplias propiedades, además de en Navarra, se extendían también por las tierras de Francia, en Lapurdi y Gascuña. Antonio era asimismo alcalde de Baiona, título que mantenía con carácter hereditario. Todo ello los hacía súbditos y deudores de dos reyes.

—En las Sagradas Escrituras está escrito: «nadie puede servir a dos señores» —decía mi abuelo Miguel, hablando de la Casa de Agramont.

Antonio Agramont no escatimó ningún esfuerzo a la hora de expandir la buena nueva de la Reforma a los pueblos vascos. No obstante, luego se ha sabido que a la vez mantenía una continua correspondencia con la madre del rey de Francia. Me refiero a Catalina de Médicis, la peor serpiente de cuantas se han criado bajo las faldas del corrupto Obispo de Roma.

En el invierno de 1568, en el primer alzamiento de Luxa y los demás señores papistas de la Baja Navarra, Antonio acaudilló, junto con Enrique, el Príncipe de Viana, el ejército organizado para combatir a los rebeldes. Demasiado tarde, como se sabe, para Miguel Mailu: mi abuelo llevaba algunas semanas enterrado en los fosos de Garriz cuando apareció el ejército real por las tierras de Mixa. Tampoco entonces fue pareja la recompensa obtenida por la fidelidad de unos y otros. Para mi abuelo, un pedazo de tierra en las posesiones del Rey, para que tuviese en ella descanso eterno. Mientras, Agramont obtuvo a Diana de Andoins, el mejor partido del Bearne, para que se desposara con su hijo Filiberto de Guiche. Según algunas malas lenguas, ese había sido su único objetivo al destacarse contra los rebeldes de la Baja Navarra.

Las nupcias entre Diana y Filiberto despertaron admiración y envidia a lo largo de todo el Reino. Si había existido un lugar apartado del mundanal ruido, ese era la Academia de Orthez, y, a pesar de eso, los ecos de la celebración también llegaron hasta el antiguo convento de los dominicos. Qué ropajes llevaba la novia, cuántos bueyes debieron sacrificar para dar de comer a tanto invitado, cuántas casas notables tanto de Navarra como de Francia habían enviado a sus hijos a la boda... esas historias y otras muchas salpicaron durante semanas las conversaciones de alumnos y profesores. La Casa de Agramont jamás había ascendido tan alto en el reino de Navarra.

No puedo decir a ciencia cierta qué ocurrió después de que la Reina condescendiera a la boda. La gente como yo no suele conocer los secretos de la Corte. En Nabarrenx, durante los largos días de asedio, todos los temas imaginables podían convertirse en objeto de comentario. Incluida la Casa de Agramont. De ella oí muchas cosas y ninguna buena. Que la conversión de Antonio era pura fachada. Que había tenido tratos con el rey de Francia, y hasta con el de España. Que, con cierta frecuencia, caballos cargados con oro de las Indias atravesaban los puertos con dirección a Bidache... Quizá todo no fuese tal como lo escuché, pero no estarían demasiado lejos de la verdad. La reina Juana, antes de partir a La Rochelle con el príncipe Enrique —y con mi madre—, destituyó a Agramont y nombró a Arros teniente general del Reino, y lo puso al frente del ejército. Señal de que no confiaba en el de Bidache.

No todo eran sospechas. Cuando con el respaldo del monarca francés Luxa se volvió a apoderar de la Baja Navarra, Agramont no movió un dedo para hacer frente a su eterno enemigo. Tampoco cuando Terride apareció entre nosotros, se contó Agramont entre los nobles reformados que buscaron la protección de Nabarrenx. Permaneció sin significarse ni a favor de unos ni en contra de los otros. Se retiró a su castillo sin optar por ninguna facción, llevándose consigo a todos sus hijos y sus familias.

Resulta difícil saber hasta qué punto se sentía cómodo el señor de Agramont en su refugio de la frontera. Yo solo puedo contar lo que he visto con mis ojos y allí todo hacía pensar que estaban en guerra... ¡sin estar en ella! Las murallas del castillo, a

pesar de ser más pequeñas, estaban diseñadas a la manera de las de Nabarrenx. Provistas de las últimas innovaciones de los arquitectos militares, parecían capaces de hacer inútil el esfuerzo de cualquier artillería enemiga. Desde las almenas asomaban las bocas de culebrinas y cañones, como los innumerables ojos negros de un gigante. Los graneros estaban a rebosar, como para un asedio prolongado; y carros repletos de víveres atravesaban a diario los puentes sobre los fosos. Todo sería necesario para una guarnición bastante más numerosa de lo que correspondía a un castillo de las mismas dimensiones. Hecha salvedad de la zona reservada al conde y su familia, los soldados, armados hasta los dientes, llenaban todos los edificios de la fortaleza y vigilaban los alrededores del castillo, a pie y a caballo.

Algunos de esos eran los que tan oportunamente aparecieron en Akamarre. Ellos detuvieron la mano de los campesinos guiados por el párroco del pueblo. El cura había ordenado a sus hombres que me atraparan con vida. Sin embargo, no es seguro que estos fueran a cejar sin despedazarme. Un instante más habría sido demasiado tarde para mí. Había perdido casi el conocimiento a causa de los golpes y la vida no tardaría en escapárseme.

La discusión debió de ser dura, solo a medias la recuerdo. Mis captores no aclararon con quién me confundían. Seguramente, ni ellos mismos lo sabían con certeza. Me querían mantener con ellos, como presente para los franceses o los nobles sublevados. El jefe de los soldados no se avino a ello. El párroco, entonces, rebajó sus peticiones: mis armas y mi yegua, a cambio de dejarme en manos de los recién llegados. Tampoco ese trato fue del agrado de los hombres del señor de Agramont. Los aldeanos de Akamarre eran más, pero los soldados estaban mejor pertrechados en armas y mucho mejor adiestrados en el oficio de quitarle la vida al prójimo. Los cañones de sus pistolas zanjaron el asunto. Mis captores no tuvieron otro remedio que dejarme en manos de los soldados a cambio de nada.

Por una vez, el viento sopló a mi favor. Y todavía soplaría mejor. El jefe de la pequeña tropa era nada menos que José Hiriarte, que en una época estuvo a las órdenes de mi abuelo en Garriz. En el castillo le decíamos *Gorria*, «el Rojo», porque de ese color tenía el cabello. Congeniaba muy bien con Miguel Mailu. Se fue de nuestro lado con la esperanza de lograr un sueldo mayor, no por desavenencia alguna con el castellano. Tras tantos años fuera de Garriz, al principio no lo reconocí, y menos él a mí. Creía de verdad que yo era el emisario del señor de Luxa y que los vecinos de Akamarre habían cometido una equivocación.

—¡Menudos zoquetes! —repetía.

Todavía no me había recuperado. No lo desmentí casi hasta tener a la vista el castillo de Agramont. Al escuchar quién era y qué me llevaba allí, a un tiempo se hicieron presentes en su rostro la sorpresa y la preocupación. La sorpresa se la proporcionaría el hecho de haberse encontrado, después de tantos años, con el nieto, ya mozo, de su antiguo jefe. La preocupación, saber de dónde venía.

—Es admirable —exclamó una vez más el conde de Agramont—. ¡Increíble! No

me extraña que esa chusma se haya confundido.

Se refería a mi parecido con alguien. Y del error de aquella tropa de harapientos de Akamarre. No era nuevo para mí. Pero ¿con quién me confundían? Hasta entonces era algo que había estado lejos de mis preocupaciones. También en aquel momento eran otros los asuntos que movían mi ánimo. Porque no me sentía cómodo. En aquella amplia estancia no había nadie más que Antonio Agramont y yo. Era de agradecer el esfuerzo del conde por hablar en mi lengua. No obstante, su marcado acento gascón delataba a las claras cuál era el idioma que imperaba en aquel lugar. La sala mayor del castillo, por otra parte, era tres veces la de Garriz, y eso me hacía sentir pequeño, muy pequeño. En lugar de las paredes vacías que habían estado bajo la guarda de mi abuelo, los muros que tenía en torno a mí estaban adornados por inmensos tapices de ricos colores. Las imágenes más llamativas correspondían a una cacería. El cazador principal apuntaba con su ballesta a un ciervo rodeado de perros. Su rostro era el mismo que el del hombre que tenía frente a mí.

—¿Te ha visto nuestro médico?

Me había visto, sí, y también me había causado gran impresión. Era la primera vez que estaba delante de un judío.

Miguel Mailu me había explicado que el rey Juan y la reina Catalina habían expulsado a los judíos de Navarra, «porque le roban el dinero al pobre y se beben la sangre de los niños». La reina de Castilla había hecho lo mismo algunos años antes.

Al que me tocó conocer en el castillo le llamaban don Jakob y no tenía pinta de chuparle a nadie la sangre. Llevaba un bonete redondeado sobre la cabeza, mientras que cubría su rostro una barba larga y cana igual al cabello que en curiosos bucles le caía sobre la espalda. Era de Baiona, según me explicó sin que nadie se lo preguntara. Hablaba el vascuence de una manera peculiar, intercalando palabras extrañas. Algunos años después, cuando crucé los puertos a petición de Enrique III, reconocería los vocablos y expresiones de don Jacob en boca de los vascos súbditos de Castilla. Por otra parte, sus remedios no tenían nada que ver con los que acostumbraban a preparar Estefanía o su hija Ramona. En cuanto me puso la vista encima, no tuvo otra ocurrencia que hacer que me lavasen de arriba abajo, usando para ello agua calentada al fuego y blandas pieles. No había sufrido tanto ni siquiera cuando los campesinos de Akamarre me atizaban en corro. Después de eso, me aplicó aceite de nuez tibio en las heridas. En aquel momento, ante el conde de Agramont, estaba afectado por una especie de agradable debilidad.

—¿Te han tratado bien nuestros cocineros? —Fue la segunda pregunta que me lanzó el señor del castillo, tan amablemente como hacía un instante.

De nuevo respondí afirmativamente. En las cocinas de Bidache me había llevado a la boca alimentos que, en la hambruna de Nabarrenx, hacía mucho tiempo que habían desaparecido hasta de la mesa de Arros y de sus capitanes: faisanes, salmón, carne de pato... Ahíto antes de lo que hubiese deseado, no fui capaz de acabar con todo lo que me habían traído a la mesa. Ese era mi único pesar.

—El nieto de Miguel Mailu siempre será bienvenido en esta casa.

Abrí la boca, para decir alguna palabra de agradecimiento, pero de ella no salió ningún sonido. Estaba abrumado. Abrumado por aquel lugar. Abrumado por el tono de mi interlocutor. Abrumado por sus vestimentas. El conde vestía a la moda de la Corte francesa, aunque para darme cuenta de ello todavía habían de pasar algunos años: fina barba afilada, calzas largas y casaca de seda, roja y amarilla con el escudo de la Casa de Agramont bordado en las mangas. A mí, con mis ropas desgarradas por los cuatro costados, me pareció el hombre más elegante del mundo, y yo, en cambio, el más haraposo y el mayor fante sobre la faz de la tierra.

—Mi padre siempre tuvo buenas palabras para tu abuelo. ¿Cómo solía decirle? —Hizo gesto de estar fatigando las cuevas de la memoria—. «Bravo pamplonés». Eso es —repitió—: «bravo pamplonés».

Una bocanada de orgullo calmó mi inquietud. Miguel Mailu solía poner en boca de Enrique II esas mismas palabras.

—Según veo, tú eres de la misma condición, ya que trabajas en pro del Reino a pesar de tu juventud. Aunque, por otra parte, no es de extrañar teniendo en cuenta qué clase de sangre corre por tus venas.

Me ruboricé, todavía más envanecido.

El conde estiró un brazo hacia mí, como si todo lo anterior no hubiese sido más que un mero preámbulo.

—Creo que tienes algo para mí.

Conduje apresuradamente mi mano bajo mi camisa rasgada. Ni cuando don Jakob mandó que me desnudaran permití desprenderme de ella. Solté la cuerda de la bolsa de piel y la deposité en sus manos. No pesaría ni media libra, pero yo me sentí mucho más ligero. Los dedos del conde de Agramont extrajeron de su interior un papel y otra bolsa más pequeña. Les dedicó una rápida mirada y de nuevo levantó su vista hacia mí.

—Dile de mi parte al sirviente que te ha traído aquí que te proporcione una camisa nueva.

Pasé dos semanas en Bidache. El primer día mismo hubiese vuelto de buen grado a Nabarrenx. Agramont me lo prohibió. Con llevarle el mensaje de Arros no había cumplido al parecer más que «la mitad de mi empresa». Faltaba la otra mitad, y para ello debía permanecer allí. No entendía gran cosa y, sin embargo, me importaba bien poco. Estar supeditado a órdenes ajenas obliga al subordinado a amoldarse a situaciones no del todo claras. Un criado de cualquier casa rica lo sabe, y también el soldado más lerdo. Al fin y al cabo, la milicia no es otra cosa que una clase de servidumbre.

Por otro lado, aunque el conde me hubiese dado permiso para marchar, difícilmente podría ponerme en camino. La zurra de los aldeanos de Akamarre me

había dejado el cuerpo debilitado y dolorido, hasta tal punto que estuve dos días sin poderme levantar de la cama, sujeto a las sorprendentes curas de don Jakob. Precisamente en ella yacía cuando recibí una de las sorpresas agradables de Bidache.

—¿Llega un emisario de Nabarrenx y no me decís nada?

Alguien estaba discutiendo con los sirvientes del castillo. Era una voz suave a pesar del enfado. Un momento después, estaba al lado de mi cama. Un hombre vestido de negro, con el pelo muy corto y la barba perfectamente rasurada. Seguía tan espigado como hacía dos años, y no le había menguado su gran nariz ganchuda. Sus afables ojos claros transmitían la misma sabiduría que antaño.

—¿Qué haces, Joanes? —me saludó Leizarraga, mi tocayo.

Me emocionó que me reconociera. Con nosotros apenas se detenía el tiempo para hacer una pausa, una vez al mes. Era la época en que se reunía en Garriz con Etxeberri y con los demás ministros vascos para verter a nuestra lengua la doctrina de la Reforma. Apenas habían transcurrido dos años, pero a mí todo aquello se me antojaba una cosa lejana, muy lejana.

A la hora de recuperarme, tan efectiva como los cuidados de don Jakob me resultó la aparición del pastor de Beskoitze. Le habían dispuesto un aposento en la torre vieja del castillo, junto al polvorín. Por la tarde, le acompañé hasta allá. Era un pequeño habitáculo, con un solo ventanuco. Además de lóbrego, tenía las paredes desnudas, pero no escaseaba de muebles. Contaba con una cama, una silla y una mesa; y sobre la mesa, un tintero, velas y una pila de manuscritos. Entre esas hojas reconocí las que utilizábamos en las clases con Etxeberri, pero otras no las había visto en mi vida. *Jesus Christen Evangelio Saindua S. Matheuen araura*, Santo Evangelio de Jesucristo según S. Mateo, leí en una de ellas.

—Quizá algún día terminen convirtiéndose en un libro —me dijo, apesadumbrado—. Esta desdichada guerra lo está retrasando todo.

Leizagarra no estaba por su voluntad en Bidache.

Los papistas de Arberoa anduvieron más comedidos que los de las tierras de Mixa, Ciza, Ostabarret y Baigorri. El día en que Luxa y otros señores nobles apresaron a los ministros Etxeberri y Tardets, en su rincón de Labastida Leizarraga compartía con el párroco la iglesia del lugar. Labastida debía de ser el único sitio, en toda la Baja Navarra, donde se obedecían las ordenanzas de Juana de Albret. Sin embargo, el paraíso no está hecho para este mundo. Aquel 1569, el fuego de la rebelión también se extendió a la tierra de Arberoa. Viendo peligrar su vida, el ministro huyó del pueblo, junto con algunos correligionarios. El señor de Agramont abrió las puertas de su castillo a los huidos. Nada de qué sorprenderse, ya que el conde había sido el primer impulsor de los trabajos de Leizarraga. No solo le ofreció al ministro su protección, sino cualquier cosa que necesitase, para que la redacción de sus escritos no se viera interrumpida.

—Recién había llegado, incluso me propuso que fuera a Baiona —me explicó el viejo pastor.

—¿A Baiona?

—Es una ciudad del monarca francés, pero de la que Agramont es alcalde a perpetuidad. Me prometió que nadie me molestaría. Será verdad, porque, que yo sepa, en estos tiempos difíciles de persecución a nuestros compañeros en la fe allí no les han tocado ni un pelo. Con todo, preferí no salir de Navarra.

Leizarraga dirigía diariamente la oración, en el tiempo que le dejaban sus labores de escritor. Lo hacía en su minúscula habitación, cediendo así a las condiciones del conde. En los días que pasé en Bidache, llegué a contar a catorce personas allí, el día en que más gente se juntó. A Agramont no lo vi más que una vez entre nosotros. El ministro, a su vez, estaba autorizado a officiar la celebración de la Cena los domingos en la capilla del castillo. En ese mismo lugar, decía a diario misa un fraile de hábito ceniciento. Agramont solía acudir a ellas con frecuencia, junto con la mayor parte de su prole. También en lo que se refiere a los asuntos divinos, el señor de Bidache servía a dos amos. Sobre todo al que no era el mío.

Ese comportamiento me producía escándalo, y no lo ocultaba, a cuenta de lo cual solían reírse a gusto los soldados del castillo. Una vez que me repuse, me trasladaron con los hombres de la guarnición. Dormía y compartía la mesa con ellos. La mayoría procedía de los pueblos de ambas orillas del Adur, bajonavarros y vascos de la cercana Lapurdi, así como numerosos gascones. Aparte de alguno de Labastida, los pocos reformados eran de estos últimos. A pesar de ello la religión no provocaba disputas entre ellos. A diferencia de los que combatían en Nabarrenx, allí a unos y a otros les importaba poco la Fe, y mucho menos el Reino.

—¿El Rey? ¿Dios? Tengo aquellos que tengan los que paguen nuestras soldadas —contestó a mi pregunta un arcabucero de Ahurti.

Allá los soldados se entretenían con los dados y otros juegos, no paraban de jurar y no se avergonzaban de contar historias de mujeres delante de todo el mundo.

—Tú, muchacho, ¿ya has probado la carne, o todavía no te has estrenado?

En Nabarrenx el autor de una pregunta semejante recibiría como premio los azotes de Domingo.

Les caí simpático. El más joven de ellos tenía como mínimo dos o tres años más que yo, pero estaba acostumbrado a que fuese así. No me trataron con la arrogancia habitual del soldado. Ninguno se me acercó, al calor de mis nalgas, a cobrarme el peaje del novato. Entonces no me pareció nada anormal. Hoy, veo claro que me protegía la alargada sombra de José Hiriarte, *Gorria*, si es que no era la del propio Agramont. Aparte de eso, era posible que me tuviesen cierta admiración, como la que provoqué recién llegado a Nabarrenx, escapado de Orthez. La guerra es la pasión del guerrero y saber que venía de la ciudadela sitiada debió de despertar su curiosidad. El primer día se me arremolinaron alrededor queriendo saber noticias de allá. Los dejé satisfechos, mezclando sin rubor embustes y verdades, exagerando o callando según conviniera. De dar crédito a mis razones, cualquiera que me escuchara sacaría la conclusión de que Nabarrenx se estaba convirtiendo en una tumba de papistas y que

para ello la mano de un tal Joanes Mailu estaba resultando decisiva. A la mayoría les parecería un mocoso lenguaraz, pero más de uno se vería reflejado en mi joven espejo.

—Si hombre tan curtido en armas eres, no te negarás a cruzar tu espada con la mía.

¡Un *hombre*, yo! Se trataba de un gascón de Hastings, que se burlaba de mí. Me habló en mi lengua, que dominaba tan bien como yo. Tenía más de veinticinco años y le faltaba media oreja. Era fama que, antes de tomar partido por el sueldo de Agramont, había guerreado contra los ingleses en Normandía al servicio del rey de Francia. De ahí que le colgaran el apodo de *el Normando*. Manejaba bien la lengua. Al parecer, su hermano menor se encontraba a las puertas de Nabarrenx, en el ejército de Terride. Querría combatir el aburrimiento del castillo, probando si yo era tan diestro como daba a entender.

A petición del resto de soldados, dejamos las espadas de hierro en sus vainas y tomamos unas de madera, de las que usaban para los entrenamientos. El duelo tuvo lugar en el patio de armas, con la presencia de soldados y sirvientes. Acabé con un brazo amoratado por un espadazo. Sin embargo, sudó lo suyo hasta que ocurrió eso.

—Mi hermano las pasará bien crudas si todos son como tú en Nabarrenx —me dio una palmada en la espalda.

Al día siguiente, en el patio del castillo me ejercitaba con ellos en la espada, la pica y la pistola. *El Normando* era un buen maestro.

Al quinto día, cerca del mediodía, Agramont me convocó a su mesa. Desde mi primera jornada allí, no había vuelto a pisar los aposentos del conde y su familia. Aquella zona ocupaba casi la mitad del castillo, y estaba acondicionada como un palacio. Conocería otros iguales a este, algunos años más tarde, a las orillas del Loira y en las inmediaciones de París. Ni en Garriz o Mauleón, ni en Orthez o Nabarrenx había visto jamás algo con el más mínimo parecido a aquellas enormes galerías, a aquel bello jardín repleto, aquel mes de julio, de flores y árboles frondosos, a aquellas columnas redondeadas y coronadas con adornos florales, a aquellos amplios ventanales que parecían llamar al sol... El propio rey Carlos IX de Francia y su madre se habían hospedado en ese lugar.

—Estilo italiano —me aclaró, con orgullo, el sirviente que me conducía. Supongo que ofrecería parecidas explicaciones a todos los invitados que aparecían por ahí—. El padre del conde lo mandó construir hace un montón de años, después de que los españoles destruyeran el castillo viejo.

Había de diez a doce personas en el comedor, sentadas a una mesa rebosante. Yo esperaba menos gente. Exceptuando al fraile que solía ver a diario entrar en la capilla, el resto portaba las vestimentas de los grandes nobles. A mi entrada la mayoría de ellos irrumpió en un murmullo de asombro.

—Queridos míos, aquí tenéis al joven que os he prometido para que nos amenice la comida —dijo Agramont, puesto en pie, en lengua gascona—. Ya sé que, al verlo, os ha venido a la cabeza algún otro nombre. Y es verdad que se le parece, aunque sea más joven. Pero que eso no nos ciegue. El muchacho se llama Joanes Mailu. Es infanzón, y nieto del que fuera Miguel Mailu, entregado servidor de la Casa de Agramont. Ha venido a nosotros desde Nabarrenx, como emisario de la reina de Navarra —el fraile profirió un sonoro suspiro de desaprobación—. A pesar de su juventud, es al parecer un valiente guerrero.

Incluso a mis trece años era capaz de captar el aire de mofa con que el conde había pronunciado esas últimas palabras. Aquello, la sombra de misterio de sus primeras palabras y las tímidas risas que se escaparon a la mayoría de los comensales, consiguieron confundirme. Agramont continuó en el mismo tono.

—Aunque parece mentira, ha vivido numerosas aventuras en su corta vida. Espero que os resulten interesantes.

Con un gesto, me invitó a hablar. Sin embargo, ni una sola palabra acudió a mis labios. No puedo estimar el tiempo que estuve sin abrir la boca. Demasiado largo, en cualquier caso, para mi auditorio. Uno de los comensales rompió el silencio de mi parte.

—Habla en vascuence —dijo él también en esa lengua—. Tal vez te apañes mejor.

Se trataba de un caballero joven, con la barba corta. Tendría entorno a diecisiete o dieciocho años. Por sus rasgos, debía de ser el hijo de Agramont. Se dirigió a mí con la altanería de un señor al campesino a su servicio.

—Por mi mujer pierde cuidado —añadió—. Yo mismo le traduciré al gascón lo que digas.

Giró su cabeza hacia la izquierda. Mis ojos siguieron la misma trayectoria.

Sería un año mayor que yo, dos, a lo sumo. Su piel era del blanco de la flora de la harina; sus ojos, del azul de un cielo claro, y sus cabellos, negros como la tierra fermentada. Ella me miraba con la mirada fija y altiva de un milano, y, a diferencia del resto, me saludó con una leve inclinación de su cabeza. Todavía no sabía que era Diana de Andoins, esposa de Filiberto, el segundo hijo de Agramont. La mujer más conocida del Reino después de la reina Juana.

—No hará falta —le contesté al altivo y joven señor.

Si hubiesen estado allí los montañeses a los que burlé al término de mi huida de Orthez, no habrían salido de su asombro al escuchar todo cuanto salió de mi boca. Aquel día, en Bidache, hablé en mi mejor gascón. Deseaba hacerlo sobre el presente, pero comencé por el pasado. Etxeberri así lo habría querido. Inicié mi relato en los fosos de Garriz y lo acabé en las murallas de Nabarrenx. En más de una ocasión, se me calentaría la boca y contaría alguna cosa que mejor hubiera hecho en callar, pero yo no deseaba otra cosa que atraer la atención de aquella dama. Hablé largo y tendido, probablemente más de lo que conviene a la prudencia, la humildad y la

discreción.

El conde acabó por interrumpir mi relato. La cara de Antonio de Agramont reflejaba aburrimiento.

—Estamos aprendiendo muchas cosas curiosas gracias a ti. No obstante, supongo que tendrás quehaceres fuera de aquí.

En aquel momento les estaba refiriendo cómo salí de la ciudadela unos días antes. Confuso y un tanto avergonzado, miré a la mesa antes repleta. Las jarras de vino se hallaban vacías y vacías también las cazuelas de comida.

—Padre, que venga otro día a terminar su historia.

Era el joven caballero que había hablado antes. La mujer de su vera se había marchado.

—Ya veremos, hijo.

Recorrí cabizbajo los pasillos del palacio. En el jardín, percibí como sucio el verde vivo de los árboles; insultante, el bullicioso piar de las aves.

Sentí ruido de pasos a mi espalda. No volví la cabeza.

—Joanes.

Permanecí donde estaba, como si me hubiese trabado en un cepo. Aquella voz gorgoriteaba como el canto de un arroyo. Aun antes de volverme sabía que provenía de la joven dama de la sala. Se estaba acercando a mí, y conforme se me acercaba se iba volviendo más bella. Una leve sonrisa suavizaba la mirada orgullosa de antes. Yo quería decir algo. Cualquier cosa. Preguntarle al menos su nombre. Ella se me adelantó. Extendió su mano sin vergüenza alguna. Me tocó la cara.

—Mi suegro estaba en lo cierto. Tenéis un parecido asombroso.

Estaba tan maravillado que no me acudían las palabras, mucho menos la respuesta lógica a lo que acababa de oír: «pero ¿parecido a quién?». Ella preguntó por mí:

—¿Cuántos días os quedaréis con nosotros?

No dependía de mí. La bolsa que me dio Arros todavía debía terminar su viaje. Mientras tanto, yo no tenía otro quehacer que esperar, quién sabe hasta cuándo. «Tantos días como lo requiera el Reino y la Fe», podía contestarle, con la cabeza bien alta. Pero no le contesté. Sobre su pecho colgaba una cruz y eso delataba su sumisión a la Iglesia de Roma. Igualmente, ella debía de saber que yo era hugonote. No parece que le importara. Yo todavía no tenía claro si me importaba o no que ella fuese católica.

—¿Sabéis leer?

Hasta aquel momento no me había percatado de que portaba un gran libro. En su oscura cubierta de piel aparecía la figura de un caballero con su armadura, y sobre él unas letras: *Amadis de Gaule*. Le respondí que sí sacudiendo la cabeza de arriba abajo, es decir, que sí que sabía. Una pequeña sonrisa se desplegó sobre toda la extensión de su maravilloso rostro.

—Deberéis devolvérmelo antes de que os marchéis de Bidache —dejó el libro en mis manos.

No era la primera vez que sujetaba un libro. El ministro Etxeberri había llegado a poner algunos en nuestras manos, para que leyéramos de ellos. En Orthez circulaban de mano en mano, entre los alumnos, los libros que los profesores traían a las clases. La mayoría hablaban de Dios. Otros, especialmente los escritos en latín, de los pensamientos y las obras de hombres que habían vivido y habían muerto hacía muchísimo tiempo. La mayoría me aburrían soberanamente. Por otra parte, ni Etxeberri ni los profesores de la Academia nos dejaban durante mucho rato con ellos, temiendo que en nuestras torpes manos terminasen convertidos en polvo. Ahora era diferente. Por un lado, porque Diana de Andoins me daba a entender que podía quedarme con el libro mientras durase mi estancia en Bidache. Por otro lado, porque, a pesar de ser tan grueso como la Biblia francesa de Orthez, y estar escrito en la misma lengua, aquel libro no tenía nada que ver con cualquier cosa que hubiese leído nunca antes.

La mayor dificultad la encontré en la primera página. En ella se explicaba que un tal Nicolás de Herberay había traducido el libro al francés de la lengua de Castilla. En aquel punto estuve tentado de abandonarlo. No quería nada que hubiese salido de un español. Pero el recuerdo de la sonrisa de Diana me ayudó a volver la hoja. No me arrepentiría.

Las primeras páginas las leí a trancas y barrancas. No estaba tan familiarizado con el francés como creía; muchas palabras y expresiones se me hacían indescifrables, y en otras me trababa como con las piedras puntiagudas al subir una cuesta. Conforme avanzaba con el libro, se me fue allanando el terreno y las palabras que ignoraba terminaron volviéndose invisibles. Comencé a aparecer cada vez más esporádicamente por el patio y, en consecuencia, a pasar menos tiempo con los soldados. Acabé empleando en la lectura todas las horas de sol del día. Incluso después de oscurecido, solía buscar alguna antorcha o candela que me prestara su débil luz, aun a riesgo de quemarme los ojos. Los hombres de armas del castillo me lanzaban pullas. Uno de ellos discurrió un sobrenombre para mí: *el Poeta*. Así me decían en cuanto me veían con el libro bajo el brazo:

—Mira a ese, espadachín y poeta a la vez. Nuestro pequeño gentilhombre ya está listo para la Corte de París.

De haber tenido dos o tres años más, me habría batido en duelo con más de uno. Como no los tenía, me contentaba con pensar que aquellos ceporros incultos jamás gozarían con las aventuras de Amadís. No, ellos nunca sabrían en qué consiste en verdad un caballero, y mucho menos qué supone salvar del peligro a una dama, a una princesa, y llevar su amor clavado en el corazón por todo el ancho mundo.

A veces, demasiado cansado para continuar leyendo, dejaba a un lado el libro. Entonces, comenzaba a soñar, a soñar despierto, y en aquellos sueños yo era Amadís. No todo era pura imaginación. Yo también, igual que Amadís, era un bastardo. Mi padre no fue Perión, rey de Gales; ni mi madre, Elisena, princesa de Bretaña. Sin

embargo, era cosa segura, porque así se lo había oído a mi abuelo, que en mis venas corría sangre real. Aquello dio pábulo a que imaginara que en mi nacimiento concurrieron amores, ardientes pero imposibles entre un gran noble joven y mi madre Catalina. De dónde era el tal noble, era algo que no llegué a concretar demasiado. ¿De España? ¡Antes morir! ¿De Francia? No era ese mi deseo, pero si no había otra cosa... ¿De Navarra? Así lo esperaba. De ahí a transfigurar a todos los que conocía había un pequeño paso. Hice de Miguel Mailu un trasunto del caballero de Gandales, que fue el que tomó a Amadís como hijo. El conde de Agramont, por su parte, era el equivalente al rey Languines de Escocia, que trajo a Amadís a su Corte. Y Diana...

—¿Amadís ha conocido a Oriana?

La esposa de Filiberto de Guiche me sorprendió en los adarves de las almenas traseras. Yo me había encaminado allá a reunirme con mi libro, lejos de las miradas de los criados y criadas del castillo y de las burlas de los soldados, cuando apareció ella. Los ojos azules de la dama resplandecían bajo el sol de la media mañana. Le adornaba el pecho la misma cruz del otro día.

—¿Amadís ha conocido ya a Oriana? —repitió la pregunta desde más cerca.

Oriana. Esa era Diana de Andoins. Oriana. La sobrina del rey de Dinamarca. La amada de Amadís.

—En la última página que he leído el caballero estaba en el palacio de Apolidón —respondí, con las mejillas sonrojadas—. Acaba de conquistar la ínsula que llaman Firme, para ser merecedor de su dama.

—Ese es el deber de un caballero, realizar proezas, incluso las más temerarias, por el amor de su amada.

Lo corroboré sacudiendo la cabeza. También yo estaba dispuesto a medirme en las más severas penalidades, a cambio de una dulce mirada de mi dama. También yo podía ser Amadís.

Diana contemplaba la hoja sobre la que descansaban mis dedos.

—Así que Amadís todavía no se ha encontrado con la encantadora Briolania... —su risita era juguetona.

Me sentí ofendido.

—¡Si le ha jurado amor eterno a Oriana...!

Me miró con lástima, como mira el que sabe al ignorante. Comenzó a alejarse.

—No temáis, Amadís no traicionará a Oriana —me gritó desde el pie de la muralla.

Diana empezó a reunirse conmigo todos los días. No la buscaba yo. Olfateaba mi rastro hasta dar conmigo, en las almenas, de estar yo en las almenas; en el foso, de estar yo en el foso. Eran los últimos días de julio y el buen tiempo nos acompañaba. Me preguntaba a qué pasaje del libro había llegado. Dejaba caer algo sobre lo que me encontraría en las páginas siguientes, disfrutaba un poco de mi sorpresa y acababa sentándose a mi lado.

Diana no era Ramona. No había cebolla cocida en su aliento, ni musgo húmedo

en su piel. Diana rezumaba cerezas y uvas, ortiga y hierba recién cortada. Más de una vez tuve que refrenar mi deseo de tocar su blanquísima piel. Si ella se percataba de mi ansia, no lo daba a entender. Tomando como punto de partida las aventuras del libro, acababa trayendo lo divino y lo humano a la conversación.

Por la noche, quería dormirme pensando en Diana. Pero Ramona ocupaba siempre su lugar. Ramona, musgo y cebolla. Ramona, de piel oscura, de tiernos muslos.

—Todavía os queda mucho para leer —comenzó a decirme como de costumbre la esposa de Filiberto de Giche.

Amadís estaba dividido en cuatro capítulos y justamente había devorado tres cuartas partes del primero. Amadís estaba ahora luchando contra unos gigantes que le había enviado el rey de Irlanda, y yo, luchando con Amadís, hacía mías sus páginas con la mayor celeridad posible.

—No tendréis tiempo de terminarlo antes de que os vayáis.

Se me encogió el corazón. Llevaba doce días en Bidache. Y me parecía que había sido bastante tiempo más. En mi espíritu, los días de Nabarrenx estaban tan lejos como los de Orthez o Garriz. No me habría sorprendido en absoluto si me hubiesen dicho que hacía un año desde que faltaba de allí. Había olvidado incluso que debía volver.

—Si me quedo por un mes tendré tiempo suficiente.

Mi dama sabía más que yo sobre mi porvenir.

—No os quedaréis un mes.

Mi pesadumbre se vio suavizada al ver que su cara reflejaba un sentimiento idéntico.

—Al día siguiente de vuestra llegada partió un emisario desde el castillo —añadió.

Algo había oído a los hombres de la guarnición. Pensé que podía tener alguna relación con la bolsa que traje, pero me despreocupé totalmente conforme fui haciéndome a Bidache. Los últimos días, no había tenido otro pensamiento que el libro y su propietaria.

—¿Sabéis adónde se dirigió?, —bajó la voz.

Negué con la cabeza. Todavía no había decidido si aquel asunto me importaba o no. Simplemente, me complacía poder seguir oyendo la voz de Diana.

—El otro día se lo oí a mi suegro. Cuando él y su hijo quieren decirse algo sin que yo me entere, hablan en vuestra lengua.

La miré sorprendido:

—¿Y vos les entendéis?

—Pronto hará dos años que estoy aquí, desde que me casé con Filiberto. Aquí la mitad de los criados, de las criadas y de los soldados hablan entre ellos en vascuence,

y a mí me gusta saber lo que dicen. Tenéis una lengua bárbara, que confundiría al mismo Satanás. Pero no imposible de aprender.

Me ruboricé, no sé por qué. Diana volvió a la conversación anterior.

—El emisario se dirigió a caballo a Port-Albret, con intención de tomar allí un barco hasta La Rochelle.

No tenía noticia de Port-Albret. No acertaría a saber dónde se encontraba, si cerca o lejos. La Rochelle, sí. Lo sabía todo sobre La Rochelle. Mi madre debía de estar allá. Y mis hermanastros. Y Enekot Ezponda. Y la reina Juana. Y su hijo Enrique, Príncipe de Viana.

Me odiaba a mí mismo. ¿Por qué era yo Joanes Mailu, un gentilhomme insignificante, y no Amadís, caballero entre caballeros? Si fuese Amadís, lograría enamorar a la dama que acudía a sentarse a mi lado. Si fuese Amadís... Mas ¿quién era yo?

Recordé la pregunta que no le hice el día en que la conocí.

—El conde, vuestro suegro, dijo el otro día que viéndome os vendría otro nombre a la cabeza. ¿A quién se refería?

Sus ojos azules se detuvieron en los míos. Nunca había visto yo el mar. Debía de ser algo así.

—Saberlo no os hará ningún bien.

Leizarraga estaba en su minúsculo aposento, inclinado sobre su mesa repleta de escritos. Era temprano. Hasta el anochecer no debía dirigir la oración. No esperaba mi aparición y mucho menos mi ruego enfebrecido:

—Pluma, tinta, papel. Os lo ruego, hacedme el favor.

No le estaba pidiendo cualquier cosa. El fabricante de papel más cercano se hallaba en Burdeos. La mayor parte la traían a escondidas desde España, a través del territorio de Guipúzcoa. A cambio de un escudo, una libra de papel.

—Por la tarde os lo devolveré todo, lo prometo.

Leizarraga no me preguntó para qué era. Tomó de encima de la mesa cuanto necesitaba y lo depositó en mis manos.

Yo me dirigí hacia mi solitario refugio de la parte trasera de las murallas.

Desde mi experiencia en Mauleón con Sauguis, no me había tentado la llama de la poesía. Ni se me había pasado por la cabeza durante el año que estuve en Orthez. Entremedio estaban los versos de escarnio de Nabarrenx, pero no eran lo mismo. Aquel día comprendí que era más fácil hacer burla de alguien que alabanza. Tuve que afilar la pluma varias veces antes de dar por bueno el resultado. Consumí absolutamente todos los papeles que me había dado Leizarraga. Estaba sin comer, pero contento. Leí en voz alta:

*Oriane begi urdina,
irriño ahanztezina,*

egin nahi dizut zina:
niretzat zara egina...^[11]

Y otros veinte versos, del mismo cariz. Firmaba Amadís. Muy novedoso. En la Corte de Francia se hubieran desternillado de risa de haber sido allá leídos. En cambio, yo veía resumidos todos mis sentimientos en aquella hoja salpicada de gotas de tinta. Busqué una criada cerca de la puerta del palacio. Le puse unas monedas en la mano, a cambio de hacerle llegar mi obra a Diana.

Aproveché la hora de la oración para devolverle a Leizarraga el tintero y la pluma. Escuché con un fervor más apagado que de costumbre las palabras del ministro. Que Dios me perdone, pero pensamientos más dulces que la victoria de la Reforma recorrían mi cabeza.

En el momento de la cena, me encontraba en las cocinas, con los otros soldados. Estaba dando buena cuenta del puchero, cubriendo así el hueco que el mediodía había dejado en mi estómago. A mi alrededor los hombres hablaban animadamente, pero yo no les prestaba excesiva atención. De repente, todos callaron. Filiberto de Guiche, el hijo segundo de Agramont, había entrado en las cocinas. Sin desviar el paso se dirigió hacia mí, tan erguido y altivo como la otra vez. Su expresión era sombría.

—Dicen que eres hábil en el combate, Joanes Mailu.

En mi nombre le contestó *el Normando*, aquel gascón que había cruzado su espada con la mía.

—Terriblemente hábil, señor, mucho más de lo que por edad le correspondería.

Filiberto no se dignó a mirarle. Sus ojos estaban clavados en mí, como con un metal afilado.

—Entonces te atreverás a medirte conmigo mañana.

Abajo, en el patio del castillo, me encontré frente a frente con José Hiriarte, *Gorria*. Una mirada como la que me dedicó suele obsequiársele a quien le ronda la muerte. Acababa de cantar el gallo y por el este se distinguían los primeros rayos del sol. En las cocinas los cocineros atizaban el fuego recién encendido. Yo había limpiado ya mi espada, siguiendo los consejos de *el Normando*. Desde que me había despertado, el soldado estaba a mi lado.

—Bastaba con el arma de madera. No debías haber aceptado.

Tenía razón. No debía haber aceptado; y, en caso de aceptar, con la espada de madera, como el día anterior había hecho con el propio *Normando*.

—Estás a tiempo de montarte en tu caballo y huir a toda mecha de aquí. A tu edad, nadie lo considerará una deshonra.

Me encogí de hombros. Estaba asustado, pero ni se me había pasado por la cabeza la posibilidad de escapar.

Salí por la puerta del castillo con *Gorria*, *el Normando* y algunos otros soldados. Habíamos concertado la cita en el punto más lejano y lóbrego de los fosos. Ese lugar

ni siquiera al mediodía recibía la visita del sol. El frescor de la mañana me hizo temblar. No llevaba más ropa encima que la camisa y el calzón.

El sol se encontraba más alto cuando Filiberto apareció. Venía con él Antonio, su hermano mayor, tocayo de su padre, y otro caballero que el otro día se encontraba presente en el comedor del palacio, sin duda un familiar de Diana. Entre ellos hablaban en bearnés.

—Un hermoso día para morir —nos saludó Filiberto, con arrogancia.

Llevaba sobre la cabeza un casco de acero con penacho, y sobre su cuerpo una reluciente cota de malla. Aquella no era forma de presentarse a un duelo, pero nadie dijo nada en contra. Para que estuviese a la par, *Gorria* me hizo ponerme su abollado casco. Estaba ridículo, era tan grande como para cubrir dos cabezas como la mía. *El Normando*, por su parte, corrió a buscar su cota. Hecha de piel curtida, sin anillas de hierro, sobre mi cuerpo cobraba unas dimensiones tan desproporcionadas como el casco en la cabeza. Al menos era mejor que nada.

Los hombres formaron un círculo, y nos dejaron en medio a Filiberto y a mí, uno enfrente del otro. Incluso los pájaros matutinos que los otros días alegraban nuestros ejercicios guardaban ahora silencio.

El segundo de Agramont, sosteniéndola con una única mano, hendió el aire con su espada. Parecía más ligera que la mía.

—Acaban de traerla de Milán. Todavía no la he mojado en sangre.

La mía tenía una historia más larga, desde el día en que mi abuelo se la había arrebatado, junto con su vida, a un tal Martín Epaltza. Casi habían pasado cincuenta años de aquello. La así con las dos manos y adelanté mi pierna izquierda, en posición de defensa.

—¡Veamos si manejas tan bien la espada como la pluma!, —arremetió contra mí Filiberto.

No me cogió por sorpresa. También detuve con facilidad su siguiente estocada. Y la siguiente. Yo era más ágil; Filiberto, una cabeza más alto y más fuerte. Con todo, esquivé sin esfuerzo otro golpe suyo. Con más dificultad, el siguiente, que pasó a una pulgada de mi pecho. Había quedado en mala postura y el otro continuaba al ataque, buscando mi cabeza. Apenas tuve tiempo de doblar un poco la espalda. Aún ensordecido por el choque del acero, percibí cómo su espada se hendía en mi casco. Sentí el tirón como si mi cabeza se separara del cuello, mientras mis ojos se nublaban. La sangre corría por mis sienes. «Es el fin», pensé.

No era el fin. Según recuperé la visión, observé sorprendido que estaba indemne. Todavía me sorprendió más lo que vi ante mis ojos: alejado unos tres o cuatro pasos de mí, el joven noble juraba y bramaba. El casco de *Gorria* había mordido su espada, y no quería soltarla. Filiberto no cesaba de golpear el suelo, tratando de librar de él su arma trabada. Había sido el casco y no la cabeza lo que el golpe de mi oponente me había arrancado.

A un lado, el caballero bearnés que había venido con Filiberto hacía señas para

que se detuviese el combate. Me llegué hasta mi enemigo.

—De parte de Amadís —le susurré, a la vez que alzaba mi espada.

—Espero que el conde no sepa que estoy contigo. Me pondría en la frontera de España, para que el Santo Oficio me quemase como a un carnero.

Don Jakob examinaba mis sienes, pero yo sabía que no encontraría en ellas rastro de golpe propinado por ningún acero. Las heridas me las había provocado el propio casco, al ser arrancado de mi cabeza por la espada.

—¿Entonces, quién te ha enviado?

No me respondió. En el gran dormitorio destinado a los soldados nos encontrábamos a solas el judío y yo, nadie más. Finalizado el combate, *Gorria*, *el Normando* y todos los que me acompañaban en el duelo habían partido cada uno a sus obligaciones.

—¿Cómo está Filiberto? —pregunté, por romper el largo silencio.

—Se pondrá bien. Gracias a la cota. Le has hecho un bonito tajo en el costado.

No estaba preocupado por el hijo del conde. Acababa de tener un mal pensamiento: si mi golpe de espada no podría volver la voluntad de Diana en mi contra. Antes del duelo imaginaba a la dama de Andoins deslumbrada por mi poema. Después de él, suponía ese deslumbramiento aumentado mil veces, tras haber peleado y vencido como lo hubiera hecho el propio Amadís. Ahora me acababa de asomar la sombra de la duda. De cualquier manera, el hecho de que Jakob estuviese conmigo era buena señal; tenía la completa certeza de que era ella quien le había enviado a mí.

Mi sospecha no tardó en verificarse. Diana entró en el aposento tan pronto como se marchó el médico. Escasamente había tenido tiempo para coger su libro en mis manos.

—¡Oriana! —exclamé, con más aparato del necesario.

Era ella la destinataria de mi poema. Era ella por quien había peleado. Quería, ahora, compartir con ella mi victoria.

Su rostro no reflejaba el mismo grado de alegría.

—No me llaméis así. Llamadme Corisanda.

Me abatió la confusión. Al ser yo Amadís en mis sueños, Diana no podía ser otra que Oriana, la dueña del corazón del tal caballero. Corisanda, era un personaje de rango mucho más humilde, la amada de Florestán, el hermano de Amadís. El asombroso libro que me había prestado Diana apenas dedicaba unas líneas a Corisanda en las cien páginas que llevaba leídas.

—¡No!

No estaba dispuesto a rebajar a Diana a ser una simple Corisanda. Entre otras cosas porque eso conllevaba que yo me convirtiese en Florestán, y yo no quería descender tan bajo. Había luchado, la victoria era mía. Había hecho suficientes méritos para ser el dueño del corazón de mi dama.

—¿Por qué Corisanda?, —mi voz era un lamento.

En vez de contestar a la pregunta, me dio una noticia que no esperaba.

—El mensajero volvió anoche de La Rochelle —se llevó la mano al crucifijo del escote.

—¿Qué mensajero? ¿Qué La Rochelle?

Se me antojaba increíble: ¡el Sol había seguido girando alrededor de la Tierra durante mi estancia en Bidache! No quería hablar del mundo. Los sitiados de Nabarrenx no me importaban más que el viento fresco del día anterior.

—Creo que nadie lo sabe en el castillo, y mucho menos fray Josep —dijo Diana, haciendo oídos sordos a mis preguntas.

El semblante se me entristeció aún más. En su cara no había rastro de mi dolor.

—¿Fray Josep?

—El otro día estaba a la mesa, comiendo con nosotros.

—Sé quién es. Le veo todos los días saliendo de la capilla. Vos también soléis estar allí —dije con rabia.

Quería hacerle daño y no sabía cómo.

—¿Le contáis a él vuestros pecados? —añadí.

Las mejillas de Diana cobraron el color del sol. Hasta entonces nunca habíamos tratado temas de religión entre nosotros. Permaneció callada durante unos instantes. Luego me preguntó:

—¿No creéis en la confesión?

—Solamente Dios tiene la facultad de perdonar los pecados —le contesté con seguridad, con el mismo tono con que le hubiera contestado a un oscuro sacerdote.

—¿Tampoco creéis en la Virgen María?, —alzó la voz.

—Alumbró a Jesucristo. Dejémoslo ahí. No es una diosa, como vosotros creéis —seguí yo aún más alto.

—¡Arderéis en el infierno!

—¡Será para vos la muerte eterna!

Me arrancó de un manotazo el libro y se fue rápidamente de mi lado.

Solamente Leizarraga se acercó al patio para despedirme. No podía ocultar el disgusto que sentía hacia mí. Su voz acusadora me acompañó sobre el caballo.

—Recuerda, Joanes, lo que dice el Señor: «no codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás a su mujer, ni a su criado, ni a su criada, ni su buey, ni su asno...».

Incluso después de cruzar la puerta del castillo me seguía como un soniquete el sermón del ministro.

No iba solo. Por orden del conde, *el Normando* y otros dos soldados venían conmigo. Su misión consistía en escoltarme hasta los límites de las tierras del rey de Francia. Ellos portaban lo que yo debía llevar a Nabarrenx. Me dieron una única explicación: el camino de vuelta no sería como el de ida, en vez de atravesar la Baja

Navarra, iría por Gascuña y el Bearn.

Partí atemorizado. Me lo habían advertido: el conde era vengativo. Probablemente no se daría por vencido, buscaría la manera de hacer pagar la herida de su hijo Filiberto. Esa preocupación partió conmigo de viaje, pero enseguida la locuacidad de *el Normando* hizo que me olvidara de ello. ¡Es que no callaba el condenado! Quién sabe a cuenta de qué, inició la marcha trayendo a la conversación su primera novia de la juventud.

—¡Era tan fea como un jabalí, sucia y con bigote!

Después relató cómo se hizo soldado tras haber herido con un hacha a un cerero de su pueblo. Tampoco se olvidó de sus hazañas en Normandía...

—¡Unas contra los ingleses y otras a favor de las normandas!

No podía ser de otra forma, ese hermano suyo que estaba entre los sitiadores de Nabarrenx también tuvo su sitio en la charla. Los otros dos soldados reían pero apenas metían baza en aquel aluvión de palabras.

Atravesamos el río Biduze y dejamos atrás la frontera de Navarra. Al rato avistamos la población de Hastings, la primera de Gascuña.

—Ahí nací yo. ¡He conocido mil pueblos más hermosos y con gente más honrada como vecinos!

Yo no tenía otro deseo que despedirme de mis compañeros de viaje y proseguir solo el camino. La reprimenda de Leizarraga no me había provocado arrepentimiento alguno, pero sí que había hecho descender a más bajos niveles mi ya decaído ánimo. Igual que se abate el enfermo hasta complacerse en su enfermedad, yo no deseaba otra cosa en mi mente que el recuerdo de la perdida Diana —¿Oriana?, ¿Corisanda?—. Se me hacía insoportable todo lo que distrajese mis pensamientos de ella. Y lo más insoportable de todo era la incesante cháchara de *el Normando*.

—Hastings es un lugar miserable para vivir. Verdaderamente miserable. Con todo, tiene algún rincón bueno.

Le recordé que estaba quebrantando la orden de su señor: estábamos fuera de Navarra. Fuera también de las posesiones de Agramont. *El Normando* hizo caso omiso. Estaba empeñado en almorzar en su pueblo, donde hacía tanto tiempo que no paraba. Yo no tenía hambre. Llevaba además dos alforjas, atadas a ambos lados de la silla, llenas de cuanto pude robar en las cocinas. Me di por vencido, por no oírle más.

La guerra no había llegado a aquella bastida. Nadie nos preguntó cómo rezábamos a Dios. La posada pertenecía a un primo de *el Normando*. Si la comida fue abundante, más lo fue la sobremesa, parlotando con los parientes del soldado. Para cuando salimos de Hastings, poco le faltaba al sol para completar su viaje a occidente. Todavía teníamos una hora para transitar juntos.

—Hasta aquí nuestro viaje —detuvo *el Normando* a su animal. La comida había avivado todavía más sus ganas de hablar, si es que eso aún era posible—. Con gusto seguiría camino contigo, así tendría ocasión de abrazar a mi hermano. Sin embargo...

De debajo de su camisa sacó la misma bolsa de piel que yo había traído desde

Nabarrenx.

—Estás de suerte —me la dio a la mano—. Gracias a esta bolsa estás con vida. Si no tuvieses que llevarla de regreso, hoy los peces del Biduze se darían un festín contigo. La sangre de los Agramont se paga cara en estos parajes.

Me até al cinto la bolsa, tal como la traje. Espoleé al caballo sin abrir la boca. A pesar del ruido de las herraduras del animal, todavía pude oír las últimas palabras de *el Normando*:

—Si te toca en suerte luchar con mi hermano frente a frente, dale recuerdos de mi parte. Le reconocerás enseguida: tiene la cara picada de viruela y, en vez de hablar, bala como los corderos.

¡No tenía otra cosa que hacer!

Tengo tan oscuros recuerdos del camino después de separarme del Normando, que, en ocasiones, me asalta la duda incluso de si llegué efectivamente a recorrerlo. Nunca antes había andado por esas tierras, y sin embargo no me recuerdo perdido. Más de una vez debí de pararme a descansar. No me acuerdo de dónde ni cuándo. Inevitablemente debí de encontrarme con papistas. No sabría dilucidar si salí del apuro con engaños o a golpe de espada. No guardo rastro en mi memoria de lo que hice aquellos dos días de regreso. Tampoco puedo decir cuándo me cansé de compadecerme. Menos aún cuándo tomé la determinación de sacar de mi corazón a la perdida Diana. A Oriana. A Corisanda.

Aparecí, ya amanecido, frente a la puerta de San Germán. Los vigías de la ciudadela me reconocieron sin necesidad de darles mi nombre. En cuanto atravesé el portal ya me esperaba el barón de Arros. Se encontraba más delgado que cuando lo dejé, como todos los que le rodeaban. Antes de descender del caballo, deposité en sus manos la dichosa bolsa. No debía de traer buen aspecto. Sin que se lo pidiese, me dio permiso para retirarme a descansar.

Así pues, me había alejado de la entrada de la fortificación cuando Arros extrajo el papel del interior de la bolsa. Al parecer, lo leyó ante todos los presentes y, acabada su lectura, exclamó:

—¡Estamos salvados, amigos!

Al día siguiente sabría que ese día se vaciaron las pocas barricadas de vino que quedaban. Parece ser que se cantaron himnos a mansalva y no todos en alabanza a Dios. Hubo quien se puso a bailar, sin que por una vez los ministros dijeran ni media palabra. Pero yo no vi nada de aquello. Mi corazón destrozado necesitaba consuelo, así que acudí a la única persona que podía procurármelo.

Estefanía me abrió la puerta en el barracón de los criados.

—Has vuelto —fue su breve saludo.

No hacía más de quince días que no la veía. Se podría decir que había pasado un año. Tenía los ojos marchitos, el cuerpo seco, la ropa hecha unos guiñapos. Las ojeras

de la pequeña Ixabel me observaban, ocultándose detrás de ella. El abrazo de Domingo me habría tenido que poner sobre aviso, pues no era amigo de ternuras. Con aquellas tres miradas famélicas sobre mí, puse sobre la pequeña mesa el fruto de mi rapiña en las cocinas de Bidache: dos liebres, un pollo, un muslo de cerdo, dos quesos, otros tantos panes... Como no había que cocinarlos, se lanzaron sobre el queso y el pan, con la mayor de las ansias.

—Dejad algo para Ramona —les recordé.

La pequeña Ixabel siguió comiendo a dos carrillos, ayudándose de sus manos diminutas. No así el viejo matrimonio. Se miraron y bajaron la cabeza, como si les atenazara un mal recuerdo. De la boca de Estefanía salió una sola frase, sin fuerza:

—¡Pasto del demonio!

Se me hizo un nudo. Busqué dónde sentarme sobre la paja de la cama. Cayó sobre mis hombros toda la fatiga de este mundo.

—Etxeberri la denunció al Consejo de los Ministros —sonó la voz rasgada de Domingo—. Tenía el testimonio de unos veinte hombres, de que había yacido con ellos. El castigo por todas sus faltas sumadas alcanzaba más de doscientos azotes. Arros no les dejó. Redujo la pena a treinta, aplicada delante de todos. Inmediatamente después fue expulsada de la ciudadela. Eso fue hace tres días.

Temblaba la mano del verdugo. Más tarde sabría que idénticos temblores le acometieron cuando infligía el castigo sobre la espalda de su hija.

LOS GRANEROS SE ENCONTRABAN vacíos, más vacíos todavía los establos. Por ningún rincón de la ciudadela quedaba rastro de perros, de gatos ni siquiera de ratas. La posesión de un triste mendrugo de pan hacía a los soldados empuñar sus dagas. Ya no se castigaba a ninguna mujer por vender su cuerpo. Los propios ministros no hacían preguntas si sus esposas o hijas volvían al barracón con paso vacilante y un pedazo de carne podrida en la mano. En Nabarrenx, durante los últimos días del asedio, las enfermedades y la escasez de alimentos mataron a más gente que los mosquetes de Terride. Igual que ratones hambrientos, estábamos a punto de ponernos a roer la piel gastada de las ropas que llevábamos puestas. Sin embargo, yo había traído, desde Bidache, pegado a mi cuerpo, un mensaje de nuestra Reina exiliada. Y el mensaje no mintió. El ejército de socorro apareció en Nabarrenx el 9 de agosto de 1569, dando así fin a un encierro de tres meses y medio.

Juana de Albret no eligió a cualquiera para sacar del pozo a sus fieles. Aquellos días escuché por primera vez el nombre de Gabriel de Lorges, conde de Montgomery. En Francia no era un don nadie. Y no solamente porque fuese descendiente de un linaje que había rendido grandes servicios a la Flor de Lis. Diez años antes de los hechos que estoy refiriendo, en un torneo, su lanza acabó involuntariamente con la vida del anterior rey, Enrique II. Un infortunio, no cabe duda. Sin embargo, de allí en adelante, toda Francia supo que la viuda del difunto monarca, Catalina de Médicis, madre a su vez de Carlos IX, no descansaría hasta ver en un cesto la cabeza de Montgomery. No fue por eso por lo que la reina de Navarra y señora principal del Bearne le rogó que liberase a sus leales. Montgomery era, por detrás del Príncipe de Condé y del almirante Coligny, quien dirigía los ejércitos de los reformados franceses. Los dirigía, y no de cualquier forma. A la hora de guerrear, no albergaba el menor miedo en su corazón, y resultaba implacable con sus enemigos y con los que él creía sus enemigos. La mera mención del nombre de Montgomery despertaba el ardor de sus partidarios y el terror de sus adversarios.

Antes de presentarse en Nabarrenx, Montgomery había recorrido a la carrera ochenta leguas, desde las orillas del río Tarn. A su paso, no dejó más que cenizas. La fama de su nombre debió de haber llegado a los oídos de nuestros sitiadores. No se quedaron a esperarlo. Los que durante tres meses y medio nos acosaron con tanta soberbia, se desvanecieron como el humo en el aire con solo oír el trote de los caballos de Montgomery. Como despedida, nos obsequiaron con una última salva de cañonazos. Una de esas balas alcanzó el barracón de los ministros. Estaba vacío, o casi. Los pastores, en aquel momento, se hallaban en la antigua iglesia, dirigiendo la lectura de las Sagradas Escrituras. Junto a ellos estaban sus hijos y mujeres. Salvo

una. Léonine, la esposa de Etxeberri, había ingerido un pedazo de tocino crudo, salido cualquiera sabía de dónde, y había tenido que acostarse atenazada por el dolor de tripas. Ella tuvo el honor de ser la última baja del asedio. Cuando le daban sepultura, me acordé de sus generosas carnes, como si se hubiese marchado sin saldar una deuda conmigo.

Mientras enterrábamos a Léonine, nuestros sitiadores salían en desbandada: Luxa y sus vascongados a Zuberoa y a la Baja Navarra, cruzando el puente de Osserain; Terride y sus rebeldes bearseses, a Orthez y a Olorón. La peor de todas las opciones.

Las celebraciones de nuestra liberación solo duraron un día. Navarra no era la primera entre las prioridades de los reformados franceses y Montgomery tenía prisa por dejar zanjados cuanto antes los asuntos en el pequeño reino. Coligny precisaba de él en el Languedoc, con la porción más importante del ejército de la Religión. Tan pronto como supo que Terride se había hecho fuerte en Orthez, decidió emprender su caza. Arros y los que habían padecido con él tres meses y medio de asedio no estaban todavía en disposición de salir de campaña. Yo era la excepción. Gracias a las dos semanas que había pasado en Bidache, harto de comida y bebida, estaba en mejor forma que la mayoría de mis compañeros de asedio. Por otra parte, sentía la imperiosa necesidad de alejarme de Nabarrenx. Los Abaurre no me pusieron ninguna pega, ni tampoco mi capitán, el barón de Montamat.

—Encuentra a nuestra Ramona —me encomendó Estefanía, antes de partir.

Solo me acompañó un piquero llamado Roger. Era del pueblo de Banka, pero se tenía por descendiente de un bastardo de Juan de Jaso, señor de Idocin, de la Gran Navarra, a pesar de que jamás adujo prueba alguna. Le conocía de tiempo atrás, ya que había servido en la guarnición de Garriz. Allí nadie le tenía estima. Los soldados decían de él que era capaz de vender a sus hijos a cambio de una moneda. Pero, eso no era ninguna novedad; cualquiera de ellos hubiera hecho lo mismo, si no a cambio de una moneda, de dos. Había otra razón para no fiarme de él: era el protegido del auxiliar de mi abuelo, Piarres Arburua. Algunas semanas antes de que estallara la guerra, Miguel Mailu lo expulsó de Garriz, porque había forzado a una mujer en Amendux. «¡Menudo necio! —dijo mi abuelo entonces—. Cientos de pollitas a su alcance y tener que elegir a la hija de un gentilhomme para montarla».

Para mí no resultó una agradable sorpresa encontrarme a Roger en Nabarrenx. Ni lo fue más saber que él también se unía a los soldados de Montgomery.

—¡Hombre, *Mailuxka!* ¿Tú también al olor del saqueo? —dijo, mostrándome su boca desdentada.

No se le veía tan privado como a otros sitiados. Quién sabía cómo se las habría apañado. Me prometí mantenerme lo más alejado posible de Roger.

Me admitieron en el grupo de avanzadilla del vizconde de Monclar. Unos quinientos piqueros y arcabuceros, todos gascones, oriundos del Agenois o del Quercy. Gente

dura, bregados en el oficio de la guerra, con cinco años a sus espaldas luchando a favor de la Religión. Muchos habían padecido en sus bienes o en sus familias la cólera del indigno rey de Francia. Su habla no me resultaba extraña. Sus voces me traían resonancias de mi antiguo enemigo Etienne. No me cohibí ante ellos: a los que me tocó cerca les repetí, sin ningún reparo, la historia de cómo aparecí en la ciudadela huyendo de Orthez.

—... los papistas nos rodearon. Etienne, mi muy amado amigo de Agen, gritó: «¡Reino y Fe!». Él fue el primero en caer, con su espada en la mano. Luego llegó el turno de mis otros compañeros. Los mataron uno a uno. No quedé más que yo...

Mi labia les encandiló tanto como a los defensores de Nabarrenx. Me convertí en el ojito derecho de aquellas ásperas gentes. El mismo día en que me sumé a ellos ya era alguien: *lo petit basco*, el pequeño vasco. No me sentía pequeño, pero no lo hice saber.

Montgomery sabía hacer andar con rapidez a sus hombres. En una sola jornada recorrimos la distancia entre Nabarrenx y Orthez. En sentido contrario, el mismo trayecto me había costado tres días. Terride en absoluto nos esperaba tan pronto. Ya el mismo día siguiente, el 11 de agosto, por tanto, en una rápida incursión nos apoderamos de la población de Départ, en la orilla izquierda del Gave. La mayoría no llegamos a tinter de rojo nuestras espadas, hasta tal punto los sorprendimos. Desde Départ se podía ver la que fue mi Academia, al otro lado del río. El antiguo convento dominico estaba a tiro de mosquete de nuestras posiciones.

Habíamos hecho varios prisioneros, así que aproveché para preguntarles por Ramona.

—Señor, no hemos visto entre nosotros a esa mujer de la que habláis.

Mis nuevos compañeros estallaron en carcajadas.

—¡Si los papistas te llaman *Señor* es que ya los tenemos totalmente atemorizados!

Monclar nos advirtió con gran severidad que respetásemos las vidas, las honras y los bienes de los habitantes de Départ. Así lo hicimos. No, sin embargo, de buen grado. Llevaban mucho tiempo sin cobrar su soldada, y estaban a punto de olvidar cómo era la mullida entrepierna de una mujer. Costó trabajo refrenarlos.

Ya lo he dicho antes: nuestro jefe tenía prisa. Esa misma tarde, en una virulenta acometida, el resto de las tropas de Montgomery cruzó el río Gave. Mientras viví en Orthez, su puente se me antojaba inexpugnable. Aquel día, nada pudo contra la avalancha. Abatieron sus puertas, primero la de una torre, después la de la otra, igual que hace el viento con una vieja haya. No había forma de detener aquello. Terride y sus capitanes, viéndose perdidos, se retiraron con los hombres que les quedaban al castillo que dos siglos antes había construido Gaston Fébus en lo alto de la villa. Orthez estaba en manos de los atacantes, y Montgomery no tenía los miramientos de Monclar. Entregó la ciudad a sus hombres.

Hasta Départ llegó el clamor de la escabechina. Hasta tal punto, que los soldados

le plantaron cara a nuestro jefe.

Yo estaba presente cuando fue abordado por un grupo de hombres:

—Señor, nosotros no somos los más tontos de la fiesta. Si no nos dais permiso para ir a Orthez, no quedará ni recuerdo de que aquí hubo una vez un pueblo que se llamaba Départ.

Monclar debió de sacar cuentas: que los saqueadores fueran cinco mil en vez de cuatro mil quinientos no empeoraría la desgracia de los habitantes de la villa. En cambio, la aldea seguiría en pie y vivos sus habitantes.

—Marchad en la paz del Señor.

Para cuando llegamos nosotros, había tocado ya a su fin el verdadero combate, ese que se produce de hombre a hombre, frente a frente y de igual a igual. Desconozco cuán encarnizado fue. En el puente fortificado, junto al portón y por las calles no faltaban soldados muertos. Muchos de ellos enemigos; y aun más de los nuestros. Algunos, según después sabría, muertos involuntariamente por sus propios compañeros. De cualquier manera, todo aquello había acabado, como digo. En las calles de Orthez y en el interior de sus casas, la lucha ya solo era entre gente armada y gente desarmada.

Todo era estrépito y confusión. Columnas de humo ascendían hasta el cielo en algunas zonas de la ciudad. No había lugar que no estuviera atestado de cadáveres y moribundos. Algunos eran curas, monjas y frailes, los objetivos naturales de la cólera de nuestros jóvenes. Sin embargo, la mayoría no vestían hábitos ni túnicas, ya que eran hombres, mujeres y niños como yo. En las entradas a las casas no quedaba ninguna puerta sobre sus goznes. De la mayor parte de ellas salían gritos estremecedores y salvajes alaridos. Los que me acompañaban, contagiados de aquella locura, no tardaron en dispersarse en busca de pillaje. No fui tras ellos. Me dediqué a deambular sin rumbo, presa del estupor, del pánico y de la curiosidad. Después de haberme educado en ella durante un año, aquella ciudad se había convertido en extraña para mí. Cada vez que me encontraba con el cadáver de una mujer, le examinaba el rostro con miedo a que fuera Ramona.

La Academia ardía por los cuatro costados. También las iglesias y los conventos. En la calle de los carniceros, los soldados amenazaban con ahogar a un hombre, al que apretaban el cuello con un cinto, para que les dijera dónde tenía escondido su dinero. El desgraciado se me hizo conocido. Hubiera jurado sin temor que se trataba de un reformado. En otra esquina, violaban a una joven; conté a unos diez, entre el que la forzaba, los que la sujetaban y los que esperaban su turno. Más allá, expoliaban los muebles de una casa: las camas, las mesas y las sillas bajaban por el aire desde la ventana. Su dueño yacía junto a la puerta, con la cabeza abierta.

Mis temblorosos pies se detuvieron delante de una casa, en la calle de los zapateros. El año anterior me habían cuidado en ella amorosamente durante los dos

meses de mi convalecencia. Había pagado con mal el bien que allí hizo por mí su dueña. Como todas, también aquella vivienda tenía la puerta forzada. Crucé su umbral, atraído por los ruidos que se oían dentro. Encontré el cuerpo de Jehane Lepeyrère en el bajo de la casa, en la zapatería. Igual que hiciera tantos años atrás mi abuelo Miguel, él también había tratado de usar su martillo de zapatero. Tenía su herramienta en la mano, y tres o cuatro heridas en el pecho. No estaba en su sitio la barrica que Jehane solía guardar bajo las escaleras.

La habitación de los dueños de la casa se encontraba repleta de soldados. La mayoría no me eran desconocidos. La víspera había recorrido con ellos el camino que viene de Nabarrenx, en la partida del vizconde de Monclar. Eran gente amable. Habían escuchado atentamente mi relato. Con su ruda ternura, me habían bautizado como *lo petit basco*. En Départ, los había visto rezándole a Dios antes de empezar el ataque.

Uno de ellos salió a mi encuentro, con los brazos abiertos, ofreciéndome su sonrisa bobalicona de borracho:

—¿Te apuntas a la fiesta, muchacho?

Llevaba los calzones sin atar y mostraba sus partes a través de ellos.

Otro, tumbado en el suelo, bebía de la barrica de Jehane con la ayuda de un tercero que le escanciaba el vino a la boca. Tres o cuatro más se amontonaban alrededor de la cama.

—No merece la pena seguir sujetándola —dijo con la respiración entrecortada el que estaba encima de Andresa.

También a él le conocía: Roger, el antiguo piquero de Garriz, al que mi abuelo echó del castillo.

—Ya no se resiste. Está agonizando —añadió.

Los que estaban alrededor soltaron los brazos y los pies de la mujer.

—Que viva hasta que me toque a mí —dijo uno de los que aguardaban.

—Mientras su cuerpo esté tibio, ¿a quién le importa? —repuso otro entre risas.

El rostro amoratado de Andresa se giró hacia mí. Entre las ropas rasgadas se distinguía su piel blanca que enrojecían pequeños hilillos de sangre. Me miró a los ojos.

—Joanes, Joanes Mailu —le oí claramente.

Orthez estaba al rojo vivo, como el hierro en la fragua. Al fuego se le unió el penetrante sol de agosto, en aquel lugar en que yacían cientos de cadáveres, pudriéndose entre las calles y las ruinas de las casas. No tardó en adueñarse de la villa una pestilencia insoportable. Terride todavía aguantó tres días más en el viejo castillo de Gaston Fébus. Se rindió el cuarto, falto de comida y bebida. Tenía la palabra de Montgomery: él y sus capitanes salvarían la cabeza. Menos mal. Ya teníamos las tripas revueltas y no podíamos más con aquel olor asqueroso.

Montgomery se guardó para sí a Terride, pensando en un intercambio de prisioneros. Su hermano llevaba meses cautivo, como muchos otros fieles, en un calabozo del rey de Francia. En cambio, puso a Sainte Colome, Gerderest, Gohas y los demás rebeldes bearneses en manos de la reina de Navarra, y, como la reina de Navarra no se hallaba presente, en las de Arros. El teniente general envió desde Nabarrenx una tropa de guardianes, para que llevaran a los prisioneros a su presencia. Con ellos regresé a la ciudadela, mientras el ejército de Montgomery se dirigía a Pau. Ya no quedaba en mí ningún deseo de estar con aquella gente. Seguramente ellos albergaban un sentimiento no demasiado diferente respecto a mí. Nadie impidió mi marcha.

Entramos en la ciudadela de Nabarrenx por la puerta de San Germán. ¡Qué espectáculo para sus habitantes! ¡Nada menos que los cabecillas del alzamiento del Bearn sujetos con grilletes! ¿Después de resistir tres meses a sus impenitentes ataques, no era aquella la señal más clara de la victoria? Habíamos padecido hambre y sed, miedo y tristeza, hierro y fuego. Sin embargo, al final, el ejército de la Fe había quebrado al de Satanás, igual que el de Israel a los filisteos. Arros tenía algo de adivino.

¿Y yo? Yo debería haber tenido el corazón rebosante de alegría. Pero, no era así. En vez de hacer mi entrada como los otros, erguido como un gallo, volvía ceñudo y desanimado. La Reforma, tal vez, había vencido la batalla por Nabarrenx, pero yo no levantaba cabeza desde mi vuelta de Bidache. También lo de Orthez había supuesto quizá una victoria de la Religión. Pero no para mí. Por otro lado, volvía junto a los padres de Ramona sin ninguna pista sobre ella. Los antiguos sitiados recibieron a los antiguos sitiadores lanzándoles piedras y excrementos de yegua. Yo, en tanto, les notifiqué a los Abaurre mi falta de noticias sobre su hija.

—¿Por lo menos mirabais a la cara a las mujeres que matabais? —me preguntó Estefanía.

Las aguas del Gave de Pau bajaban de Orthez llenas de cadáveres. Eso lo sabían todos en Nabarrenx. También sabían que yo había tomado parte en aquellos sucesos. No cómo ni en qué medida, pero eso no les importaba mucho. Nadie me preguntó por ello, y haber estado allá sin participar en la carnicería debía de parecer algo inimaginable. Desde mi punto de vista, las cosas habían cambiado para mí el día en que me enviaron a Bidache. A los ojos de los que me conocían, en cambio, fue desde mi marcha con el ejército de Montgomery, cuando me convertí en un ser distinto. En un caso o en otro, no era la misma persona la que había salido de Nabarrenx y la que volvía a ella. A mis trece años, supe por primera vez qué se siente al ver que alguien palidece de miedo al verme.

Dos o tres días más tarde, Domingo Abaurre vino a buscarme, tan sombrío como siempre. Me pidió que cogiera mi puñal y que le acompañara. Yo no quería. Me reprochó con rabia:

—Quien es bueno para asesinar a mujeres y niños también vale para matar

cerdos.

No estaba solo. Cinco o seis soldados más iban con él, todos rasos. Antes vaciamos varias vasijas de vino. Después, con antorchas en las manos, Domingo nos condujo a los sótanos de la ciudadela, hasta los calabozos donde estaban enjaulados los barones cautivos. El propio verdugo abrió la puerta. Nuestro número nos delató.

—En el nombre de Dios, ¿a qué venís?, —se levantó Sainte Colome.

Él se llevó la primera puñalada, propinada por Domingo. Como si se tratase de una señal, la emprendimos con los otros, punzando aquí y pinchando acullá. Pusimos tanto empeño en nuestra tarea que nos llegamos a herir entre nosotros mismos, igual que hicieron los conquistadores de Orthez. Al cabo de un instante, estábamos empapados de sangre; y todos los presos del calabozo muertos o expirando.

—¿Vos también, señor? —me dijo uno de ellos, Gerderest concretamente, cuando me acerqué a rematarlo.

Salimos a la luz sin otra idea que hacer desaparecer el rastro de nuestra acción. Algunos se limpiaron en el pilón más cercano, dentro de la ciudadela. Yo preferí salir al Gave. Conocía un remanso sin peligro cerca de las murallas. Entré en el río sin despojarme de la camisa. Después me senté en el fondo, cabizbajo. Sobre el agua apareció la imagen de un joven de estrecho mentón, como hay miles en el mundo. Le propiné un puñetazo.

—Un espíritu de las aguas, ¿quizás sea ese a quien me parezco?

Pau, recuperada por Montgomery, volvió a ser la capital del Reino en los últimos días de agosto. Los árboles de la villa no fueron suficientes para tanto ahorcado. El conde no se quedó allí. Sin esperar a nada ni a nadie, se dirigió al Languedoc a reunirse con Coligny, tras pasar a través del Bearne como un rayo sangriento. En los meses siguientes, entre ambos, conducirían al Ejército de la Fe casi hasta las puertas de París.

Mientras, en Navarra, el trabajo distaba de haberse terminado. Arros partió para Pau. Alguien debía ocuparse del gobierno en tanto no regresasen la Reina y el Príncipe de Viana. Ello no quería decir que la totalidad del Reino estuviese bajo control. Por el contrario, una buena parte todavía se encontraba en manos de los rebeldes. En el Bearne, Roma aún mandaba en los puertos y en los tres valles de Baretous, Aspe y Ossau. Por otro lado, Luxa y sus amigos eran dueños y señores de la Baja Navarra. Fuera del Reino, Zuberoa seguía siendo nido y guarida de papistas.

A mediados de septiembre, partimos de Nabarrenx, bajo las órdenes del barón de Montamat: más de mil personas, entre piqueros, arcabuceros y ballesteros, además de algunos cañones y un grupo de jinetes. Destacaban los vascongados, a pesar de no ser más que unos pocos. En la mayoría se notaba la alegría. Después de estar tanto tiempo fuera de su tierra, estaban deseando volver. Y deseando aún más, vengarse.

—Porque les habló Dios, nuestro Señor, y sus oídos permanecieron sordos...

Etxeberri, ese al que llamaban De la Rive, nos predicó antes de partir. Después de que la guerra se le hubiese llevado una hija y a su mujer, las palabras del ministro destilaban dolor. Dolor y fuego.

—¡Que el castigo de Dios sea para aquellos que hicieron caso omiso de Sus palabras!

Por vez primera yo formaba parte de un grupo de caballeros. Era infanzón, tenía derecho. Para ello, había comprado una yegua alazana con la parte que me había correspondido del saqueo de Orthez. Ahora me encontraba rodeado de gentilhombres del Bearne. Algunos me miraban de manera extraña y cuchicheaban sobre mí. Sabía que era por mi aspecto.

En Olorón el ejército de la Reina se dividió en dos. Con la mitad de los soldados Montamat penetró en Zuberoa, con la mirada puesta en su capital. Belzunce fue con él, anheloso por recobrar su castillo. Al antiguo castellano de Mauleón le había caído yo en gracia durante el asedio. En los momentos más arduos del cerco, cuando más nos apretaba el enemigo, él explotaba en juramentos contra su pariente Luxa. En tales circunstancias creo que yo era el único que escuchaba sus maldiciones. También ahora me quería a su lado.

—Ven conmigo, Joanes, a aplastar a mi cuñado Carlos. Un día te haré capitán de mis hombres.

Era tentador. No porque creyera que me fuese a hacer capitán. Sabía tan bien como él que nunca le daría tal responsabilidad a un muchacho con los mocos fuera. Por otra parte, era vizconde de Macaya y yo necesitaba alguien en quien apoyarme. Según como se presentasen las cosas, servir a un gran noble podía ser un agarradero más seguro que seguir en el ejército de la Reina. De todas maneras, decliné su oferta. Yo no quería estar en Mauleón, en el extranjero, sino en Navarra, en mi país. Allá se dirigía la otra mitad del ejército, con la intención de recuperar San Juan de Pie de Puerto. Meharin era quien comandaba aquella mitad, y, junto a él, Larrea. Esta vez ese detalle no me echó para atrás. Domingo Abaurre venía con nosotros. Gracias a él supe cuál era la primera parada de nuestro viaje.

Había estado casi dos años fuera de Garriz. ¿Cómo había imaginado el regreso a mi hogar? No lo recuerdo con detalle. Seguramente pensaba que sería como cruzar una puerta mágica y volver veinte meses atrás en el tiempo. Como si jamás hubiese transcurrido aquel febrero aciago de 1568. Como si nada me hubiese arrojado del castillo. Como si, en su interior, debiera encontrarlo todo tal como lo dejé.

¡Qué cosa es ser niño! Lo estoy repitiendo más de lo conveniente en mi descargo: todavía no había cumplido los catorce años. Mi brazo era capaz de dar muerte, y mi verga, de dar vida. Sin embargo, seguía siendo un niño en buena medida.

Huí de Garriz en calidad de sitiado. Volví como sitiador. Fui tiroteado estando en su interior. Ahora yo era quien disparaba a mi antiguo hogar. Fue un asedio

disputado, pero —a mí me lo iban a decir— Garriz no era Nabarrenx. Sus defensores se rindieron a las dos semanas de aparecer nosotros. Los muros estaban agrietados; los fosos, llenos, y la torre, desmochada. Quizás habría llevado menos tiempo si les hubiese mostrado a nuestros capitanes los puntos flacos del castillo. No lo hice. Tampoco participé con el resto de soldados, en el habitual ejercicio de saqueo tras la rendición. Ni siquiera en Orthez odié tanto a mis compañeros de armas como aquel día.

—¡Mira, *Mailuxka*, qué he atrapado!

Era Roger, el piquero de Banka. Después de tomar Pau, había vuelto a nosotros con el ejército del barón de Montamat. En mi cabeza seguía viva su imagen, en Orthez, encima de Andresa, mientras la sangre dibujaba rojos regueros que bajaban por las piernas de la mujer. Mejor habría sido que hubiese continuado con Montgomery al Languedoc. Mejor habría sido que no le hubiese vuelto a ver nunca.

—Te la dejo en doce libras de plata.

Sostenía la pica en la mano derecha, apoyada sobre su hombro. Con la izquierda arrastraba una silla de montar. Reconocí a primera vista los pequeños martillos de ambos lados, modelados en la rojiza piel por un guarnicionero de Saint-Palais por encargo de mi abuelo. «Hay que honrar el propio nombre», me expresó aquel día Miguel, orgulloso de los ornamentos. Solo usó la silla una vez, precisamente el día en que lo segó la muerte. Domingo la escondió, la víspera de la caída del castillo. Que continuase en Garriz era un milagro. Aquellos lugares llevaban dos años conociendo un paso incesante de gentes.

—No tengo doce libras de plata. Y, aunque las tuviera, no te las daría. Esa silla era de mi abuelo, de Miguel Mailu.

Roger posó en el suelo su pica.

—No sé de quién era. Ahora es mía.

Mi mano se precipitó hacia la empuñadura de mi espada. De repente, aquella montura se había convertido en algo muy importante para mí. Por ella, estaba dispuesto a pelear contra todos y cada uno. Roger debió de darse cuenta de que no sería tan fácil vencerme, puesto que inesperadamente pareció ceder.

—Una mísera silla no va a echar a perder nuestra amistad.

Arrojó su presa a mis pies.

—Si fue de tu abuelo —añadió—, está claro que debe estar en tus manos. Siempre le tuve gran respeto a Miguel Mailu.

—Nosotros nunca hemos sido amigos —me agaché a recoger la silla.

Creo que me sacudió con el duro mango de su pica. Yo no llevaba puesto el casco, la batalla había acabado y no había razón para ello. El primer golpe me veló la vista. El segundo me dejó fuera de combate. Caí sobre la montura, boca abajo, un blanco perfecto para sus patadas. Aturdido, apenas me percaté de cómo me bajaba los calzones.

—En memoria de Miguel Mailu. Una antigua deuda.

A la manera de una espada, así enterró su miembro entre mis nalgas.

A partir de ese día de Garriz, mis recuerdos de la campaña de 1570 son vagos y turbios. Hoy me parecen tan amortiguados como la llama que se enciende y se apaga súbitamente dentro de una habitación cerrada. Me cuesta creer que yo fuese verdaderamente el protagonista de todos ellos.

Me veo a mí mismo en el pueblo de Garriz, dándoles fuego a algunas casas. Eran las de los padres de los chiquillos que nos lanzaban piedras cuando íbamos a las clases de Etxeberri, dos años atrás. Otra visión: estoy en Saint-Palais, leyendo un papel que Larrea ha puesto en mis manos. Es la lista de los vecinos que habían participado en la escabechina de los reformados de la villa, la primavera anterior. Sé que, conforme los capturamos, los pasamos a cuchillo, también a sus familias, incluidos niños, ancianos y mujeres. Pero esos momentos se han extinguido de mi memoria. En cambio, conservo indelebles en mi mente las ruinas del castillo de Luxa. A ras de suelo dejamos la fortaleza que en otra época desafiara a Garriz. Un adelanto del castigo debido a su traidor dueño. Desdichadamente, él se encontraba en Zuberoa, enfrentándose a su cuñado Belzunce.

Ya no era *el Novillo de Nabarrenx*. Y menos *el pequeño soldado de Garriz*. La consideración que se me tenía había decrecido considerablemente desde que se propagara la noticia de la visita que Roger le hizo a mi trasero. Decrecido para los otros y también para mí mismo. De noche dormía poco. Temía que algún otro quisiera seguir desbrozando el camino que Roger había abierto. Me encontraba tan decaído que ni siquiera tenía ganas de vengarme.

Nos reclamaron desde Zuberoa. Montamat y Belzunce precisaban de nosotros, al no poder ellos solos aventajar a Luxa. Participé en el ataque contra Tardets. Hubimos de volvernos de la capital de la Basabürüa con el rabo entre las piernas. En Olorón, estuve en peligro de quedar rodeado por los montañeses bearneses de Bonasse. Tomé parte en la *nosecuangésima* batalla de Osserain, todavía no sé si como vencedor o como vencido. En Mauleón, fui en el plazo de tres meses sitiador y sitiado. En mi primera entrada en la villa me encontré nada menos que con Sauguis.

—¡Joanes!, —me estrechó entre sus brazos el preceptor de los hijos de los Ezponda.

El que fuera mi profesor no era más que huesos y pellejos. El cabello y las barbas sin cortar durante muchos meses le daban el aspecto de un jabalí. Se le habían hundido los ojos, como a un topo. Apestaba. Llevaba meses en el establo de unos parientes papistas. Su escondrijo era un agujero entre la paja. Los hombres de Luxa no lo habían atrapado, pero sí su hogar. Se lo había tragado el fuego, desde los mismos cimientos. A Sauguis le penaba menos la pérdida de su casa que la de su contenido.

—Todos los poemas que guardaba. El trabajo de toda una vida.

Lloraba como una mujer, y me ponía en evidencia. Me habían instruido en el catecismo de los hombres de armas: los soldados nunca lloran. No fue difícil desasirse de sus brazos, tan débil como estaba. Volví junto a mis compañeros. Todavía quedaba qué pillar y dónde forzar. Debieron pasar muchos años todavía para llegar a comprender el fondo del sufrimiento del escritor.

Aquellos días dormí en una Ezponda Baitha destrozada. Allí no quedaba nadie, ni siquiera Mañot, el viejo criado que dejó mi madre al cuidado de la casa. A decir verdad, tampoco pregunté por él. Le habrían matado cuando los vecinos de los Ezponda saquearon la residencia.

Sin terminar de pacificar completamente Zuberoa nos reclamaron de la Baja Navarra. Una vez más, Garriz resultó paso obligado de una a otra. Domingo era, junto con dos o tres soldados más, el único morador de las ruinas del castillo. La derrumbada torre ya no era un lugar apropiado para las ejecuciones. No por ello se había detenido la rueda de la Justicia. En el patio, el verdugo disponía de una nueva horca. El día que aparecimos, una joven colgaba de la soga. Los cabellos revueltos le ocultaban la cara. El corazón se me encogió.

—Les daba a los rebeldes noticia del paso de nuestro ejército —me explicó Domingo con aire cansado.

—¿De verdad era así?

—Eso no me lo preguntes a mí.

Las descoloridas piernas de la ahorcada dibujaban un triángulo en el aire, cuyo vértice se perdía entre su saya. Los soldados de mi compañía se dirigieron a levantarle las faldas entre carcajadas. Uno, extendiendo su mano, retiró el cabello de sus ojos. Afortunadamente, no la conocía.

Recuperando el aliento, me volví hacia el viejo verdugo.

—¿Tienes noticia de Ramona?

La ahorcada debería de tener la edad de aquella que casi era mi hermana.

—No está en la tierra de Mixa.

—Tampoco en Zuberoa.

El patio del castillo era una escombrera. Lo mismo se podía decir de las cocinas y de los barracones de los soldados.

—Tenemos orden de abandonar Garriz y de ir a Saint-Palais —me dijo Domingo—. Van a restaurar la Cancillería de Navarra. Estefanía y la pequeña Ixabel irán allí desde Nabarrenx. Seguramente no volverán a levantar el castillo.

Me alejé del lugar sin ofrecerle una última mirada a mi derrumbado pasado.

Habíamos reducido a cenizas la tierra de Mixa. Era el turno de otras zonas en el Gran Día de la Ira. Entramos en las tierras del sur y del poniente de la Baja Navarra como los cuatro jinetes de aquel que Leizarraga en sus escritos llamara Juan *el Teologiano*. Empezamos por Ostabarret. Seguimos por Arberoa. Nos comandaba el señor de

Meharin. Hacía más de un año que el alzamiento de los papistas le había sacado de sus posesiones, y estaba ansioso por recuperar lo que era suyo. Le esperaba una desagradable sorpresa: del castillo de Meharin no quedaba una sola piedra, ni árboles en sus bosques, ni cultivos en sus campos.

Por venganza, en Armendáriz destruimos o saqueamos todos los bienes del señor del lugar. En Baigorri, arrasamos el palacio del vizconde Antonio Etxauz y el pueblo del mismo nombre. También pasamos por la espada a sus criados y sirvientes. Mantengo otro recuerdo de aquel día: en la torre rescaté de las llamas una elegante casaca encarnada, que, sin duda, el noble señor había utilizado en los días señalados. Como unos días antes Armendáriz, el antiguo amigo de mi abuelo, en vez de quedarse a recibirnos, había escapado a Lapurdi. No le perseguimos hasta allá.

Unidos de nuevo a Larrea, entramos en el país de Ciza. No hubo iglesia a la que no devorara el fuego, ni cura que no colgáramos de un árbol. Recobramos San Juan de Pie de Puerto para Juana de Albret. La mayoría de sus habitantes había huido hacia Ibañeta. De la misma manera que los pamploneses en los tiempos de mi abuelo, no tenían empacho de abrazar al español, preferían escapar a las tierras usurpadas por el Rey Católico de Castilla que permanecer en las que había conservado su Reina hugonote de Navarra. Dos días después, nos llegó otra noticia del mismo cariz: también los habitantes de Mendibe, Donazarre y Ezterenzubi se dirigían hacia la selva de Irati, con el fin de alcanzar las tierras de Aezkoa y Salazar. Larrea explotó:

—¡Traedme a esos ingratos! Si no quieren por su voluntad, yo mismo los haré arrodillarse ante mí.

Luis, el hijo del señor de Meharin, tomó la dirección de la tropa. El nombre de este fogoso joven andaba en boca de todos para ser el próximo dirigente de los reformados vascos. Pero, para eso, hacía falta tener algo más dentro del casco. No era más que cuatro o cinco años mayor que yo, y era la primera vez que se le encargaba una responsabilidad de tal calibre.

Nos internamos nerviosos en el bosque. Gracias a la nueva fe, debíamos estar libres de cualquier superstición. Sin embargo, yo había oído entre los Abaurre más de una historia acerca de las criaturas que habitan a la sombra de la espesura. Los que me acompañaban también estaban al corriente. No es fácil de entender, porque mucho más peligroso que un hombre lobo, un Basajaun o una lamía es siempre el propio hombre.

Fuimos a sorprender a los fugitivos, pero fueron ellos los que nos sorprendieron a nosotros. Además de campesinos y burgueses, también había soldados entre ellos. Nos acometieron de improviso en una vega, con tiros y dardos, desde el otro lado del río. Enseguida vimos a nuestros primeros heridos tendidos sobre la tierra. A pesar de que eran menos que nosotros, no podíamos responderles como era debido: el agua era más eficaz que una muralla en aquel río que venía crecido por la primavera y, si alguna vez hubo un puente, lo habían derribado antes de nuestra llegada. Parecía que debíamos resignarnos a vaciar nuestras pistolas y arcabuces en su dirección.

Entonces, Luis de Meharin levantó su espada:

—¡Los jinetes conmigo!

Montado en su hermoso caballo, penetró en las profundas aguas sin mirar hacia atrás. Para cuando quisimos darnos cuenta todos los demás que teníamos una montura debajo de las posaderas, nuestro jefe estaba en la otra orilla. Era una estampa ciertamente hermosa, con sus plumas blancas sobre la cabeza y su garañón negro entre las piernas. Un regalo para un tirador. Incluso cuando atrajo sobre sí todos los mosquetes y las ballestas del enemigo, probablemente creía que le seguíamos detrás, pisándole los talones. Acribillado por todos los lados, su caballo cayó dando tumbos, y con él su jinete. Él hizo amago de querer levantarse, pero la cota de hierro ralentizaba sus movimientos. Consiguió ponerse de rodillas, nada más. Después, otra lluvia de disparos y flechas le postró para siempre. En aquel preciso momento, clamé:

—¡El Reino y la Fe!

No buscaba gloria. Lancé el grito tal como me vino a la cabeza, por dar de alguna manera rienda suelta a mis propios impulsos. Mi propósito era totalmente sencillo e ingenuo: quería morir. Al igual que Luis de Meharin, morir ahí mismo. Tan simple como eso, tan claro como eso.

Mis compañeros también gritaron:

—¡El Reino y la Fe!

Cruzamos el río con el agua a la altura de la cerviz de nuestros caballos. Las armas de nuestros enemigos se encontraban descargadas. Esa había sido la ofrenda de nuestro jefe. Para cuando las tuvieron de nuevo preparadas, estábamos sobre ellos, en la otra orilla. Golpeando a diestro y siniestro, conseguimos que recularan. Nuestros soldados de a pie encontraron, al final, un vado por donde cruzar. La lucha devino en cacería. Alguien, no sé quién, en respuesta a la muerte del joven Meharin, ordenó no dejar a nadie vivo.

Cortamos cabezas como el segador corta espigas. Me alejé de los otros, cegado por la sangre. De repente vi, en un claro del bosque, a un infante nuestro apuntando con su pica a la espalda de un enemigo. Seguramente le había cogido preso, e iba a darle pasaje. Mi aparición detuvo su brazo.

—Hombre, *Mailuxka*. Mira la liebre que he cazado. ¡A que lo reconoces!

Su boca abierta me dejó ver todas sus encías. Era de todas formas una risa nerviosa, la del antiguo subordinado de mi abuelo. Seguramente yo era la última persona a la que quería ver a sus espaldas. Sin apartar la pica del cuerpo del enemigo, miraba de reojo mi espada ensangrentada.

Fue esa mirada la que me produjo un vuelco. En los últimos meses había procurado estar lo más apartado posible de Roger. También entonces, no deseaba otra cosa que alejarme cuanto antes. Y hete aquí que un desvío de sus ojos había delatado su nerviosismo. Así que yo era capaz de provocar temor. Fue todo uno percatarme de ello y notar cómo se revitalizaba algo en mí que parecía casi extinto.

—¿No tienes curiosidad por saber quién es?

Estaba vuelto de espaldas, así que aún no había visto el rostro del rebelde hecho prisionero. La forma de su cuerpo delataba a un hombre sin formar, como yo mismo. Negué con la cabeza.

—Entonces, lo verás una vez muerto.

Se giró hacia su presa.

—Prepárate para ir al mismo lugar en que pronto estará tu Santo Papa de mierda.

—Allá veré a Calvin montándose a tu madre —contestó el que iba a morir.

Roger, rabioso, hizo retroceder la pica, para clavársela con más fuerza entre las costillas. Mi espada silbó en el aire.

—Esto por la silla de montar de mi abuelo.

El tajo mandó al suelo el arma del piquero, y con ella casi también su mano. Se me revolvió mientras dirigía hacia el puñal el brazo que le quedaba sano.

—Hijo de pu...

Le golpeé por segunda vez. En el pecho.

—Esto por mi culo.

Se derrumbó de espaldas al suelo. Todavía con vida.

Descendí del caballo. Roger sacudía la única mano que podía mover, como suplicando compasión. Coloqué en su garganta la punta de mi espada. Hizo ademán de decir algo.

—Esto por Andresa —hice fuerza con las dos manos.

Un chorro rojo me manchó las manos y el pecho.

El prisionero de Roger, en vez de escaparse, me miraba con los brazos cruzados.

—¿De nuevo traicionas al *Reino* y a la *Fe*?

Limpié el acero en la yerba, como si nada.

—Gilen Abaurre: siempre has sido tan silencioso como una serpiente, pero hoy le debes la vida a tu lengua de culebra. Si no hubiese reconocido tu voz, en estos momentos serías un cadáver. No le habría dado su merecido hasta que te hubiese matado.

La cara de mi hermanastro no expresaba mucha gratitud.

—Yo se lo debo a mi lengua de culebra..., y tú me lo debes a mí, *Mierdecilla* —recogió su ballesta del suelo.

Como si la sangre de Roger me hubiera provocado una borrachera, se me agolpaban sensaciones contradictorias; al mismo tiempo, rebosante de alegría y desgraciado; a la vez, sediento de amistad y dispuesto a seguir quitándole la vida al primero que se atreviese a enfrentarse conmigo.

—Si he estado alguna vez en deuda contigo, eso ha sido hasta hoy. Estamos en paz.

—¡Los Mailu y su proverbial inclinación a olvidarse de las viejas deudas!

—No sé nada de viejas deudas... Por lo que respecta a las más nuevas, tú eres más deudor de lo que nunca he sido yo. Recuerda: tú no tuviste que matar a uno de los tuyos para que yo continuara con vida. Aquel que mataste junto a Nabarrenx era

un reformado.

—¿Y eso en qué acrecienta mi deuda? Al fin y al cabo, lo acabas de decir: aunque no hubiera sido yo la persona a la que estaba a punto de cargarse, lo habrías matado igual —le dio una patada al cadáver de Roger—. A decir verdad, te envidio. Siempre me quedará la pena de no haberme cepillado a los que me rompieron la retaguardia.

Enrojecí. ¡Para qué habría mencionado yo el culo! Súbitamente, un gran cansancio cayó sobre mí. Me senté en el suelo. Por un momento quedamos ambos callados.

—¿Mis viejos siguen vivos? —me preguntó al final, en otro tono.

—Vivos y sanos.

Le conté cuanto sabía de Domingo y Estefanía. En Garriz había estado por última vez con el verdugo. Después de eso, sus noticias me habían llegado desde Saint-Palais. Mencionarle a la pequeña Ixabel me llevó a preguntarle por su hermana, sin mucha esperanza.

—Iba en el grupo anterior al nuestro —me respondió—. Cuando os hemos atacado, estábamos resguardando su huida. Si ningún jinete vuestro ha llegado hasta ella, en estos momentos estará ya en España.

Se me revolvió todo por dentro. Tener de noticias de Ramona era lo último que esperaba. Estaba tan confundido que no le reprendí por decir *España* y no *La Gran Navarra*.

—¿Los viejos siguen preocupándose por su hija? —añadió.

Afirmé con la cabeza. No podía creer que hubiese estado tan cerca de Ramona.

—Dile a la familia que está bien.

—Se lo diré —pronuncié dificultosamente.

Me miró a los ojos y en su reflejo comprendí que Ramona le había hablado de lo nuestro.

—Yo también le diré a ella cómo estás.

Detrás de nosotros ya no se escuchaba ruido de combate, solamente los lamentos de los heridos. En cualquier momento podía aparecer uno de los míos, pero esa posibilidad no asustaba a Gilen. Me dio la espalda para registrar el cadáver de Roger.

—Los hugonotes sois gente curiosa.

Todo era extraño. Antaño yo era el que hablaba y él escuchaba. Ahora no encontraba nada que decir.

—Sí, gente curiosa —continuó—. Os consideráis demasiado puros para soportar putas entre vosotros, y las echáis de vuestro lado. Pero después, matáis y violáis como todos los demás soldados. Jamás venceréis en esta guerra.

Esa enrevesada lógica no había salido de su cabeza. Gilen, seguramente, había escuchado a algún otro esa extraña relación que ahora repetía. Le contradije en tono muy quedo. Seguía sin superar mi desconcierto por todo cuanto estaba viendo y escuchando.

—Te equivocas. Tenemos ganada esta guerra —le dije—. En la Baja Navarra

vosotros erais los últimos que quedabais. La Reina Juana y el príncipe Enrique están en camino de vuelta. Antes de llegar a Pau, pasarán por aquí. Deben de estar convocados ya los Estados de Navarra.

Eran noticias de ese mismo día. Se las había oído referir a unos oficiales nuestros. No afectaron demasiado a Gilen.

—No te alegres tanto. No te nombrarán vizconde de Mixa.

Después de registrar al finado los zapatos y los calzones por dentro, ahora estaba con su sombrero.

—¡Anda!

Sacó de su interior un pequeño saquito de cuero. Volcó sobre la mano su contenido.

—Ten, la mitad.

Sorprendido, extendí la mano. La plata de algunas monedas brilló entre mis dedos. «Por la montura de mi abuelo», pensé para mí. Gilen, rápidamente, se guardó su parte en el sombrero.

—Resulta inútil que te invite a venir conmigo, ¿no es así? No le darías una mala sorpresa a mi hermana...

Me acordé de las palabras de Ramona, la última vez que nos vimos: «cuando esto termine, me llevarás lejos, muy lejos de aquí».

—Tendrías ocasión de conocer Pamplona, tal vez —añadió.

Sentí de nuevo el corazón estremecerseme.

—¿Pamplona...?

—Eso mismo, Pamplona. Pamplona, con Ramona.

El eco del recuerdo de cuanto me contaba mi abuelo se mezcló dentro de mí con el suave recuerdo de la piel de aquella que había sido como una hermana para mí. «Lejos, muy lejos». ¿Tan lejos como Pamplona?

De repente, se me encendió una luz. ¡Cómo no me había percatado antes! ¿Lejos? Pero ¿lejos de dónde y de qué? ¿Del Reino? ¿De la Fe?

Levanté mi espada, como antes en el momento del ataque.

—¡Aléjate, Satanás! No me apartarás de mi misión.

Los ojos de Gilen me observaron primero con sorpresa y después con lástima:

—Eres un estúpido, Joanes. Tonto del todo.

Empezó a alejarse.

—¡El Reino y la Fe! ¡El Reino y la Fe!

Solté una ristra de insultos y juramentos. Poseído por el Demonio, durante un buen rato expliqué a gritos a la espesura qué era lo que pensaba hacer con el Príncipe de Roma, con los monjes, con las monjas y, en definitiva, con todos los papistas. Callé cuando me di cuenta de que me dolía la garganta y de que no había nadie que me escuchase. Luego me eché a llorar, como solo lo puede hacer un muchacho de catorce años cansado y solo.

VUELVE LA VIDA

AGERRE DEPOSITA LOS DOS FOLIOS que le faltan por leer del manuscrito junto al resto, a los pies de la cama. La luz, nuncio de la mañana, entra por la ventana de su cuarto de la posada. Igual que una mujer tras pasar la noche con su amante, en el exterior, la villa de Montlhéryn va despertándose. Así lo haría en este momento también Jeannette, desperezarse al lado del clérigo, si anoche le hubiese mostrado tal deseo. Agerre todavía no ha decidido si debe apenarse o alegrarse por que no haya sido así. *Luxuriam accusare facilius est quam vitare*. No mentía Valerio. La carne es débil y fuerte; débil para defenderse, fuerte para tentar y hostigar. Al menos habría dormido un poco, si, en vez de leer, le hubiese hecho a la sirvienta un hueco junto a él.

—Necesitas hacer penitencia —se dice a sí mismo en voz baja. Agerre usa últimamente una voz cada vez más enérgica para hablar consigo mismo.

Obliga a su cuerpo fatigado a salir del lecho. Necesita rezar las primeras oraciones de la mañana.

En la época de Salamanca eran frecuentes para Agerre las noches en que, entregado a la lectura, no pegaba ojo. Su curiosidad de entonces requería alimento; alimento también, su ansia de aprender. Deseaba alcanzar todos los recovecos de la Escolástica, y penetrarlos todos. Un curioso azar le condujo a la ciudad castellana, pero al final se convirtió en un regalo de la fortuna, a pesar de que se había presentado vestido de infortunio.

Agerre acababa de aceptar la propuesta del virrey de Navarra, Alonso Idiáquez de Butrón y Múgica, aquel frío enero de 1592, en Pamplona. Cómo no había de aceptarla si su alternativa era el fuego... Bajo la amenaza de tal castigo, no se encontraba en situación de poner condiciones a nadie. Aun y todo, se arriesgó:

—Haré cuanto me pedís, señor. No obstante, para poder escribir algo con fundamento contra esto, no os bastarán mis humildes conocimientos.

Agerre sostenía los tres libros que le había dejado el virrey. Se los había

quitado al hereje que tenían encerrado, espía de aquel que se decía rey de Navarra. Los había inspeccionado línea a línea y palabra por palabra durante los últimos días, maravillado y escandalizado a un tiempo.

—Soy un pobre subdiácono sin cargo, un montañés, sin otros estudios que los que realicé en el monasterio de mi pueblo —arguyó.

—¿Qué necesitáis? —preguntó, cortante, Idiáquez. El virrey de Navarra y conde de Aramayona tenía la escasa paciencia de los militares.

Agerre farfulló sin mucha esperanza:

—Debería ir a estudiar a la Universidad, pero en Pamplona no existe tal.

—¿Adónde, entonces?, —el noble guipuzcoano parecía a punto de perder los estribos.

—A Salamanca.

El propio clérigo estaba admirado de su empeño por sacar provecho de aquella circunstancia adversa. Quizás, también podría haber realizado el trabajo que el virrey de Navarra le quería encomendar sin necesidad de ir a Salamanca. Pero ese siempre había sido su sueño invariablemente pospuesto por la escasez de dinero y oportunidades.

Entonces sucedió algo que no esperaba de ninguna de las maneras: Idiáquez se levantó y sus labios dibujaron un gesto condescendiente.

—Vuestra petición es justa. Iréis a Salamanca.

Abaurre, el secretario del virrey, estuvo a un tris de dar al traste con todo el asunto. *Motu proprio*, se puso a calcular cuántos reales le costaría a las arcas del virreinato, menos llenas de lo que deberían, financiar dichos estudios. Podría decirse que envidiaba la suerte de Agerre. Afortunadamente, las pegas del escribano no arredraron a Idiáquez. Aun contra su voluntad, el funcionario redactó el contrato que reunía los compromisos de ambas partes.

—Hoy os ha sonreído la suerte... —le dijo Abaurre, entre dientes, mientras le tendía el pliego.

Agerre no leyó más que las primeras líneas. Lo firmó de inmediato, temiendo tal vez que Idiáquez, su benefactor, se arrepintiese.

Dos días después, se despidió de Pamplona, con la certeza de que había salido bien, pero que muy bien, parado. No marchaba al cadalso, sino a Salamanca, a expensas del virreinato de Navarra. *Quod in manu fortunae positum est, disponis, quod in tua dimittis*. También él, como hace mucho proclamó el viejo Séneca, todavía quería gobernar, alcanzar y disponer las cosas del porvenir en manos y en ventura del azar.

Acunado por estos viejos recuerdos, se cierran los ojos soñolientos de Agerre. Un ruido de fuera le hace abrirlos. Tras la pausa de la noche, vuelve

la vida a las calles de Montlhéry. Si sus oídos no le fallan, alguien está ordeñando las vacas en el establo de al lado de la posada. Los huéspedes tendrán leche para el desayuno. Dentro del establecimiento también hay movimiento. De nuevo oye pasos en las escaleras. Le han parecido de pies desnudos, muy probablemente de Jeannette. Según observó anoche, el posadero no se quita los zapatos dentro de la casa.

Agerre no tiene más ganas de rezar. Es verdad que San Agustín afirma que *dulciores sunt lachrymae orantium quam gaudia theatrorum*, esto es, que más dulces y deliciosas son las lágrimas de los que rezan u oran que las risas de los que se entretienen en comedias, bailes y placeres mundanos. Pero no siempre.

Los papeles que ha leído por la noche cubren el suelo. También, tentadores, los dos que le faltan. En París, los libros de teología y filosofía de la Sorbona nunca le han mantenido tan despierto como el manuscrito del hugonote durante las últimas horas. No ha sido un trabajo sin fatiga. En más de una ocasión le ha asaltado el sueño. Pero siempre ha sido más poderoso el deseo de saber algo más sobre la vida del tal Joanes Mailu. Joanes Mailu... ahora juraría que había oído antes ese nombre, en algún otro lugar. No recuerda dónde ni cómo. Por otra parte, no es extraño que tenga la mente abotargada. Su cabeza paga ahora el precio de su esfuerzo nocturno. Un agudo dolor se extiende por todo su cráneo, desde la nuca hasta la frente. Agerre le teme a ese tipo de dolor. Cuando aparece, hay varias tareas que no consigue llevar a cabo. Por ejemplo, predicar. O escribir. Hoy no tiene ningún sermón que impartir. Pero tenía intención de redactar dos cartas. Una, la habitual, consecuencia de su pacto con el virrey Idiáquez y su secretario Abaurre. A esa hoy quería añadir una más, para el obispo Etxauz.

Pero ¿qué podía escribir?

Cae por su propio peso que debe informar, tanto en una como en la otra, de la lectura que le ha mantenido en vela toda la noche. No le cabe duda de la curiosidad que provocará, lo mismo en Pamplona que en Baiona, una referencia al hombre al que ha conocido la víspera y a su manuscrito. Por ejemplo, para el hijo del vizconde de Baigorri resultaría fascinante leer algo así como: «Señor, he conocido a un hugonote, de los que destruyeron vuestro palacio en 1570». Pero Agerre ignora si lo escribirá. No está seguro de que desee compartir con nadie la historia inconclusa del calvinista. No, al menos, mientras no la conozca al completo. No le faltan más que dos folios, pero es consciente de que las aventuras de Joanes Mailu no se agotan en los papeles que cubren el suelo de la habitación.

Joanes Mailu. Cada vez está más seguro de que ha oído ese nombre en alguna ocasión anterior.

El sacerdote se inclina sobre la mesa que hay junto a su cama. A la última

de las velas que adquirió en París no le queda más que un extremo. Carece de importancia, porque el sol ya asoma por la ventana. Sin embargo, las velas tenían que durarle por lo menos hasta Baiona, y las ha consumido en una sola noche en Montlhéry, trescientas leguas antes de llegar a su destino. Deberá preguntarle al hostelero por la dirección del cerero del pueblo.

Se frota los ojos con sueño. Un leve aturdimiento le nubla los contornos de los objetos de la habitación. Sus ojos no son los de antes. El año anterior se dio cuenta de ello. Por miedo a los alguaciles de De Lancre, se pasaba las horas vigilando desde el campanario de la iglesia de Sara. Entonces no era capaz de distinguir si quien llegaba por el camino de Ascaín montaba un caballo o un pollino. A un profesor de Salamanca, a Grijalbo, una vez le oyó decir que a cambio del conocimiento no se pierde el alma, como el pueblo inculto cree, sino la vista.

Pobre Grijalbo. Era un excelente hebraísta. Tuvo un tropiezo fatídico con el Santo Oficio. Moraba en Salamanca y seguramente no conocía la calle Saint-Jacques de París. En la calle Saint-Jacques de París, una suerte de vidrieros provenientes de Italia ofrecen *ojos postizos* a quien dispone del dinero suficiente para pagarlos. A esos cachivaches les llaman lentes, que sujetan a las orejas de las personas con unos ganchos de hierro. Resultan ridículas, deforman los rasgos del rostro, como si estuviesen desfigurados por una máscara. Sin embargo, parecen obrar el milagro: la vista de quien las utiliza no regresa a su estado anterior, pero sí desaparece en buena medida la neblina de los ojos. Agerre conoce a algunos notarios e incluso profesores de la Sorbona que no se sonrojan al colocarse esos cristales en la cara. Él recibió escandalizado la propuesta. Se le antojaba de mal agüero pretender escapar a la voluntad de Dios. De Lancre habría sentido el tufo del azufre en la botiga de esos italianos.

Agerre se levanta y se acerca a la ventana. Desde ella observa la única calle de Montlhéry, tan temprano y ya tan repleta. Por otro lado, llega hasta él el ruido del trajín de los trabajadores de la posada y de los clientes, desde las cocinas y el comedor de abajo. La cocinera está preparando algo, el aroma de uno de los pucheros le deleita el olfato. A esa hora, el posadero ya se habrá dado cuenta de que no ha bajado a desayunar. Anoche, le prometió una misa por el alma del rey, que oficiaría antes de que amaneciese. Ha amanecido, pero Agerre no ha dicho ninguna misa. El manuscrito del hugonote verdaderamente debe de tener algo de demoníaco, puesto que le ha hecho olvidar incluso sus deberes para con Dios. El posadero no se ha presentado aún en su cuarto, a pedirle cuentas o a preguntarle si está

enfermo. Apostaría a que no tardará demasiado. Anoche le pareció un hombre obstinado. Igual, en vez de subir él, envíe a Jeannette, por si con ella se espabila antes. Por un momento, se recrea de nuevo en las oportunidades que le ofrecería la llegada de la muchacha. Solo por un momento.

—¡Aléjate de mí, pérfido Satanás!

Avergonzado, se recuesta sobre la cama. Cierra los ojos para aplacar así el dolor de cabeza que se le ha avivado. En verdad, el cuerpo le pide permanecer ahí tranquilo y echar el sueño que no ha echado. Su cabeza, en cambio, le ordena que se levante cuanto antes y que, sin más dilaciones, monte sobre su mula. No hay otra manera de llegar a Sara lo más rápido posible. No hay otra manera de poner fin a este exilio de todo un año. Pero antes desearía encontrar al hugonote. Al hugonote y, con él, la continuación del manuscrito.

Crujen las escaleras de la posada. Agerre aguza el oído. Quien viene lo hace descalzo. Debe de ser, por tanto, Jeannette. Por un momento, el miedo a caer le atenaza. Pero, solo por un momento. Extiende su mano y del pie de la cama toma los dos folios que todavía no ha leído. No sabría explicar por qué, pero prefiere que quien venga, sea la sirvienta o el posadero, le sorprenda con los papeles cuando abra la puerta. Con un movimiento, se incorpora sobre la cama, más tranquilo. Por experiencia sabe que la piel suave de las mujeres es un excelente remedio para el dolor de cabeza. Qué demonios. La redención de su alma pecadora todavía puede esperar un poco más. Al fin y al cabo, no es la primera vez que posterga ese asunto para después, mucho después.

VOLVIMOS A SAN JUAN DE PIE DE PUERTO, después de dormir en Ezterenzubi. Los jinetes nos adelantamos. Traíamos con nosotros el cadáver del joven Luis de Meharin, en un carro tirado por cuatro mulas. El cuerpo empezaba a oscurecerse, anunciando la fetidez de la muerte. Yo portaba su yelmo, con la intención de entregárselo a su padre. Como ya he dicho antes, era un casco espléndido, adornado con plumas blancas. Yo iba vestido con la casaca roja que había tomado en el saqueo de Baigorri. No porque quisiera aparecer elegante, sino porque era la única prenda que no tenía rota. Mandamos heraldos por delante, con noticias buenas y malas, que se cruzaron con otros, portadores a su vez de otras noticias. Para cuando llegamos a Zaro sabíamos ya que en la capital de la Baja Navarra también esperaban para el mediodía al Príncipe de Viana, Enrique de Borbón.

Antes de entrar a San Juan, el conductor del carro se detuvo un instante junto al camino, a hablar con unos ballesteros. Un momento más tarde nos comunicó la parte más jugosa de su conversación:

—Se dice que han visto al Príncipe esta misma mañana en el puente de Ezterenzubi.

La noticia nos sorprendió. Precisamente nosotros veníamos de Ezterenzubi.

Larrea estaba en la plaza de San Juan de Pie de Puerto. No Meharin. Tan pronto como había sabido la nueva de la muerte de su hijo se había retirado a sus tierras de Arberoa, sin esperar su cuerpo. Creo que no tenía ningún otro descendiente. Junto con Larrea había una gran tropa. Le saludé con un movimiento de cabeza. La campaña no nos había reconciliado, pero había aprendido a estar a su lado sin que me hirviera el odio de antaño.

Uno de los soldados comenzó a gritar, tan pronto como entramos:

—¡Gloria a vos, príncipe Enrique!

—¡Gloria a vos! —repetieron los demás como en un eco.

Todos tenían sus rostros girados hacia nosotros. Es más, se podría decir que el destinatario de sus miradas era yo mismo. Los que venían conmigo acabaron por acompañarles:

—¡Gloria a vos!

En el otro extremo de la plaza, Larrea, rojo como una cereza en sazón, los reprendía a todos:

—¡Callad, por mil demonios! ¡Que os calléis, imbéciles! Este no es el Príncipe.

Pero los soldados no callaban, sino que gritaban con más fuerza.

—¡Llor a vos, Príncipe de Viana!

Giré el caballo, con intención de salir como una centella de la plaza. Pero en ese momento entraron otros dos caballeros. Uno portaba el estandarte rojo de Navarra; el

otro, el de las dos vacas del Bearne. Tras ellos venía un gran séquito. Abría la tropa un muchacho joven, que tendría tres o cuatro años más que yo. Montaba un vistoso caballo blanco, y le cubría la espalda una capa negra de piel. Tenía parecido a mí, un parecido asombroso.

Él me miraba con el mismo asombro con el que le miraba yo.

—¡Gloria a vos, príncipe Enrique! —continuaban los soldados en la plaza, unos girados hacia mí, otros hacia el recién llegado.

En Pamplona, a 12 de octubre de 2006

Principales personajes históricos

Agerre, Pedro (Urdax, 1556 – Sara, 1644). Escritor vasco, más conocido por el nombre de Pedro de *Axular*. Sacerdote católico de curiosa biografía. Autor de *Gero*, una obra de ascética imbuida por el espíritu de la Contrarreforma, considerada como la cumbre de la literatura vasca clásica.

Agramont, Antonio (? – 1576). Primer conde de Agramont. Enemigo del linaje de Luxa. En las guerras de religión pasó del bando hugonote al católico.

Albret, Enrique II de (Sangüesa, 1503 – Hagetmau, 1555). Rey de Navarra, hijo de Catalina de Foix y Juan de Albret. Trató durante toda su vida de recuperar la zona del reino que habían perdido sus padres. Esposo de Margarita de Valois, hermana de Francisco I de Francia.

Albret, Juan de (1477 – Monein, 1516). Rey consorte de Navarra desde que llegase al trono su mujer Catalina I de Foix. Hizo dos intentos, en 1512 y en 1516, de recuperar la parte del reino conquistada por Castilla.

Albret, Juana III de (Pau, 1528 – París, 1572). Reina de Navarra desde 1555. Hija de Juan de Albret y de Catalina de Foix. Casada con Antonio de Borbón. En 1560 se convirtió al calvinismo y trató hasta su muerte de que también lo hiciera su reino.

Álvarez de Toledo, Fadrique, Duque de Alba (? – 1531). Dirigía el ejército que en 1512 conquistó el reino de Navarra.

Andoins, Diana (Hagetmau, 1555 – Rouen, 1620). Hija de una de las familias más notables del Bearn, casada con el hijo de Antonio de Agramont. Posteriormente amante de Enrique IV. Más conocida por el sobrenombre de Corisanda.

Angulema, Margarita de (Angulema, 1492 – Odos, 1549). Hija de Francisco I de Francia y esposa de Enrique II de Navarra. Escritora y humanista. Veía con buenos ojos la Reforma.

Arros, Bernard. Teniente general del Reino de Navarra nombrado por Juana de Albret. Dirigió el ejército de la Reforma en el Bearn.

Beaumont, Luis (? – 1530). Tercer conde de Lerín y Condestable de Navarra. Líder de los beamonteses en la época de la conquista de Navarra y, por tanto, principal aliado de los castellanos.

Belzunce, Juan. Vizconde de Makea o Macaya y señor de Aiherra. Favorable a la Reforma. Estaba a cargo del castillo de Mauleón cuando la guerra de Religión estalló en Euskal Herria.

- Borbón**, Antonio de (1518 – Rouen, 1562). Duque de Vendôme y príncipe consanguíneo de Francia. Esposo de Juana de Albret y padre de Enrique III de Navarra.
- Borbón**, Enrique de (Pau, 1553 – París, 1610), III de Navarra y IV de Francia. Rey de Navarra desde 1572 y también de Francia a partir de 1589. Educado por su madre Juana III en el protestantismo, fue el líder de los hugonotes de Francia hasta que en 1593 abrazó el catolicismo. Fue asesinado por el ultra católico Ravaillac.
- Calvino**, Juan (Noyon, 1509 – Ginebra, 1564). Reformador religioso y escritor francés. Fue el director de la Iglesia Reformada de Ginebra.
- Etxauz**, Antonio. Vizconde de Baigorri durante la segunda mitad del siglo XVI. Uno de los líderes del bando católico, aunque a partir de 1570 se reconcilió con la Casa de Albret. Padre de Bertrand Etxauz.
- Etxauz**, Bertrand (Baigorri, 1556 - Tours, 1641). Obispo de Baiona y mecenas de Axular. Capellán de Enrique III de Navarra y IV de Francia.
- Etxauz**, Gracián. Vizconde de Baigorri a principios del s. XVI. Se mantuvo fiel a los monarcas navarros y luchó contra los españoles tanto en la Alta como en la Baja Navarra. Padre de Antonio Etxauz.
- Etxeberri**, Joanes (Jean de la Rive). Ministro vasco de las Iglesias Reformadas del Bearne. Colaborador en la traducción de Leizarraga.
- Etxepare**, Bernard. Párroco de Eiheralarre, en la Baja Navarra, al que la tradición hace afecto a la causa beamontesa. Autor de *Linguae Vasconum Primitiae* (Burdeos, 1545), el primer libro impreso en euskera.
- Ezponda**, Enekot (Mauleón, ? - Saint-Palais, 1594). Uno de los primeros calvinistas de Zuberoa. Secretario de Juana III y miembro de la Cancillería de Navarra.
- Fernando V**, el Católico (Sos, 1452 – Madrigalejo, 1516). Rey de Aragón y rey consorte de Castilla desde que se casó con la reina Isabel I de Castilla. Él ordenó la conquista de Navarra.
- Foix**, Catalina I de (1469 – Mont-de-Marsan, 1517). Reina de Navarra, esposa de Juan de Albret. Tuvo que huir a sus posesiones del Bearne y de Gascuña cuando los castellanos conquistaron Navarra en 1512.
- Guiche**, Filiberto de (Bidache, 1552 – La Fere, 1580). Hijo de Antonio Agramont y esposo de Diana Andoins. Murió en la guerra contra Enrique de Borbón, en el bando católico.
- Habsburgo**, Carlos de, I de España y V de Alemania (Gante, 1500 – Yuste, 1558). Rey de España y emperador de Alemania. Guerreó constantemente contra

Francia y afianzó la conquista de Navarra, a pesar de que hubo de retirarse de la Baja Navarra.

Habsburgo, Felipe II de (Valladolid, 1527 – El Escorial, 1598). Rey de España, hijo de Carlos V. Continuador de la política de su padre en lo referente a Navarra y defensor ferviente de la Iglesia Católica.

Idiáquez Butrón-Múgica, Alonso de (San Sebastián, 1540 – Segovia, 1614). Conde de Aramayona y virrey de Navarra. Descendiente de una familia que había servido a la corona de España.

Lancre, Pierre de (Burdeos, 1553 – Cadillac, 1631). Juez francés. Enrique IV lo envió a Lapurdi a investigar unos presuntos casos de brujería. Encarceló a cientos de personas y envió a la hoguera a muchas de ellas.

Leizarraga, Joanes (Beskoitze, 1506 – Labastida, 1601). Ministro calvinista vasco. Escritor en vascuence y jefe del grupo de traductores que adaptó entre otros *El Nuevo Testamento* a la lengua vasca.

Lorges, Gabriel de, conde de Montgomery (Lorges, 1530 – París, 1574). Mató involuntariamente a Enrique II de Francia en un torneo. Fue uno de los líderes calvinistas en las guerras de religión.

Loyola, Ignacio de (Azpeitia, 1491 – Roma, 1556). Capitán del ejército castellano. Herido en Pamplona en lucha contra los navarros. Fundador de la Compañía de Jesús, San Ignacio es hoy el patrón de Guipúzcoa y de Vizcaya.

Luxa, Carlos. Descendiente del principal linaje beamontés de la Baja Navarra y Zuberoa. Líder de los rebeldes católicos contra Juana de Albret y su hijo Enrique.

Médicis, Catalina de (Florencia, 1519 – Blois, 1589). Reina de Francia, mujer de Enrique II de Francia y madre de Carlos IX y Enrique III de Francia, en cuyos reinados dirigió Francia en la sombra.

Navarra, Pedro de (? - Simancas, 1522). Mariscal de Navarra. Jefe de los agramonteses en los tiempos de la conquista de Navarra. Los castellanos lo apresaron en el Roncal en 1516 y murió en Simancas, al parecer, asesinado.

Navarra, Pedro de, hijo del anterior. Los castellanos lo tomaron preso en Fuenterrabía, en 1523. Acabó jurando fidelidad al emperador y le devolvieron todos sus títulos. Marchó a las Indias, donde falleció.

Sauguis, Bertrand, poeta suletino de la segunda mitad del s. XVI. Calvinista. Escritor en lengua vasca cuya obra no se ha guardado y solo se conoce a través del mauleonés Arnaud Oihenart, poeta vasco del siglo XVII.

Valois, Carlos IX de (Saint-Germain-en-Laye, 1550 - Vincennes, 1574). Hijo de

Enrique II y de Catalina de Médicis. Rey de Francia desde 1560. Valiéndose de las guerras de Religión intentó apoderarse del reino de Navarra en 1569.

Valois, Enrique II de (Saint-Germain-en-Laye, 1519 – París, 1559). Rey de Francia, hijo de Francisco I. Continuó la política de su padre, haciendo frente a un tiempo a los Habsburgo y a los calvinistas. Casado con Catalina de Médicis.

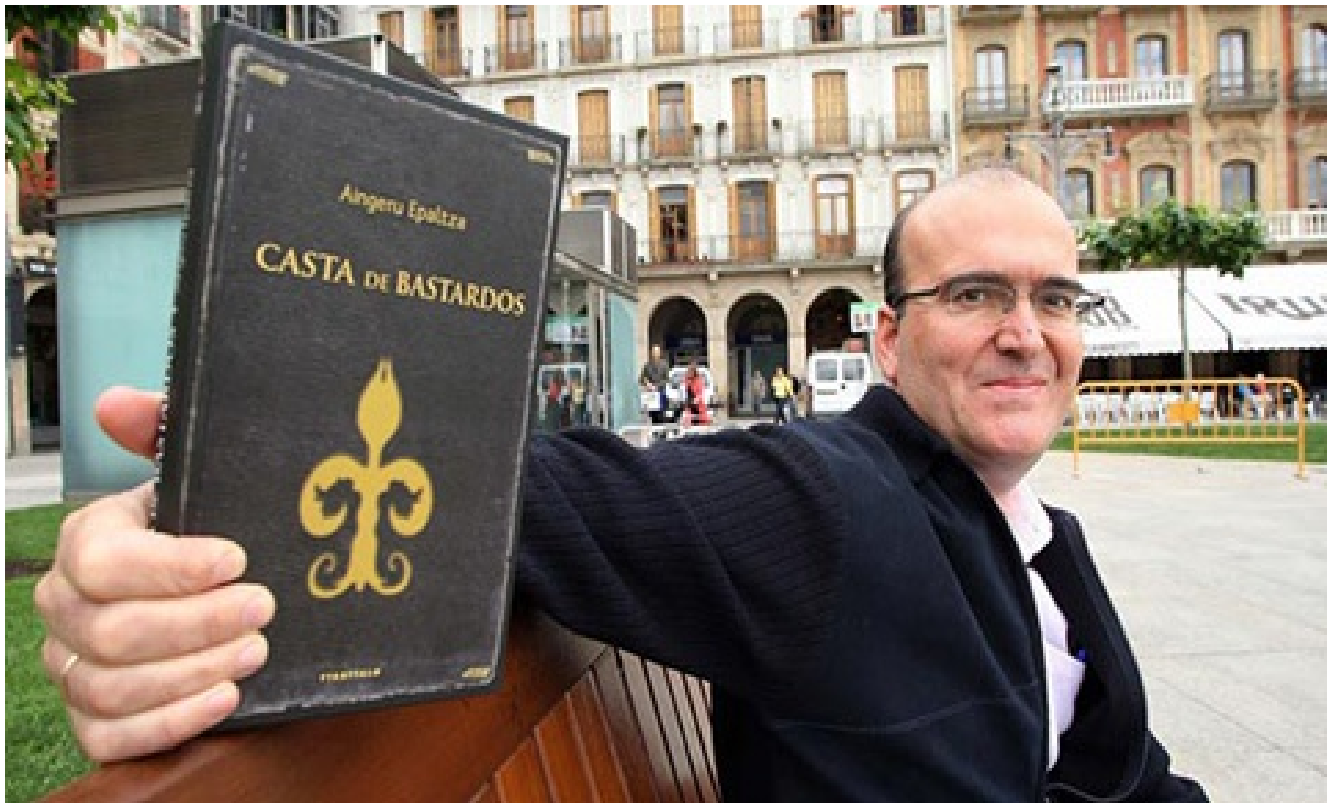
Valois, Francisco I de (Cognac, 1494 – Rambouillet, 1547). Rey de Francia. Principal enemigo en Europa del emperador Carlos V. Él inició la represión contra los protestantes.

Valois, Luis XII de (Blois, 1462 – París, 1515). Rey de Francia. Luchó contra los españoles en Italia. Pretendió absorber Navarra, a pesar de la ayuda que sus reyes le estaban prestando contra Castilla.

Cronología de un siglo (1512-1610)

- 1494:** Catalina de Foix y Juan de Albret, reyes de Navarra.
- 1512:** El ejército de Castilla conquista Navarra.
- 1512-1513:** Primer intento de recuperar Navarra. Batalla de Belate.
- 1515:** Francisco I, rey de Francia.
- 1516:** Segundo intento de recuperar Navarra.
- 1517:** Enrique II de Albret, rey de Navarra. Martín Lutero publica sus noventa y cinco tesis. Carlos de Habsburgo, rey de España. 1519: Carlos de Habsburgo, emperador de Alemania: Carlos V.
- 1521:** Tercer intento de recuperar Navarra. Batalla de Noáin (campos de Barbataín).
- 1522:** Asedio del castillo de Amaiur.
- 1523:** Asedio de Fuenterrabía. Los españoles reducen a cenizas Lapurdi, la Baja Navarra y la zona occidental del Bearne. Perdón de Carlos V.
- 1525:** Enrique II y Francisco I, cautivos en Pavía (Italia).
- 1527:** Enrique II de Navarra esposa a Margarita de Angulema, hermana de Francisco I.
- 1529:** Paz de Cambrai, entre Carlos V y Francisco I.
- 1530:** Recuperación de la Baja Navarra.
- 1534:** Lutero traduce la Biblia al alemán.
- 1536:** Guerra entre Carlos V y Francisco I. Juan Calvino publica *Christianae Religiones Institutio*.
- 1540:** Persecución contra los hugonotes en Francia.
- 1542:** Nueva guerra entre Carlos V y Francisco I.
- 1544:** Paz de Crépy entre Francia y España.
- 1545:** Bernard Etxepare publica *Linguae Vasconum Primitiae*. Comienza el Concilio de Trento.
- 1547:** Enrique II de Valois, rey de Francia.
- 1552:** Nueva guerra entre España y Francia.
- 1553:** Nace Enrique de Borbón en Pau y es nombrado Príncipe de Viana.
- 1555:** Juana III, reina de Navarra y señora principal del Bearne.

- 1556:** Felipe II, rey de España.
- 1559:** Tratado de Cateau-Cambrésis entre Francia y España.
- 1560:** La reina de Navarra abandona la Iglesia Romana y se convierte al calvinismo.
- 1562:** Comienzan las guerras de religión en Francia. Antonio de Borbón muere en el asedio de Rouen.
- 1563:** La Iglesia Reformada navarro-bearnesa encomienda la traducción del Nuevo Testamento al euskera a Joanes Leizarraga.
- 1564:** Juan Calvino muere en Ginebra. Concluye el Concilio de Trento.
- 1565:** Felipe II saca del obispado de Baiona las tierras de Guipúzcoa y Navarra, bajo cuya diócesis se encontraban.
- 1566:** Juana III funda la Academia calvinista de Orthez.
- 1568:** La contienda religiosa se extiende al País Vasco: primera rebelión de la Baja Navarra.
- 1569:** La rebelión se expande a Zuberoa y el Bearne. Asedio de Nabarrenx.
- 1570:** Paz de Saint-Germain.
- 1571:** Los libros de Leizarraga se imprimen en La Rochelle.
- 1572:** Muerte de Juana III en París. Enrique III de Borbón, rey de Navarra. Matanza de la noche de San Bartolomé en París. Enrique III, preso, abjura de la Reforma.
- 1574:** Enrique III de Valois, rey de Francia.
- 1576:** Enrique III de Navarra huye a sus Estados, donde vuelve a abrazar el calvinismo.
- 1585:** Comienza la última guerra de religión de Francia.
- 1589:** Asesinato de Enrique III de Francia. Su sucesor es Enrique III de Navarra. El ejército española penetra en París y en el norte de Francia.
- 1593:** Enrique de Borbón abjura definitivamente del calvinismo y se convierte en Enrique IV de Francia y III de Navarra.
- 1598:** Edicto de Nantes: libertad de culto para los hugonotes. Fin de las guerras de religión. Felipe III, rey de España.
- 1601:** Muere Joanes Leizarraga, en Labastida.
- 1609:** Pierre de Lancre en Lapurdi: centenares de personas son acusadas de brujería.
- 1610:** Asesinato de Enrique de Borbón en París.



AINGERU EPALTZA nació en Pamplona en 1960. Tras realizar estudios de periodismo, trabajó en diversos medios de comunicación (*Deia*, *Euskal Telebista*, *Navarra Hoy*), hasta que empezó como traductor del Gobierno de Navarra. A pesar de ello, ha continuado colaborando en prensa durante estos últimos años (*Noticias de Navarra*, *Argia* y *Nabarra*, entre otros medios).

Dio a conocer sus primeros trabajos entre 1984 y 1989 en la revista literaria *Korrok*, surgida en torno a la librería Auzolan de Pamplona. En 1990 recibió el premio Rikardo Arregi de periodismo, en la categoría de periodismo de valoración. Aunque ha escrito teatro (*Mugetan irri* que escribió en 1984 para el grupo Ortzadar), relatos (*Garretatik erauzitakoak*, 1989; y *Lasto sua*, 2005), así como ensayo (*Bezperaren bezpera*, 2007), Epaltza es un novelista nato, y en ese ámbito ha dado sus trabajos más mencionables. Entre su producción para adultos es digno de mención el libro de cuentos *Garretatik erauzitakoak* (Elkar, 1989), la novela negra *Rock'n'Roll* (Elkar, 2000, traducido al castellano como *Rock'n'roll*, Tartalo, 2003), y en el ámbito juvenil la novela corta *Ur zabaletan* (Pamiela, 1994). Además, tres de sus libros han sido galardonados con diferentes premios: *Sasiak ere begiak baditik* (Elkar, 1985) fue ganador en el concurso para nuevos escritores organizado por el Ayuntamiento de Pamplona; la novela *Ur uherrak* (Pamiela, 1993, traducido al castellano como *Agua turbia*, Hiru, 1995) ganó el premio Xalbador en 1991, y su obra *Tigre ehizan* (Elkar, 1997, traducido al castellano como *Cazadores de tigres*, Xordica, 1999) fue galardonado con el Premio Euskadi de 1997. Además de los galardones mencionados, Epaltza ganó el premio de periodismo Rikardo Arregi en 1990. En 2006 inició la

publicación de las novelas de la trilogía «Erresuma eta fedea» (El reino y la fe).

Notas

[1] ¡Malditos perros, monseñores! ¡Idos a la mierda! <<

[2] Literalmente «Señor de los Bosques», personaje de la mitología vasca caracterizado por su gran tamaño y su fuerza descomunal (Nota del Traductor). <<

[3] Padre nuestro, que estás en los cielos, / danos hoy el pan nuestro de cada día... <<

[4] Es, ay de mí, imposible que os vislumbre / sin que, absortos, mis ojos lloren
lumbre... <<

[5] En Zuberoa, *Baitha* es el apelativo con que se nombra a las casas (N. del T.) <<

[6] Garrüze, el nombre de Garriz en euskera, delata su pertenencia al dialecto suletino a causa de la vocal [ü], de sonido semejante a la /u/ francesa, fenómeno que en euskera solo presenta dicho dialecto (*N. del T.*) <<

[7] Señora mía, de rubios cabellos, / que sembráis verde envidia por los prados / y hasta el trigo se muere por tenellos, / cual vuestra alegre sonrisa, dorados. <<

[8] Oh, mujer de intenciones demoniacas, / calla, pues nunca lograrás hacerte / con el hermoso conductor de vacas. / Antes que tuyo, será de la Muerte. <<

[9] Que sepa el barón de Luxa, mala víbora, traidor, / por haber pisoteado su buena fama y su honor, / que Nabarrenx pondrá término a su presente vigor. <<

[10] A aquel que llaman Terride, franchute de piedad nulo, / igualito que una mula es montada por un mulo / así vamos a cegarle el ojo tuerto del culo. <<

[11] Oriana, de ojos azules, / de inolvidable sonrisa, / os juro sobre mi alma / que
estáis hecha a mi medida... <<